

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año VIII - n° 16
marzo de 2020-agosto de 2020

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas, tanto a nivel nacional como internacional, propiciando el análisis comparativo. Es editada por el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), con sede en Buenos Aires.

La cobertura temática de la revista *Archivos* está centrada en el examen histórico e historiográfico, pero a la vez es amplia e interdisciplinaria: procura abarcar la trayectoria de la clase trabajadora, el movimiento obrero y el mundo de las izquierdas desde los distintos aportes de las ciencias sociales y la producción académica, los cuales incluyen, además de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, la filosofía, los estudios de género y la crítica literaria, entre otros.

La revista *Archivos* está dirigida a un público conformado por investigadores, docentes, profesionales, graduados y estudiantes de Historia, así como de otras disciplinas sociales.

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda forma parte del **CATÁLOGO LATINDEX**. Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal, y de **CLASE**. Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, dependiente de la UNAM. También es miembro de **LATINOAMERICANA**. Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales; de **LatinREV**, Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina; de la Matriz de Información para el Análisis de Revistas (**MIAR**), perteneciente a la Universitat de Barcelona, y del portal especializado en revistas científicas y académicas **Biblat**, que depende de la UNAM. El CEHTI, además, forma parte de la Red Latinoamericana del Trabajo y Trabajadores (**Redlatt**) y es miembro de la **International Association of Labour History Institutions (IALHI)**.

Entidad editora: Centro de Estudios Históricos
de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI)
Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65
(C1020ADH) CABA - Argentina
Sitios web: www.archivosrevista.com.ar
www.cehti.com.ar
Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com
Facebook: CEHTI - RevistaArchivos
Twitter: @ArchivosRevista
Instagram: [cehti.revistaarchivos](https://www.instagram.com/cehti.revistaarchivos)

ISSN 2313-9749 • ISSN en línea 2683-9601
Impreso en Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102 - CABA
Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

Secretarios de Redacción

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Comité Editor

Cristian Aquino

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Sabrina Asquini

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alejandro Belkin

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Laura Caruso

(Universidad Nacional de San Martín
– Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Natalia Casola

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Mercedes López Cantera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Martín Mangiantini

(Instituto Superior del Profesorado Joaquín
Víctor González – Universidad de Buenos
Aires – Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Leandro Molinaro

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Ezequiel Murmis

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Antonio Oliva

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Lucas Poy

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alicia Rojo

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Gabriela Scodeller

(Universidad Nacional de Cuyo – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Silvana Staltari

(Universidad Nacional de Tres de Febrero –
Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Paula Varela

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Consejo Asesor

Marcel van der Linden

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Ricardo Melgar Bao

(Instituto Nacional de Antropología e
Historia, México)

Rossana Barragán

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Victoria Basualdo

(Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Reiner Tosstorff

(Johannes Gutenberg, Universität Mainz,
Alemania)

Victor Jefjets

(Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia)

Cristina Viano

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Silvia Simonassi

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Nicolás Iñigo Carrera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Gilles Candar

(Société d'Études Jaurésiennes, Francia)

Massimo Modonesi

(Universidad Nacional Autónoma de México,
México)

Sebastian Budgen

(Historical Materialism,
Reino Unido)

Rodolfo Porrini

(Universidad de la República, Uruguay)

Daniel James

(Universidad de Indiana, Estados Unidos)

Bernhard H. Bayerlein

(Ruhr-University Bochum – The International
Newsletter of Communist Studies, Alemania)

Sergio Grez Toso

(Universidad de Chile, Chile)

Gabriela Águila

(Universidad Nacional de Rosario – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Claudio H.M. Batalha

(Centro de História Social da Cultura,
Universidad Estatal de Campinas, Brasil)

Julio Pinto Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Carlos Herrera

(Université de Cergy-Pontoise, Francia)

Immanuel Ness

(City University of New York, Estados Unidos)

Omar Acha

(Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina)

Rolando Álvarez Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Alejandro Schneider

(Universidad de Buenos Aires – Universidad
Nacional de La Plata, Argentina)

David Mayer

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año VIII - n° 16
marzo de 2020-agosto de 2020

Índice

Presentación 7

Dossier:
**“El trabajo de las mujeres:
feminismos, marxismos y reproducción social”**

Presentación del dossier
Paula Varela 13

Las visiones del trabajo en la teoría feminista
Susan Ferguson 17

Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales
para un feminismo marxista
Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya 37

La reproducción social en disputa: un debate
entre autonomistas y marxistas
Paula Varela 71

“Chicas como tú...” Género, clase y trabajo en la Argentina
reciente: un balance desde la historia social
Andrea Andújar y Débora D’Antonio 93

Artículos

Buenos Aires negro: la experiencia afroporteña y debates
historiográficos en los orígenes de la clase obrera
y el socialismo argentino, 1873-1882
Lucas Glasman 113

Luis Emilio Recabarren y el socialismo argentino
entre 1901 y 1908
Melvin Gallardo Márquez 135

Críticos y solidarios. El anarquismo argentino ante la
Guerra Civil Española
Jacinto Cerdá 155

Crítica de libros

*Historia del deporte obrero en España (de los orígenes
al final de la guerra civil)* (de Francisco de Luis Martín)
por Juan Buonuome 177

*Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile
del siglo XX (1918-1938)* (de Verónica Valdivia Ortiz de Zárate)
por Mercedes F. López Cantera 180

*Con los vientos del Cordobazo: los trabajadores clasistas
en tiempos de violencia y represión* (de María Laura Ortiz)
por Leandro Molinaro 182

*Cuando los trabajadores salieron de compras.
Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural
durante el primer peronismo* (de Natalia Milanesio)
por Maximiliano Duquelsky 185

Presentación

En este año 2020 el proyecto estructurado en torno a la revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* y el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI) experimenta un proceso de consolidación, que también estará acompañado de algunas transformaciones. El intenso trabajo de elaboración teórica e historiográfica, de difusión y divulgación de sus resultados y de apelación al debate e intercambio con decenas de investigadores/as que viene desplegándose desde hace muchos años y que cobró cuerpo definitivo a partir de la edición de *Archivos* en 2012, incorpora ahora algunas novedades. Una de ellas es la mayor institucionalización que adquiere el CEHTI, al convertirse definitivamente (con este mismo nombre) en una “Asociación Civil sin fines de lucro”, cumplidos los plazos y los requisitos de su inscripción legal. Como parte de esa misma dinámica, el Centro ya completó su ingreso definitivo como miembro en la International Association of Labour History Institutions (IALHI), una entidad que agrupa a archivos, bibliotecas, centros de documentación, museos e instituciones de investigación especializadas en la historia y la teoría del movimiento obrero y los movimientos sociales de todo el mundo, y que tendrá la misión de organizar en Buenos Aires la próxima 52° Conferencia Anual (por primera vez en América Latina).

Como saben bien nuestros lectores, la actividad del CEHTI fue constante, con la realización de conferencias, charlas-debate, presentaciones de libros, talleres de discusión y formación, y reuniones de estudio, en las que muchos colegas, compañeros/as y amigos/as se acercaron a participar como expositores, panelistas, comentaristas o asistentes activos. Una especial satisfacción nos concita que el CEHTI continúe existiendo como un espacio abierto, plural y fraterno, donde todos/as son invitados, sin exclusiones, para aportar sus puntos de vista y a compartir sus conocimientos y perspectivas críticas acerca de la historia

de las izquierdas, el mundo de los/as trabajadores/as, el movimiento obrero y el feminismo. Hasta el momento llevamos organizadas casi 50 actividades públicas desde la apertura de nuestro espacio en julio de 2016, con cerca de 2.000 asistencias. Todo ello sin contar las decenas de reuniones, visitas de investigadores del exterior o encuentros más acotados a públicos específicos. A ello se suma el desarrollo de la Biblioteca/Hemeroteca del Centro, a total disposición para la consulta pública y gratuita en su sede, que continuó incrementando, catalogando e inventariando su patrimonio, actualmente representado por unos tres mil libros y revistas académicas, un material especializado en la historia y la teoría de las izquierdas, los movimientos obreros, el socialismo y el feminismo.

El CEHTI y la revista *Archivos* también se encuentran organizando este año las “III Jornadas internacionales de historia de los/as trabajadores/as y las izquierdas”, que se realizarán del 4 al 6 de noviembre en la Universidad Nacional de Rosario. La cantidad de mesas temáticas que ya han sido aprobadas (casi 30) y la representatividad de sus coordinadores, así como la diversidad de cuestiones a abordar, nos permite prever un evento de envergadura y calidad para el debate.

En el campo estrictamente editorial, continuamos con la publicación de libros dentro de la “Colección Archivos. Estudios de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda”, bajo los sellos Imago Mundi y Ediciones CEHTI. El pasado año fueron dos los títulos, alcanzando ya 11 volúmenes publicados. El primero de ellos fue *Espionaje y revolución en el Río de la Plata. Los archivos secretos de una red diplomática de persecución al maximalismo (1918-1919)*, con la coordinación de Hernán Díaz y la participación de varios/as compañeros/as del CEHTI. El otro título fue *Trabajadores y trabajadoras del mundo. Ensayos para una historia global del trabajo*, de Marcel van der Linden, investigador del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, uno de los referentes de los estudios sobre la clase trabajadora a nivel mundial, en especial de la “historia global del trabajo”. Se trata de un libro importante que, desde su edición original de 2008 en inglés, no había tenido traducción al español. En 2020 proyectamos la edición de otros cuatro títulos en nuestra Colección, que haremos conocer oportunamente.

Por último, pero no menos importante, anunciamos el inicio de una nueva etapa en la revista *Archivos*. Desde ahora se suma, a su tradicional publicación en papel y en su página web, la edición de la totalidad de sus números en acceso abierto y disponibles en línea en Open Journal Systems 3.1.2.1. De este modo, la comunidad de lectores se ampliará notablemente y podrá acceder de manera inmediata a todos nuestros materiales.

El presente número de *Archivos* retoma una de las cuestiones que

mereció especial atención en la revista y en las actividades del CEHTI: la reflexión teórica, histórica y sociológica, desde una perspectiva emancipatoria actualizada, acerca de los vínculos entre la explotación de clase y la opresión de género, que permita entender la dominación que pesa sobre las mujeres en el capitalismo de ayer y de hoy. A propósito de este tema, en 2019 se realizó, en conjunto con el Seminario “Los trabajadores en la Argentina actual” de la UBA, un concurrido Taller de discusión en el CEHTI, titulado “Género y clase en la Teoría de la Reproducción Social”, en donde se examinaron en detalle las disputas teóricas y políticas en el campo del feminismo y en sus vínculos con los análisis de la clase trabajadora en la actualidad, analizando, entre otros, los aportes de Susan Ferguson, Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya. Precisamente, son textos de ellas mismas los que ahora estructuran el dossier de este número, junto a un artículo de Paula Varela, coordinadora del mismo. Otros textos del mismo dossier, artículos libres y la sección de crítica de libros complementan la edición de un número que pretende confirmar las aspiraciones del CEHTI-*Archivos* por contribuir a consolidar y expandir el campo de estudios sobre los trabajadores, las trabajadoras y las izquierdas, en la Argentina y el mundo.

Comité Editor

DOSSIER:

**El trabajo de las mujeres:
feminismos, marxismos
y reproducción social**

Presentación del dossier

En 1979, la feminista materialista Heidi Hartmann habló del “infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo” y, con esa metáfora, ilustró un debate que no comenzaba allí pero que tuvo, en la Segunda Ola Feminista, un momento de inusual riqueza, matices y creatividad. Hoy, 40 años después, las preguntas e inquietudes (teóricas y muy políticas) que circularon en ese entonces vuelven a aparecer (algunas de la misma forma, otras con enunciaciones novedosas) de la mano de la actual Ola Feminista y de su inextricable relación con la crisis del capitalismo neoliberal: ¿Cómo se comprende y se explica la opresión de las mujeres en el capitalismo? ¿Cuál es la relación entre explotación de clase y opresión de género? ¿De qué modo se conectan el trabajo en el ámbito de la producción con el de la reproducción social? ¿Cómo deben pensarse esas dos opresiones en una teoría emancipatoria?

Este *dossier* propone abordar algunas de esas preguntas, desde la teoría y desde la historia, con el objetivo de reafirmar la importancia vital que tiene la comprensión de la relación entre clase y género, entre explotación y opresión, para cualquier perspectiva que se proponga desafiar el capitalismo. Para hacerlo, convocamos, además de autoras locales, a Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Susan Ferguson, tres feministas marxistas que vienen desarrollando investigaciones y debates de primer orden a nivel internacional, como los que pueden encontrarse en los libros *Las sin parte. Matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*, de Arruzza; *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentring Oppression*, editado por Bhattacharya; y, publicado hace apenas unos meses por Ferguson, *Women and Work: Feminism, Labour and Social Reproduction*.

Presentamos a las y los lectores un recorrido de cuatro artículos que comienza con “Las visiones del trabajo en la teoría feminista”, de Susan Ferguson, en el que la autora rastrea las diversas formas en que el trabajo ha sido conceptualizado en la teoría feminista, desde fines

del siglo XVIII hasta la actualidad, identificando dos grandes enfoques analíticos: el feminismo de la igualdad y el feminismo de la reproducción social. A partir de este mapeo, Ferguson examina ambas perspectivas y las estrategias políticas a las que dan fundamento, y argumenta por qué, según su punto de vista, el segundo enfoque logra superar las debilidades del primero.

El artículo que sigue es el de Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya, “Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales para un feminismo marxista”. En agosto de 2019, Arruzza y Bhattacharya dictaron un curso sobre Teoría de la Reproducción Social en el marco del Niep-Marx en Río de Janeiro. Este texto reúne las principales ideas allí expuestas, organizadas en siete núcleos temáticos que surgen no sólo de la exposición original de las autoras, sino de las respuestas dadas a las preguntas del público. Comienza por la definición de qué es la reproducción social bajo el capitalismo, para adentrarse luego en los debates sobre las relaciones y tensiones entre producción y reproducción, y la definición de qué produce el trabajo reproductivo; cuál es el rol que juega la familia; cómo pueden pensarse la sexualidad y los derechos reproductivos desde este punto de vista; y, por último, cómo pueden ser leídos los procesos de desposesión neoliberal en clave de la reproducción social. Estos tópicos están desarrollados en diálogo con otras tradiciones de la teoría feminista como el materialismo francés, la interseccionalidad, la apuesta por “los comunes” y el autonomismo.

El tercer artículo, de mi autoría, aborda el debate, teórico-político, entre la visión autonomista y la visión marxista de la reproducción social. Para hacerlo, retoma el reciente dossier publicado por la revista *Radical Philosophy* “Social Reproduction Theory”, cuya presentación está escrita por Silvia Federici y su artículo teórico por Alessandra Mezzadri, dirigido a polemizar con las posiciones sostenidas en el libro de Tithi Bhattacharya *Social Reproduction Theory*. Sobre esta base, “La reproducción social en disputa: un debate entre autonomistas y marxistas”, se propone como una “crítica de la crítica” para invitar a una lectura de la Teoría de la Reproducción Social en tanto teoría de la relación entre producción y reproducción en la sociedad capitalista.

Por último, el artículo escrito por Andrea Andújar y Débora D’Antonio, “«Chicas como tú»... Género, clase y trabajo en la Argentina reciente: un balance desde la historia social” realiza un recorrido historiográfico de las principales contribuciones que brindan los cruces entre las categorías de clase y género al conocimiento de la historia de la clase trabajadora en el pasado reciente argentino. Esta revisión, que se concentra en los aportes realizados en los últimos 50 años, está guiada por las preguntas acerca de cuáles han sido los principales problemas y tópicos que se

examinaron desde la historia social, qué esfuerzos teórico-metodológicos implicaron y qué dimensiones permanecen aún inexploradas.

Con este dossier esperamos estar abriendo un debate, tan necesario como urgente, para el campo de los estudios sobre el movimiento obrero y la izquierda, como así también para el del feminismo y los estudios de género. Las transformaciones en el capitalismo, su impacto en la morfología, en las organizaciones y en las luchas de los y las trabajadoras (todos objetos de interés e investigación en la revista *Archivos*), no han hecho más que reforzar la necesidad de que la relación entre marxismo y feminismo no sea la de un “matrimonio infeliz” sino la de un enriquecimiento constante que permita afinar la teoría y aguzar la práctica de una clase trabajadora (heterogénea en términos de género, de raza, de etnia, de nacionalidad y de sexualidad) que se enfrenta, una vez más, a un capitalismo en crisis.

Paula Varela

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas • Universidad de Buenos Aires (Argentina)
paula.varela.ips@gmail.com

Marcel
van der Linden

Trabajadores y trabajadoras del mundo

Ensayos para una
historia global del
trabajo



¿Cuáles son las características de la clase obrera a nivel mundial? ¿Cómo pueden delimitarse los contornos de esa clase? ¿Qué factores fueron determinantes en su conformación? ¿Qué formas de acción colectiva desarrollaron trabajadores y trabajadoras a lo largo del tiempo y cuál fue la lógica de su desenvolvimiento? ¿De qué forma las contribuciones de la antropología, la sociología y otras ciencias sociales pueden ser útiles para el desarrollo de una historia global del trabajo? Se trata de algunas de las preguntas que aborda esta obra ambiciosa, que propone un conjunto de reflexiones para construir una historia global del trabajo liberada de eurocentrismo y nacionalismo metodológico. El libro se apoya en una vasta bibliografía, proveniente de diversas regiones, épocas y disciplinas, con el objetivo de ofrecer argumentos y herramientas conceptuales que integren la historia del trabajo asalariado a la historia de la esclavitud, del trabajo forzado y del trabajo doméstico y presten atención a los desarrollos divergentes pero interconectados que se produjeron a escala global. Esta es la primera versión en español de un libro que, desde su primera edición en inglés en 2008, se ha constituido en una referencia internacional de los estudios contemporáneos sobre la historia de la clase trabajadora.

Las visiones del trabajo en la teoría feminista

Susan Ferguson

Universidad Wilfrid Laurier (Waterloo, Canadá) • sferguson@wlu.ca

Título: Visions of Work in Feminist Theory

Resumen: Este artículo recorre las diversas formas en que el trabajo ha sido objeto de análisis en la teoría feminista. Identifica dos enfoques analíticos generales que, si bien comparten la idea de que la devaluación social del trabajo que realizan las mujeres es una característica definitoria de la desigualdad y la opresión que sufren, difieren en sus conceptualizaciones sobre el poder social y, por ende, en sus proyectos políticos para la emancipación de las mujeres. El primero, “feminismo de la igualdad”, se centra en la división sexual del trabajo; el segundo, “feminismo de la reproducción social”, se centra en el trabajo reproductivo como elemento clave para la reproducción continua de la sociedad capitalista. El artículo analiza ambas perspectivas y da los argumentos de por qué el segundo enfoque logra superar las debilidades del primero.

Palabras clave: trabajo – capitalismo – feminismo de la igualdad – feminismo de la reproducción social

Abstract: This article takes a look at the various ways in which labor has been assessed in feminist theory, within which two broad analytic approaches can be discerned. They both identify the societal devaluing of and restrictions on the work women do as defining features of women’s inequality and oppression, but they differ in their conceptualizations of social power and, relatedly, in their political projects for women’s emancipation. The first one, “equality feminism”, focuses on the sexual division of labor, whereas the second one, “social reproduction feminism”, focuses on reproductive labor as a key element in the ongoing reproduction of capitalist society. The article analyses both perspectives and argues that the second approach succeeds in overcoming the weaknesses of the first.

Keywords: labor – capitalism – equality feminism – social reproduction feminism

Recepción: 16 de diciembre de 2019. **Aceptación:** 27 de febrero de 2020

Introducción¹

El trabajo ha sido una preocupación para la teoría feminista desde hace mucho tiempo. Ya en 1792, en su *Vindicación de los derechos de la mujer*, Mary Wollstonecraft destaca el valor del trabajo de las madres y las esposas, y afirma que una educación igualitaria para las mujeres beneficiaría su trabajo como médicas, comerciantes y en otras profesiones. Desde entonces, las feministas han retomado el tema, a menudo avanzando hacia una comprensión más crítica, matizada y compleja de qué constituye trabajo, quién trabaja, bajo qué condiciones y cómo se mide el valor del trabajo. Y durante más de doscientos años han propuesto estrategias para la emancipación de las mujeres basadas en nuevas formas de imaginar su trabajo.

Dentro de esta rica y variable historia del pensamiento feminista sobre el trabajo, es posible distinguir dos enfoques analíticos generales. Si bien ambos identifican la devaluación social del trabajo que realizan las mujeres y las restricciones al mismo como características definitivas de la desigualdad y de la opresión de las mujeres, difieren en sus conceptualizaciones sobre el poder social y, en consecuencia, en sus proyectos políticos para la emancipación de las mujeres. El primero se centra en la división sexual del trabajo, la cual refiere a las convenciones sociales que asignan a las mujeres la responsabilidad de la reproducción fisiológica, la crianza de los hijos y el “trabajo doméstico” en las diferentes sociedades de clase, al tiempo que asignan a los hombres otras tareas “productivas”. Esta línea crítica condena las desventajas que este “destino” implica para las mujeres, y lo injusto de las ventajas sociales y económicas de los hombres. Se examinan críticamente la naturaleza del trabajo de las mujeres y las condiciones bajo las cuales lo realizan, en contraste con la naturaleza y las condiciones del trabajo que realizan los hombres. La división sexual del trabajo es generalmente (aunque no siempre) rechazada como algo antinatural o injusto. Y, debido a que se supone que la libertad reside en la independencia económica de las mujeres, la principal estrategia política es la integración de las mujeres en la fuerza de trabajo remunerada en pie de igualdad con los hombres.

El segundo enfoque analítico se centra en las formas bajo las cuales el control patriarcal del trabajo de las mujeres está relacionado con la reproducción continua de la sociedad capitalista. No es la división sexual

1. La versión en inglés de este artículo forma parte de *The Bloomsbury Handbook of 21st-Century Feminist Theory* editado por Robin Truth Goodman y publicado en 2019 por la editorial Bloomsbury del Reino Unido. Agradecemos a Susan Ferguson y a la editorial Bloomsbury por haber autorizado su publicación en español para este número de la revista *Archivos*. La traducción estuvo a cargo de Antonio Oliva y Paula Varela.

del trabajo en sí misma la que explica la opresión de las mujeres, sino el hecho de que esta división está basada, de manera contradictoria y parcial, en la lógica esencialmente deshumanizante de la acumulación capitalista. El trabajo, en este caso, se concibe en un sentido amplio, y se destaca el valor del trabajo doméstico de las mujeres. Sin embargo, ese valor no solo se evalúa en una escala moral (por su mérito para garantizar una sociedad buena y justa). Se lo analiza en términos político-económicos (por su capacidad para asegurar la continuidad de la sociedad *capitalista*). La libertad es imaginada en este caso como una reorganización general de *todo* el trabajo con el fin de interrumpir la tendencia del capitalismo a privatizar y deshumanizar los procesos de producción involucrados en la satisfacción de las necesidades de subsistencia.

Este artículo revisa las trayectorias históricas de estos dos análisis, en lo sucesivo denominados “feminismo de la igualdad” y “feminismo de la reproducción social”. Se remonta, de modo necesariamente somero, a lo largo de los últimos dos siglos para destacar sus interpretaciones, relacionadas aunque diferenciadas, de la importancia del trabajo en el pensamiento feminista. El artículo también critica el individualismo y las limitaciones de clase de la lente con la cual el feminismo de la igualdad ve el mundo del trabajo de las mujeres; limitaciones que, a mi juicio, logra superar el enfoque feminista de la reproducción social.

El feminismo originario: el potencial igualador del trabajo

Lo que las mujeres *hacen* –y lo que *se les ha impedido hacer*– constituye gran parte de su experiencia real de opresión. Por lo tanto, no es sorprendente que el “trabajo” aparezca como una preocupación destacada en las primeras teorías feministas. Escribiendo al comienzo de la primera revolución industrial, muchas feministas aceptaron la división del trabajo por género que consideraba a las mujeres naturalmente aptas para dirigir los hogares y criar a los hijos. Sin embargo, pidieron reformas para abordar la relación desigual de mujeres y hombres con el trabajo. En *Vindicación...*, por ejemplo, Wollstonecraft argumenta que permitir a las mujeres de “sectores medios” y de “la clase superior” acceder a la educación de los clásicos, probaría y mejoraría la capacidad de las mujeres para aplicar principios racionales y morales a sus deberes domésticos (lo que ella ve como su vocación natural), así como a sus ocupaciones laborales (menciona la medicina, la enfermería, la partería y la administración de una tienda o una granja) (1999, cap. 4). Otras demócratas radicales de la década de 1790 se aventuraron a criticar más directamente la posición de las mujeres en el mercado laboral. Olympe de Gouges aboga por que los hombres y las mujeres compar-

tan igualitariamente todos los “puestos, empleos, oficinas, honores y trabajos” (Gouges, 2017, art. XIII), mientras que Mary Anne Radcliffe refiere a la usurpación del trabajo asalariado por los hombres como “la gran causa” de la pobreza de las mujeres y su consecuente vuelco al robo y la prostitución (1799, p. 86). En lugar de ver con malos ojos a aquellas que no tienen más remedio que “buscar el pan en los caminos del vicio”, insta a que la sociedad ofrezca caridad y trabajo (1799, p. 46).

En todos estos análisis, el trabajo en sí mismo es visto como algo positivo. Se propone un trabajo útil y racional como correctivo de la degradación y la desigualdad de las mujeres, así como de la corrupción de su carácter provocado por el maltrato que les propina la sociedad. De hecho, Wollstonecraft y Radcliffe sugieren que las mujeres más ricas tienen algo que aprender de la “laboriosidad” de sus hermanas trabajadoras más pobres. Ninguna de las dos considera que la naturaleza servil y las penurias del trabajo doméstico u otro trabajo de servidumbre sean un problema del feminismo. Wollstonecraft deja en claro este punto en su descripción de las relaciones libres e iguales entre los sexos, afirmando que la esposa depende “simplemente de una sirvienta para dejar de hacerse cargo de la parte servil de las tareas del hogar” (1999, cap. 9). La igualdad aparece como algo a ser conquistado sobre la condición de que haya una mujer trabajadora pobre que esté disponible para fregar los pisos y cambiar los pañales.

En otras palabras, las primeras observaciones feministas acerca de la relación de las mujeres con el trabajo descansan en una *naturalización* de las relaciones de clase capitalistas.² Este es un tema que atravesó el análisis feminista de la igualdad durante los siguientes doscientos años. Otros dos temas –más progresivos– también están presentes en estas primeras consideraciones. Primero, aunque son relativamente indiferentes al trabajo doméstico, estas feministas ofrecen una visión crítica de la división sexual del trabajo de la fuerza laboral remunerada que, en el caso de Radcliffe, supone un desafío explícito a la naturalización de los roles de género, que prohíbe a las mujeres ejercer ciertas ocupaciones. En segundo lugar, Radcliffe ubica explícitamente la independencia financiera como un objetivo feminista. El camino hacia la igualdad y la libertad, sugiere, radica en mejorar el acceso de las mujeres al trabajo remunerado. Este énfasis en el potencial igualador del trabajo fue acogido, como veremos, no solo por las feministas liberales posteriores, sino también por muchas feministas socialistas.

2. Las demócratas radicales de 1790, en general, criticaron la desigualdad, no el capitalismo y la dinámica de clase.

El problema del trabajo doméstico

Un enfoque más crítico para teorizar el trabajo encuentra sus raíces en el siglo XIX, cuando las feministas comenzaron a prestar más atención a la crianza de los hijos y al mantenimiento del hogar. En lugar de una cuestión del deber de las mujeres, propusieron que tales actividades no eran inherentemente edificantes, aun cuando fueran socialmente valiosas. Sus análisis dieron lugar a algunas propuestas sorprendentemente modernas para aliviar las cargas del trabajo doméstico y redefinir el significado de la independencia de las mujeres. A su vez, abrieron el camino a la crítica de las características de clase del trabajo de las mujeres.

Ese camino se vislumbró más abiertamente en la década de 1820 en Gran Bretaña. En su tratado de 1825, los socialistas utópicos William Thompson y Anna Wheeler describieron la esclavitud doméstica de las mujeres con palabras exhortativas, refiriéndose al hogar como “la eterna prisión de la esposa” (1825, p. 79).³ Pero su pensamiento va más allá: de una condena moral se pasa a una crítica político-económica. La clave que aportaron, aun cuando no desarrollaron completamente la idea, es que el capitalismo no se sustenta simplemente en la explotación del trabajo asalariado; también depende en forma sustancial de la *privatización* del trabajo doméstico (de las mujeres) y, por lo tanto, de la opresión de las mismas. Es decir, el sistema económico es, en el fondo, también un sistema de opresión de género precisamente porque el trabajo doméstico es, en el capitalismo, un asunto privado.

Aunque esta idea inspiró experimentos de vida comunitaria durante muchos años, se mantuvo sin desarrollar como *teoría* de la opresión de las mujeres.⁴ En su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, de 1884, Friedrich Engels explica que la transición histórica de la propiedad comunitaria a la propiedad privada concentró la riqueza en manos de los hombres, lo que hizo que tomaran “el mando en el hogar”, mientras que las mujeres fueron “degradadas y reducidas a servidumbre” (1972, pp. 120-121). Pero, debido a que los trabajadores no poseen propiedades bajo el capitalismo, razona Engels, el patriarcado carece de base material dentro de su clase. En su opinión (y en la de Marx), las mujeres deberían unirse a la fuerza de trabajo asalariada para obtener la independencia necesaria en función de enfrentar cualquier vestigio de patriarcado que persista en sus hogares. Como trabajadoras asalariadas, podrían participar en la lucha colectiva para derrocar el capitalismo (y

3. El exordio lleva el nombre de Thompson, aunque él atribuye las ideas a Wheeler.

4. Para las discusiones sobre los experimentos de socialización del trabajo doméstico en los Estados Unidos ver Hayden (1982) y también Siegel (1993-1994).

con ello, la base material –la propiedad privada– de la opresión de las mujeres).⁵ En lugar de desarrollar la idea de que el trabajo doméstico de las mujeres es una piedra angular en el edificio capitalista, Engels propuso una variante de la teoría del potencial igualador que el trabajo remunerado tiene para las mujeres.

La posición de Engels fue predominante en la izquierda marxista durante el siglo siguiente: la cuestión del trabajo doméstico surgió solo de manera esporádica. Dos historias clásicas del trabajo de las mujeres revelan dos perspectivas divergentes: *Working Life of Women in the Seventeenth Century* de Alice Clark, editada en 1919 y *Women Workers and the Industrial Revolution 1750–1850* de Ivy Pinchbeck, publicada once años después. Al rastrear el cambio del hogar rural al trabajo por piezas y la producción industrial, Pinchbeck presenta una imagen triunfalista en la que las penurias del trabajo remunerado de las mujeres disminuyen gradualmente a medida que la tecnología, las concesiones capitalistas al movimiento obrero y las regulaciones estatales se coaligan para mejorar su situación. Al término de la revolución industrial, insiste, las mujeres solteras podían contar con su independencia financiera, y “la emancipación de las mujeres trabajadoras definitivamente había comenzado” (Pinchbeck, 1985, p. 314). Clark, por otro lado, es mucho menos optimista. La industrialización capitalista, argumenta, socava la “capacidad productiva” de las mujeres (1992, p. 290) haciendo la vida mucho más difícil para las mujeres de la clase trabajadora, en parte porque se concentraban en los trabajos peor pagos. Además de ser una de las primeras en señalar claramente la guetización del trabajo asalariado de las mujeres, plantea la cuestión de la relación entre el trabajo remunerado y no remunerado, sosteniendo que este último es tan productivo como el remunerado.

Mientras que gran parte de la izquierda socialista organizada tendía a evitar las discusiones sobre el trabajo doméstico, considerándolas irrelevantes para su proyecto político, las feministas liberales las incorporaron. Sin embargo, en lugar de preguntar de qué manera cocinar y limpiar sostiene el capitalismo, adoptaron y ampliaron una crítica moralista e individualista que condujo a estrategias para liberar a las mujeres del trabajo doméstico. Sus numerosas propuestas van desde reclamar que los hombres compartan “las cargas domésticas comunes” (Brown Blackwell, 1975, p. 155) hasta imaginar avances tecnológicos vinculados con la limpieza y la eliminación de desechos. Otras, perspicazmente, trazaron una línea directa entre trabajo remunerado y no remunerado,

5. Engels consideró que el fin del capitalismo también implicaba la socialización de la limpieza, el cuidado de los niños y la educación. Pero en ningún momento sugirió que estas tareas fueran parte integral de la reproducción en curso del capitalismo.

y plantearon que las normas y reglamentos que se aplicaban en las industrias también fueran puestos en práctica en los hogares. En lugar de esperar que los hombres hagan el trabajo de las mujeres, Charlotte Perkins Gilman sugiere que el trabajo de “calefacción, iluminación, alimentación, vestimenta y limpieza” debe organizarse en una “amplia combinación de actividades bien administrada. . . [que asegure] horas regulares de trabajo y tiempo libre de descanso”. También reclama “una buena remuneración para cada tipo de servicio” (1975, pp. 177-178). Décadas más tarde, Edith Stern extiende esta línea de razonamiento. La ama de casa es la “trabajadora olvidada” que no goza de salario mínimo, no tiene normas de higiene y seguridad y carece de períodos obligatorios de descanso. “Las personas libres, en una democracia, prestan servicios personales para sí mismas o, si tienen efectivo, pagan a otros individuos libres para que los atiendan” (Stern, 1975, p. 353).

Estas feministas creían que la libertad de las mujeres podía asegurarse mejorando el sistema competitivo, y no alterándolo. Los bienes y servicios producidos en forma capitalista, así como la absorción del trabajo doméstico en las relaciones de producción capitalistas reguladas, liberarían a las mujeres de la esclavitud del hogar. Si bien sus críticas resaltan el valor social del trabajo doméstico y de crianza no remunerado, nunca se cuestionan por qué existe la evidente división entre el trabajo remunerado y no remunerado. Tampoco reconocen las experiencias opresivas específicas de los sectores obreros que producen los bienes y servicios que, supuestamente, emanciparían a las mujeres: sectores que, en su mayoría, también están compuestos por mujeres. En su lugar, el trabajo asalariado y el “individuo libre” de Stern, que es capaz o bien de pagarlo o bien de realizarlo, son considerados como el modelo y el medio para alcanzar la independencia y la libertad.

La insuficientemente teorizada relación entre trabajo remunerado y no remunerado siguió estando presente en la agenda feminista en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial. Un crecimiento sostenido en la productividad y la ampliación de la provisión en materia de seguridad social llevaron a muchos trabajadores, aunque no a todos, a disfrutar de salarios más altos y un mejor nivel de vida. Este relativo bienestar, que fue disfrutado desproporcionadamente por los hogares blancos y encabezados por varones en América del Norte y Europa Occidental, permitió a ciertas mujeres de la clase trabajadora optar por no trabajar en forma remunerada.⁶ Dedicarse a tiempo completo a ser madres y

6. Los afroamericanos y otros inmigrantes no solo fueron parte de manera desigual del bienestar de la época, sino que los criterios de elegibilidad racistas para medidas de asistencia pública como la *Ayuda para niños dependientes* en los Estados Unidos (más tarde conocida como *Ayuda para familias con niños dependientes*) también

“amas de casa” (de manera no remunerada), se convirtió en el modelo de feminidad para un número cada vez mayor de mujeres. Sin embargo, mientras en muchas amas de casa resonaba la idea de que la opresión de las mujeres se basaba en la monotonía del trabajo doméstico y sus efectos aislantes, era esta misma idea la que eclipsaba las experiencias de millones de mujeres inmigrantes y negras. Estas eran las mujeres que fregaban los pisos y limpiaban las narices de los niños en hogares que no eran los suyos, en hogares *blancos*, por salarios extremadamente bajos y con escaso control sobre las condiciones de su trabajo. Como escribe elocuentemente Angela Davis sobre las mujeres afroamericanas: “Aunque rara vez han sido «solo amas de casa», siempre han hecho sus tareas domésticas” (1982, p. 231).

En ese sentido, Claudia Jones señala en 1949 que, además de ocuparse de sus propios hogares, las mujeres negras en los Estados Unidos tenían el doble de probabilidades de tener que trabajar para ganarse la vida y hacerlo por menos de la mitad del salario que las mujeres blancas. Para estas mujeres el trabajo doméstico no era, por lo tanto, un marcador del estatus de clase media ni una experiencia aislante. Por el contrario, el trabajo doméstico *remunerado* indicaba pobreza *y* racismo. Y este es el punto central de Jones. Denunciando la “súper explotación” y la “degradación” de las mujeres negras, Jones presagia las teorizaciones del feminismo negro sobre opresiones “intersectadas”, insistiendo en que la “mujer negra . . . [enfrenta] una opresión especial como negra, como mujer y como trabajadora” (1949, p. 7). Más aún, el trabajo doméstico *no remunerado* y la crianza de los hijos de las mujeres negras tienen su propia historia y significado diferenciados.

Jones introdujo una notable complejidad en la comprensión feminista del trabajo de las mujeres y de su poder social. Mientras que (al igual que sus camaradas del Partido Comunista), Jones vio la clave para la emancipación de las mujeres (negras) en la lucha por el mejoramiento de sus salarios y condiciones, fue un paso más allá al argumentar que el trabajo no es solo un problema “económico”. Insistió en que, debido a que la fuerza de trabajo estadounidense estaba tan racializada, no podría haber una mejora para todos hasta que también el racismo fuera enfrentado y destruido. Se trata de una innovación radical e importante. Sitúa el trabajo remunerado de las mujeres como algo indisolublemente atado no solo al sexismo sino también al racismo, elevando el espectro analítico hacia una lógica más amplia y sistémica, aunque sin abordarla completamente. Lamentablemente, su análisis fue rápidamente ignorado. El Partido Comunista de los Estados Unidos y el movimiento sindical

impidieron que muchos consiguieran recursos estatales en el mismo grado que las familias blancas (Nadasen, 2005).

ante los cuales Jones planteó sus exigencias no supieron aprovechar estas ideas y las feministas *mainstream* las ignoraron.

Estas últimas sí abordaron la doble carga de trabajo remunerado y no remunerado, pero sin reconocer toda la rica complejidad de la racialización del trabajo de las mujeres. La “Declaración de Propósitos” de la *Organización Nacional de Mujeres* (NOW, por su sigla en inglés) de 1966, por ejemplo, plantea que la tecnología puede liberar a las mujeres de las tareas domésticas, definidas por las autoras como “una de las partes más importantes” de la vida de las mujeres. Rechazando la idea de que las mujeres deberían elegir entre la maternidad o la carrera, el documento propone matrimonios “colaborativos”, centros de cuidado infantil y capacitación laboral, haciéndose eco de las políticas individualistas y basadas en el mercado que proponía el feminismo de la etapa previa. Dichas medidas promueven la independencia económica de las mujeres, ayudando a sacarlas de los empleos mal remunerados del sector servicios. Las autoras de la “Declaración” hacen observaciones sobre la naturaleza racializada de la fuerza de trabajo, pero no realizan análisis ni sacan conclusiones políticas al respecto.

En estos 150 años de pensamiento feminista sobre el trabajo, vemos una reivindicación continua del valor social del trabajo doméstico y una creciente disposición a inspeccionar críticamente las condiciones bajo las cuales las mujeres lo llevan a cabo. Thompson y Wheeler identifican su importancia para la reproducción y expansión del capitalismo en la década de 1820, pero la mayoría de las socialistas posteriores no continúan este incipiente análisis político-económico. En su lugar, lo que hacen es elaborar una crítica moral y promover variantes del feminismo de la igualdad. Del mismo modo, el esfuerzo de Jones para racializar el análisis del trabajo remunerado y no remunerado no encontró eco. Por el contrario, en la década de 1960, la emancipación de las mujeres se define en gran medida en términos de la libertad de elegir entre diferentes tipos de trabajo: maternidad o carrera, o ambos.

Podría decirse que la visión del carácter emancipatorio del trabajo remunerado ha dominado la agenda de feminismo liberal desde entonces. Esta perspectiva fue parte de los análisis e iniciativas de las feministas que, en los años 70 y 80, buscaban integrar a las mujeres de los países del Sur global en la economía formal (Rathgeber, 1990; Reeves y Baden, 2000). Y, a pesar de las críticas, las Naciones Unidas y muchas agencias no gubernamentales continúan trabajando dentro de este paradigma, más recientemente bajo su forma neoliberal que promueve la extensión de microcréditos a las mujeres pobres para financiar sus emprendimientos productivos (Rankin, 2001). El acceso a la educación superior, a trabajos profesionales y a juntas ejecutivas es la estrategia clave del feminismo dominante actualmente en el Norte global. Ya se trate de

líderes políticas como Hillary Clinton –en cuya cuenta de Twitter se lee: “Para cada niña que sueña a lo grande: Sí, puedes ser lo que quieras, incluso presidenta”– o de líderes empresariales como Sheryl Sandberg, autora de *Lean In*, el “feminismo corporativo” (Burnham, 2013) retoma hoy este punto de la crítica feminista: el argumento de que la libertad de las mujeres requiere igualar sus oportunidades en un mercado laboral (y ejecutivo corporativo) desigual.

Una perspectiva feminista de estas características no escapa a las contradicciones asociadas con el feminismo de la igualdad de siglos pasados. Por importante que sea para las mujeres ser tratadas igual que los varones en tanto fuerza de trabajo, la gran mayoría de las mujeres, en el Sur y en el Norte global, realmente no tienen la posibilidad de elegir entre la maternidad y su carrera; ni siquiera pueden elegir su empleo. Y la mayoría de ellas trabajan en empleos tan alejados de las salas de juntas ejecutivas de las compañías, que “optar por eso” no tiene ningún significado en sus vidas. Además, saben muy bien que la opresión de las mujeres no se detiene en las puertas de la fábrica o de la oficina. Para aquellas que tienen trabajos bien remunerados, elegir la maternidad regularmente depende de que otras mujeres (y en general *otrorizadas*, por ejemplo, racializadas) estén disponibles para asumir la pesada carga del trabajo doméstico, el equivalente en el siglo XXI de la “simple sirvienta” de Wollstonecraft, que se hace cargo de “la parte servil de las tareas domésticas”.

Una economía política del trabajo de las mujeres

Esto es lo que hace tan importante e inspirador, hoy en día, el *revival* de la visión socialista utópica sobre el trabajo doméstico que tuvo lugar en el siglo XX. Esa historia comienza con la publicación en 1969 de “La economía política de la liberación de la mujer” de Margaret Benston. Con este artículo, Benston logra ir más allá de una crítica moral-política del trabajo doméstico como algo aislante y opresivo y desarrolla un análisis socio-materialista del mismo. Al hacerlo, logró sentar las bases para una teoría de la naturaleza intrínsecamente patriarcal del capitalismo. Utilizando conceptos marxistas, planteó que el trabajo doméstico es trabajo *productivo* desde el punto de vista *económico* (y, por lo tanto, *capitalista*).⁷ Es decir, las tareas domésticas que realizan las mujeres para que sus esposos e hijos sean trabajadores en el presente y en el futuro

7. El trabajo “productivo”, en términos marxistas, refiere a aquello que genera directamente plusvalía para los capitalistas. Benston y muchas otras feministas de la reproducción social a menudo se confunden entre este significado analítico específico del término y una definición más convencional.

son esenciales para los procesos capitalistas de creación de valor.⁸ Esto se debe a que los productos del trabajo doméstico –la alimentación, el vestido y el cuidado de los cuerpos– aseguran un suministro continuo de la fuerza de trabajo necesaria para generar valor *económico (o de cambio)* para el capital. En otras palabras, el trabajo doméstico de las mujeres *reproduce socialmente* la fuerza de trabajo para el capital.⁹

Sin embargo, al estar organizado en hogares privados y ser llevado a cabo por mujeres que lo realizan no por una paga sino porque las relaciones patriarcales de género así lo exigen, el trabajo doméstico no es algo cuyo valor pueda medirse de forma capitalista. Por lo tanto, se lo considera *improductivo* (tanto en la economía marxista como en las estimaciones *mainstream* de la actividad económica de una sociedad, como el Producto Bruto Nacional).¹⁰ De igual modo, al ser caracterizado como un asunto privado, se le otorga poco reconocimiento cultural. Por lo tanto, mientras el trabajo doméstico se organice de esta manera, argumenta Benston, las mujeres no pueden ser libres: “La igualdad de acceso a los trabajos fuera del hogar, si bien es una de las condiciones previas para la liberación de las mujeres, en sí misma no será suficiente para otorgarles igualdad; mientras el trabajo en el hogar siga siendo una cuestión de producción privada y sea responsabilidad de las mujeres, simplemente llevarán una doble carga de trabajo” (Benston, 1969, p. 21). La comunidad política e intelectual feminista internacional saludó con entusiasmo el artículo de Benston, debatiendo y desarrollando aún más sus premisas (Miles, 1993). Durante la mayor parte de la década, las feministas lidiaron con una cantidad de preguntas. ¿Cuál es la relación entre el trabajo doméstico y el trabajo productivo en la formación de valor? ¿El primero crea directamente plusvalía o no? ¿Cómo se entrecruza efectivamente la organización patriarcal del trabajo doméstico con la organización capitalista del trabajo productivo? Más que un simple debate académico, el “Debate sobre el trabajo doméstico” impulsó la campaña internacional Salarios para el Trabajo Doméstico (IHWI, por su sigla en inglés), lanzada en 1972 (Katsarova, 2015). Las cofundadoras de la campaña, Mariarosa Dalla Costa y Selma James, argumentaron (en contra de Benston, quien sostenía que el trabajo doméstico constituía un modo de producción diferenciado no capitalista) que el trabajo doméstico es trabajo productivo, en el sentido capitalista. Y como es directamente creador de plusvalía, razonaron Dalla Costa y James, las mujeres que lo realizan tienen derecho a un salario.

8. Benston está hablando de una familia nuclear heterosexual.

9. Benston, sin embargo, no usó el término trabajo socialmente reproductivo.

10. El concepto marxista de trabajo productivo fue pensado para revelar la lógica del capital, mientras que la economía convencional lo utiliza para medir la producción.

Si bien la campaña IWHW efectivamente politizó el trabajo doméstico, sus críticas plantearon diferentes preocupaciones. Algunas señalaron que realizar pagos por las tareas domésticas extendería la explotación capitalista a la esfera doméstica, mientras que otras interpretaron la campaña, y el feminismo de la reproducción social en general, como una universalización de las experiencias de opresión de las mujeres que implicaba, de modo reduccionista, suponer que todas las mujeres comparten la devaluación, el aislamiento y la invisibilidad de las amas de casa de clase media (Weeks, 2011; Molyneux, 1979). Mientras esto ocurría, el feminismo marxista perdía terreno como corriente intelectual. Heidi Hartmann, en su famosa crítica (1979), argumentaba que el feminismo marxista subsumía, política y teóricamente, los problemas de las mujeres en la lucha de clases, y fallaba en analizar el supuesto interés material de los varones en la opresión de las mujeres. A su vez, un feminismo negro revivido señalaba el fracaso del feminismo marxista por su falta de compromiso teórico con los problemas del racismo (Mohanty, 1984; Davis, 1982). Para la década de 1980, una ofensiva agresiva de la clase dominante había derrotado efectivamente a los movimientos obreros y sociales que antes habían galvanizado las disidencias, y el proyecto de articular una teoría integral del capitalismo patriarcal basado en una crítica política económica del trabajo reproductivo de las mujeres perdió impulso.

Aunque la mayoría de las feministas de izquierda cambiaron a Marx por Derrida y Foucault, hubo quienes continuaron desarrollando el paradigma del feminismo de la reproducción social (ver Bezanson y Luxton, 2006). Un avance importante se produjo con la publicación de *Marxism and the Oppression of Women: Toward a Unitary Theory*, en 1983. Su autora, Lise Vogel, retoma el debate sobre el trabajo doméstico, pero va un paso más allá de sus impases políticos y teóricos. Ella argumenta (*con* Benston y *contra* Dalla Costa y James) que el trabajo doméstico produce valores de uso (no valor de cambio). Y además plantea (*contra* Benston y *con* Dalla Costa y James) que el trabajo doméstico no constituye un modo de producción fuera del capitalismo. Específicamente, Vogel avanza en la comprensión del capitalismo como una dinámica económica y extraeconómica entrelazada y contradictoria. En su lectura, el patriarcado y el capitalismo no son dos sistemas distintos que se cruzan, sino que forman un sistema inseparable, unitario, en el que ninguna forma de dominación es reductible a la otra. Como ya he planteado en otra parte, Vogel traslada el análisis del capitalismo a un terreno más dialéctico, uno que posiciona sus partes (por ejemplo, las relaciones trabajo / capital y las relaciones de género) como aspectos integralmente vinculados de una totalidad capitalista, que sostiene y reproduce la diferencia o la particularidad dentro de esa totalidad (Ferguson, 2016). Todo esto

lo logra basándose y extendiendo una teoría de la dualidad del trabajo de reproducción social, insistiendo en que el trabajo reproductivo es, al mismo tiempo, concreto y abstracto, está a la vez dentro y fuera de la relación directa capital/trabajo, y es al mismo tiempo contradictorio con el capitalismo y esencial para su reproducción.

Es preciso hacer una aclaración antes de abandonar la discusión sobre la contribución de Vogel. Puede parecer que ella simplemente está reafirmando la preocupación de la clase media blanca por las tareas domésticas de las mujeres porque el enfoque todavía está puesto en el trabajo doméstico no remunerado, pero no es así. El avance teórico clave de Vogel es ubicar la opresión de las mujeres no en el trabajo doméstico *per se*, sino en las relaciones generizadas de la reproducción biológica y social de las personas, y específicamente en las contradicciones que caracterizan la relación de la reproducción social con el trabajo asalariado. Debido a que las mujeres, en virtud de la organización social de sus capacidades biológicas para dar a luz y amamantar, están situadas en el meollo de esa contradicción, Vogel postula que esta relación proporciona una lógica socio-material a la opresión continua que experimentan las mujeres bajo el capitalismo. Esto no es lo mismo que decir que las experiencias de todas las mujeres como trabajadoras domésticas son inherentemente opresivas. Más bien, el punto es que la incesante y poderosa necesidad de trabajadores que tiene el capitalismo –para la (re) producción continua de la vida– lo lleva a incorporar a todas y a cada una de las prácticas, instituciones y relaciones en la persecución de ese fin. La familia privatizada y el trabajo doméstico de las mujeres ha sido, y sigue siendo, un medio preferencial para producir fuerza de trabajo. Pero no es el único (piénsese en el papel que juegan al respecto las escuelas, los hospitales, las guarderías, los restaurantes y las cárceles).¹¹ Tampoco la familia está siempre organizada según líneas patriarcales: las madres solteras y jefas de familia siguen oprimidas, por ejemplo, pese a que su trabajo doméstico no beneficia a ningún varón adulto en particular.

La complejidad del trabajo de reproducción social en el capitalismo

Otra forma de pensar este problema es considerar que los cuerpos de los trabajadores no son accidentales en relación al proceso capitalista de acumulación. Deben ser disciplinados y diferenciados, para ser trabajadores, pero también para ser diferentes tipos de trabajadores. Algunos –*muchos*– deben ser trabajadores dispuestos (o que no tienen

11. Para ciertas discusiones sobre el papel del estado en la reproducción social véase Picchio (1992) y Secombe (1993).

más remedio) a realizar trabajos peligrosos y arduos a horas irregulares por un salario bajo. En otras palabras, *deben ser trabajadores que puedan reproducirse a sí mismos y a los demás de manera que sus costos de reproducción social sean lo más bajos posibles*. Desde el punto de vista del capitalismo a nivel mundial, se observa que los cuerpos, y su inserción en los procesos de reproducción social, no solo tienen diferencias biológicas. También están ubicados espacial y socialmente en un terreno capitalista global marcado por las fronteras nacionales y las relaciones imperialistas de poder (ver Ferguson y McNally, 2014). Estas relaciones geo-sociales jerárquicas crean oportunidades para el abaratamiento sistémico de algunas vidas, un proceso que aprovecha y refuerza las prácticas e instituciones racistas, colonialistas (así como sexistas y heterosexistas). Esta dinámica sale a la luz cuando se examina la reproducción social de la fuerza de trabajo a través de la diferencia socio-espacial, al rastrear, por ejemplo, los regímenes de migración dentro de las naciones o a través de las fronteras internacionales. Dichos regímenes pueden encontrarse a lo largo de la larga historia del capitalismo, desde la gran ola de trabajadores irlandeses que consiguieron empleos en las fábricas textiles, en los altos hornos y en hogares burgueses de Gran Bretaña en el siglo XIX, pasando por los millones de africanos esclavizados que trabajaron en las plantaciones estadounidenses, hasta llegar a nuestros días con los más de 200 millones de trabajadores migrantes internacionales que se ocupan de los hijos de otras personas, levantan las cosechas, procesan productos agrícolas y extraen las riquezas de la tierra en países distintos de aquellos en los que tienen ciudadanía.

De ningún modo se trata simplemente de un movimiento “libre” de mano de obra “libre”: la llegada a las puertas del capital de una fuerza laboral relativamente barata, ya racializada y/o colonizada, es el resultado de fuerzas de dominación y coerción. El carácter coercitivo del mercado de trabajo global capitalista implica, en primera instancia, el despojo de comunidades indígenas, pequeños propietarios de tierras y trabajadores artesanales avalado por el estado, y el debilitamiento de las unidades de producción doméstica (Mies, 1998; Federici, 2004). También implica la supervivencia de diversas formas de trabajo no libre, desde la esclavitud absoluta hasta la servidumbre por deudas y los llamados migrantes temporales a los que se les niegan los derechos básicos de ciudadanía (LeBaron, 2014; Banaji, 2003).¹² Se ejerce en un contexto global de guerras, fronteras, acuerdos comerciales y de inversión, y vigilancia policíaca, mecanismos que aseguran a los capitalistas no

12. Banaji sugiere que, históricamente, el trabajo capitalista se caracteriza por diversos grados de falta de libertad.

cualquier tipo de fuerza de trabajo, sino trabajadores que son sujetos coloniales y racializados. Y como la mano de obra es cada vez más barata de reproducir, se vuelve, de hecho, “desechable” (Wright, 2006). Es decir, hay un punto en el que los trabajadores se reproducen socialmente a un costo tan bajo que la reproducción simultánea de la vida humana y de la fuerza de trabajo ya no es, en gran medida, una contradicción. Pues, en este punto, Alessandra Mezzadri sugiere: “El capital puede consumir los cuerpos de los trabajadores sin mayores preocupaciones por la rentabilidad. Después de todo, cuando unos se agotan hay otros disponibles a los mismos precios baratos” (2017, p. 161).

Sin embargo, para comprender más plenamente la deshumanización diferencial de los cuerpos laborales que se produce como parte del mantenimiento de las relaciones sociales capitalistas, debemos prestar atención no solo al marxismo y al feminismo de la reproducción social, sino también a las tradiciones feministas centradas en problemas de diferencia, cultura e identidad.

Robin Truth Goodman realiza justamente este trabajo en su libro de 2013, *Gender Work: Feminism after Neoliberalism*, trazando una línea de pensamiento sobre el “trabajo de las mujeres” que revisa ciertos postulados posestructuralistas sobre el tema. Plantea que el “trabajo de las mujeres” (el trabajo de cuidado, servicio, afecto y socialización) desempeña el papel del lenguaje en la organización de lo social (más precisamente en la explicación de Aihwa Ong sobre la lógica cultural del capitalismo global). Sin embargo, estos poderes significantes del trabajo de las mujeres se rompen justamente porque, como ha remarcado Kristeva, la vida excede la representación. Los sujetos se forman, por ende, en relación tanto con el trabajo como con “un imaginario no conceptual, donde somos más que lo que hacemos dentro de la matriz productiva global y sus entidades” (Goodman, 2013, p. 108). Goodman relaciona esta preocupación culturalista por la formación del sujeto con la contradicción entre producción y reproducción propia del capitalismo, siguiendo la crítica de Michael Hardt y Antonio Negri sobre la tendencia del capitalismo neoliberal a subsumir la vida en el trabajo. En esta línea, enfatiza que la “llamada feminización del trabajo” que identifican Hardt y Negri es el mecanismo del neoliberalismo para *intensificar* la explotación (Goodman, 2013, p. 171). No es cualquier sujeto del trabajo el que tiene valor para el capital; es el sujeto trabajador devaluado por su feminización previa y continua. Melissa Wright ofrece un ejemplo convincente de esta tendencia en su estudio sobre las trabajadoras de una fábrica de televisión mexicana. En su libro *Disposable Women and other Myths of Global Capitalism*, se basa en la teoría de la subjetividad encarnada de Butler para mostrar cómo las mexicanas feminizadas son valoradas como trabajadoras de las maquiladoras precisamente porque

su (mítica) “corporalidad del tercer mundo y femenina” (2006, p. 14) las marca como “perpetuamente descalificadas e inexpertas” (2006, p. 47): cuerpos que se utilizarán y eliminarán cuando se agote su valor para el capital.

Pero, observa Goodman, aunque el “trabajo de las mujeres” es interno al capitalismo, permanece separado de él. Esto se debe a que la reproducción de la vida –producir para satisfacer las necesidades humanas que sostendrán la fuerza de trabajo presente y futura– no es reducible al ritmo y el pulso de la producción capitalista. Exige una temporalidad diferente. El trabajo de reproducción biológica, cuidado, servicio y socialización que está involucrado en la producción de sujetos que trabajan, crea y satisface necesidades y deseos que son “excesivos para el capital, incontenibles o intraducibles” (2006, p. 160). Como tal, el “trabajo de las mujeres” constituye las bases creativas para ir más allá del capitalismo.¹³ Rosemary Hennessy aborda esta misma cuestión acerca de la interacción contradictoria entre el valor cultural y valor económico en la producción de sujetos de trabajo al entablar debates en la teoría *queer* sobre “la materialidad del afecto”. Aunque acepta que los afectos (las sensaciones y emociones que se registran en el cuerpo) son múltiples e indefinidos, también plantea que su “indeterminación está basada en la organización histórica de las relaciones sociales que sostienen la vida” (2013, p. 44) o, más precisamente, que producen y satisfacen las necesidades humanas. Dada la presión sistémica para reducir los costos de los salarios y los servicios sociales de los que depende la supervivencia de la clase trabajadora para aumentar la rentabilidad, la “organización histórica” capitalista se caracteriza por la producción sistémica de necesidades humanas *insatisfechas*. Hennessy argumenta que el trabajo reproductivo gestiona constantemente una “cultura afectiva” dominante que exige disciplinar sensaciones y sentimientos expansivos para crear valor para el capital (2013, p. 50). Además, debido a que los trabajadores venden parte de sí mismos (sus capacidades humanas) al capital por un salario, todos usan lo que ella llama “una segunda piel”: una identidad encarnada (degradada) que parece natural pero que de hecho es cambiante, “está abierta a la historia... [y de este modo se convierte] en un espacio de lucha” (2013, p. 126). Y aquellos trabajadores que atienden las necesidades más íntimas de las personas para el cuidado corporal y emocional (el trabajo remunerado y no remunerado de alimentar y cuidar de niños y ancianos y las tareas domésticas) tienen segundas pieles particularmente feminizadas, sexualizadas y / o racializadas.

13. Para más información sobre este punto, ver Hennessy (2013) y Weeks (2011).

Conclusión

Goodman, Wright y Hennessy extienden el análisis de la reproducción social para dar cuenta de la particularidad del sujeto trabajador. Conscientes de la dinámica cultural y los procesos encarnados de la formación de sujetos, sus contribuciones lidian con las complejidades relacionadas con la teorización del trabajo como una realidad capitalista concreta y vívida. Este es un concepto de trabajo que identifica condiciones capitalistas de despojo y acumulación que son comunes a todos los sujetos trabajadores, así como también lo es la relación contradictoria entre producción y reproducción capitalista; pero, al mismo tiempo, reconoce que el trabajo se diferencia en y a través de las relaciones racializadas, sexualizadas y de género que inciden en esas condiciones. A su vez, es un concepto de trabajo que pone en primer plano el aspecto generativo y creativo de la actividad humana práctica cotidiana de las personas, actividad que contiene el potencial de crear nuevos mundos de nuevas maneras. Por lo tanto, un enfoque feminista de la reproducción social invoca y se nutre de un rico terreno teórico, que va mucho más allá de la evaluación optimista del feminismo de la igualdad sobre el trabajo remunerado como ámbito de la igualdad y la libertad de las mujeres, y también de las contradicciones asociadas con esa posición. Sugiere que es la organización capitalista del trabajo, remunerado y no remunerado, lo que perpetúa la falta de libertad de género (como también lo referido a la racialización, la heterosexualización y la colonización), viendo en el trabajo de reproducción social el impedimento sistémico para satisfacer las necesidades de la vida. Y aconseja el rechazo a esa organización y una reconfiguración de las relaciones laborales de manera que se alineen y satisfagan con las necesidades humanas.

Referencias

- Banaji, J. (2003). The Fictions of Free Labour: Contract, Coercion and So-called Unfree Labour. *Historical Materialism*, 11 (3), 69–95.
- Benston, M. (1969). The Political Economy of Women's Liberation. *Monthly Review*, 21 (4), 13–27.
- Bezanson, K. y Luxton, M. (2006). Introduction: Social Reproduction and Feminist Political Economy. En K. Bezanson y M. Luxton (eds.), *Social Reproduction: Feminist Political Economy Challenges Neo-Liberalism* (pp. 3-11). McGill-Queen's UP.
- Brown Blackwell, A. (1975). Relation of Women's Work in the Household to Work Outside. En A.S. Kraditor, *Up from the Pedestal: Selected Writings in the History of American Feminism* (pp. 159-159). Quadrangle Books.
- Burnham, L. (2013) 1% Feminism. *Open Democracy*, 13 de abril. <https://>

- www.opendemocracy.net/5050/linda-burnham/1-feminism. Consultado el 1 de agosto de 2017.
- Clark, A. (1992). *Working Life of Women in the Seventeenth Century*. Routledge [1919].
- Clinton, H. (2016). "To Every Little Girl Who Dreams Big: Yes, You Can Be Anything You Want. Even President. Tonight Is for You. H." Twitter, 7 de junio, 6:08 p.m. <https://twitter.com/HillaryClinton/status/740349871073398785>.
- Dalla Costa, M. y Jones, S. (1973). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Falling Wall Press.
- Davis, A. (1982). *Women, Race and Class*. Women's Press.
- De Gouges, O (2017). *Declaration of the Rights of Women and Citizens* [1791]. [Trad. esp.: O. De Gouges et al. (2007), *Cuatro mujeres en la Revolución Francesa*. Biblos]
- Engels, F. (1972). *The Origin of the Family, Private Property and the State*. International [1884].
- Federici, S. (2004). *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*. Autonomedia.
- Ferguson, S. (2016). Intersectionality and Social-Reproduction Feminisms: Toward an Integrative Theory. *Historical Materialism*, 24 (2), 38–60.
- Ferguson, S. y McNally, D. (2014). Precarious Migrants: Gender, Race and the Social Reproduction of a Global Working Class. En L. Panitch y G. Albo (eds.). *Socialist Register 2015: Transforming Classes* (pp. 1-23). Merlin Press.
- Goodman, R. T. (2013). *Gender Work: Feminism after Neoliberalism*. Palgrave Macmillan.
- Hartmann, H. (1979). The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a More Progressive Union. *Capital & Class*, 3 (2), 1-33.
- Hayden, D. (1982). *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities*. MIT Press.
- Hennessy, R. (2013). *Fires on the Border: The Passionate Politics of Labor Organizing on the Mexican Frontera*. University of Minnesota Press.
- Jones, C. (1949). *An End to the Neglect of the Problems of the Negro Woman! Political Affairs*. National Women's Commission, CPUSA. University of California Digital Library, junio, p. 5. <http://purl.flvc.org/FCLA/DT/1927554>. Consultado el 1 de agosto de 2017.
- Katsarova, R. (2015). Repression and Resistance on the Terrain of Social Reproduction: Historical Trajectories, Contemporary Openings. *Viewpoint Magazine*, 5, 31 de octubre. <https://www.viewpointmag.com/2015/10/31/repression-and-resistance-on-the-terrain-of-social-reproduction-historical-trajectories-contemporary-openings/>. Consultado el 1 de agosto de 2017.
- LeBaron, G. (2014). Unfree Labor beyond Binaries: Social Hierarchy, Insecurity, and Labor Market Restructuring. *International Feminist Journal of Politics*, 17 (1), 1–19.

- Mezzadri, A. (2017). *The Sweatshop Regime: Labouring Bodies, Exploitation, and Garments Made in India*. Cambridge University Press.
- Mies, M. (1998). *Patriarchy & Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour*. Zed Books.
- Miles, A. (1993). Margaret Benston's Political Economy of Women's Liberation: International Impact. *Canadian Women's Studies/Les cahiers de la femme*, 13(2), 31-35.
- Mohanty, C.T. (1984). Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Difference. *Boundary*, 2 (12-13), 333-358.
- Molyneux, M. (1979). Beyond the Domestic Labor Debate. *New Left Review*, 116, 3-27.
- Nadasen, P. (2005). *Welfare Warriors: The Welfare Rights Movement in the United States*. Routledge.
- National Organization for Women (1966). <http://now.org/about/history/statement-of-purpose/>. Consultado el 1 de agosto de 2017.
- Perkins Gillman, C. (1975). Economic Basis of the Woman Question. En A.S. Kraditor (ed.) *Up from the Pedestal: Selected Writings in the History of American Feminism* (pp. 175-178). Quadrangle Books [1898].
- Picchio, A. (1992). *Social Reproduction: The Political Economy of the Labour Market*. Cambridge University Press.
- Pinchbeck, I. (1985). *Women Workers and the Industrial Revolution 1750-1850*. Virago Press [1930].
- Radcliffe, M.A. (1799). *The Female Advocate: Or an Attempt to Recover the Rights of Women from Male Usurpation*. Vernor and Hood. <http://ota.ox.ac.uk/text/5092.html>. Consultado el 1 de agosto de 2017.
- Rankin, K.N. (2001). Governing Development: Neoliberalism, Microcredit, and Rational Economic Woman. *Economy and Society*, 30 (1), 18-37.
- Rathgeber, E. M. (1990). WID, WAD, GAD: Trends in Research and Practice. *The Journal of Developing Areas*, 24 (4), 289-302.
- Reeves, H. y Baden, S. (2000). *Gender and Development: Concepts and Definitions*. Institute of Development Studies.
- Secombe, W. (1993). *Weathering the Storm: Working-Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline*. Verso Books.
- Siegel, R. B. (1993-1994). Home as Work: The First Women's Rights Claims Concerning Wives' Household Labor, 1850-1880. *Yale Law Journal*, 103, 1073-1217.
- Stern, E. (1975). Women Are Household Slaves. En A.S. Kraditor, *Up from the Pedestal: Selected Writings in the History of American Feminism* (pp. 346-353). Quadrangle Books.
- Thompson, W. (1825). *Appeal of One Half the Human Race, Women, Against the Pretensions of the Other Half, Men, to Retain Them in Political, and Thence in Civil and Domestic Slavery*. Longman, Hurst Rees, Orme, Brown & Green.
- Weeks, K. (2011). *The Problem with Work: Feminism, Marxism, Antiwork Politics, and Postwork Imaginaries*. Duke UP.

- Wollstonecraft, M. (1999). *Vindication of the Rights of Women* [1792]. Bartleby. <http://www.bartleby.com/144/>. Consultado el 1 de agosto de 2017.
- Wright, M. (2006). *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism*. Routledge.

Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales para un feminismo marxista

Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya

New School of Social Research
(Nueva York, Estados Unidos)
arruzzac@newschool.edu

Purdue University
(Indiana, Estados Unidos)
tbhattac@purdue.edu

Título: Social Reproduction Theory. Foundations of a Marxist Feminism

Resumen: Este texto recorre los elementos fundamentales de la Teoría de la Reproducción Social en tanto apuesta por un feminismo marxista contemporáneo. Comienza por la definición de qué es la reproducción social bajo el capitalismo y se adentra luego en los debates sobre las relaciones entre producción y reproducción, cuál es el rol que juega la familia, cómo pensar la sexualidad y los derechos reproductivos y cómo pueden ser leídos los procesos de desposesión neoliberal en clave de la reproducción social. Estos tópicos están desarrollados en diálogo con otras tradiciones de la teoría feminista como el materialismo francés, la interseccionalidad, la apuesta por “los comunes” y el autonomismo.

Palabras clave: feminismo – marxismo – reproducción social – clase obrera

Abstract: This text covers the fundamental elements of the Theory of Social Reproduction as it bets on a contemporary Marxist feminism. It begins with the definition of what is social reproduction under capitalism, and then goes into the debates about the relations between production and reproduction; what is the role of the family; how sexuality and reproductive rights can be thought from this point of view; and how can neoliberal dispossession processes be read in terms of social reproduction. This topics are developed in dialogue with other traditions of Feminist theory such as French materialism, intersectionality, the commitment to “the commons” and autonomism.

Keywords: Feminism – Marxism – social reproduction – working class

Recepción: 15 de noviembre de 2019. **Aceptación:** 27 de febrero de 2020

¿Qué es la reproducción social?¹

Cinzia Arruzza. Hay, al menos, tres esferas en las que se lleva a cabo la reproducción social. Por supuesto, la familia sigue siendo la principal, pero hay toda una serie de trabajos reproductivos que han sido socializados, en los hechos, por el Estado y que se llevan a cabo a través de instituciones públicas (escuelas, hospitales, etc.). La neoliberalización de la reproducción social implica recortes en esos servicios públicos y produce un incremento de la carga de reproducción social en las familias. Eso es lo novedoso: en el neoliberalismo aparece la idea de la reproducción social como un campo que puede ser también fuente de ganancias. Por supuesto que esto es particularmente cierto en países desarrollados y en las zonas urbanas donde buena parte del trabajo de reproducción social puede transformarse, de hecho, en productor de ganancia.

Pero... ¿qué significa reproducir la fuerza de trabajo? En primer lugar, significa regenerar al trabajador o la trabajadora; segundo, significa mantener y regenerar a la familia de la trabajadora (o a las trabajadoras en un sentido ampliado).² Este es un punto central que señala Lise Vogel en su libro:³ cuando hablamos de reproducción social tenemos que tener en cuenta que no estamos hablando sólo del trabajador o la trabajadora que intenta vender su fuerza de trabajo en forma directa en el mercado, sino de la clase obrera en su conjunto, incluyendo a los que no trabajan, los niños, los adultos mayores y los enfermos, o sea, todos aquellos que no pueden trabajar. En tercer lugar, significa producir a las nuevas trabajadoras, o sea, la reproducción biológica. También en este punto Vogel realiza una distinción muy importante en su libro. Cuando habla de reproducción generacional de la fuerza de trabajo, ella distingue la reproducción biológica en tanto producción de nuevas trabajadoras, de la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo, en tanto mantenimiento de la fuerza de trabajo. Es decir que la reproducción generacional de la fuerza de trabajo implica, en pri-

1. El texto surge de la transcripción realizada por Paula Varela y Lucas Poy, a partir del audio grabado por Antonio Oliva, que asistió al Niep-Marx 2019. La traducción y edición estuvo a cargo de Paula Varela. Agradecemos a las autoras la autorización para su publicación. Todas las notas al pie son de nuestra edición.

2. Debido a que, en el idioma inglés, los sustantivos (como trabajador/a o trabajadoras/as) no tienen género (*worker* o *workers*), hemos decidido adoptar el femenino como regla general. De modo que donde dice “trabajadora” o “trabajadoras” no significa que las autoras hayan referido particularmente a trabajadoras mujeres, sino que han referido a trabajadoras mujeres, varones o de cualquier género indistintamente.

3. *Marxism and the Oppression of Women* (Vogel, 2013), publicado originalmente en 1983 y reeditado con prólogo de Susan Ferguson y David McNally.

mer lugar, que las trabajadoras tienen que existir, es decir, que tienen que ser producidas biológicamente; pero en segundo lugar, que tienen que reproducirse cotidianamente: necesitan reponer fuerzas no sólo físicamente sino también mental y psicológicamente. Y esto implica la socialización de las futuras trabajadoras, más allá de si tienen chances de ingresar al mercado de trabajo y encontrar un empleo. En este punto de la reproducción generacional de la fuerza de trabajo quisiera subrayar tres elementos. En primer lugar, que hablar de reproducción social implica hablar de una reproducción material, física, de la fuerza de trabajo porque, como es evidente, si nuestros cuerpos no están vivos y no están saludables, no hay reproducción social. Pero la reproducción social también incluye otras actividades destinadas a dar forma, a moldear a las personas. Para ponerlo en palabras simples: no nacemos con una propensión natural a trabajar 8 o 9 horas diarias o a prestar atención en una clase durante 3 horas en un aula (como ustedes están haciendo hoy aquí). Esto no nos surge naturalmente. Debemos ser disciplinadas, debemos ser formateadas para aguantar estar sentadas tres horas en una clase... ¡e incluso disfrutarlo! O estar sentadas durante horas en una computadora o en un puesto de trabajo en una fábrica y, aunque no lo disfrutemos, ser capaces de hacerlo. Entonces, la reproducción social también tiene que ver con la socialización. En otras palabras, la reproducción de actitudes, predisposiciones, habilidades, calificaciones; en cierto sentido es la reproducción de la subjetividad e incluso la internalización de las formas de la disciplina.

Dicho esto, quisiera referirme a dos cuestiones. La primera está relacionada con la pregunta acerca de si hay un reduccionismo biológico⁴ al pensar la reproducción social desde el punto de vista de la reproducción de la fuerza de trabajo. La reproducción biológica es un hecho para la vida. La gente se reproduce biológicamente para vivir. Quizás en un futuro distante nos reproduzcamos en otras formas, pero por ahora, necesitamos tener bebés para reproducirnos, y el feminismo tiene que poder lidiar con esto. Primero porque, aunque no solo las mujeres tienen bebés, en su gran mayoría somos mujeres las que tenemos los bebés. La teoría de la reproducción social no coloca en el hecho de tener bebés, o en la maternidad, la causa de la opresión de las mujeres. Eso sí sería un reduccionismo biológico. Pero eso no es lo que nosotras decimos. El punto está en las relaciones sociales que organizan la reproducción biológica: cómo este hecho vital se transforma en un hecho social. Es decir, cuáles son las relaciones sociales que organizan el embarazo, el parto, el “tener bebés”, pero también cuáles

4. Aquí Arruzza hace referencia a una pregunta del público. Para profundizar en esta discusión, véase Arruzza (2015).

son las relaciones sociales más generales que tienen impacto en el proceso biológico de tener bebés. Entonces, el problema está en el punto de encuentro entre el “hecho biológico” y el “hecho social”. No hay ningún destino en la biología, no hay ninguna predestinación en la biología. En una sociedad que no esté orientada a la producción de ganancia (como el capitalismo), la reproducción biológica, el “tener bebés”, no tiene porqué ser una fuente de opresión. Podría organizarse de una manera completamente diferente a como es hoy. Entonces, no creo que la teoría de la reproducción social corra un riesgo de sesgo biologicista sino que creo que tiene que hablar de la reproducción biológica porque es una parte importante de lo que las mujeres y los cuerpos gestantes hacen a la hora de reproducir la fuerza de trabajo. Y tiene que hablar de la forma en que la producción industrial de masas (Tithi va a referirse a eso más tarde) sujeta, moldea, incluso esa reproducción biológica. La producción industrial de masas juega claramente un papel fundamental en darle forma a los roles de género en un modo determinado y, de este modo, en generar la opresión de género.

La segunda cuestión debería haberla aclarado al inicio. En la tradición marxista, el término “reproducción social” ha sido usado de diferentes maneras. En la tradición althusseriana, la reproducción social refiere no sólo a la reproducción de la fuerza de trabajo sino a la reproducción de la sociedad capitalista como un todo. Esto incluye, por supuesto, los distintos circuitos del capital, pero también incluye lo que Althusser llama las “condiciones de la producción”, la producción de condiciones para la producción, por ejemplo, el Estado, la policía, las fuerzas armadas, los aparatos ideológicos del Estado, etc. Esta es una acepción más amplia del término “reproducción social”. En la teoría feminista marxista, la reproducción social refiere a algo más puntual, más estrecho: a la reproducción de la fuerza de trabajo. Esto no es incompatible con la visión althusseriana, el problema es que desafortunadamente se usa el mismo término y eso genera cierta confusión. Johanna Brenner,⁵ por ejemplo, sugiere distinguir entre “reproducción societal” (para referirse a la reproducción del sistema capitalista como un todo) que sería adecuada para la acepción althusseriana, y “reproducción social” para referir a la reproducción de la fuerza de trabajo, que sería la acepción del feminismo marxista. En síntesis, para clarificar, cuando hablamos de “reproducción social” estamos usando la categoría en sentido estrecho, como la usa el feminismo marxista, y eso nos permite hacer foco en el rol del género y de la opresión de género en el capitalismo. Es decir, hacer foco en la pregunta acerca de

5. Véase Brenner y Laslett (1991).

cuáles son las causas de la producción y reproducción de la opresión de género en el capitalismo.

Tithi Bhattacharya. Una de las cosas que la Teoría de la Reproducción Social (TRS) establece claramente es que el trabajo reproductivo todavía es realizado predominantemente por mujeres o cuerpos feminizados. Ese trabajo se supone que es la tarea, el deber e incluso parte del lado amoroso de las mujeres que “naturalmente” lo realizan. ¿Cómo se reproduce socialmente a un niño? Pensemos en las formas por fuera de la familia. Como señaló Cinzia, la TRS nos enseña que la reproducción social no se lleva a cabo solo en la familia sino también en la esfera pública. Pensemos en cierto tipo de servicios públicos: uno es el sistema de salud, otro caso podría ser la escuela, pero incluso la disponibilidad de agua potable o de aire no contaminado. Tomemos esos cuatro elementos básicos que necesitamos para que una niña crezca de un modo saludable. Y miremos Estados Unidos o Inglaterra, o incluso los países escandinavos, y veamos quiénes tienen las peores condiciones de acceso a esos cuatro elementos de la reproducción social. En la ciudad de Chicago, cuando el alcalde demócrata (amigo cercano de Barack Obama) comenzó a cerrar escuelas con el argumento de que era necesario recortar ciertos servicios públicos, lo hizo sólo en el sur de la ciudad, que es donde viven las familias negras y latinas, mientras las escuelas del norte rico de Chicago estaban florecientes. Cuando se cierran las clínicas de Planned Parenthood, que es el principal proveedor de abortos en Estados Unidos y es utilizado sobre todo por mujeres pobres, se está atacando la planificación de la maternidad de las mujeres más pobres. Si se revisan los censos se observa que, en promedio, las familias migrantes viven en espacios un 30 % más pequeños que las familias no migrantes. Y ese porcentaje no surge de la comparación con familias que están por arriba de la línea de pobreza sino entre quienes están debajo de la línea de pobreza. Lo que quiero remarcar es que la reproducción social de las familias de la clase obrera blanca es diferente a aquella de las niñas de las familias de la clase obrera negra. Existe una expansión generalizada de la fuerza de trabajo en el territorio nacional pero hay dos tipos de procesos de reproducción social diferenciados que objetivan dos tipos de trabajadoras distintas al momento en que éstas llegan a las puertas del capital para vender su fuerza de trabajo. Una fuerza de trabajo vale menos y esa trabajadora tiene menos poder que la otra cuya reproducción social ha tenido una historia bien diferente.

Los procesos diferenciados de reproducción de la fuerza de trabajo producen diferentes tipos de sufrimiento y objetivación al momento en que las trabajadoras llegan a la puerta de la fábrica. Comúnmente se

considera que el racismo opera en la esfera del mercado de trabajo. La interpretación marxista habitual sobre el racismo focaliza el análisis en el mercado de trabajo y explica que el racismo es utilizado y fomentado por el capital para profundizar la competencia entre trabajadoras, dividir las y gobernar. Pero el mercado de trabajo no es el reino de la producción sino el reino del intercambio. Es decir que las teorías marxistas tradicionales sobre el racismo focalizan la mirada en el terreno del intercambio.

La TRS muestra una imagen mucho más aterradora: que el racismo se despliega en el nivel de la reproducción de la fuerza de trabajo. Las escuelas, los servicios de salud, el agua y el aire envenenados (porque sus casas están construidas cerca de zonas contaminadas por la polución o los desechos industriales): todos esos procesos contribuyen a la construcción de diferentes niveles de fuerza de trabajo y también al mantenimiento de ideas racistas en la sociedad. Lo que proponemos es un análisis del racismo que vaya más allá del nivel del intercambio hacia el dominio de la producción de fuerza de trabajo en sí mismo. En este sentido, es una visión mucho más aterradora del racismo pero también es una idea mucho más sólida del antirracismo, porque analiza al racismo en todos los eslabones de su construcción: en cualquiera de esos eslabones el capital puede ser afectado. Cuando defendemos una escuela pública de los recortes, esa no es solo una lucha en el lugar de trabajo sino que es también una lucha antirracista. Cuando apoyamos al movimiento *Black Lives Matter*⁶ en el barrio, esa no es solo una lucha antirracista, también ayuda a los derechos laborales porque fortalece a las trabajadoras negras para negociar y conseguir mejores condiciones de trabajo.

La relación entre producción y reproducción

Cinzia Arruzza. Déjenme comenzar con la cuestión de la relación entre explotación y opresión, y su vínculo con la producción y la reproducción. Uno de los problemas que tenemos en la teoría marxista es que Marx no terminó *El capital*. Eso produce una tendencia a poner el foco en el volumen 1, que es el único que Marx publicó en vida, como si este volumen fuera la verdad completa de lo que es el capitalismo

6. *Black Lives Matter* (Las vidas negras importan) es un movimiento social y político surgido en 2013 en Estados Unidos contra la brutalidad policial hacia las personas negras. El hecho que desencadenó el movimiento fue la absolución del policía George Zimmerman luego del asesinato del adolescente afroamericano Trayvon Martin. En 2014, BLM cobró notoriedad a nivel nacional e internacional por sus movilizaciones y protestas luego de los asesinatos de los jóvenes afroamericanos Michael Brown, en Ferguson (estado de Misuri), y Eric Garner, en Staten Island (estado de Nueva York).

y de cómo funciona. Y lo cierto es que el proyecto era mucho mayor, originariamente estaban planificados seis libros. En la versión editada por Engels tenemos dos volúmenes más, uno sobre la circulación y otro sobre la reproducción del capitalismo como un todo y la acumulación de capital. Desafortunadamente, esos son materiales fragmentarios que fueron editados por Engels. Todo esto genera mucha ambigüedad, mucha confusión y también muchos malentendidos. Digo esto porque una cosa es decir que la extracción de plusvalía sigue siendo el corazón del capitalismo y otra cosa son las consecuencias que pueden sacarse de esto.

Una primera consideración, y uno de los méritos de Althusser al señalarlo, es que para que exista la explotación tiene que haber una serie de condiciones garantizadas. No se puede explotar, no se puede tener acumulación capitalista, si las condiciones para la producción capitalista no están dadas. Desde este punto de vista, no tiene mucho sentido pensar en jerarquías (entre producción y reproducción) sino que lo que hay que hacer es pensar en una totalidad contradictoria, una totalidad contradictoria dinámica. Marx muchas veces habla, en el volumen 2, del capitalismo como una totalidad contradictoria. Entonces, es más productivo pensar en términos de totalidad y de las distintas relaciones que constituyen esta totalidad y los tipos de vínculos existentes entre las relaciones que constituyen la totalidad.

Desde este punto de vista, es un hecho que es necesaria la reproducción de la fuerza de trabajo para que pueda haber explotación. Pero esto no implica una jerarquía: el corazón del capitalismo sigue siendo la extracción de plusvalor, pero esta extracción no puede llevarse a cabo sin que haya, primero, un trabajo de reproducción social que permita que las trabajadoras trabajen. En segundo lugar, dijimos que la TRS es también una teoría de la subjetivación en el sentido de que permite comprender la conformación, el moldeamiento de cierto tipo de subjetividad, porque la trabajadora que es explotada no es una “trabajadora abstracta”. Esa trabajadora abstracta es lo que encontramos en el volumen 1 de *El capital*, donde Marx introduce el concepto de valor y de plusvalor. Ahí no sabemos nada de esa trabajadora, no sabemos el género, no sabemos la raza, qué tipo de trabajo realiza, no sabemos nada de eso porque Marx está moviéndose a un nivel de abstracción que le sirve para explicar cómo se produce el valor y como se extrae el plusvalor, sin mayores determinaciones.

Pero las trabajadoras no son entes abstractos, las trabajadoras son seres humanos, lo que significa que tienen cuerpos que son concretos, que tienen sentimientos y pensamientos específicos determinados por procesos históricos, ellas necesitan ser disciplinadas para trabajar, y esta disciplina afecta directamente el proceso productivo. Entonces, en

el momento en que miramos el proceso productivo (por ejemplo, en el capítulo dedicado a la jornada de trabajo en *El capital*), ya encontramos una trabajadora menos abstracta de la que encontramos en otros capítulos. Por ejemplo, si leemos los capítulos sobre la maquinaria, ya encontramos que lo que está en juego no es solamente un proceso de extracción de valor sino también un proceso de dominación, de opresión, a través de la maquinaria. A mí me gusta usar la formulación de Daniel Bensaïd sobre el capitalismo como una totalidad contradictoria de relaciones de explotación, alienación y dominación (es decir, opresión). En última instancia, el capitalismo es estas tres cosas en una. No hay jerarquía entre ellas, no es útil hablar en términos de jerarquías porque estos tres elementos son co-constitutivos y trabajan juntos para que el capitalismo exista.

Por esta misma razón, cuando hablamos de clase, porque esta es la preocupación subyacente en este debate, creo que es totalmente impropio pensar en la clase haciendo foco exclusivamente en la explotación. ¿Por qué? Porque como dije, las clases están compuestas de personas históricas concretas para quienes la explotación también se lleva a cabo en formas concretas que incluyen formas específicas de disciplina y opresión. Por ejemplo, pensemos en el acoso sexual en el lugar de trabajo: ¿cómo debemos pensar este fenómeno? Yo creo que este fenómeno es parte de la forma en que el proceso de trabajo funciona y se organiza en los lugares de trabajo. Si pensamos en el ejemplo de las maquiladoras, donde una encuentra siempre una masa de trabajo feminizada, la violencia sexual no es simplemente un fenómeno cultural, ideológico, interpersonal, es una forma de disciplinamiento de la fuerza de trabajo, es una forma en la que la explotación es vivida por estas trabajadoras en el lugar de trabajo e incluso fuera de él. Si pensamos en el caso de las trabajadoras agrícolas migrantes en Europa, por ejemplo en Sicilia o España, que trabajan en condiciones de semi esclavitud, encontramos que la violencia y el abuso sexual en las plantaciones es la experiencia cotidiana de explotación de estas trabajadoras, es la forma de disciplinarlas, de aterrorizarlas, de ponerlas en condiciones en las que no tienen otra alternativa que quedarse allí. Entonces, cuando tenemos una mirada reducida de la clase a lo que pasa en la producción, como si se tratara sólo de las condiciones laborales y del problema del salario, nos estamos perdiendo mucho de lo que hace a la experiencia concreta de la trabajadora como tal. Porque, como muestran estos casos, no podemos separar la opresión sexual de la explotación: la opresión sexual es el modo en el que se garantiza la explotación de estas trabajadoras.

Tithi Bhattacharya. Quisiera agregar algo a esto que dijo Cinzia:

pretender entender el sistema capitalista en su conjunto mirando sólo cómo se extrae el plusvalor, es como querer entender al ser humano mirando sólo cómo late su corazón. Una ecografía del corazón puede decirme muy poco sobre alguien: en todo caso puede indicarme que el corazón está andando bien (y el corazón es el órgano vital del cuerpo), pero no puedo decir nada sobre la persona. De manera análoga, la producción de valor y la extracción del plusvalor vía explotación es la parte latente del sistema, pero limitándonos a mirar eso entenderemos poco acerca del sistema en su conjunto. Dicho esto, quisiera volver al tema de las jerarquías entre producción y reproducción. Lo que debemos tener siempre en mente es que, pese a que puede no haber una jerarquía en términos políticos, sin embargo, la extracción de plusvalor y el proceso de acumulación tienen efectos condicionantes sobre el sistema en su conjunto. El proceso de trabajo, el modo en que se extraído el plusvalor, la cantidad de plusvalor que se extrae, todos esos factores tienen efectos condicionantes sobre el sistema en su conjunto. Determinan la duración de la jornada laboral, determinan qué tipo de luchas son necesarias; si la tasa de ganancia cae, determina qué servicios sociales se recortan, etc. Eso no significa que el capital tiene control directo sobre la esfera reproductiva pero sí significa que la acumulación de capital tiene efectos condicionantes en el conjunto del sistema. Por ejemplo, una puede decir que en su tiempo libre no tiene que explicarle a ningún jefe qué es lo que hace en su jardín, cómo trabaja allí o qué es lo que planta, debido a que es un tiempo “libre de capitalismo”. Pero no es verdad, porque el capitalismo determina cuándo una puede realizar ese trabajo: de hecho, determina exactamente cuáles son los días en que una puede hacer ese trabajo y en qué horarios puede hacerlo, porque depende de la duración de la jornada de trabajo, de la estructura de la familia, las cuales son partes de la realidad social del capitalismo. Entonces, el trabajo asalariado, el proceso de trabajo y el proceso de acumulación tienen efectos condicionantes sobre el sistema como un todo. No determinan sólo la esfera de la producción sino también el Estado, y el modo en que el Estado impone leyes y reglas a la población. Por ende, la mejor forma de comprender la relación entre la esfera de producción y la de la reproducción es en términos de estos efectos condicionantes que tiene la producción en el conjunto de las relaciones sociales del sistema capitalista, en lugar de pensarlas en términos del predominio de una sobre la otra o pensar si una es “mejor” que la otra.

¿Qué produce el trabajo doméstico? Una discusión sobre el valor en el capitalismo

Cinzia Arruzza. Vinculado con esta discusión de la relación entre

producción y reproducción, existen dos tendencias diferenciadas de la TRS. Una se origina en el *operaismo* italiano, de la mano de feministas obreristas como Mariarosa Dalla Costa, Selma James, Leopoldina Fortunati, Silvia Federici. La otra se sitúa en el contexto angloamericano, particularmente en Canadá⁷ pero también en Estados Unidos. Hay varios elementos en común entre estas dos perspectivas que utilizan la reproducción social como lente fundamental. Pero también existe una distinción sustancial entre ambas que tiene que ver con si se considera que el trabajo doméstico produce valor [de cambio] o no.

En la tradición obrerista (y esto también está conectado con el modo en que la tradición obrerista italiana empezó a pensar que el valor es producido socialmente por fuera del lugar de trabajo, es decir generado socialmente, basándose en cierta lectura de fragmentos de los *Grundrisse* de Marx) la consideración fue que el trabajo doméstico produce valor de cambio. La idea es que el capitalista y el trabajador varón firman un contrato que ya incluye el plusvalor generado por las mujeres en el hogar, por el ama de casa. Esto implica, en cierto sentido, que existe una suerte de contrato sexual. ¿Por qué las obreristas italianas pensaron de este modo? Porque consideraban que, dado que la fuerza de trabajo es una mercancía y dado que la reproducción social produce fuerza de trabajo, por ende la producción de esa mercancía implica la producción de valor. Conclusión: el trabajo doméstico produce valor [de cambio].

La otra tradición insiste en que el trabajo doméstico no produce valor [de cambio] sino que simplemente, y de modo crucial, produce las condiciones para la producción de valor a través de la regeneración de la fuerza de trabajo y de la trabajadora que la porta. ¿Dónde reside la diferencia? El punto está en el modo en que entendemos el valor. El valor es la expresión de una relación social: hay producción de valor cuando hay generación de capital en el contexto del trabajo organizado en términos capitalistas. La generación de valor no tiene que ver con la producción de cosas, de valores de uso. Yo puedo producir la misma cosa que, en un caso, será una cosa útil (un valor de uso) y también un valor de cambio; y, en otro caso, será sólo una cosa útil (y no un valor de cambio).

7. En 1969, la canadiense Margaret Benston publica el artículo “The Political Economy of Women Liberation” en la revista marxista *Monthly Review*. Allí desarrolla la idea de que el trabajo (no pago) de las mujeres en el hogar es un proceso de producción (no de consumo) esencial para la acumulación capitalista. Sin embargo, Benston aclara que este carácter esencial no implica que dicho trabajo produzca valor debido a que no se realiza para el mercado, sino que las amas de casa producen valores de uso que son consumidos en el ámbito privado del hogar. Para un recorrido sobre los distintos abordajes acerca del trabajo doméstico como productor de valores de cambio o valores de uso, véase Ferguson (2020).

La cuestión reside en la imposibilidad de aplicar la noción de trabajo socialmente necesario al trabajo doméstico. ¿Por qué? Precisamente porque el trabajo doméstico, como dijo Tithi, no está organizado ni de forma industrial ni de forma capitalista. Sufre el impacto del capitalismo, e incluso utiliza los productos del trabajo industrial (como los lavarropas, lavaplatos, aspiradoras), pero en sí mismo no está organizado en términos capitalistas, motivo por el cual no hay forma de que se vuelva trabajo abstracto. En los hechos no existe la organización social que permita hablar de generación de valor [de cambio] del trabajo doméstico.

Desde mi punto de vista, la posición obrerista estuvo basada en dos ideas. Ya expliqué la idea racional: dado que producimos una mercancía (fuerza de trabajo), entonces estamos produciendo valor. El razonamiento subyacente era la tendencia creciente en el *operaismo* italiano a pensar que, con el capitalismo avanzado, el valor ya no se producía solo en el lugar de trabajo sino que se producía en todas las relaciones sociales (la noción de “obrero social” de Negri, etc.). El segundo elemento en el que se basa la consideración de que el trabajo doméstico produce valor era una preocupación. En resumen la idea era: “si encontramos el modo de demostrar que las amas de casa son trabajadoras productivas, entonces podemos demostrar que son parte de la clase obrera y que deberían ser sujetos centrales de la lucha”. Sobre el primer punto, creo que Negri se equivocó: no me convence su lectura de los *Grundrisse*, creo que no funciona, pero no tenemos el tiempo para discutirlo en este mini curso. Sobre el segundo punto, comprendo perfectamente la preocupación pero una preocupación no es una base suficientemente sólida para una teoría.

Mi respuesta sería: debemos desafiar la idea de que el sujeto de la revolución son solo los trabajadores productivos. Marx nunca escribió eso. ¿Dónde está escrito eso? Marx nunca dijo que solamente los trabajadores productivos eran la clase obrera o que solamente los trabajadores productivos eran los sujetos revolucionarios. En sus escritos políticos, intenta encontrar subjetividad potencialmente revolucionaria en distintos lugares, incluidos los esclavos en la Guerra Civil norteamericana, o los campesinos rusos que defienden el *mir*,⁸ etc. Entonces, es un error categorial pensar que la distinción entre trabajadores productivos y trabajadores improductivos tiene un significado político. Esa distinción no debería interpretarse como “quienes son de la clase obrera revolucionaria y quienes vienen detrás”. Esa distinción

8. Comunidad rural rusa en la que las tierras eran colectivas y regía la asignación familiar de parcelas para el cultivo.

es importante para el análisis de la acumulación capitalista y de cómo funciona el capitalismo.

En los *Grundrisse*, Marx escribe explícitamente que el trabajo improductivo, las actividades del trabajador improductivo, son absolutamente cruciales para la vida del capitalismo. Sin ese trabajo el capitalismo no funciona. Desafortunadamente, no menciona el trabajo doméstico. Probablemente tenía en mente, por ejemplo, el trabajo de ventas, de servicios, etc., que no producen directamente una mercancía pero sin el cual es imposible la realización del valor dado que las mercancías no podrían venderse sin él. Personalmente considero que es importante mantener la distinción entre trabajo productivo e improductivo porque nos brinda herramientas desde el punto de vista del análisis de las dinámicas capitalistas. Si quiero entender las crisis, necesito saber dónde se produce valor, cuáles son los sectores, etc. Pero eso no es una teoría política. Quiero preservar la distinción porque es útil analíticamente siempre teniendo cuidado de no confundirnos y considerar que esa distinción es la base de una teoría política sobre el sujeto revolucionario. No era así para Marx y no debería ser así para nosotras. Este punto de vista me permite no tener la preocupación (que tenían las *operaístas* italianas) de decir que el trabajo doméstico produce valor. Alcanza con decir que produce las condiciones de posibilidad para que el capitalismo exista y también para que existamos los y las trabajadoras.

Para finalizar, y en modo un poco esquemático, me gustaría señalar las tres principales formas en que el trabajo de reproducción social puede ser organizado de forma asalariada. Puede ser un trabajo asalariado pero en sectores no productivos, por ejemplo el trabajo en sectores públicos como docentes, enfermeras, trabajadoras de limpieza en sectores públicos, etc. Puede ser un trabajo asalariado en servicios personales, por ejemplo, empleadas domésticas o personal de cuidado en casas particulares. Este es un trabajo que no produce valor (o sea, no hay generación de nuevo valor o plusvalor), aunque por supuesto que hay explotación. Y, por último, puede ser un trabajo asalariado de reproducción social que sí produce valor, por ejemplo las trabajadoras de McDonald's, las mozas, las cocineras, las enfermeras en clínicas privadas: todas ellas están produciendo una buena cantidad de valor. Este sí es trabajo reproductivo que, al mismo tiempo, es trabajo productivo en el sentido de la producción de valor bajo el capitalismo.

Tithi Bhattacharya. Quisiera agregar una cosa. No creo que tengamos que dar una pelea para que el trabajo doméstico sea considerado productivo desde el punto de vista del capital. ¡Es malo ser productivo para el capital! No es algo por lo que sea bueno esforzarse. Realmente no me imagino la escena dentro de la unidad familiar en la que di-

gamos: “¿Estoy limpiando en la misma cantidad de tiempo en que lo hace Cinzia? ¿Qué parte de mi casa he limpiado en comparación con lo que ha limpiado Cinzia?” No creo que eso sea algo bueno para las familias. No miremos la producción de valores de uso exigiendo que sean reconocidos como valores de cambio. Eso es algo imposible. Lo que sí podemos exigir es que el trabajo doméstico sea evacuado del ámbito privado y que se haga público, del mismo modo en que lo es el servicio de salud. Nadie administra las vacunas en el seno del hogar sino que son administradas en el espacio público. De forma similar, no tiene sentido que en una misma cuadra, en los Estados Unidos, haya 10 cortadoras de pasto, una para cada hogar individual. O que haya cocinas privadas. Hasta donde sé, en la actualidad ya existen las cocinas públicas para los ricos: se llaman restaurantes. Lo que nosotros queremos es que cocinar sea una opción. A veces, si te invito a mi casa, puedo querer hacerte una comida, pero lo que no quiero es cocinar todos los días para que podamos alimentarnos mis seres queridos y yo. Lo que necesito son cocinas públicas en mi calle, en las que pueda trabajar junto a mis vecinas o vecinos, amigos, compañeras o compañeros, y que compartamos la tarea de cocinar la comida. Eso es mucho más eficiente que la actual organización del trabajo doméstico y de nuestras vidas.

La familia, la reproducción social y el capitalismo

Tithi Bhattacharya. Voy a comenzar con la cuestión de si el capitalismo puede sobrevivir sin la familia. La respuesta corta es no. Es una respuesta corta pero tiene una explicación larga: cuando pensamos en cómo salvar al planeta, abolir los combustibles fósiles o terminar con las empresas de deforestación, pensamos en qué tipo de movimientos de masas necesitamos para frenar a estas industrias, ¿verdad? Bien, para sacarnos de encima a la familia vamos a necesitar un movimiento de masas mucho más fuerte aún. Se necesita mil veces más fuerza para luchar contra la “ideología de la familia” porque es una institución muy estable, en cierta medida porque el capitalismo se beneficia de una “historia previa” de la familia, de modo tal que crea la impresión de que la familia es parte de la historia de la humanidad desde la época de las cavernas. Es una mitología que el capitalismo utiliza apoyándose en un hecho insoslayable que es que la familia tiene una existencia previa, pese a que haya adoptado formas muy diferentes a como la conocemos actualmente. Esto le ha dado al capitalismo una suerte de “beneficio histórico-ideológico” para decir: “la familia es eterna, sólo los comunistas quieren abolirla”. E históricamente, el capitalismo ha encontrado en la familia un lugar confiable para la reproducción de la fuerza de

trabajo. “Confiable” es un adjetivo importante aquí porque la “forma familia” no emergió de modo pleno en el comienzo del capitalismo: por el contrario, fue el resultado de un proceso de prueba y error a partir del cual el capitalismo encontró una unidad de reproducción confiable.

De allí que el capitalismo permita cierto margen de variaciones para la “forma familia”, pero la familia burguesa heteronormativa es siempre el horizonte de unidad familiar que tiene el capitalismo porque es la forma más confiable y más barata de reproducir la fuerza de trabajo, y también de reproducir los propios valores e ideología acerca de la familia. Hoy tenemos que estar agradecidas al movimiento LGBT y sus versiones alternativas de familia (y espero que eso continúe) pero, como es evidente, eso no liquida la homofobia y tampoco la transfobia. Y la razón por la que el horizonte de heteronormatividad continúa existiendo es porque la familia heteronormativa sigue siendo la unidad más confiable y barata para la reproducción en el capitalismo. Poner el foco allí, como lo hace la Teoría de la Reproducción Social, no es en absoluto un reduccionismo biológico porque, en el terreno de la teoría abstracta, no importa que sean las mujeres las que producen biológicamente a las futuras trabajadoras, lo que importa es que las niñas sean producidas (y reproducidas) de una forma confiable. La pregunta por el género y la sexualidad se introduce porque el capitalismo hace surgir el patrón heteronormativo en la medida en que éste le garantiza la reproducción de un modo más estable. Esa sería mi primera respuesta a la pregunta de si el capitalismo puede sobrevivir sin la familia.

La segunda cuestión que quisiera enfatizar aquí es que todas nosotras vendemos nuestra fuerza de trabajo por un salario pero no lo hacemos por el salario, lo hacemos para vivir. Por ende, el problema de la vida y del mantenimiento de la vida adopta un lugar central. Del modo en que yo lo veo, bajo el capitalismo está el sujeto y están los medios para la reproducción de ese sujeto: comida, ropa, abrigo, etc. Entre el sujeto y esos recursos para la reproducción interviene el salario. El salario es un medio para que el sujeto obtenga esos recursos. El salario es, también, lo que separa al sujeto de esos recursos. El problema de muchas luchas políticas es que se focalizan en el salario como si el único fin fuera el salario. Pero nosotras no estamos luchando solamente por el salario, nuestro foco debería ser que estamos luchando por la vida, que estamos luchando por la reproducción de nosotras mismas, por las formas en que estamos obligadas a conseguir los medios para reproducirnos a nosotras mismas. Por ende, las luchas sindicales que desprecian las cuestiones de aumento de la vivienda, etc. y se focalizan solamente en la cuestión salarial no comprenden que el salario es la forma en que nos ha sido alienado el acceso a los medios de vida. Como marxistas debemos comprender que es la carencia de medios

para reproducirnos a nosotras mismas lo que nos hace perseguir un salario. Entonces, esa suerte de separación entre el sujeto y sus medios de reproducción (que hace que necesitemos el salario) debemos mantenerla siempre en mente en nuestras luchas políticas.

La tercera cuestión que quiero destacar es que Cinzia señaló algo muy importante respecto de la construcción de la subjetividad y quisiera aportar un ejemplo perturbador al respecto. Hay un libro muy bueno del historiador marxista Marcus Rediker llamado *The Slave Ship* (2007). El argumento central trata sobre un ser humano que es capturado en la costa africana. Antes de ser capturado era un ser humano libre que estaba jugando bajo el sol, o haciendo el amor o contando historias; llega a Virginia para trabajar en los campos de algodón y se transforma en un esclavo: ¿cómo es que este ser humano se transforma mágicamente en un esclavo? El barco esclavista, argumenta Marcus, es la fábrica que produce la esclavitud. Es en el barco donde una disciplina terriblemente coercitiva y punitiva es ejercida sobre el cuerpo de este ser humano para matar todo lo que tiene de espíritu libre y torturarlo de modo tal de someterlo a la lógica de la esclavitud. Cuando llega a las costas de Virginia para trabajar en la plantación, este ser humano ya es un esclavo y se vuelve más esclavo en función de torturas similares a las vividas en el barco. Es bastante perturbador leer el libro porque describe las muchas torturas que son realizadas a los esclavos en los barcos. Pero es un buen recordatorio de que nuestras subjetividades son creadas bajo el capitalismo. La esclavitud es el ejemplo más extremo pero tenemos que pensar, como dijo Cinzia, que no es natural para nosotras ni ser una trabajadora ni ser una mujer o un hombre o lo que sea, o ser una esclava. Todos esos son, simplemente, comportamientos no naturales que han sido producidos por una suerte de tortura sobre nuestros cuerpos y nuestras mentes y nuestros espíritus libres. Pero la lección que deberíamos sacar de “el barco esclavista”, es que, pese al increíble nivel de tortura hubo revueltas de esclavos, los esclavos se organizaron colectivamente en estos barcos y pelearon. Por ende, lo que aprendemos es que no importa el nivel de la tortura y de la coerción ideológica que se ejerce bajo el capitalismo tanto en la esfera de la reproducción social como en la de la producción: las personas siguen organizándose colectivamente para desafiar ese orden.

Volviendo al tema de la familia y si ésta es eterna o puede ser abolida, nosotras sabemos que dentro de la familia, en general las mujeres llevamos adelante una cantidad desproporcionada de trabajo en relación con los varones. En Estados Unidos, de acuerdo a una encuesta cuantitativa, semanalmente los varones realizan nueve horas menos de trabajo doméstico que las mujeres, o sea, que las mujeres realizan nueve horas más de trabajo doméstico que los hombres. Nueve horas

es un montón de tiempo. Y esto es Estados Unidos, en muchos otros países, como por ejemplo mi país, India, esa distancia es mayor y acá me dicen que en Brasil también. Eso es así porque, por ejemplo, en buena parte de mi país no hay agua corriente, por ende, las mujeres tienen que caminar millas para conseguir agua, lo cual incrementa las horas de trabajo doméstico.

Decíamos antes que la familia es muy importante como forma confiable de reproducción de la fuerza de trabajo, y que el capitalismo llegó a esta forma a través de prueba y error, tuvo que hacer cierta experimentación con la “forma familia” cuando surgió la producción masiva (la industria). Les pregunto a ustedes: ¿cuál sería la forma ideal para el capitalismo en el surgimiento de la gran industria? ¿Que la mujer trabaje o que la mujer se quede en el hogar? Lo que efectivamente vemos en los primeros momentos de la industrialización es que el capital no se preocupó por la familia en absoluto. Y fue así porque el capital no advirtió cuán útil era la familia, lo único que le preocupaba era que todo el mundo trabajara lo máximo posible: mujeres, niños, varones, todo el mundo trabajando en las fábricas todo el tiempo.

Cuando hago talleres sobre TRS, siempre digo que el complemento perfecto del volumen 1 de *El capital*, para entender la Teoría de la Reproducción Social, es *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, porque es una ilustración de lo que es la reproducción social en términos históricos. Esos dos libros se complementan muy bien. ¿Qué pasa cuando todo el mundo en la familia trabaja todo el tiempo en la fábrica? Esa es la situación en los primeros momentos del capitalismo. Todo miembro de la familia era empleado para trabajar, incluso niñas de seis años de edad, durante 12 horas por día. Voy a leerles un ejemplo:

Sobre la causa de la muerte de Ann Galway, de 45 años de edad, el 16 de noviembre de 1843, los periódicos describieron la vivienda de la difunta en estos términos: vivía en el núm. 3 de White Lion Court, Bermondsey Street, Londres, con su marido y su hijo de 19 años, en una pequeña habitación donde no había ni cama, ni sábanas ni mueble alguno. Ella yacía muerta al lado de su hijo sobre un montón de plumas, esparcidas sobre su cuerpo casi desnudo, pues no había allí ni frazada ni sábanas. Las plumas se pegaban de tal modo a su cuerpo, que hubo que limpiar el cadáver para que el médico pudiera examinarlo; él lo halló totalmente descarnado y lleno de parásitos. En el piso de la pieza había un hoyo que servía de retrete a la familia. (Engels, 1845, p. 74)

Esta era la vida normal de las trabajadoras inglesas. Entonces, piensen en la vida de Ann Galway que, obviamente, era una trabaja-

dora irlandesa. Piensen en su vida y luego compárenla con la vida del empresario que la hizo trabajar hasta la muerte. ¿De dónde venía su dinero? Primero, de la fábrica; pero en segundo lugar venía de la producción algodonera que estaba desarrollándose en Virginia en la que el empresario tenía acciones. ¿Y quién trabaja en las plantaciones de algodón? Gente traída de su tierra en África. Es decir que hay dinero de la esclavitud mezclado en este asunto. Y en tercer lugar: ¿dónde se vendía el algodón? Se vendía a gente en India. Lo que vemos son tres conexiones que construyen la savia del capital: la figura moribunda de la trabajadora irlandesa, la figura moribunda del esclavo y la figura moribunda del sujeto colonial desposeído. Estos son los tres momentos violentos que construyen el imperio forjado por el capital. Recuerden que en estos tres casos, la familia del esclavo, la familia colonial y la familia de los trabajadores campesinos fueron devastadas por el capital para que el capital experimentara con la “forma familia”. Estas son las sangrientas y violentas formas en las que el capital hizo experimentos sobre cómo funciona la familia.

Pero si la clase obrera, como Ann Galway, termina muriendo, se transforma en un problema muy grave para el capital, porque se queda sin trabajadores. Si todos mueren: ¿cómo podría producirse la ganancia? Entonces, ¿quién tiene que intervenir? El Estado capitalista. Un amigo mío, que es comediante, tiene una forma muy graciosa de describir la relación que existía en ese período entre el capital industrial y el Estado capitalista. Dice que el capital industrial es como un bebé en un carrito de supermercado paseando por las góndolas y diciendo: “quiero, quiero” y el Estado capitalista es el padre que va empujando el carro y diciendo “¡No, no, no! ¡No podes llevarte todo eso porque si lo hacés no va a ser bueno para ninguno de los dos!”. Es el tipo de metáfora ilustrativa de la relación entre capital industrial y Estado capitalista.

Lo cierto es que, en función de la salud del sistema en su conjunto, el Estado capitalista tiene que salir al rescate de la familia, porque el capital industrial está metiendo a toda la clase obrera dentro del proceso de producción y destruyendo la reproducción de la fuerza de trabajo. Entonces el Estado capitalista crea legislación para salvar a las familias obreras. Las primeras leyes fueron para limitar el trabajo infantil de modo que las mujeres y los niños no pudieran trabajar más en las fábricas; en 1847 se aprueba la jornada de 10 horas. En 1842 se aprueba la legislación sobre el trabajo en las minas y las mujeres no pueden ingresar más a trabajar dentro de las minas porque son “criaturas tan frágiles” que ya no deben ingresar a trabajar allí. Entre 1833 y 1874 hay muchas leyes industriales para reducir las horas de trabajo, etc. Y, a mi juicio, el capítulo más hermoso del volumen 1 de

El capital es el que Marx dedica a la jornada de trabajo, capítulo que debería leerse al unísono con el libro de Engels.

Todas estas medidas legislativas vinieron junto con nuevas nociones de domesticidad: si vos sacás a las mujeres de la fuerza de trabajo para construir esa nueva cosa llamada “familia”, también hace falta construir ciertas ideas de domesticidad que muestren como algo “antinatural” que las mujeres sean parte de la fuerza de trabajo. Por ejemplo, con la legislación del trabajo en las minas de 1842, se estableció que las mujeres no debían usar pantalones (obviamente las mujeres usaban pantalones todo el tiempo trabajando en las minas). Pero a partir de aquí las mujeres debían usar “ropa de mujeres”. Las ideas de familia, de domesticidad, del rol de las esposas, todo eso surgió en esta época para reafirmar la familia obrera, para salvar a la familia obrera y también para crear nuevos y muy estables roles de género con el objetivo de colocar a esa familia en la posición de reproducción de la fuerza de trabajo. El género juega un rol constitutivo en el proceso de producción como un presupuesto de ese proceso de producción.

Quisiera referirme brevemente a la cuestión de la familia esclava y su importancia para la TRS. Hay dos libros que son obviamente cruciales en la formación de mi pensamiento al respecto. El primero es el de Angela Davis y el otro el de Dorothy Roberts, cuyo título es *Killing the Black Body*. El segundo capítulo de este libro, “On the Slave Family”, trata sobre las formas en que la familia esclava fue estructurada, torturada y degradada en las plantaciones esclavistas.⁹ ¿Cuál es la importancia de la familia esclava para la TRS, desde mi punto de vista? Como hemos dicho, Marx se equivoca cuando dice que el capital deja la reproducción de la fuerza de trabajo en manos del trabajador, porque lo cierto es que los trabajadores no se reproducen del modo en que quieren sino que reproducen la familia de acuerdo a ciertas relaciones sociales en las que la familia está inserta. Por ejemplo, si yo quisiera reproducir mi fuerza de trabajo aquí en Brasil y para hacerlo quisiera abolir la monogamia, no podría hacerlo, porque no puedo decidir las condiciones de mi propia reproducción. Pensar que sí puedo decidir las es una mirada voluntarista porque la familia no está librada a sus propios mecanismos de reproducción.

Sin embargo, sí tiene una relativa autonomía si la comparamos con el lugar de trabajo. Como dijimos antes, el ritmo del capital no es tan directo en la esfera de la reproducción social como lo es en el de la producción de mercancías. No hay ningún jefe que venga a decirte exactamente qué hacer con la familia en el día a día. Eso no significa que el espacio de la familia sea autónomo, pero es más autónomo que

9. Véase Roberts (1997).

el lugar de trabajo. Eso es así, excepto en el caso de la familia esclava. Por eso es importante pensar la familia esclava desde la TRS. La familia esclava es un ejemplo de intervención directa del capital en la esfera de la reproducción y trata de moldearla en forma directa. Y la razón por la que hace esto es muy simple, puntual y funcional. Primero, porque el capital podía permitirse que los esclavos se murieran porque podía conseguir nuevos esclavos. Pero después se frenó el comercio de esclavos cuando fue abolida la esclavitud y los capitalistas ya no podían ir a Ghana a buscar nuevos esclavos cuando éstos se morían, entonces tenían que producirlos ellos mismos, del mismo modo que producían algodón. Como probablemente recordarán en la descripción de Angela Davis y también en el libro de Dorothy Roberts, esto implicó las distintas formas inhumanas en las que el esclavo varón era introducido en un grupo con una esclava mujer y era obligado a procrear. Las mujeres esclavas eran violadas para lograr la reproducción de los esclavos. El control directo de la reproducción en la familia esclava es una forma de reproducción social bastante única en el capitalismo, en la que el capital interviene de modo directo y regula la reproducción de manera violenta.

Por último quisiera referirme a la migración, porque la migración es otra forma en que el capital regula la reproducción de la fuerza de trabajo. Por ejemplo, esto se observa claramente en el caso de Estados Unidos y la inmigración mexicana. Estados Unidos no tiene que pagar por la educación y menos aún por la salud de los trabajadores mexicanos y, sin embargo, dispone de su fuerza de trabajo para producir. La reproducción social de esos trabajadores es gratuita y su salario es sumamente bajo. Es vital para el capital que el monto de dinero invertido en la reproducción de la fuerza de trabajo sea siempre el mínimo posible: siempre necesita recortar costos y siempre recortará costos del modo que sea en la esfera de la reproducción social. Entonces, de repente te quitan el sistema de salud, de repente te quitan las escuelas, te quitan el agua. Esos fueron los recortes en el período neoliberal y, como dijo Cinzia, fue el modo en que el capital atacó los medios a través de los cuales la reproducción social se había socializado bajo el capitalismo. Y es por eso que las luchas contra el neoliberalismo se concentran en esas esferas. Las primeras luchas han sido por proteger el agua, proteger la salud pública, proteger la educación pública, porque en 40 años de neoliberalismo esas esferas han sido atacadas.

Los ataques a los derechos reproductivos y la crisis capitalista

Tithi Bhattacharya. Me gustaría referirme a los ataques a los derechos reproductivos. ¿Por qué existen estos ataques a nivel mundial?

Creo que la TRS puede apuntar ciertas condiciones de posibilidad para explicar esos ataques. Y una de esas condiciones es que, en períodos de crisis capitalista, es decir en tiempos de crisis de acumulación y ganancias, el capital tratará de moldear y cambiar tanto la esfera de la producción como la de la reproducción. De allí que, en esos períodos, debamos esperar nuevas formas ideológicas, nuevos ataques, nuevos inventos del capital. Estamos hablando de tendencias y condiciones de posibilidad, lo que no significa que podamos decir puntualmente el modo en que esto se va a manifestar en Estados Unidos, en Italia, en India o en El Salvador. Pero lo que sí podemos decir es que, en períodos de crisis, el capital va a tratar de reformar la esfera de trabajo y la esfera doméstica para restituir su ganancia.

Una de las formas de este tipo de reforma es el proyecto neoliberal: “queremos a todas las familias de todos los colores, siempre y cuando sean familias”. Este proyecto tiene una fuerte ideología familiar, todo el mundo está casado, tiene sus anillos, sus vacaciones familiares, etc. Toda la parafernalia de la familia heteronormativa es impuesta a la familia *queer*. Siempre que se sigan las prácticas, los ritos y todas las cosas sin sentido de la familia heteronormativa, la familia *queer* será aceptada. Otra variante de reforma es volver a lo que los historiadores marxistas han denominado la “invención de la tradición”. No existe nada llamado “tradición”, es completamente falsa esa idea. La tradición es reinventada para que encaje en el momento actual. Por ejemplo, en la actualidad en India todo el mundo está siendo forzado a encajar en el modelo de “familia hindú”, cuando no existe tal cosa como una tradición de “familia hindú” previa al colonialismo. Es una invención del colonialismo. ¿Qué es una familia hindú tradicional? Lo que dice esta ideología es: “se debe conformar una familia hindú tradicional, especialmente los musulmanes que, como todo el mundo sabe, tienen demasiados chicos, son pedófilos, les pegan a sus mujeres y se casan con muchas mujeres... Todo el mundo sabe esto sobre los musulmanes... Entonces, en oposición a esto, los musulmanes deben convertirse al modelo de familia hindú tradicional que es fantástico”. En Estados Unidos, observamos un incremento del discurso del “American way of life”, “make America great again”, ¿cierto? Bien, lo que nadie dice es que en este “American way of life”, la *apple pie* (tarta de manzana) es tan americana como los barcos de esclavos. Los barcos de esclavos y la tarta de manzana son una rúbrica americana como tantas otras cosas. Se supone que el “American way of life” es aquel en el que la mujer se ocupa de cuidar el hogar, pero los salarios de ambos (del varón y de la mujer) son tan bajos que en verdad las mujeres no pueden quedarse en la casa y ocuparse de las tareas del hogar porque ambos deben salir a trabajar por un salario mínimo.

Hay otra cuestión en relación con los ataques a los derechos reproductivos. Creo que en Estados Unidos suele pensarse que la Iglesia Católica es la primera en atacar los derechos reproductivos, pero no es así. La Iglesia Católica en el siglo XIX fue, de facto, pro aborto, porque la creencia se basaba en este concepto tan especial de los católicos que es la “aceleración” (*“quickening”*), que es la idea de que durante un cierto número de semanas el embrión se desarrolla en el útero y, en un momento dado, existe esta aceleración y ese es el momento en que el embrión recibe un alma.¹⁰ Esta era una idea bastante común en la ideología cristiana, motivo por el cual la Iglesia decía que antes de ese momento una podía hacer lo que quisiera con el embrión, sencillamente porque no era un ser humano. Solo después de la “aceleración” se transformaba en ser humano, por lo que antes de ese momento la Iglesia no tenía nada para decir sobre el aborto. En Estados Unidos hay un elemento claramente malthusiano en el ataque a los derechos reproductivos: la idea de que la tasa poblacional está cayendo, motivo por el cual hay que asegurarse que las mujeres produzcan más y más bebés. Por cierto, no olvidemos que Stalin, cuando pensó que la tasa de natalidad de la Unión Soviética tenía que competir con los promedios mundiales, comenzó a ofrecer medallas a las mujeres que tuvieran más niños. La sociedad que fue la primera en establecer el derecho al aborto como parte de las reformas de la Revolución Rusa, bajo Stalin repartió medallas para premiar la maternidad.

Volviendo al inicio, creo que la TRS puede predecir tendencias porque tiene una visión de la totalidad del capitalismo y eso nos permite conectar estas tendencias a los momentos de crisis capitalista. Pero las formas de expresión de esa crisis van a variar según los países, motivo por el cual necesitamos investigaciones históricas serias que ilustren cómo opera el proceso en cada esfera particular. Una última cosa sobre la TRS y el aborto y los derechos reproductivos: el derecho a tener bebés es tan importante como el derecho al aborto, porque en varios estados de África las mujeres de color han sido esterilizadas de manera forzada y sin saberlo. La cuestión de la esterilización forzada debe ser de particular importancia para nosotras como feministas marxistas y como revolucionarias marxistas. Tenemos el derecho a producir bebés del mismo modo que el derecho a negarnos a producir bebés. Ambos derechos son igual de importantes.

La TRS es particularmente útil, creo, para debatir con el feminismo liberal que considera el derecho al aborto, simplemente, como un pro-

10. “Hasta que el feto no se aceleraba, es decir hasta que la madre no sentía movimiento, no adquiría alma, y el fin de un embarazo solo se consideraba aborto después de ese momento” (Wiesner-Hanks, 2001).

blema del útero. Por supuesto que el aborto es un problema del útero de las mujeres y los cuerpos gestantes, motivo por el cual la decisión de abortar es patrimonio de esos cuerpos. En ese sentido es un problema de “elección”: es mi elección individual si quiero tener una bebé o no tenerlo. Lo que la TRS introduce es la pregunta por las condiciones que son necesarias para que una mujer realice esa elección. Para decidir tener una bebé quiero tener un trabajo estable, que mi pareja tenga un trabajo estable, si es que tengo pareja. Quiero estar segura de que, una vez que nazca, mi hija tendrá acceso a la educación pública de forma gratuita, o al servicio de salud cuando lo necesite, e incluso que yo pueda tener un parto seguro. Para tener una bebé también exijo vivir en un barrio seguro en el que mi niño (si es varón) o el padre de mi niño (si es varón), no sea asesinado por la policía, demando esos derechos. Todos esos temas están íntimamente relacionados con tener una bebé: el trabajo, el estatus migratorio, el barrio, la política de encarcelamiento policial, etc. Todo eso está conectado al momento en que una mujer decide tener un hijo o no tenerlo. Reducir la cuestión del aborto sólo al momento de la decisión es tergiversar y malinterpretar completamente la complejidad del proceso social que implica esa decisión. Como feministas de la reproducción social es nuestro deber mirar el cuadro completo que hace a la toma de decisión, en lugar de mirar la decisión en sí misma.

Cinzia Arruzza. Ciertamente, la TRS puede ayudarnos, en el nivel de la teoría, a pensar qué significa la justicia reproductiva. En otras palabras, la TRS es nuestra respuesta a los dos proyectos neoliberales de los que hablaba Tithi. Porque, por un lado, el problema del aborto ha sido enmarcado por las liberales progresistas como un problema de elección: las *pro-choice* vs. las *pro-life*. Pero *pro-choice* no dice nada de las condiciones sociales que hacen que la elección sea posible. Quienes apoyan la posición *pro-choice* en Estados Unidos pero no apoyan el sistema de salud universal, son *pro-choice* sólo de palabra, porque lo cierto es que ese tipo de posicionamiento está negando la posibilidad de elegir a la gran masa de mujeres para quienes la salud privada es imposible de pagar. Desde esta perspectiva, la TRS puede ayudarnos a comprender qué se necesita para tener justicia reproductiva, tanto para las mujeres que no quieren tener hijos o no quieren tenerlos en un momento determinado, como para aquellas que sí quieren hacerlo, que necesitan medios para la reproducción como el acceso a un sistema de salud adecuado y un parto seguro. Porque si no existe un sistema de salud público o si este sistema es de mala calidad, tampoco es posible llevar adelante un embarazo, o hacerlo significa poner en riesgo la vida. Muchas mujeres mueren en el parto o mueren durante el embarazo,

etc. Desde mi punto de vista, la TRS puede ser útil para elaborar una perspectiva de qué es necesario para tener una justicia reproductiva que no sea racializada y que incluya, realmente, a las mujeres de la clase trabajadora pobre.

La sexualidad desde el punto de vista de la reproducción social

Cinzia Arruzza. Por un lado, el capitalismo ha creado las bases para la emergencia de la sexualidad como esfera específica (ese es un argumento de Foucault que conectó el surgimiento de la sexualidad como campo específico con el surgimiento del capitalismo). Entonces, es el capitalismo el que hace posible que la sexualidad emerja como campo social y, por ende, que las identidades sexuales se cristalicen en base a orientaciones sexuales. Esto no era así antes del capitalismo: es posible hablar de prácticas sexuales homoeróticas pero estas prácticas no eran la base de la definición de una identidad personal. En la antigua Atenas todos los hombres aristocráticos tenían relaciones homoeróticas con jóvenes, pero eso no definía su género ni su identidad personal. La definición y cristalización de identidades sexuales basadas en orientaciones sexuales es un fenómeno reciente y contemporáneo que se corresponde con el surgimiento del capitalismo industrial.

El argumento de Alan Sears¹¹ es que en el capitalismo encontramos, por primera vez en la historia, las condiciones de emergencia de múltiples identidades sexuales y podemos decir lo mismo de las identidades de género. Y esto, por supuesto, puede crear la ilusión de libertad sexual, libertad de expresión o incluso de auto creación de nuestras identidades de género, que es básicamente el argumento de los apologistas del capitalismo como sistema que lleva a la autonomía y a la liberación individual. Esta ilusión va en sentido contrario a la consideración original de la teoría marxista sobre la relación entre capitalismo y sexualidad. Porque originalmente, si tomamos lo que plantean no sólo los socialistas sino gente como Wilhem Reich o incluso Marcuse, la comprensión general sobre la relación entre capitalismo y sexualidad era bajo el paradigma de la represión. En otras palabras, la idea de que el capitalismo tiene la necesidad de reprimir nuestra sexualidad porque, de otro modo, no nos volveríamos sujetos económicos. En términos esquemáticos, lo que Foucault llamó el paradigma de la represión.

Con el neoliberalismo, lo que hemos visto es que no es exactamente eso lo que sucede, sino que el modelo de la regulación de la sexualidad no es el único modelo compatible con el capitalismo. Lo que hemos

11. Véase Sears (2017).

visto desde la década del 60 y especialmente con el neoliberalismo es, en primer lugar, una creciente visibilidad del sexo, el uso masivo del sexo y de la sexualización en las publicidades y en el discurso público. También la multiplicación de las identidades sexuales y, más recientemente, la fluidez del género (*gender fluidity*) y la multiplicación de las identidades de género. Entonces, el modelo represivo no fue el único modelo compatible para la relación entre sexualidad y capitalismo. De hecho, el capitalismo ha demostrado ser más flexible: puede adaptarse e incluso puede cooptar, puede transformar identidades de género en nuevas posibilidades de generación de ganancia. Por ejemplo, ahora tenemos la multiplicación de marcas de ropa cuyo target son las personas *queer*, o bares para *queers*, etc.

Lo que dice Alan Sears es que todo esto puede darnos la ilusión de haber conquistado cierta libertad o de que el capitalismo puede conducir a la liberación sexual, y que la homofobia es un remanente ideológico de un pasado patriarcal. Pero no es así. Y para entenderlo vamos a usar el mismo tipo de esquema que usó Marx para entender la doble libertad del trabajador. Por un lado, es absolutamente cierto que bajo el capitalismo, y debido a la acumulación originaria, los lazos feudales se disolvieron y las personas ya no estaban atadas a la tierra, a la familia patriarcal; podían moverse, viajar. Eso llevó a la revolución de los derechos individuales y es, por supuesto, una forma de progreso en cierto modo. Pero Marx dice que es un fenómeno tipo Janus, en el sentido de que el otro lado de esta libertad y de la emergencia del individuo libre que es dueño de su cuerpo (por ende el cuerpo me pertenece a mí misma y ya no al señor feudal o a la iglesia, y yo puedo disponer de mi cuerpo, puedo viajar, cambiar de empleador, etc.), es la libertad entendida como miseria. En otras palabras, la ausencia de medios de subsistencia, de producción y reproducción. Y, por ende, la absoluta dependencia debido a que yo necesito vender mi fuerza de trabajo para mantenerme viva.

El abordaje de Alan Sears aplica esta lógica también a la comprensión del modo en que funciona la sexualidad bajo el capitalismo. Por un lado, tenemos, especialmente en las grandes metrópolis y las áreas urbanas, la posibilidad, la visibilidad, la multiplicación de identidades de género, que son, fundamentalmente, conquistas de duras luchas, no son un regalo del capitalismo. Sin embargo, en la medida en que la reproducción social (es decir, la forma en que la gente puede reproducirse a sí misma) aún está subordinada a la producción de ganancia y a las presiones y condicionantes del capitalismo, aparece la otra cara de la libertad que es, básicamente, la compulsión. Por ejemplo, hay un fenómeno antiguo que Peter Drucker llama “normalidad

gay”.¹² En Estados Unidos ha habido un proceso de normalización de las personas *gays*, de reproducción de formas familiares que están, precisamente, dentro del mismo paradigma de las familias heteronormativas: el hogar, la familia con dos padres, hijos, es decir, el tipo de estilo de vida aceptado. La única diferencia es que los dos padres son del mismo sexo. Esto es así por presiones objetivas de la acumulación capitalista a la reproducción de este tipo de unidad familiar en tanto unidad que internaliza la necesidad de llevar a cabo el trabajo de reproducción social. Este fenómeno ha sido llamado “la emergencia de la normalidad gay”. Al mismo tiempo, aquellos que no pueden hacerlo porque son pobres, son marginalizados. Observamos el aumento de la marginalización de, por ejemplo, las personas *queer* pobres que no pueden reproducir este tipo de vida familiar estandarizada. Esto es lo que Alan Sears tiene en mente: que para comprender la sexualidad bajo el capitalismo no podemos mirar solamente la esfera del cambio personal y del reconocimiento de derechos legales: también tenemos que entender la sexualidad bajo la esfera de la reproducción social y cómo ésta está sujeta a las presiones del capitalismo.

Desposesión neoliberal y reproducción social

Cinzia Arruzza. Hay un conjunto de teorías recientes que sostienen que existe un proceso continuo y actual de acumulación originaria, es decir que estamos viviendo un proceso de desposesión, separación de las personas de los medios de producción, de la tierra, y, por ende, un desplazamiento masivo de las personas hacia las ciudades, a las megalópolis. Al respecto yo acuerdo en que hay varios elementos en común entre lo que sucede hoy y el proceso de acumulación originaria, pero también existe una diferencia sustancial, que consiste en la creación de sobrepoblación obrera sobrante a nivel nacional. El fenómeno de desposesión, por ejemplo el extractivismo en la Amazonía en la actualidad, no está generando necesariamente nuevos proletarios en el sentido de nuevos trabajadores “libres” de vender su fuerza de trabajo en el mercado. Está creando una enorme masa de lo que, en términos de *El capital*, se llama superpoblación sobrante, es decir, una enorme masa de población que no tiene chance de volverse un trabajador asalariado, de ser absorbido por el mercado de trabajo formal capitalista.

Esta masa de superpoblación puede ser directamente exterminada (esos son los proyectos de exterminio) o puede, básicamente, incrementar el número de habitantes de las villas en las megalópolis, cuyo único modo de sobrevivir es, básicamente, a través de la economía informal.

12. Véase Drucker (2015).

Y creo que esto es una diferencia significativa con el pasado. Y creo también que hemos llegado a un punto que supera lo que Marx denominó ejército industrial de reserva a nivel nacional. Porque el ejército industrial de reserva es una masa de desempleados que el capitalismo necesita para tirar a la baja el salario y que, en términos generales, sirve como mecanismo de control de la clase obrera. El ejército industrial de reserva implica la idea de gente que está en reserva para entrar al mercado de trabajo y volverse un trabajador asalariado. Pero de lo que estamos hablando ahora es de una población sobrante que no es un ejército industrial de reserva, sino que es una masa de personas que no va a entrar nunca al mercado de trabajo. Desde este punto de vista, hay un trabajo que la Teoría de la Reproducción Social, junto con otros, tiene que hacer para explicar este fenómeno de desposesión y creación de población obrera sobrante, y cómo funciona la reproducción social en estas poblaciones sobrantes, etc. En síntesis, creo que hay mucho trabajo por hacer sobre este tema y quizás los lentes de la Teoría de la Reproducción Social sean útiles para ello.

Tithi Bhattacharya. Quisiera referirme a esta idea de que hay “gente innecesaria”. Hay un punto de verdad insoslayable en esa percepción de que hay gente innecesaria. En el Sur global se aplica a la gente indigente, en India o África se aplica a la gente de las comunidades forestales (*“forest people”*) o de las comunidades tribales (*“tribal people”*), en Estados Unidos se aplica a las personas negras en general, hay un sentimiento en las comunidades negras de que todos somos descartables, de allí es que haya surgido una teoría en la izquierda, a la que yo no suscribo en absoluto pero entiendo de donde surge, que es el “afro pesimismo”. La teoría es incorrecta desde mi punto de vista pero se entiende por qué surgió en ciertas comunidades negras para explicar lo que la gente percibe como un genocidio negro. En Brasil puede pensarse del mismo modo.

Tengo dos cosas que decir al respecto. Lo primero es que lo que estamos tratando de hacer con los lentes de la Teoría de la Reproducción Social es mirar el proceso dinámico de la relación entre la producción de personas y la producción de mercancías. No es un proceso estático. Hay ejemplos históricos de poblaciones enteras que han sido exterminadas. Cuando Europa conquistó el “nuevo mundo”, poblaciones enteras fueron exterminadas por la conquista y por las enfermedades traídas de Europa. Entonces, en un sentido, es posible llamar a esas poblaciones “gente innecesaria” para los primeros inicios del capitalismo. Pero sería un error considerar que ese proceso histórico puede aplicarse a este momento de forma estática y considerar que el capitalismo está decidido a exterminar a la llamada “población innecesaria”. En lugar

de eso, lo que deberíamos considerar es que estamos ante un proceso dinámico en el cual el esfuerzo (del capital) es siempre en función de la acumulación, por lo que cualquier cosa o cualquier persona que se interponga en esa acumulación va a ser exterminada. Pero que, en un punto, el capital siempre va a necesitar la fuerza de trabajo y que ello implica necesitar a las personas.

Entonces, en ciertas situaciones el capital va a retroceder, como lo hizo en los orígenes del industrialismo de los que hablaba antes. Porque cuando el capital extermina a las comunidades forestales (*"forest people"*) lo hace para construir una fábrica en la tierra de esas comunidades, por lo tanto, necesita gente para trabajar en esa fábrica. Entonces lo mejor que puede hacer es contratar a una parte de esa "población innecesaria" para que trabaje en esa fábrica. Ese proceso es parte de lo que está pasando. Y todo esto sucede con una rúbrica de intensa racialización que ayuda a mantener los salarios bajos y hacer que esos empleos aparezcan como si fueran un regalo que el capital está haciendo a esa comunidad, algo que deben agradecer porque "son negros, qué más pueden pedir". Esa rúbrica ideológica justifica todo el proceso que se lleva adelante. Lo que quiero remarcar es que no podemos considerar que hay una orientación absoluta hacia el exterminio de las poblaciones racializadas porque, para ser honesta, las tareas más importantes para el capitalismo son llevadas a cabo por gente de color. Por ende, el capitalismo no puede destruir ese capital, el capitalismo no puede permitirse liquidar todo el capital que constituye la gente de color. Pero la racialización ayuda a mantener a la población bajo control y ayuda también a aniquilarla cuando es necesario. Por ende, si una comunidad está luchando para preservar su territorio está perfectamente justificado traer soldados y dispararles. Si una comunidad está luchando por la preservación de un bosque, está perfectamente justificado traer a los militares y limpiar el territorio de manifestantes. Eso es lo primero que quiero decir para mirar el proceso de un modo dinámico en lugar de verlo en un modo estático.

Lo segundo refiere a David Harvey, de quien soy una gran admiradora. Pienso que una buena parte del trabajo que ha hecho encaja perfecto con la Teoría de la Reproducción Social. Hemos hecho presentaciones juntos. El punto en el que no acuerdo con Harvey es la teoría de la acumulación por desposesión.¹³ No es que esté en desacuerdo con eso como descripción de un fenómeno histórico, porque claramente hay una acumulación por desposesión que está llevándose a cabo en este momento. Por ende, en términos históricos, es una formulación perfecta, y él ha sido el primero en descubrirla, y eso es un desarrollo

13. Véase Harvey (2004), el capítulo IV: "La acumulación por desposesión".

fantástico de su trabajo. El punto en que no acuerdo es que, según David, la acumulación por desposesión está volviéndose el motor de la acumulación capitalista. En eso no tengo acuerdo. Yo sigo pensando que la extracción de plusvalor es el principal motor de la acumulación capitalista. Ese es el punto en el que no acordamos: en el significado de la teoría más que en la teoría como una descripción de ciertas formas de acumulación capitalista.

Debates al interior del feminismo: las materialistas francesas, la interseccionalidad, la apuesta por “los comunes” y la mirada autonomista

Cinzia Arruzza: Se han formulado algunas preguntas que involucran otras teorías feministas con las que la TRS tiene algunos puntos en común y también diferencias. Quisiera referirme brevemente a eso. Respecto a las feministas materialistas francesas como Danièle Kergoat,¹⁴ hay una serie de puntos comunes con la TRS que tienen que ver con el análisis de las relaciones entre la opresión de género, la explotación, el capitalismo, la raza, etc. Pero, al menos desde mi punto de vista, la diferencia está en la matriz de la teoría que está basada en lo que las feministas anglosajonas llaman “teorías del sistema dual”, es decir, en la idea de que tenemos, por un lado, relaciones sexuales de explotación y, por otro, relaciones capitalistas de explotación. Y, en las versiones más recientes de las materialistas francesas, un tercer tipo de relaciones que son las relaciones raciales de explotación. Estos tres tipos de relaciones son co-constitutivos, trabajan juntos, se combinan, pero antes que nada son tres formas de explotación con lógica autónoma.

La TRS se para desde el punto de vista de una teoría unitaria. Si bien reconoce que el patriarcado fue un sistema de producción y reproducción en las sociedades agrarias, considera que ya no sucede lo mismo en las sociedades capitalistas. En otras palabras, las relaciones patriarcales están presentes en la sociedad capitalista pero no forman un sistema con lógica autónoma. Lo que la TRS trata de explicar es, precisamente, cuáles son los elementos propios de la acumulación capitalista que generan las condiciones para la opresión de género y, es más, para una forma específica de opresión de género (sin recurrir a ideas sobre los deseos de los varones de dominar a las mujeres o a ideas de tipo biologicistas). Por supuesto que hay ciertas similitudes respecto del modo en que las mujeres eran oprimidas en las sociedades agrarias

14. En la década del 80 Danièle Kergoat revisa la relación entre la explotación de clase y la opresión de género redefiniendo la noción de división sexual del trabajo a partir de colocar en el centro el concepto de “relaciones sociales de sexo”. Véase Hirata y Kergoat (1997) y Kergoat (2003).

pero, sin lugar a dudas, el modo en que las mujeres son oprimidas en el capitalismo no es el mismo que el de las sociedades agrarias.

El fenómeno de la opresión de las mujeres excede el capitalismo pero fue completamente transformado por el capitalismo, y decir “transformado” no es lo mismo que decir “integrado”. Fue transformado justamente por la necesidad de subordinar la reproducción social a la producción de valor, la producción de ganancia. Yo diría que esa es la diferencia teórica más grande con el feminismo materialista francés. En última instancia, a nivel teórico, la diferencia está relacionada con el poder explicativo que nosotras le damos a la producción de valor y a la acumulación de capital para explicar ciertas dinámicas históricas. En un sentido, somos marxistas heterodoxas, pero en otro sentido, somos marxistas muy ortodoxas en la medida en que realmente creemos que la acumulación de capital es el “corazón latiente” del capitalismo y es el lugar donde hay que mirar para ampliar la mirada. La acumulación tiene, para nosotras, un gran poder explicativo del conjunto de los fenómenos sociales.

Nuestra mirada sobre el capitalismo de conjunto, y el modo en que funciona, también tiene que ver con las diferencias entre la TRS y la interseccionalidad. Yo diría que hay muchos puntos en común y que la principal diferencia es que en la mirada de la interseccionalidad (que es muy plural en su interior) lo que falta es una teoría del capitalismo como tal, de cómo funciona, de cuál es la lógica del capitalismo y, por ende, de qué es lo que explica la intersección de varias formas de opresión.

Sobre las relaciones de “los comunes”¹⁵ y su potencialidad creo que es importante señalar lo siguiente. Cuando hablamos de TRS, no deberíamos confundir las tendencias y los condicionantes, con los modelos y los mecanismos específicos. Me explico: como hemos dicho, no todos los aspectos de la vida están entera y directamente regulados por el capitalismo. Hay un montón de cosas que pasan en la esfera de las relaciones personales que están constreñidos por ciertos horizontes de posibilidad pero que también están definidos por nuestra interacción libre. No me refiero solo a lo que pasa en la familia, también en las comunidades de amistad que son repositorios de afectos, de relaciones no mercantilizadas y espacios de creación de lazos de solidaridad. Hay allí, sin lugar a dudas, un elemento de “comunalidad”.

De todos modos, el problema es que todas estas relaciones se dan bajo condicionantes específicos determinados por el capitalismo, que

15. La idea de “los comunes” o de “lo común” o “comunitario” se ha extendido en algunos sectores feministas y hace referencia a la construcción de relaciones sociales alternativas al capitalismo para la producción de la vida. Para una definición, véase Caffentzis y Federici (2018).

vuelve imposible desarrollar el potencial de estas “comunalidades” hasta el final, es decir, vuelve imposible que el potencial de estas relaciones libres y no mercantilizadas, relaciones de cuidado y de afecto, se despliegue. En segundo lugar, es importante marcar que estos elementos de “comunalidad” pueden jugar un rol fundamental en la dinámica de las luchas en términos de su sostenimiento: como durante la huelga de las docentes¹⁶ o como en el caso de las Panteras Negras que organizaban desayunos gratis, o los migrantes organizando foros de solidaridad para la reproducción social desde abajo en la frontera. Este tipo de iniciativas sostienen la lucha y la hacen posible. Sin embargo, todas estas formas de solidaridad en el ámbito de la reproducción social, en sí mismas, son incapaces de desafiar las relaciones sociales generales en las que luchamos por la supervivencia. Organizarse colectivamente con amigos y compañeros, las formas colectivas y autogestionadas de cuidado de niños o de adultos mayores, puede mejorar nuestras vidas, puede hacer que nuestras vidas sean menos miserables, pero de ningún modo van a desafiar al capitalismo y a las relaciones sociales capitalistas. Solamente garantizan la reproducción social que el capitalismo necesita pero de un modo alternativo al modo familiar estándar. Desde el punto de vista del capitalismo, el trabajo de reproducción social está hecho. Entonces, yo diría que lo que tenemos que entender es que la mutualidad, las formas autónomas de autogestionar la reproducción social, tienen que estar siempre conectadas a las luchas y a los conflictos que atacan en forma directa los intereses y las ganancias capitalistas. De otro modo, podremos hacer nuestra vida menos miserable pero no vamos a cambiar la situación general.

Por último, la TRS presenta, de hecho, algunas diferencias respecto de la teoría autonomista o posautonomista. Un ejemplo es la apreciación respecto de los espacios autónomos, los espacios comunitarios o autogestionados de la reproducción social, y la apuesta a su crecimiento, en detrimento de las demandas hacia el Estado. Desde mi punto de vista, el camino al que tenemos que apostar, por supuesto que no es la hostilidad hacia las formas autónomas, a las experiencias autogestionadas o comunitarias de la reproducción social, pero en términos generales la perspectiva debería ser la socialización de todo el trabajo de reproducción social. Que la sociedad como un todo se haga cargo de la reproducción social y que esto no sea más un problema privado, relegado a la familia o al modo en que puedas resolverlo a través del mercado. ¿Cómo hacer esto? Bajo el capitalismo, el Estado se vuelve parte de la lucha, cuánto es posible obtener del Estado es parte de la

16. Refiere a las huelgas docentes desarrolladas en diversos estados de Estados Unidos durante 2018.

lucha; cuánto es posible arrancarle en términos de salud pública, de escuelas públicas, de cuidados públicos, es parte crucial de la lucha. En el *Manifiesto por un feminismo del 99%*,¹⁷ señalamos una serie de demandas hacia el Estado. Por supuesto que ese no es el objetivo último de la lucha, no es el horizonte final. Pero es parte de la lucha actual, de la lucha en curso, entre la privatización de la reproducción y la lucha para forzar al capital a pagar por la reproducción. No es el horizonte final porque el horizonte final es terminar con el Estado y construir una socialización general de la reproducción social, y eso es a lo que tenemos que llegar de algún modo. Pero en este momento hay una lucha para frenar la privatización de la reproducción social y para forzar una mayor distribución que fortalezca a las mujeres y que cree las condiciones objetivas y subjetivas para ir más lejos.

Tithi Bhattacharya: Para terminar quisiera referirme a la pregunta acerca de por qué, luego de la Revolución Rusa del 1917, las mujeres seguían siendo responsables del trabajo de reproducción social. En primer lugar, hay que tener en cuenta que el período de experimentación en el terreno de la reproducción social fue durante los primeros años. Once países capitalistas atacaron de forma inmediata el Estado obrero, lo rodearon y comenzaron una guerra civil. El libro de Wendy Goldman¹⁸ es fantástico, allí se puede ver cómo en las escuelas públicas las maestras están luchando, no hay recursos, no hay papel y sin embargo, es un momento de una gran experiencia de aprendizaje a través de la lectura y del juego. Se puede ver cómo intentan poner en pie estas cocinas comunitarias pero no hay comida, porque los ejércitos capitalistas bloquearon la Unión Soviética. Entonces, lo primero es tener en cuenta todos estos condicionantes. Sin embargo, la pregunta sigue siendo válida: ¿por qué son las mujeres las que principalmente llevan estas tareas adelante? En primer lugar, porque es un período de transición y los hábitos más antiguos persisten. Pero es importante recordar cómo Lenin y Kollontai libraron batallas fuertes contra esto. Lenin tiene una crítica deslumbrante a sus camaradas varones del Partido Bolchevique cuando les dice: ¿qué estás haciendo, dejando que tu compañera mujer se ocupe de este tipo de tareas mientras vos te ocupás de las tareas políticas? Lenin y Kollontai son bien claros en esto: ellos conformaron una comisión con el objetivo de incorporar más mujeres a la vida política. Lo que es importante que entendamos es que más allá de los condicionantes del momento, hubo un esfuerzo de los viejos bolcheviques por cambiar esa situación. Y ese muy corto período

17. Véase Arruzza, Bhattacharya y Fraser (2019).

18. Véase Goldman (2010).

se transformó en un período de intensa experimentación. Nada de eso llegó a prosperar y la contrarrevolución de Stalin barrió con todo, pero tenemos que recordar ese período.

Quisiera finalizar hablando de dos hechos de los que normalmente no se habla. El primero es que la Revolución Rusa fue comenzada por mujeres que marchaban por pan. Eso dio comienzo a la revolución y es lo primero que tenemos que recordar. Lo segundo es el tipo de confianza que la Revolución Rusa le dio a las mujeres durante este período de experimentación. Por ejemplo, cada vez que ocurría un caso de acoso sexual por parte de jefes o de compañeros trabajadores varones, las mujeres trabajadoras ponían a esos hombres en una carretilla, los llevaban al río y los tiraban allí. Menciono esto porque quisiera pensar nuestras luchas presentes a partir de estos dos hechos de la Revolución Rusa: exigimos pan para nuestras mesas y carretillas para nuestros enemigos.

Referencias

- Arruzza, C. (2010). *Las sin parte: matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*. Traficantes de Sueños.
- Arruzza, C. (2015). Funcionalist, Determinist, Reductionist: Social Reproduction Feminism and its Critics. *Science & Society*, 80 (1), 9-30.
- Arruzza, C., Bhattacharya, T. y Fraser, N. (2019). *Manifiesto por un feminismo del 99%*. Rara Avis.
- Benston, M. (1969). The Political Economy of Women Liberation. *Monthly Review*, 21, 4, 13-27.
- Bhattacharya, T. (2017). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentring Oppression*. Pluto Press.
- Brenner, J. y Laslett, B. (1991). Gender, Social Reproduction, and Women's Self Organization: Considering the US Welfare State. *Gender & Society*, 5, 3, 311-333.
- Caffentzis, G. y Federici, S. (2018). Comunes contra y más allá del capitalismo. En G. Caffentzis (ed.), *Los límites del capital. Deuda, moneda y lucha de clases*. Tinta Limón-Fundación Rosa Luxemburgo.
- Drucker, P. (2015). *Warped: Gay Normality and Queer Anti-Capitalism*. Brill.
- Engels, F. (1845). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/situacion.pdf>.
- Ferguson, S. (2020). *Women and Work. Feminism, Labour and Social Reproduction*. Pluto Press.
- Goldman, W. (2010). *La mujer, el estado y la revolución*. Ediciones IPS.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- Hirata, H. y Kergoat, D. (1997). La división sexual del trabajo: permanencia y cambio. *Trabajo y Sociedad*.

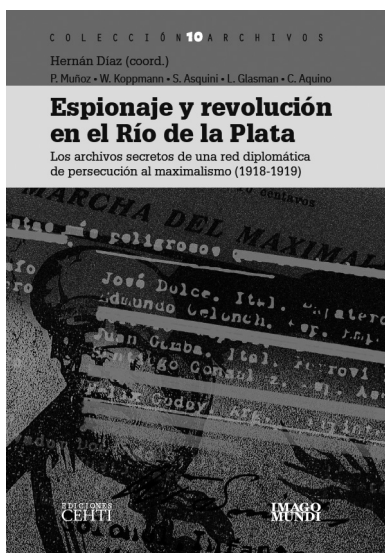
- Kergoat, D. (2003). De la relación social de sexo al sujeto sexuado. *Revista Mexicana de Sociología*, 65, 4.
- Rediker, M. (2007). *The Slave Ship: a Human History*. Viking Penguin.
- Roberts, D. (1997). *Killing the Black Body: Race, Reproduction and the Meaning of Liberty*. Vintage by Random House.
- Sears, A. (2017). Body Politics: the Social Reproduction of Sexualities. En T. Bhattacharya (ed.), *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentring Oppression*. Pluto Press.
- Varela, P. (2018). Sobre la relación entre género y clase. Entrevista con Tithi Bhattacharya. *Ideas de Izquierda*, 44.
- Vogel, L. (2013). *Marxism and the Oppression of Women*. Historical Materialism.
- Wiesner-Hanks, M. (2001). *Cristianismo y sexualidad en la Edad Moderna. La regulación del deseo, la reforma de la práctica*. Siglo XXI.

Colección Archivos

Hernán Díaz
(coord.)

Espionaje y revolución en el Río de la Plata

Los archivos secretos
de una red diplomática
de persecución al
maximalismo (1918-1919)



Desde que el movimiento obrero empezó a organizarse, el poder recurrió de manera sistemática al espionaje, la delación y la infiltración, utilizando agentes e informantes para conocer y prevenir los levantamientos sociales.

Poco se sabe de estas actividades de inteligencia. En este libro, el décimo de la Colección Archivos, ofrecemos una investigación sobre la red de espionaje creada en Buenos Aires por las embajadas de Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia, al finalizar la Primera Guerra Mundial en 1918, con el fin de tener un conocimiento preciso de lo que en la época se llamaba “maximalismo”: anarquistas, revolucionarios, bolcheviques, todos favorables a la revolución rusa.

Incluimos también un anexo con una selección de los documentos elaborados por la red de espías, entre los que sobresale un listado de los 400 maximalistas más peligrosos de ambos márgenes del Río de la Plata.

El libro, coordinado por Hernán Díaz, se ha realizado a través de una escritura colectiva, donde participan también Pascual Muñoz, Walter Koppmann, Sabrina Asquini, Lucas Glasman y Cristian Aquino.

La reproducción social en disputa: un debate entre autonomistas y marxistas

Paula Varela

Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas • Universidad de Buenos Aires (Argentina)
paula.varela.ips@gmail.com

Título: Social Reproduction in Dispute: a Debate between Autonomists and Marxists

Resumen: Este texto aborda el debate, teórico-político, entre la visión autonomista y la visión marxista de la reproducción social. Para hacerlo, nos basamos en el reciente dossier publicado por la revista *Radical Philosophy* “Social Reproduction Theory”, cuya presentación está escrita por Silvia Federici y su artículo teórico por Alessandra Mezzadri. El núcleo duro del dossier está dirigido a polemizar con las posiciones sostenidas en el libro de Tithi Bhattacharya *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Opression*. Presentamos aquí una “crítica de la crítica” para proponer una lectura de la Teoría de la Reproducción Social en tanto teoría de la relación entre producción y reproducción en la sociedad capitalista.

Palabras clave: feminismo – marxismo – reproducción social – clase trabajadora

Abstract: This article addresses the theoretical-political debate between the autonomist vision and the Marxist vision of social reproduction. To do so, we base on the recent *dossier* published by the *Radical Philosophy* “Social Reproduction Theory”, which presentation is written by Silvia Federici and its theoretical article by Alessandra Mezzadri. The hard core of the dossier’s argument is aimed at polemizing with Tithi Bhattacharya’s book *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Opression*. This is a “critique of criticism” that propose a reading of the Theory of Social Reproduction as a theory of the relationship between production and reproduction in capitalist society.

Keywords: Feminism – Marxism – social reproduction – working class

Recepción: 1 de febrero de 2020. **Aceptación:** 27 de febrero de 2020

En abril de 2019, la revista *Radical Philosophy*, publicó un dossier llamado “Teoría de la Reproducción Social”, cuya presentación fue escrita por Silvia Federici, y su contenido está dirigido, básicamente, a polemizar con la visión marxista de la Teoría de la Reproducción Social (TRS) a través de criticar el libro de Tithi Bhattacharya *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Opression*.¹ El artículo que concentra los argumentos teóricos es el de Alessandra Mezzadri “On the value of social reproduction”, motivo por el cual me basaré en él para elaborar una “crítica de la crítica”² y proponer *una lectura de la Teoría de la Reproducción Social en tanto teoría de la relación entre producción y reproducción en la sociedad capitalista*.

El artículo de Mezzadri tiene tres virtudes. La primera es que pone de manifiesto algo que venía flotando en el aire pero que no terminaba de expresarse de forma abierta: que hay una disputa teórico-política respecto a qué nos referimos cuando hablamos de “reproducción social” y que los contendientes de esa disputa son dos: la *visión autonomista* y la *visión marxista* de la reproducción social. Una, representada en la actualidad por Silvia Federici y otras teóricas; la otra, expresada (para este debate) en el libro que compila Bhattacharya, el cual retoma los planteos de Lise Vogel y cuenta con aportes de teóricas contemporáneas como Susan Ferguson o Cinzia Arruzza (entre otras). La segunda virtud del artículo es que sitúa el núcleo del debate teórico donde éste debe estar: la definición de qué es y qué papel cumple en el capitalismo contemporáneo el trabajo de reproducción social, y cuál es su relación con el trabajo de producción de mercancías, o, para decirlo en términos marxistas, con la producción de valor. Para ello, el artículo de Mezzadri reenvía el debate a sus orígenes: los desarrollos de Mariarosa Dalla Costa y Selma James (1975), como teóricas fundantes de la visión autonomista, y los desarrollos de Vogel, como quien logra elaborar el núcleo duro de la visión marxista sobre el cual se basan las elaboraciones posteriores), y se concentra, particularmente, en la definición de un punto crucial: si el trabajo de reproducción social produce o no produce valor. Esta discusión, que puede parecer casi un preciosismo (y que muchos criticaron en los 70 por ser “demasiada abstracta”), recobra aquí toda su centralidad. La tercera virtud es que Mezzadri establece con claridad cuál es la consecuencia política de dicho debate teórico: ni más ni menos que la caracterización de cuáles son los territorios de la lucha contra

1. Para una entrevista a Tithi Bhattacharya sobre su libro, véase Varela (2018a) <https://laizquierdadiario.com/Sobre-la-relacion-entre-genero-y-clase>.

2. Para la elaboración de esta crítica fueron fundamentales los intercambios con Susan Ferguson y con Gastón Gutiérrez Rossi. Las afirmaciones son de mi absoluta responsabilidad.

el capital, quiénes son los sujetos que tienen que protagonizarla y qué papel juegan las mujeres en esa lucha. En síntesis, qué formas políticas asumiría una perspectiva que busque trascender el capitalismo hoy.

En definitiva, más allá de los argumentos que la propia Mezzadri defiende y del modo en que lo hace (todo lo cual es objeto de mi crítica), su artículo es en sí mismo importante porque logra dejar en claro que estamos ante un debate central para el feminismo (en un momento en que miles de mujeres, particularmente jóvenes, se identifican con esa heterogénea identidad) y, sobre todo, para un feminismo que entiende que la lucha contra la opresión de las mujeres es inescindible de la lucha contra el capitalismo, en la medida en que no son sistemas de opresión separados (patriarcado y capitalismo) sino un único sistema construido sobre la base de esta doble opresión (de género y clase).³

¿Todo trabajo produce valor?

Mezzadri comienza así su crítica:

A partir de una revisión del debate sobre la reproducción social, antiguo y nuevo, y centrándose en el aumento y la difusión del trabajo informal y no formalizado, el siguiente análisis sostiene que solo las interpretaciones de las actividades y los ámbitos de reproducción social como *productores de valor* pueden mejorar nuestra comprensión de las relaciones laborales del capitalismo contemporáneo. (2019, p. 33, destacado en el original).

Para hacer esa afirmación Mezzadri se parará en dos pilares: el primero, la tradición teórica iniciada por Dalla Costa y James (inscrita en el *operaísmo* italiano), que da origen a la “Campana por el Salario para el Trabajo Doméstico”,⁴ y de la que forman parte, entre otras, Leopoldina Fortunati y Silvia Federici;⁵ el segundo, los estudios que centran su mirada en el “trabajo informal o informalizado” y/o en las “economías de subsistencia” de los países periféricos, entre los que la autora destaca los de María Mies (Mies, 1982 y 2019; Mies y Benn-

3. Esta comprensión es la base de las teorías unitarias opuestas a las teorías del sistema dual que explican la opresión de género y la explotación de clase como consecuencia de dos sistemas diferenciados. Para una reconstrucción de ese debate, véase Ferguson y McNally (2013).

4. Campaña internacional que se inició en el año 1972 y se desarrolló en Nueva York, Trivento, Toronto, y otras ciudades. Para una historización del Comité de Nueva York en el que participó Silvia Federici, véase Federici y Austin (2019).

5. Véase Fortunati (1981) y Fortunati y Federici (1984).

holdt-Thomsen, 1999). De este modo, la tesis, que en el marco de la Segunda Ola Feminista estaba dirigida a argumentar puntualmente que el trabajo doméstico produce valor, se extiende aquí hacia una tesis más general sobre “el papel que desempeña la reproducción social en los procesos de extracción de excedentes de trabajo y generación de valor” (Mezzadri, 2019, p. 34), que sobrepasa el campo del feminismo y empalma con discusiones que se desarrollan en la historiografía, la sociología y la antropología contemporáneas. Estas discusiones tienen un núcleo común: la problematización de la idea del “trabajador libre” de Marx (“libre” de medios de producción y “libre” de vender su fuerza de trabajo en el mercado), y de la relación asalariada como relación social fundamental a partir de la cual explicar la producción de valor y plusvalor y, por ende, la acumulación de capital y la reproducción del sistema capitalista como un todo. Parte de estas discusiones pueden encontrarse en el libro de Marcel van der Linden (2019) *Trabajadores y trabajadoras del mundo*, entre otros. Basándose en estos estudios y en su propia investigación sobre los *sweapshops* (Mezzadri, 2017), la autora identificará tres canales a través de los cuales las actividades y esferas reproductivas contribuyen a los procesos de generación de valor: a) la extensión de los patrones de control del trabajo más allá del tiempo de trabajo, lo cual expande también las tasas de explotación; b) la absorción, por parte de los y las trabajadoras, de la externalización sistémica de los costos de reproducción social, lo cual opera, de facto, como un subsidio al capital; c) el aumento de la subsunción formal del trabajo al capital, forma endémica en el capitalismo periférico y, por ende, en la mayoría del mundo (2019, p. 33). Si bien en este artículo no nos detendremos en esa discusión, sino en la que refiere particularmente al feminismo autonomista que Mezzadri identifica como tradición originaria, es pertinente señalar lo que dijéramos en oportunidad de un “debate” con Marcel van der Linden y su categoría de “trabajadores subalternos”: la descripción de la heterogeneidad y las formas intermedias de trabajo que efectivamente existen (en las que se solapan los tiempos de producción de valor y los de reproducción de la fuerza de trabajo) no constituye, en sí misma, una negación de la predominancia de la relación salarial como estructurante (no totalizante) de la acumulación de capital en la actualidad. En sentido contrario, expresa la forma desigual y combinada en que el capitalismo mercantiliza, contradictoriamente, a los y las trabajadoras (Varela, 2014).

Parada sobre estos dos pilares, Mezzadri sostendrá que *existe un carácter borroso de la frontera entre el ámbito de la producción “de valor” y el ámbito de la reproducción de “la vida”, que haría que todos los ámbitos donde existe “trabajo” puedan ser pensados como ámbitos de fuente de valor y, por ende, la propia distinción entre espacio de la pro-*

ducción y espacio de la reproducción se vuelva irrelevante a punto tal que sostenerla es casi un capricho “productivista” de las marxistas de la TRS (y de los marxistas en general). Dicho en sus propias palabras: “los enfoques del valor que proponen una clara separación entre lo que produce y lo que no produce el excedente se basan en una información inexacta y altamente dualista para la comprensión de cómo funciona el capitalismo” (2019, p. 39).

Antes de fundamentar los problemas que tiene el planteo de Mezzadri, quisiera despejar una serie de cuestiones que no son parte de la discusión (aunque suelen aparecer y generar confusión). En primer lugar, definir si el trabajo de reproducción social produce valor o no, no es lo mismo que darle “valor o importancia” a este trabajo que realizamos mayoritariamente las mujeres, porque el valor en la teoría de Marx no es un concepto moral, es un concepto (central) de su crítica a la economía política. Por el contrario, establecer cuál es el rol del trabajo de reproducción social y su relación con el trabajo productivo *implica darle la mayor de las importancias en el capitalismo*, porque ayuda a comprender, entre otras cosas, el exacto punto en que género y clase se intersectan, no por casualidad, no aleatoriamente, sino *en forma necesaria* para que este sistema (de opresión y explotación) se reproduzca. Entonces: no estamos discutiendo la importancia del trabajo de reproducción social. Reconocer esta importancia vital (incluso económicamente) para el capitalismo es *el punto de partida del debate, no su conclusión*. En segundo lugar (y derivado de lo anterior), no es un debate que pueda saldarse “políticamente”, en el sentido de argumentar que la determinación del carácter productivo del trabajo de reproducción es una posición política correcta debido a que le otorga visibilidad tanto a un trabajo ciertamente invisibilizado y devaluado como a los sujetos que lo realizamos. Lamentablemente, la política no resuelve los problemas de la teoría.⁶ El objetivo de visibilizar a esta mitad de la clase obrera relegada a la oscuridad por su trabajo de reproducir la fuerza de trabajo es, sin lugar a dudas, un objetivo político de primer orden (cuestión con la que acuerdan todas las teóricas marxistas de la reproducción social). Pero al revés de hacerlo a través de la igualación de ese trabajo con aquel que llevan adelante los y las obreras en el punto de la producción, el mejor combate contra posiciones que fetichicen al obrero de overol (varón y ciertamente blanco) y el lugar de la producción como único *locus* de lucha de clases no es amalgamar un tipo de trabajo con el otro (la cocina y la fábrica) sino intentar comprender su diferencia para comprender, también, su relación. En tercer lugar, sostener que el trabajo de reproducción social

6. Podría decirse lo mismo al revés: una buena teoría no resuelve los problemas de la política, aunque da más chances para que ello pueda suceder.

no produce valor no significa, en absoluto, considerar que existe algo así como un modo de producción doméstico (diferenciado del modo de producción capitalista) en el cual las mujeres son las “proletarias” de ese modo paralelo de producción.⁷ Lejos de ese dualismo (propio de las teorías del sistema dual que Vogel critica fuertemente), una de las mayores riquezas del libro *Marxism and the Oppression of Women. Toward a Unitary Theory* (Vogel, 2013) es situarse claramente en el campo de las teorías unitarias y, allí parada, comprender la relación entre producción y reproducción como una *unidad diferenciada*. Por último, y aunque parezca un exceso aclararlo, establecer que el trabajo de reproducción social no produce valor no significa (bajo ningún punto de vista) considerar a las mujeres (que mayormente lo realizamos) como no-parte de la clase obrera o como “ciudadanas de segunda” de nuestra clase. Como señala Arruzza en este dossier, la definición de clase obrera no se restringió nunca para Marx a los trabajadores productivos (por más que haya quienes, en nombre del marxismo, sí lo han hecho). En otro artículo hemos señalado, siguiendo la definición de Daniel Bensaïd, que la clase trabajadora está definida por *sus relaciones con el capital y mediante el conflicto social que la opone al mismo* (Varela, 2019). Esta doble determinación se imbrica, a su vez, en distintos niveles en que el conflicto social se despliega: el ámbito de la producción, el de la circulación y el de la reproducción social en su conjunto. La relación asalariada, cuyo *locus* de lucha de clases es el ámbito de la producción en la medida en que allí se disputa el tiempo de trabajo necesario y el plustrabajo (a través de la lucha por el tiempo y condiciones de trabajo), *es una determinación necesaria, pero no es suficiente*. El otro conjunto de determinaciones (que Bensaïd organiza en torno a los volúmenes II y III de *El capital*) están atadas a esta primera determinación (es decir que sin ella pierden sentido) pero la complejizan. Como veremos al final de este texto, lejos de cualquier ciudadanía de segunda, es posible considerar que las mujeres de la clase trabajadora ocupan una ubicación privilegiada, pero no por una idealización de las “cocinas” o del ámbito de “la subsistencia”, sino por su *lugar de puentes entre producción y reproducción*, entre la fábrica y el barrio, lugar que puede configurarse

7. Como destaca Paul Smith (1978), en oportunidad del debate sobre el trabajo doméstico en la década del 70, muchas críticas a Dalla Costa y James desde el marxismo (lo que se conoció como posiciones “ortodoxas”) se hicieron argumentando que el trabajo doméstico no producía valor por pertenecer a un sistema de producción distinto al capitalista (el doméstico), el cual constituía una rémora del pasado (o sea, un sistema de producción precapitalista). Ese tipo de posiciones (ciertamente dualistas) dificultó y polarizó el debate. Lise Vogel será quien, desde el campo del marxismo, retome la discusión sobre el trabajo doméstico y critique la tradición *operaista* desde una posición unitaria.

como una ubicación estratégica para una perspectiva anticapitalista que no puede ser solo de las mujeres sino que debe ser (sí o sí) del conjunto de los y las trabajadoras (una clase heterogénea que tiene géneros, razas, etnias, nacionalidades y sexualidades). Dicho esto, vayamos a los problemas que trae el planteo de Mezzadri.

La liquidación de las fronteras (o el problema de la indistinción)

Como dijimos, Mezzadri afirma que cualquier enfoque del valor que establezca una frontera clara entre el trabajo que produce y el que no produce excedente malentende la realidad. Ahora bien, ¿cuál es, según Mezzadri, la forma en que los marxistas establecemos esa frontera? A partir de diferenciar a los trabajadores que reciben salario de aquellos que no lo reciben. En términos de Mezzadri, el salario es la expresión de la producción de valor para los marxistas, motivo por el cual la diferencia entre trabajo productivo y no productivo sería equivalente a la diferencia entre trabajo asalariado y no asalariado. “Sin lugar a dudas, es la *reificación y fetichización del salario como valor, en lugar de costo del trabajo*, lo que proporciona las premisas para la comprensión productivista de la generación de valor” (Mezzadri, 2019, p. 36, destacado nuestro).

Como puede vislumbrarse (y se observa más contundentemente cuando se lee el texto completo), la afirmación concentra una serie de equívocos sobre la teoría marxista que son de primer orden. El principal (del que se deriva el resto) es *la confusión sobre la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo*. En la teoría marxista el salario no es ni el costo ni el valor del trabajo, en la medida en que lo que se compra y se vende no es “trabajo” sino “*fuerza de trabajo*” que, como capacidad de producir valor (y plus valor) es, incluso antes de ser vendida y comprada en forma efectiva, una mercancía. Este carácter de mercancía de la fuerza de trabajo es central, porque la fuerza de trabajo no es cualquier capacidad de trabajar (yo puedo hacer una torta en mi casa y no por eso pongo en juego *fuerza de trabajo* aunque ponga en juego una exquisita capacidad de trabajar). La *mercancía fuerza de trabajo* es la capacidad de trabajar *en tanto y en cuanto el trabajo que yo realice sea medible en tiempo de trabajo socialmente necesario*. O sea, es la capacidad de realizar trabajo abstracto, que por supuesto, es siempre también trabajo concreto y útil. El *salario no paga el trabajo* (si así lo hiciese, no habría plusvalía) *sino que paga la mercancía fuerza de trabajo* que, en tanto capacidad de trabajo abstracto y por ende, medible, *produce valor*. De allí que la producción de valor sea indisoluble, en la teoría marxista, de la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo.

La particular interpretación de Mezzadri sobre el salario *cuestiona*,

de hecho, la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, y, a través de ella, cuestiona la teoría del valor-trabajo de Marx. Lamentablemente, eso no está dicho explícitamente, haciendo que Mezzadri se pierda la oportunidad de argumentar los fundamentos de una nueva teoría del valor (debate absolutamente legítimo y explícito en otros autores), y, en su lugar, el texto adopte la forma de una paradoja: por un lado, afirma que “la reproducción social es, de hecho, generadora de valor, y en un sentido marxiano” (2019, p. 34); por otro lado, afirma que lo que hay que hacer “es simplemente aceptar el alcance mucho más limitado de la teoría del valor-trabajo, cuya aplicación, para el análisis marxista, siempre fue pensada como algo que funcionaba dentro del ámbito de la producción capitalista de mercancías” (2019, pp. 36-37). A esa altura del texto es muy difícil saber lo que es el valor para Mezzadri.

Pero la autora agrega otro elemento importante para la discusión: esta fetichización y reificación del salario explicaría la idea (que, según Mezzadri, compartiríamos los marxistas y la economía política clásica) de que el valor del trabajo (representado en el salario) es algo *exógeno* al proceso de producción de valor, es decir, algo determinado por las “condiciones reproductivas generales de una sociedad dada en un momento dado en el tiempo” (2019, p. 36). Una nueva confusión se suma a la anterior. Efectivamente, en Marx el costo de la fuerza de trabajo (no del trabajo) no es fijo sino que es el resultado de la lucha de clases en la medida en que aquello que es “necesario” para la reproducción de la fuerza de trabajo tiene un “componente histórico-moral” que se dirime en función de las relaciones de fuerza conquistadas por los y las trabajadoras a través de sus luchas. Ahora bien, decir que el salario (como expresión de valor de la *fuerza de trabajo* y no del trabajo) es el resultado de la lucha de clases no significa en absoluto afirmar que es “exógeno” a los procesos de producción de valor. Por el contrario es tan endógeno como lo es la lucha de clases misma en tanto lucha entre capital y trabajo. Lo que es exógeno a los procesos de producción de valor en Marx es *el trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo* en la medida en que, bajo el capitalismo (no así en el feudalismo, por ejemplo) se produce una separación entre ámbito de la producción y de la reproducción. La frontera entre producción y reproducción es parte necesaria de la creación violenta del trabajador asalariado como relación social. Dice Marx: “El trabajador pertenece al capital *antes* de haberse vendido a sí mismo al capitalista. Su *atadura económica* es a la vez mediada y ocultada por la renovación periódica del acto mediante el cual se vende a sí mismo” (citado por Bhattacharya, 2018b, resaltado nuestro). Esta atadura económica (no poseer medios de producción ni reproducción que le permitan vivir sin tener que venderse como mercancía) es una *condición necesaria para el funcionamiento del capitalismo, condición*

que requiere de la separación entre producción y reproducción. Como dice Vogel: “Como no ocurre en ningún otro modo de producción, la manutención diaria y la renovación generacional son tareas que tanto espacialmente, como temporal e institucionalmente están aisladas de la esfera de la producción” (2013, p. 191). A esa manutención diaria y renovación generacional de la mercancía fuerza de trabajo es a lo que Vogel llama reproducción social:⁸ “Restringí el concepto de reproducción de la fuerza de trabajo a los procesos que mantienen y reemplazan fuerza de trabajo *capaz de producir un excedente para una clase apropiadora*” (2013, p. 188, destacado nuestro).

Decir que la separación entre producción y reproducción es *necesaria* (no aleatoria) en el capitalismo, no es lo mismo que afirmar que ésta es absoluta o que no existen formas de trabajo no libre (como aquellas en las que se especializa Mezzadri y que quienes vivimos en países periféricos conocemos especialmente). Como señala Susan Ferguson:

La clase dominante y su estado están constantemente negociando la separación entre producción de la vida y producción de valor capitalista. No es una separación preestablecida, estática o estable que pueda mapearse fácilmente en términos espaciales. Es, más bien, dinámica y relacional, con dos tendencias opuestas de separación y convergencia. (Ferguson, 2020)

Pero el desconocimiento de la frontera entre producción y reproducción que sostiene Mezzadri arrastra, como en un efecto dominó, la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, y con ella la especificidad de lo que se produce en el ámbito de la reproducción social: no se produce “vida” en un sentido abstracto y ahistórico, *se produce y reproduce vida en tanto portadora de la mercancía fuerza de trabajo*. He aquí la *segunda especificidad de la mercancía fuerza de trabajo*: si con Marx sabemos que es la única que produce más valor que sí misma, con Vogel sabemos que es *la única mercancía que se produce por fuera del ámbito de la producción*. ¿Por qué? Porque, dada la inseparabilidad del trabajador y de su fuerza de trabajo, su producción *no puede estar atada* a las reglas de la producción de mercancías. Como dice Paul Smith:

Si bien la mercancía fuerza de trabajo puede verse como el producto del trabajo doméstico, no puede decirse que el carácter de mercancía de dicho producto incide en el proceso de trabajo doméstico, que su carácter de valor está teniéndose en cuenta (esto se vuelve claro en el hecho de que el trabajo do-

8. Vogel distingue la reproducción *generacional* de la fuerza de trabajo de otras formas como, por ejemplo, la inmigración.

méstico no deja de realizarse cuando hay una sobreproducción relativa del producto que produce). Sin esta indiferencia hacia la forma concreta particular de trabajo, el trabajador doméstico no asume el carácter económico del productor de mercancías. En consecuencia, el trabajo doméstico no puede verse como trabajo abstracto, la sustancia del valor. (1978, p. 206)

Si el hogar fuera una fábrica de fuerza de trabajo (en un sentido literal) debería regirse por la misma lógica de la producción de cualquier otra mercancía: la búsqueda de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario para que dicha mercancía sea plausible de venderse en el mercado (es decir, sea competitiva). Nada de esto pasa con la mercancía fuerza de trabajo: su dificultad o imposibilidad de venderse en el mercado no detiene su producción: en épocas de alto desempleo los niños siguen siendo alimentados, bañados, educados, vestidos; seguramente será un trabajo realizado en condiciones más precarias y penosas, pero no existen las “suspensiones” por exceso de stock en el ámbito de la reproducción social.⁹ Por otro lado, su valor no depende del tiempo de trabajo que lleva su producción: si una mujer tarda dos horas o 30 minutos en elaborar el guiso con que alimenta a su hija, esto no incide en el salario que la hija pueda obtener como retribución de la venta de su fuerza de trabajo. De hecho, la fuerza de trabajo es la única mercancía que ajusta su valor a su precio:¹⁰ en épocas de alto desempleo, el precio de la fuerza de trabajo baja y el valor se ajusta a esa baja.

Pero cabe todavía una última aclaración: destacar que la reproducción de la fuerza de trabajo requiere un trabajo (invisibilizado, devaluado y generizado) que se lleva a cabo por fuera del ámbito de la producción de mercancías *no es lo mismo que decir que la fuerza de trabajo se reproduce enteramente fuera del ámbito de la producción de valor*. Eso sería un gran error: la reproducción de la fuerza de trabajo no es ni completamente endógena ni completamente exógena al ámbito de producción de valor, sino que es dual: en lo que refiere al salario (como expresión del costo mensurable de reproducción de la fuerza de trabajo) es endógena al ámbito de producción de valor y plusvalor; en lo que refiere a la gran mayoría del trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo es exógeno

9. Eso no significa que no existan políticas estatales destinadas a promover o limitar la maternidad (las hay, y de las más violentas). Pero el hecho de que tenga que intervenir el Estado (como mediación) prueba, justamente, que la “producción de la mercancía fuerza de trabajo” no puede regularse al igual que el resto de mercancías.

10. En ese sentido, podríamos decir que la fuerza de trabajo es una mercancía triplemente única: es la única que produce más valor que sí misma, es la única que se produce por fuera del ámbito de la producción y es la única que ajusta su valor a su precio (por supuesto, ese ajuste tiene límites biológicos, como ya dijera Marx).

al ámbito de la producción.¹¹ Dicho de otro modo, la fuerza de trabajo (y los trabajadores que la portamos) se reproduce gracias a lo que sucede dentro y fuera del ámbito de producción de valor. De allí que, para entender la reproducción de la fuerza de trabajo, sea necesario mirar ambos ámbitos (el de la producción y de la reproducción) y, sobretudo, mirar *su relación*.

Son las características del trabajo asalariado como relación social fundamental que requiere un trabajador “libre” (de medios de producción y de vender su fuerza de trabajo en el mercado), y las particularidades de la mercancía fuerza de trabajo (indisociable de su portador), lo que separa y diferencia el ámbito de la producción y el de la reproducción, al tiempo que los vuelve indisociables. Es a esa *unidad diferenciada* a la que Vogel se refiere con el concepto de dos dimensiones del trabajo necesario: la dimensión social y la doméstica, que se despliegan en dos esferas de la producción social en su conjunto.

En el origen era lo doméstico (o la reproducción como *oikos*)

Una de las críticas de Mezzadri al libro de Bhattacharya es que no remite al debate de los orígenes: las elaboraciones feministas sobre las que se basó la Campaña por el Salario para el Trabajo Doméstico en 1972. Si bien la crítica es un poco engañosa porque la discusión sobre el trabajo doméstico y su valor ya estaba inscripta en los debates de la época e involucra a distintas autoras,¹² la Campaña fue efectivamente un parte aguas y fue, sin dudas, *el origen de la visión autonomista sobre la reproducción*. Repondremos el núcleo duro de esas elaboraciones de

11. Señalar que la gran mayoría del trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo es exógena al ámbito de la producción no es lo mismo que decir que ese trabajo no es asalariado: una de las observaciones más sagaces de Vogel en el debate original de la Segunda Ola fue señalar que había todo un conjunto de tareas de reproducción que el estado capitalista había “socializado” a través de las escuelas, hospitales, geriátricos, etc. Resulta interesante ver las cuatro formas de trabajo de reproducción social que señala Arruzza en el artículo que comparte con Bhattacharya en este mismo dossier: no productivo no asalariado (hogar/barrio/comunidad); no productivo asalariado estatal (servicios públicos); no productivo asalariado en servicios personales (trabajo doméstico); productivo asalariado (Mc Donalds).

12. Al situar los orígenes en esa Campaña, Mezzadri omite, por ejemplo, obras muy importantes para esta discusión, como la de Margaret Benston, que en 1969 escribe “The Political Economy of Women’s Liberation”, en la que discute expresamente el trabajo doméstico y su producción de valor. Para una historización detallada, véase Ferguson (2020).

la mano de Silvia Federici,¹³ porque allí están las bases para la comprensión de la posición de Mezzadri.

Como destaca Federici, la primera formulación del trabajo doméstico como productor de valor fue de Dalla Costa¹⁴ en su texto “Potere Femminile e Sovversione Sociale”,¹⁵ de 1971, y estuvo directamente relacionado con los desarrollos teóricos que venían desplegándose en Italia al calor de lo que se conoció como *operaísmo*, particularmente la noción de “fábrica social” de Mario Tronti.¹⁶

Igual de importante en el desarrollo de nuestra perspectiva fue el concepto *operaísta* de “fábrica social”. Dicho concepto traducía la teoría de Mario Tronti, expresada en su obra *Operai e Capitale* (1966), según la cual llegados a cierto punto del desarrollo capitalista las relaciones capitalistas pasan a ser tan hegemónicas que todas y cada una de las relaciones sociales están supeditadas al capital y, así, la distinción entre sociedad y fábrica colapsa, por lo que la sociedad se convierte en fábrica y *las relaciones sociales pasan directamente a ser relaciones de producción*. Tronti señalaba así el incremento de la reorganización del “territorio” como espacio social estructurado en función de las necesidades fabriles de producción y de la acumulación capitalista. Pero desde nuestra perspectiva, a primera vista resultó obvio que el circuito de la producción capitalista, y de la “fábrica social” que esta producía, empezaba y se asentaba primordialmente en la cocina, el dormitorio, el hogar –en tanto que estos son los centros de producción de la fuerza de trabajo– y que a partir de allí se trasladaba a la fábrica pasando antes por la escuela, la oficina o el laboratorio. (Federici, 2013, pp. 24-25)

Este párrafo concentra la *matriz operaísta* que está en la base de

13. Federici fue una de las dirigentes del Comité de Nueva York de dicha campaña. Recientemente ha sido publicado un libro que recupera esa experiencia (Federici y Austin, 2019).

14. Mariarosa Dalla Costa era militante *operaísta* de la zona del Véneto, profesora adjunta del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua (dirigido por Toni Negri) e impulsora de la agrupación *Lotta Femminista*.

15. Ese texto y el de Selma James “Il posto della donna”, también del 71, son los que darán origen al libro en inglés de Dalla Costa y Selma (1972).

16. Mario Tronti era un intelectual comunista italiano que ocupó un rol central en el desarrollo del *operaísmo* en la década del 60, primero desde la revista *Quaderni Rossi* (bajo la dirección de Raniero Panzieri, del PSI), y luego, desde 1964, en *Classe Operaia* junto a R. Alquati, A. Negri y A. Rosa. En 1966 publicó *Obreros y capital*, donde desarrolla el concepto de “fábrica social”.

las posiciones de Mezzadri y Federici. Cuando Mariarosa Dalla Costa escribió que el trabajo doméstico no solo contribuía a reducir el costo de la fuerza de trabajo (cosa inobjetable)¹⁷ sino que *producía plusvalía* fue la primera *obrerista* que, llevando al extremo la noción de fábrica social de Tronti, planteaba la existencia de extracción de plusvalor fuera del ámbito fabril. A partir de allí, el concepto de Tronti será apropiado bajo esta acepción particular por las feministas de la Campaña ya no para pensar los espacios extra fabriles en general, sino para pensar especialmente el espacio doméstico como espacio de relaciones de producción.

Medir el trabajo mediante el salario también esconde el alto grado en el que nuestras familias y relaciones sociales han sido subordinadas a las relaciones de producción – *han pasado a ser relaciones de producción*. (Federici, 2013, p. 62, destacado nuestro)

He aquí el núcleo duro teórico: mientras se afirma con certeza que el trabajo doméstico produce valor, el concepto de “fábrica social” (o, mejor dicho, la apropiación particular de dicho concepto) opera como un blindaje ante la dificultad para establecer con precisión el modo específico en que las actividades implicadas en la reproducción social contribuyen a la creación de valor.

Bajo el capitalismo, la producción del valor nunca deriva de un lugar concreto sino que está determinado socialmente. En otras palabras, se trata de una “extensa cadena de montaje” (recurro al término en sentido figurado), necesaria para la generación de plusvalía. Obviamente, la plusvalía se genera al venderse en el mercado los productos del trabajo. Si tienes una fábrica que produce una docena de coches que no llegan a venderse nunca, no se genera plusvalía. Lo que pretendo decir con esto es que las actividades implicadas en la reproducción del trabajador asalariado forman parte de esa cadena de montaje: son parte de un proceso social que determina la plusvalía. *Aunque no podamos precisar una relación directa entre lo que tiene lugar en una cocina y el valor que se genera*, por ejemplo, con la venta de un coche o de cualquier otro producto, cuando contemplamos la naturaleza social de la producción de valor, se despliega una “fábrica social” más allá de la propia fábrica. (Federici, 2014, destacado nuestro)

17. De hecho, hay muchas formas en que la clase capitalista reduce el costo de la fuerza de trabajo: subsidios, legislación antihuelga o anti organización sindical, etc.

Si, desde el punto de vista marxista, la mensurabilidad del trabajo de reproducción no es posible porque, como dijimos antes, *este trabajo no puede ser trabajo abstracto*, la posición teórica de Federici y Mezzadri no ofrece un modo alternativo de conmensurabilidad, lo que hace que la noción de valor se vuelva sumamente escurridiza.

Sobre esta base conceptual (y sobre su ambigüedad) se parará Federici para, luego de una serie de desplazamientos teóricos, llegar a la idea de que *son las mujeres, en tanto protagonistas de la reproducción social, los sujetos más explotados de esta sociedad devenida en fábrica social y, por ende, los sujetos prioritarios de la lucha contra el capitalismo*. Describiremos brevemente estos desplazamientos.

El primero es el que pasa de considerar el trabajo doméstico como productor de valor a identificarlo como *el pilar central de esa “fábrica social”*, por el hecho de que allí se reproducen los seres humanos y la fuerza de trabajo. Este carácter de *oikos* (unidad básica) lo transforma, en términos de Federici, en el “punto cero” de la revolución y, por ende, en el territorio privilegiado de la lucha de clases y de construcción de una sociedad más allá del capitalismo. Este desplazamiento implica un salto muy importante: si la discusión original de las feministas de la Segunda Ola era contra la fetichización del obrero de overol (varón y blanco) como único sujeto de la clase trabajadora (invisibilizando el trabajo no remunerado de las mujeres), aquí empieza a configurarse el hogar no sólo como *otro territorio* de trabajo productivo (que debía ser reconocido a través del salario), sino como *territorio prioritario de la producción*, priorización que terminará (paradójicamente) en la devaluación (y en las versiones más radicales, la invisibilización) del trabajo asalariado de los trabajadores varones (y de las trabajadoras mujeres). Como sintetiza Peter Linebaugh en forma de slogan “La reproducción precede a la producción social. Si tocas a las mujeres tocas la base”.¹⁸

Pero aquí viene el segundo desplazamiento: el que va “de la cocina al jardín y a la tierra”. Si, en el debate de los 70 ese *oikos* estaba pensado desde el punto de vista del hogar, el proceso de globalización (y su mecánica de constante mercantilización de diversas esferas de la vida social) hace que la reproducción social deba pensarse desde todo ámbito en el que se desarrolla una actividad de subsistencia, ya sea en las ciudades (huertas comunitarias u ollas populares) o en el campo (agricultura de subsistencia). Este desplazamiento también es

18. Como señala Tithi Bhattacharya en su libro (2017), esta anterioridad “histórica” (en el sentido de que, efectivamente, sin producción y reproducción de seres humanos no hay trabajo asalariado), no dice mucho sobre cuáles son las bases de la acumulación de capital, las cuales residen todavía (y lamentablemente) en la extracción de plusvalor en el punto de la producción.

muy importante porque es el que permite establecer vínculos entre el debate original del feminismo y los estudios sobre las economías de subsistencia, como los de la escuela de Bielefeld (Alemania),¹⁹ entre los que se destacan los trabajos de la feminista Maria Mies a los que refiere Mezzadri en el texto. Son esos estudios, concentrados en los países periféricos y/o ex colonias, los que permiten llevar el concepto de reproducción social a un nivel más amplio en clave “comunitaria”. Es allí, en lo que Mies llama el espacio de construcción de “los comunes”, donde hay que posar la mirada (del mismo modo que antes se posaba en el hogar). Pero además, permite establecer el vínculo con las lecturas del neoliberalismo o la globalización como un proceso de “acumulación originaria permanente o constante” en el que el capitalismo intenta salvar su crisis de acumulación a través de nuevos procesos de desposesión ya sea bajo la forma de desplazamientos de comunidades que viven, aún, en algún tipo de economía de subsistencia (los llamados nuevos *enclosures*); o bajo la forma del endeudamiento de los países periféricos (deuda externa como procedimiento de desposesión), cuyos planes de ajuste expande el mecanismo de la deuda (y su disciplinamiento) hacia los sectores populares empobrecidos por las políticas de ajuste estructural. En síntesis, este desplazamiento teórico de lo doméstico a lo territorial permite que la lectura original que colocó a las mujeres y su trabajo de reproducción social en el hogar en el centro de la “fábrica social” capitalista se transforme en *una clave de lectura del capitalismo global en cuyo epicentro están las economías de subsistencia* como espacios de resistencia a la lógica de la mercantilización capitalista, y *las mujeres* de estas economías (principalmente las mujeres del “tercer mundo”)²⁰ *como hilván de la historia*.

En resumen, bajo esta clave de lectura, la globalización termina siendo analizada como un ataque a las economías de subsistencia y a las mujeres, y no como un ataque al conjunto de la clase trabajadora a través de *la combinación de políticas dirigidas: al ámbito de la producción de mercancías* (múltiples formas de precarización del trabajo asalariado, combinación entre extensión de la jornada laboral –y la plusvalía absoluta– y alto desempleo, aumento de la informalidad y formas híbridas entre trabajo asalariado y no asalariado, y como consecuencia general,

19. Para un análisis de la escuela de Bielefeld y sus investigaciones sobre la economía de subsistencia, véase Van der Linden (2019).

20. Esta idea puede observarse de modo prístino en un autor como John McMurtry, retomado por Federici en sus reflexiones: “El factor liberador que emerge del Tercer Mundo es la fuerza de las mujeres no asalariadas quienes aún no se han visto desconectadas de la economía vital por medio del empleo. Ellas sirven a la vida no a la producción de mercancías. Son la oculta columna vertebral de la economía mundial” (citado en Federici, 2014, p. 153).

brutal caída del salario real y de las condiciones de vida de los y las trabajadoras); y *al ámbito de la reproducción social* (ajustes a los servicios de salud, educación, y todas las formas en que el Estado capitalista había “socializado” la reproducción social asalariándola; privatización de ex servicios públicos como transporte, vivienda, acceso al agua y otros bienes básicos; mercantilización de recursos naturales y expulsión de comunidades de sus tierras; extensión del mecanismo de expoliación del endeudamiento, etc).

El resultado de los desplazamientos teóricos que mencionamos y de la clave de lectura que conforman, es algo que estaba inscripto en la Campaña por el Salario para el Trabajo Doméstico como posibilidad: que lo que fue planteado como una perspectiva política “que comienza con las mujeres pero que es válida para toda la clase obrera” (Federici, 2013, p. 54), se transforme en una perspectiva donde la clase obrera como sujeto (heterogéneo en términos de género, pero también de raza, de etnia, y de sexualidad) se diluye y, en su reemplazo, aparece un sujeto de “mujeres populares” o “mujeres de la subsistencia” que, por su cercanía con la “reproducción de la vida”, encarnan la posibilidad de trascender al capital en tanto “reino de la muerte”.

El problema de la unidad entre las luchas de la producción y la reproducción

En este último apartado quisiera hacer referencia a la tercera dimensión que introduce Mezzadri en su texto: la forma en que las diferencias teóricas condicionan las estrategias políticas. Esto es importante porque, mientras Mezzadri encuentra en la visión autonomista la posibilidad de unir los diversos sectores de trabajadores a través de considerar sus luchas como “en última instancia” reproductivas (2019, p. 39), es justamente esa reificación del ámbito de la reproducción la que, a mi juicio, aleja la posibilidad de la unidad. Veamos.

A la hora de pensar en las perspectivas políticas de un feminismo anticapitalista hoy, Federici afirma:

Inevitablemente, un ataque histórico como este a la vida humana, eternizado por las políticas de “crisis permanente”, ha conducido a muchas de nosotras a repensar nuestras estrategias y perspectivas políticas. En mi caso, me ha impulsado a reconsiderar la cuestión del salario para el trabajo doméstico y a investigar el significado del creciente llamamiento que dentro de los círculos políticos radicales a nivel internacional se hace al desarrollo y producción de “lo común”. (2013, p. 29)

El horizonte de la búsqueda de “lo común” (que, en términos de Ca-

ffentzis y Federici (2018), implica una construcción consciente de formas de producción de la subsistencia que no respondan a la lógica de la ganancia sino a la de las necesidades) no niega, en este planteo político, la exigencia de un salario ante el Estado, sino que más bien lo presupone. Pero en lugar de ser, como en la década del 70, un “Salario para el Trabajo Doméstico” es un “salario social” que garantice la reproducción, entendida como subsistencia.²¹ A diferencia de otras formulaciones de renta básica,²² aquí no se piensa en un subsidio a ser pagado en forma “universal”, sino a quienes garantizan esa subsistencia: las mujeres. Ese subsidio sería la base (al menos esa es la hipótesis) a partir de la cual desplegar las formas comunitarias de reproducción social en el camino hacia la creación de “los comunes” de los que habla Federici.

La exposición de esta estrategia de “salario social + construcción de lo común” vuelve más transparente una serie de elementos que en el debate teórico están presentes, pero no siempre de forma clara. El primero es que, desde esta perspectiva, la lucha contra el capitalismo termina equiparada a la lucha por “una subsistencia *más allá* del trabajo asalariado”. Por supuesto que nadie puede estar en contra del objetivo político de “subsistir” más aún en una situación en la que hay millones de trabajadores y trabajadoras que mueren de hambre, por efecto de la contaminación ambiental o los desastres ecológicos, por enfermedades curables o en las cárceles estatales. Sin embargo, considerar la subsistencia como un objetivo de primer orden y transformarlo en horizonte político, no es lo mismo. Uno de los elementos interesantes de la Campaña por el Salario al Trabajo Doméstico de los 70 era la consideración de que, lejos de tener como finalidad la obtención del salario en sí mismo, el objetivo era que la visibilización del trabajo doméstico abriera la posibilidad de que las mujeres *se negaran a realizarlo*, es decir, abriera la

21. En la apropiación que hacen Cavallero y Gago de esta idea, lo que se exige al estado es un “salario feminista”: “Este es un punto clave que hoy se está discutiendo en varias organizaciones: el manejo de los recursos públicos bajo forma de subsidio o salario social como herramienta que el movimiento feminista está disputando desde una lógica propia” (Cavallero y Gago, 2019, Tesis X).

22. La propia Federici reconoce que “la reflexión sobre el salario para el trabajo doméstico se ha visto estimulada por la reivindicación de una renta básica universal, que en los últimos años ha ganado popularidad en la izquierda europea” (Federici y Austin, 2019, p. 44). El punto común entre la estrategia de las feministas autonomistas y la de organizaciones que no sólo no son anticapitalistas sino que emanan de instituciones que operan como pilares fundamentales del capitalismo contemporáneo (como sectores de la Iglesia católica o sectores de los organismos multilaterales y ONG globales, que Federici critica ácidamente), es el hecho de considerar, como centro de la estrategia política, la garantía de la subsistencia de los “perdedores” del capitalismo neoliberal.

posibilidad a *la crítica del trabajo de reproducción social no remunerado por parte de las mujeres*.

El documento [Tesis sobre el salario para el trabajo doméstico (1974)] aborda la reivindicación del salario como una estrategia, no como un fin en sí mismo, sino como forma de rechazar el trabajo no remunerado y como instrumento para la construcción de relaciones de poder más favorables; el vehículo material para rechazar el trabajo doméstico tal y como está organizado en el capitalismo. (Federici y Austin, 2019, p. 48)

Ese horizonte de crítica al trabajo de reproducción social se desdibuja en la estrategia política de la subsistencia, y resulta reemplazado, *de facto*, por una suerte de revalorización de las tareas de reproducción y una, inevitable, romantización de las mujeres que las realizamos.²³ El espíritu de rechazo al trabajo doméstico que emanaba la Campaña, se diluye aquí y *el reclamo de salario social aparece como la condición de posibilidad de que ese trabajo sea garantizado por las mujeres en los barrios o comunidades*. Sobre la base de esta garantía estatal, la apuesta a la construcción de “los comunes” es lo que establecería la diferencia entre los modos actuales (alienados) en que las mujeres realizamos ese trabajo y los modos “alternativos” en que podrían ser realizarlos. Justamente aquí está el segundo problema: ¿qué significa la apuesta por “los comunes”? La pregunta no refiere a la capacidad de las mujeres (y también de los varones y otras opciones de género) a construir lazos sociales mejores al individualismo competitivo que promueve el capitalismo. Eso está fuera de duda, la historia de la lucha de clases es una hermosa (y dolorosa) muestra de esa capacidad. La pregunta está dirigida a discutir la hipótesis de conjunto que implica la apuesta por “los comunes”: ¿Es una apuesta a que un sector de la población subsista bajo “otras reglas”, mientras el resto de la humanidad se reproduce bajo las reglas del capitalismo y en función de la lógica de producción de valor (una suerte de economía completamente dualizada entre la economía de mercado y la de subsistencia)? ¿Es una apuesta a que miles de micro-economías de subsistencia (urbanas y rurales) se propaguen de forma tal que los y las trabajadoras recuperemos los medios de vida de los que

23. Federici alerta sobre el peligro que esta visión implica para una romantización de las mujeres en tanto “dadoras de vida” o “cuidadoras de los comunes” (que significaría un retroceso a visiones reaccionarias sobre las mujeres y su papel en la sociedad), pero no establece la relación entre dicha romantización y los fundamentos teóricos de esta perspectiva. En su lugar, llama a tener siempre presente que las formas de reproducción de vida que se oponen a la mercantilización son una construcción política que debe hacerse de forma consciente.

fuiamos expropiados y no tengamos necesidad de vender nuestra fuerza de trabajo para vivir? Porque si la subsistencia bajo las reglas de “los comunes” sigue siendo un ámbito de producción de la mercancía fuerza de trabajo que el capital va a explotar en el punto de la producción, esas experiencias comunitarias (por ricas que sean) serán funcionales al capitalismo, que seguirá teniendo garantizada la mercancía fuerza de trabajo (y a bajísimo costo). Esta y otras muchas preguntas sobre la construcción de “los comunes” (para las cuales no es sencillo encontrar respuestas) hacen que, en los hechos, la estrategia que se imponga sea la del “salario social”. Y esto coloca un último problema sobre la mesa: ¿cuáles son los puentes que establece esta política con la situación de explotación cada vez más precaria de los miles de millones de trabajadores y trabajadoras asalariadas?

El afán de construir el ámbito de la reproducción-subsistencia como *locus* “originario” de la lucha anticapitalista y a las mujeres como su “nuevo sujeto” secundariza lo que sucede en el ámbito de la producción (y del trabajo asalariado en general) y termina levantando una barrera entre ambos espacios. Si, en el inicio, la frontera entre producción y reproducción era borrada, el razonamiento desplegado crea una nueva frontera, teórica y política. La necesidad urgente de pensar la solidaridad que Mezzadri expone en su texto (y que compartimos plenamente) encuentra, en la propia teoría que la autora defiende, un obstáculo.

En sentido contrario, una visión que ponga el eje en *la relación entre producción y reproducción*, sin por eso diluir sus diferencias (tal como lo hace la tradición que inicia Vogel y retoma Bhattacharya en su libro), otorga más chances (nunca garantías) de pensar políticas que activen las solidaridades internas de una clase constitutivamente heterogénea y fuertemente fragmentada.

La feminización de la fuerza de trabajo (como característica central del neoliberalismo) es, en sí misma, una expresión de esa relación. *En cuanto al ámbito de la reproducción*, expresa el intento del capital de transformar la manutención diaria de la fuerza de trabajo en *un nicho de producción de valor* a través de la mercantilización del trabajo reproductivo: provisión privada de servicios de cuidado en clínicas, geriátricos, jardines, escuelas, pero también de comida hecha como las grandes cadenas. Este proceso implica una “externalización” de las tareas de reproducción por fuera del ámbito doméstico y/o comunitario, pero no para ser asumidas por el Estado capitalista bajo la forma de provisión de servicios públicos y gratuitos, sino para ser privatizadas e incluidas en el circuito de producción de valor. Este ataque en el terreno de la reproducción tiene, sin lugar a dudas, como principales afectadas a las mujeres de la clase trabajadora que se ven obligadas o bien a disponer de recursos (dinero) para pagar esos trabajos reproductivos en el mercado

privado, o bien a multiplicar las horas de trabajo reproductivo no pago en el hogar o el barrio, ante la ausencia de servicios públicos. *En cuanto al ámbito de la producción*, expresa la necesidad del capital de explotar cada vez más trabajo vivo (contra cualquier teoría del fin del trabajo), pero bajo condiciones de ultra precarización que son las que rigen en estos sectores “feminizados” del mercado de trabajo: jornadas *part-time* (ligados, justamente, a la necesidad de contar con más tiempo para el cuidado de los hijos), bajos salarios, bajos índices de sindicalización, intensificación de los tiempos y pésimas condiciones de trabajo.²⁴ Este ataque en el terreno de la producción tiene, sin lugar a dudas, como principales afectadas a las mujeres de la clase trabajadora que son quienes, mayoritariamente, se emplean en esos sectores, pero, junto con ellas, tiene como destinatario a toda la clase obrera que ve caer su salario real (y relativo) y las condiciones de su reproducción. Esta ubicación de las mujeres trabajadoras otorgada por la feminización de la fuerza de trabajo (ubicación que no existía en la década del 70, cuando se desarrolló el debate sobre el trabajo doméstico) nos permite pensar a las mujeres como *punto entre la producción y la reproducción*. La “trabajadora asalariada de la reproducción social” es una condición obrera cada vez con más peso, que combina dos tipos de elementos diferenciados: a) aquellos propios del “trabajo asalariado”: un lugar de trabajo donde se concentran centenas o miles de trabajadores (como los grandes centros educativos o de salud), posibilidad de negociación colectiva y sindicalización, identificación de un patrón a quien presentarle las demandas laborales y contra quien combatir, relaciones con otros sectores de asalariados, etc.; b) aquellos propios de la reproducción social: no sólo por la naturaleza de las tareas sino también por la relación que se establece con los territorios de la reproducción social: hogares, barrios, comunidades, pueblos. Pensar a las mujeres de la clase trabajadora como *puentes*, permite pensar luchas (de clase) que vayan “de la fábrica al barrio” y “del barrio a la fábrica” en la medida en que la reproducción de la fuerza de trabajo es, como hemos dicho antes, exógena y endógena al lugar de la producción. La Huelga Internacional de Mujeres, que, todo indica, ha llegado para quedarse, abre la posibilidad (al igual que otros conflictos contemporáneos) de ejercitar esa *lucha de clases anfibia*: una huelga del conjunto de la clase trabajadora, en sus

24. Como analiza Kim Moody en su excelente libro sobre la clase obrera norteamericana *On New Terrain*: “Esos trabajos de servicio que crecieron a lo largo de los años fueron, en gran parte, el producto de la dinámica interna de la acumulación de capital y de dos de sus problemas de costos actuales, como resultado del crecimiento de la economía de los Estados Unidos de la posguerra: la reproducción social de la fuerza de trabajo y el mantenimiento de la expansión de las instalaciones fijas” (2017, p. 19).

locus de la producción y de la reproducción, en cuya dirección estén las mujeres trabajadoras.

Referencias

- Benston, M. (1969). The Political Economy of Women's Liberation. *Monthly Review*, 21, 4.
- Bhattacharya, T. (ed.) (2018a). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*. Pluto.
- Bhattacharya, T. (2018b). Cómo no saltarse a la clase. *Intersecciones*. <https://www.intersecciones.com.ar/2018/08/12/como-no-saltarse-a-la-clase-la-reproduccion-social-del-trabajo-y-la-clase-obrera-global/>.
- Cavallero, L. y Gago, V. (2019). Diez tesis sobre la economía feminista (o sobre el antagonismo entre huelga y finanzas). *Viento Sur*, 164.
- Caffentzis, G. y Federici, S. (2018). Comunes contra y más allá del capitalismo. En G. Caffentzis (ed.). *Los límites del capital. Deuda, moneda y lucha de clases*. Tinta Limón-Fundación Rosa Luxemburgo.
- Dalla Costa, M. y James, S. (1975). *The Power of Women and Subversion of the Community*. Falling Wall Press.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.
- Federici, S. (2014). La cuestión de la reproducción es esencial no solo para la organización capitalista del trabajo, sino para cualquier proceso genuino de transformación social. *Boletín Ecos*, 26. <https://www.fuhem.es/>
- Federici, S. (2019). Social Reproduction Theory. History, issues and present challenges. *Radical Philosophy*, 2.04, series 2.
- Federici, S. y Austin, A. (2019). *Salario para el trabajo doméstico. Comité de Nueva York. Historia, teoría y documentos 1972-1977*. Tinta Limón-Traficantes de Sueños.
- Ferguson, S. (2020). *Women and Work. Feminism, Labour and Social Reproduction*. Pluto Press.
- Ferguson, S. y McNally, D. (2013). Capital, fuerza de trabajo y relaciones de género. *Marxismo Crítico*. <https://marxismocritico.com/2017/01/16/capital-fuerza-de-trabajo-y-relaciones-de-genero/>.
- Fortunati, L. (1981). *The Arcane of Reproduction. Housework, Prostitution, Labor and Capital*. Automeidia.
- Fortunati, L. y Federici, S. (1984). *Il Grande Calibano: Storia del Corpo Sociale Ribelle nella Prima Fase del Capitale*. Franco Angeli.
- Gago, V. y Mezzadra, S. (2017). A Critique of the Extractive Operations of Capital: Toward an Expanded Concept of Extractivism. *Rethinking Marxism*, 29: 4.
- Linebaugh, P. (2013). *El Manifiesto de la Carta Magna*. Traficantes de Sueños.
- Mezzadri, A. (2017). *The Sweatshop Regime: Labouring Bodies, Exploitation, and Garments Made in India*. Cambridge University Press.
- Mezzadri, A. (2019). On the value of social reproduction. Informal labour, the

- majority world and the need for inclusive theories and politics. *Radical Philosophy*, 2.04, series 2.
- Mies, M. (1982). *The Lace Makers of Narsapur: Indian Housewives Produce for the World Market*. Zed Books.
- Mies, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes de Sueños.
- Mies, M. y Bennholdt-Thomsen, V. (1999). *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalised Economy*. Zed Books.
- Moody, K. (2017). *On New Terrain. How Capital is Reshaping the Battleground of Class War*. Haymarket Books.
- Smith, P. (1978). Domestic Labour and Marx's Theory of Value. En A. Kuhn y A.M. Wolpe, *Feminism and Materialism*. Routledge and Kegan Paul.
- Tronti, M. (2001). *Obreros y capital*. Akal.
- Van der Linden, Marcel (2019). *Trabajadores y trabajadoras del mundo. Ensayos para una historia global del trabajo*. CEHTI-Imago Mundi.
- Varela, P. (2014). La clase obrera en debate. *Ideas de Izquierda*, 15.
- Varela, P. (2018a). Sobre género y clase. Entrevista a Tithi Bhattacharya. *Ideas de Izquierda*, 44, agosto.
- Varela, P. (2018b). Con los ojos de las mujeres. *Ideas de Izquierda*, 44, agosto.
- Varela, P. (2019). ¿Existe un feminismo socialista en la actualidad? Apuntes sobre el movimiento de mujeres, la clase trabajadora y el marxismo hoy, *Theomai*, 39, primer semestre.
- Vogel, L. (2013). *Marxism and the Oppression of Women. Toward a Unitary Theory*. Historical Materialism-Brill.

**“Chicas como tú” ...
Género, clase y trabajo en la Argentina
reciente: un balance desde la historia social**

Andrea Andújar y Débora D’Antonio

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas • Instituto de Investigación de
Estudios de Género - Universidad de Buenos
Aires (Argentina) • andreaandujar@gmail.com

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas • Instituto de Investigación de
Estudios de Género - Universidad de Buenos
Aires (Argentina) • deboradantonio@hotmail.com

Título: “Girls Like You”... Gender, Class and Labor in Recent Argentine: a Balance from Social History

Resumen: En este artículo nos proponemos repasar las principales contribuciones que brindan los cruces entre las categorías de clase y género al conocimiento de la historia de la clase trabajadora en el pasado reciente argentino contemplando el lugar de las mujeres. Guían el desarrollo de esta revisión preguntas tales como: ¿cuáles han sido los principales problemas y tópicos que se examinaron?; ¿qué esfuerzos teórico-metodológicos comportó tal empresa? y ¿qué dimensiones y aristas aún permanecen inexploradas?

Palabras clave: clase trabajadora – género – historia reciente

Abstract: In this article our proposal is to review the principal contributions that link the categories of class and gender that allows us to rebuild the history of the working class in the recent past, centrally considering the women’s role. This work is guided by questions such as: which have been the principal problems and matters that were examined? What theoretical and methodological endeavors did such a company involve? And, what dimensions and edges are still unexplored?

Keywords: working class – gender – recent history

Recepción: 20 de diciembre de 2019. **Aceptación:** 27 de febrero de 2020

Introducción

En las últimas décadas, la historia de las mujeres y los estudios de género han crecido sensiblemente en la Argentina gracias al sostenido empeño de un conjunto de historiadoras comprometidas con el feminismo o el movimiento de mujeres. Pertenecientes a distintas generaciones, con diversas trayectorias políticas y preferencias teóricas en su haber, estas investigadoras han puesto en cuestión el androcentrismo del quehacer disciplinar demostrando la incidencia de las mujeres y su agencia en el decurso social, la historicidad de los significados de la diferencia sexual y la desigualdad que opera en esa diferencia, así como su gravitación en el proceso histórico. La concreción de ese logro exigió variadas estrategias metodológicas y elaboraciones conceptuales dispuestas a eludir, entre otras cosas, la reificación de las mujeres en el lugar de víctimas o heroínas para reponerlas como sujetos que, lejos de conformar un universo homogéneo, ponían en disputa aspectos parciales o totales de la sociedad en que les tocó vivir a la luz de su pertenencia de clase, étnica, racializada o generacional.

El desarrollo de esta perspectiva histórica aborda un amplio abanico de tópicos, interrogantes y problemas en los que el mundo de la política, el de la cultura y el del trabajo tienen en cierta medida la delantera. Es sobre este último donde este artículo cifra su interés, proponiéndose revisar los aportes brindados por los cruces entre clase y género para la reconstrucción de la historia de la clase trabajadora en la Argentina reciente. Cuáles han sido los principales problemas y tópicos que se examinaron; qué líneas históricas se destacaron; qué esfuerzos teórico-metodológicos comportó tal empresa; qué dimensiones y aristas aún permanecen inexploradas o escasamente visitadas son algunas de las preguntas que enmarcan el cometido de las páginas que siguen. Su apuesta es demostrar, como lo advirtió hace tiempo Catherine Hall (2013), que la perspectiva feminista es cardinal para comprender más acabadamente la historia de la clase trabajadora al revelar la determinación estructural del género en la edificación de la identidad de clase y, por tanto, en la manera en que varones y mujeres experimentaron sus condiciones materiales de existencia, se organizaron y confrontaron con sus adversarios de clase y entre sí, en demanda por derechos.

Entendemos que este *insight* señalado por la historiadora británica ha revitalizado la agenda de la historia social del trabajo al inspirar nuevas claves analíticas, preguntas y problemas de estudio. Denotar que las clases sociales son formadas por sujetos sexuados posibilitó, entre otras cuestiones, desesencializar a esos sujetos y sus prácticas, poniendo de relieve la multiplicidad de espacios sociales y dimensiones que gravitan en la experiencia obrera. También advirtió la trascendencia de las rela-

ciones familiares y comunitarias en la construcción de su identidad y su cultura, los lazos afectivos y los ámbitos de sociabilidad que hacen a la vida cotidiana y a la edificación de los vínculos de camaradería. Asimismo, puso en evidencia las diversas formas de trabajo que convivían (y aún lo hacen) bajo el capitalismo, excediendo a las asalariadas, pero nodales para su reproducción, tales como las relativas al cuidado o la atención familiar llevadas a cabo por las mujeres generalmente.

Como observan otros balances, esta renovación historiográfica se concentró fundamentalmente en la primera mitad del siglo XX (Lobato, 2010; Andújar, 2017; Scheinkman, 2019). Sin embargo, la investigación de la clase trabajadora con perspectiva de género en el lapso comprendido por los últimos cincuenta años viene teniendo una presencia cada vez más elocuente, de la mano de historiadoras comprometidas tanto con el feminismo como con las demandas de verdad, juicio y castigo a los responsables militares y civiles del terrorismo estatal en la Argentina. Argumentaremos aquí que este trazado historiográfico favoreció el retorno del concepto de clase al ruedo de la historia social. Desplazada a la marginalidad de las pesquisas históricas al ritmo del incremento de la desocupación, el supuesto fin de la historia y la lucha de clases en los años 90 del siglo pasado, la clase viene recuperando un lugar importante en el campo de la historia social, revitalizando sus análisis en función de los cruces con los estudios de género y la transversalización estimulada desde este espacio intelectual.

Como señalamos, el recorrido de este balance comprende los últimos cincuenta años de la historia argentina, tomando como punto de partida la segunda mitad de la década de 1960 y como cierre, la primera década de la actual centuria. Conscientes de la inestabilidad en la que se mantiene toda pretensión de demarcar temporalmente las fronteras de la historia reciente, esta periodización se justifica en la dinámica del conflicto de clases, situando su apertura en las luchas portuarias y de los ingenios azucareros tucumanos contra las medidas iniciales de la dictadura militar encabezada por Juan Carlos Onganía. Tanto unas como otras involucraron fuertemente a las comunidades en las que estaban insertas esas actividades y, con ello, a las mujeres, quienes además fueron duramente reprimidas durante el transcurso de las protestas. Concluye esta revisión la primera década del siglo XXI con los nuevos derroteros augurados por la convocatoria del primer paro de mujeres en octubre de 2016, expresión y a su vez cauce de un conjunto de procesos sociales cuya heterogeneidad, marcada por las prácticas y reivindicaciones de mujeres, movimientos feministas y de diversidad sexual, escapa a las posibilidades de este texto.

El derrotero de estas páginas se organiza en dos secciones. La primera aborda los aportes historiográficos más significativos sobre la actuación

de la clase trabajadora durante los años 60 y 70, enfatizando en las puebladas y la construcción de las corrientes clasistas, por un lado, y las respuestas ante la ferocidad represiva desatada durante la última dictadura militar, por el otro. La segunda se detiene en el lapso comprendido entre los años 80 y la primera década del actual siglo, repasando los procesos de privatización estatal y cierres de fábricas; el devenir de los movimientos de personas desocupadas y la participación sindical de las trabajadoras y sus vínculos con las organizaciones feministas, tres tópicos que concentran la atención de los estudios hasta el momento. Cierran el texto algunas reflexiones que retoman sintéticamente las principales contribuciones de los cruces entre las categorías de clase y de género para la historia social de la clase trabajadora argentina en tiempos recientes.

De las puebladas obreras y populares a la última dictadura militar: un pasado para las mujeres

La historiografía argentina abocada al estudio de la clase trabajadora siguió con detenimiento los acontecimientos clave en los que ésta estuvo inmersa en la segunda mitad del siglo XX. Fueron el Cordobazo, el clasismo y la represión de la última dictadura militar los procesos que suscitaron mayor interés, afianzando incluso las simientes de un nuevo campo de estudios del pasado reciente. La profusión de pesquisas sobre estos temas, sin embargo, no fue explorada bajo variables analíticas de género sino hasta hace poco tiempo atrás.

Si bien la articulación entre los estudios de género y de clase para los años 60 y 70 es aún incipiente, muestra algunos hallazgos interpretativos. En primera instancia, el ingreso masivo de mujeres de sectores medios al mercado de trabajo ayudó a desnaturalizar su pertenencia al ámbito doméstico y reveló su presencia en ramas de la producción que hasta ese momento habían sido consideradas exclusivamente masculinas como las de las industrias automotrices, navales y gráficas, líderes, por otra parte, de los procesos de renovación sindical de esos años. En segunda instancia, denotó, en esta coyuntura de fuerte radicalización política y sindical, los modos diferenciados en los que varones y mujeres desarrollaron estrategias, repertorios de confrontación y formas organizativas para defender o ampliar sus derechos.

Trazar un panorama actual de esta perspectiva historiográfica muestra, asimismo, una característica sustantiva de su desarrollo que es su carácter federal. Un aspecto que acompaña con mayor consistencia, además, el decurso de los propios fenómenos históricos del período. En tal sentido, uno de los hechos importantes que ha sido analizado y en el que las mujeres tuvieron una peculiar gravitación fue el que

se desarrolló en la provincia de Tucumán cuando en 1966, durante la dictadura de Juan Carlos Onganía, se cerraron numerosos ingenios azucareros. Debe señalarse que, frente a la política de vaciamiento, la clase trabajadora azucarera y sus organizaciones sindicales –en particular la Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera–, pusieron en marcha un plan de lucha que contempló diversos tipos de medidas. Movilizaciones, paros, ollas populares tomaron parte en esta dinámica confrontativa, en la que las mujeres, a su vez, jugaron un rol importante no tan solo para sostener las protestas cocinando para todos y marchando con todos, sino también enfrentando las respuestas represivas del Estado. En medio de uno de esos enfrentamientos en el ingenio de Bella Vista, en 1967, fue asesinada Hilda Guerrero de Molina, militante de la Rama Femenina del Partido Justicialista, trabajadora y esposa de un azucarero desempleado (Nassif, 2017). Estos hechos desataron una pueblada histórica e Hilda se convirtió en un emblema de lucha contra el régimen militar para amplios sectores de la clase trabajadora.

Sin embargo, no fue esta la única ocasión en que las mujeres protagonizaron luchas obreras contra la dictadura poniendo en juego saberes e involucramientos políticos que permitieron, además, ampliar los alcances de la protesta. Así ocurrió durante el largo conflicto que se desató entre los trabajadores portuarios en 1966 frente a las reducciones salariales y la coerción e intervención de sus representaciones sindicales. La intervención de la comunidad en la que habitaban los trabajadores y sus familias, como la de la Villa 31 de Retiro, en la Capital Federal, y en particular el papel jugado por las militantes de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA), organismo de masas de filiación comunista, estimuló la aparición de las “Comisiones de Resistencia”, y el sostenimiento de la protesta (Snitcofsky, 2011). Esos resortes comunitarios volvieron al ruedo en el noroeste de la Argentina, a propósito de la conocida insurrección del Tucumanazo en noviembre de 1970, cuando las y los estudiantes, trabajadores no docentes y azucareros, junto con vecinos y vecinas rechazaron la política de intervención en las universidades y el cierre de nuevas fuentes de trabajo (Nassif, 2011). Y también durante el Mendozazo de 1972, que tuvo en el centro del conflicto a maestras y trabajadoras de los viñedos, esposas de los contratistas cuyas labores hasta ahí habían quedado invisibilizadas bajo el rótulo de la “ayuda familiar” (Rodríguez Agüero, 2014 y 2017).

Si bien es preciso contar con más investigaciones, al inquirir por las mujeres, los motivos y formatos de su participación colectiva y el horizonte de su involucramiento político y sindical, se reponen sus historias como parte sustantiva de la clase trabajadora. Y van dejando atrás las miradas que las condenaban a quedar subsumidas en las categorías de trabajo familiar o que las ocultaban detrás de censos que carecían de va-

riables para cuantificar debidamente los trabajos de carácter transitorio en los que eran empleadas. También, denotan la importancia de bucear en las relaciones y prácticas políticas gestadas fuera de los lugares de trabajo, en las comunidades, en los barrios o en los poblados a la hora de analizar el devenir de los numerosos conflictos.

La perspectiva de género anima a repensar, además, las periodizaciones que situaron al Cordobazo como único punto de inflexión de las puebladas, en función de la construcción de una tradición fuertemente masculina y urbana. En tal sentido, los hechos que tuvieron lugar en Tucumán en 1967 muestran que las resistencias contra el gobierno de Onganía comenzaron mucho antes y permiten trazar genealogías mucho más acabadas en las que se reponen las prácticas políticas de las mujeres –y no sólo las de los varones–, para la comprensión del pasado reciente. A su vez, colabora en devolver a las movilizaciones anteriores a mayo de 1969 su propia especificidad histórica. Sin quitar trascendencia al Cordobazo, se vuelve factible situar tales experiencias de radicalización obrera en un mapa mucho más amplio y en una trama social mucho más abarcativa al indexar a las mujeres que, además de ser trabajadoras, comportaban compromisos políticos o sindicales.

Pero también hay cuestiones nuevas que esta historiografía generizada ha aportado alrededor de este hecho histórico. Si bien el Cordobazo fue ampliamente visitado por la literatura académica y política, solo recientemente, y en el marco de la agenda pública de los feminismos, se delinearon nuevas preguntas relativas al rol de las mujeres obreras y de los sectores medios en su devenir. En primera instancia se ha matizado el carácter mayoritariamente masculino atribuido a la movilización porque se pudo advertir la participación de trabajadoras de distintas industrias y del área de servicios, así como también la de estudiantes y profesionales (Noguera, 2019), tal como quedó registrado en un libro de divulgación que reúne fotografías y testimonios de mujeres (Fulchieri, 2018). Otro tanto sucede con las experiencias de organización y de lucha profundamente anudadas a este proceso de movilización como el fenómeno del clasismo. Algunas investigaciones llamaron la atención sobre la adhesión a esta corriente sindical en actividades industriales tradicionales, cuya fuerza laboral era predominantemente femenina, como en el caso de algunas empresas cordobesas del calzado y del vidrio (Ortiz, 2019) o las vinculadas a ramas dinámicas, como por ejemplo la Industria Latinoamericana de Accesorios S.A. (ILASA). Esta participación de las mujeres en conflictos destituyentes de las direcciones burocráticas propiciando repertorios de lucha como el de las ocupaciones de fábrica, el uso de armas caseras o el ejercicio de la democracia obrera directa se hizo visible también en la inclusión de demandas propias del género femenino y en los pliegos de reivindicaciones, tales como el rechazo a

la segmentación y jerarquización de las categorías laborales y salariales en favor de los varones, contra el ejercicio de abuso de poder de los capataces y por la creación de instancias de cuidado infantil en la misma planta (Laufer, 2019).

La activa presencia de las trabajadoras fue auscultada, asimismo, para la industria gráfica, donde las mujeres alcanzaron a ser por ese entonces el 20% de la fuerza de trabajo. Su estudio develó que el incremento de su presencia en las listas electorales de las agrupaciones gremiales tuvo relación con la renovación generacional del activismo obrero. De tal modo, los embates librados por las jóvenes trabajadoras contra la vieja guardia sindical peronista fortalecieron una mayor gravitación de los sectores combativos a la par que modificaron la agenda del gremio a partir de demandas propias del género femenino como la igualdad de salario ante la misma tarea o la exigencia de recategorizaciones, ascensos y apertura de especialidades laborales tradicionalmente solo aptas para varones (Ghigliani, 2018). Estas trazas interpretativas se replican en estudios sobre actividades tan diversas como las relativas al servicio doméstico, en particular respecto de las presentaciones judiciales en pro de demandas por derechos (Pérez, 2014), en la industria textil en Trelew (Gatica, 2000) o en la industria del pescado de Mar del Plata donde las trabajadoras llevan adelante conflictos gremiales a la luz de sus adscripciones político-sindicales (Ruocco, 2010). La introducción de la noción de comunidad que entrama esta actividad ha posibilitado recuperar no sólo las prácticas confrontativas y su urdimbre sino también el impacto de las representaciones que sus pares varones –compañeros de trabajo, esposos, activistas sindicales y militantes políticos–, construyeron sobre ellas y sobre lo femenino en el trabajo del pescado (Laitano y Nieto, 2019).

Otro núcleo temático destacable para este período toma cuerpo durante los conflictos laborales desatados entre 1973 y 1975. Se trata de los casos de Propulsora Siderúrgica y de Astilleros Río Santiago, industrias dinámicas ubicadas en la provincia de Buenos Aires (Barragán y Rodríguez, 2012). Allí las preguntas que guían los análisis bucean en la construcción de las masculinidades obreras y su incidencia tanto en el proceso productivo como en las formas de organización y de lucha protagonizadas por estos trabajadores en una etapa de intensa actividad represiva estatal y paraestatal. En esta clave se escudriñan también las disputas que tuvieron lugar en esas formas de concebirse varón trabajador a partir de diferencias generacionales, del lugar ocupado en el proceso de trabajo y de las destrezas o habilidades requeridas para cada tarea productiva (Brandolini, 2019). A su vez, se explora la vigencia del ideal del varón proveedor y los alcances de su cuestionamiento por parte de las propias mujeres de la clase trabajadora, sondeando en qué medida

el proceso de radicalización de clase facilitó o no el cuestionamiento de las relaciones de género, así como la emergencia de nuevas formas de imaginar(se) como trabajadores y como varones obreros.

La represión desatada en la última dictadura militar contra la clase trabajadora está siendo objeto de algunas investigaciones interesadas en reconstruir el destino de las y los delegados de las comisiones internas, así como los vínculos entre las y los activistas sindicales y las diversas corrientes políticas (Barragán, 2014; Basualdo, 2016). Mas las resistencias y las distintas formas de negociación de las trabajadoras con el régimen militar aún han sido poco exploradas, a excepción de algunos conflictos que tuvieron lugar en la rama textil, como en el caso de Alpargatas en 1979, año por otro lado de la primera huelga general contra la dictadura (Mitidieri, 2014).

La diversificación en el conocimiento sobre las formas en que el Estado llevó adelante la represión durante los años 60 y 70 tuvo un correlato en investigaciones que pusieron el acento en la legalidad jurídica con la que operaron tanto gobiernos constitucionales como de facto. Y en tal sentido, cómo las trabajadoras y trabajadores estatales, por ejemplo, se convirtieron en foco de una purga política a partir del uso de distintos instrumentos o de figuras laborales expulsivas como las bajas, cesantías, suspensiones y renunciadas forzadas, oficiando, en oportunidades, como antesala de la desaparición forzada. La retórica maternalista del régimen militar no alcanzó a las mujeres embarazadas que por su condición de activistas sindicales o políticas fueron primero despedidas y luego desaparecidas (D'Antonio, 2018).

Los estudios hasta aquí señalados han amplificado los sentidos del pasado reciente. Y no tan solo porque hasta hace poco tiempo atrás este había sido auscultado en términos de violencia política y de represión estatal. También porque el ejercicio de poner en foco a las mujeres ha mostrado otras inflexiones y posibilidades interpretativas, tal como creemos haberlo mostrado, en los hechos, en las periodizaciones y en las dinámicas políticas.

Trabajadoras, piqueteras, sindicalistas y feministas en la Argentina neoliberal

El proceso desatado con la profundización del modelo neoliberal y sus efectos sobre la vida de las y los trabajadores ha sido hasta ahora escasamente atendido por las investigaciones históricas. A diferencia de lo ocurrido en otras disciplinas, como la sociología, la antropología o la demografía, cuyas producciones son más profusas, los estudios inscriptos en la historia social del trabajo con perspectiva de género conforman un universo mucho menos abultado. Esa exigüidad no se replica, sin embargo, en lo que refiere a tópicos, problemas y abordajes

teórico-metodológicos propuestos para examinar el devenir de la clase trabajadora entre los años 80 del siglo pasado y lo que va del actual. En ese plano, esta agenda historiográfica despunta sus avances con densidad, atreviéndose a traspasar límites temporales que hasta hace poco resultaban prácticamente infranqueables para el quehacer disciplinar. El desarrollo dispar de las investigaciones que la conforman respecto de territorialidades, actividades productivas o conflictos examinados impide igualmente obtener síntesis interpretativas amplias sobre el periodo. Pero entre sus trazas es posible reconocer ciertas preocupaciones dominantes, articuladas en función de temas cardinales para la comprensión de ese pasado, como el referido a las condiciones de trabajo bajo el auge neoliberal y su crisis, las formas de organización y de lucha ante su persistente y violenta vulneración de derechos, las experiencias organizativas de las y los desocupados, el decurso de sus protestas o el horizonte de sus demandas.

Esas preocupaciones vertebran el balance comprendido en esta sección, cuya revisión se despliega alrededor de tres ejes problemáticos que concentran la atención hasta el momento: la privatización de las empresas públicas y el cierre de fábricas, la aparición de novedosas organizaciones y repertorios de protesta colectiva entre las y los desocupados y, finalmente, el incremento del activismo sindical de las trabajadoras y sus vínculos con las organizaciones feministas.

El primero de estos ejes reúne investigaciones focalizadas en las reacciones de la clase trabajadora ante la privatización de las empresas estatales y las medidas de racionalización laboral implementadas bajo las administraciones menemistas. Interesadas en explorar no sólo lo sucedido en los espacios laborales sino también en el ámbito familiar y comunitario en tanto territorios centrales de la experiencia obrera, estas investigaciones pusieron de relieve en las respuestas colectivas a la embestida neoliberal unas tradiciones de organización, de lucha y de elaboración de demandas y reivindicaciones que tuvieron en la familia proletaria y en los lazos comunitarios sustentos fundamentales. Tal lo ocurrido en el sector ferroviario, donde la participación de las mujeres y de las familias que habitaban en las comunidades forjadas en torno a los rieles animó confrontaciones que desafiaron la complacencia de las dirigencias sindicales con el gobierno menemista, recuperando, asimismo, experiencias de lucha muy anteriores, desarrolladas en tiempos de la presidencia de Arturo Frondizi y su plan de Conmoción Interna del Estado (Agostini, 2018; Corsi, 2019). Otro tanto sucede con respecto al sector telefónico. Junto con el ferrocarril, la telefonía, que congregaba a su vez una gran cantidad de mujeres entre su fuerza laboral, constituyó la punta de lanza del proceso privatizador de inicios de la década de 1990. Al igual que la comunidad ferroviaria, las y los

telefónicos desataron una extensa huelga contra la política menemista que contradujo la complicidad de un sector de la dirigencia sindical. El estudio de este proceso se situó en los efectos materiales y simbólicos provocados por la privatización, con la ruptura del imaginario centrado en “la gran familia telefónica” (Davolos, 2001). Pero también, en ciertas reconstrucciones sindicales ocurridas posteriormente, como la del Sindicato de los Profesionales de las Telecomunicaciones, resultado en buena medida de las iniciativas de un grupo de mujeres trabajadoras de este sector (Facio, 2019).

Las respuestas de la clase trabajadora, con sus iniciativas contenciosas y los retos que implicaban a la complacencia de las dirigencias sindicales hacia las medidas neoliberales, fueron examinadas por su parte a propósito de la flexibilización laboral y en demanda del mantenimiento de las fuentes de trabajo. Especial interés concitó la rama textil, actividad con una elevada proporción de mujeres en su fuerza laboral y duramente castigada por la apertura comercial y financiera auspiciada por el ex ministro de Economía Domingo Cavallo en 1991. Su estudio permitió advertir la manera en que las desigualdades de género gravitaron en este proceso, implicando una mayor explotación de las trabajadoras que la de sus pares varones¹ y el quebrantamiento de solidaridades de clase en materia de posibilidades de acceso a la representación sindical o en cuanto a la dinámica de los conflictos, como sucedió en el taller textil Confecciones Patagónicas del parque industrial de Trelew, uno de los más importantes del país (Saso, 2016).

Otra experiencia visitada en esa compleja trama es la de las fábricas recuperadas. Entendidas como una forma específica de demanda por la fuente de trabajo consistente en la ocupación y autogestión de las empresas por parte de las y los trabajadores (Fernández Álvarez y Partenio, 2010), su análisis comprende tópicos, entre los que se cuentan las mudanzas provocadas por esta experiencia en significados del trabajo para las mujeres involucradas, en la distribución de sus tiempos cotidianos, en las demandas relativas a sus intereses de género (recuperando la clásica distinción establecida por Maxine Molyneux y Temma Kaplan), en los entrecruzamientos entre sus actividades productivas y sus iniciativas de protesta.² Presentes en varias regiones de la Argentina y entre actividades productivas tan diversas como la alimentación, textil,

1. Vale la pena recordar que el deterioro de las condiciones de trabajo asalariado en esta fase del capitalismo ha favorecido el ingreso de las mujeres al mercado laboral en condiciones de mayor opresión que en momentos anteriores, situación a la que se indexa el incremento de la carga de su trabajo reproductivo debido al retiro del Estado de las actividades de protección social.

2. Para un repaso exhaustivo sobre estas producciones, véase Arriaga y Medina (2018).

metalúrgica o ceramista, los estudios sobre la recuperación de empresas denotan en especial los cambios producidos en la identidad de clase y de género entre sus protagonistas, dando lugar en ocasiones a una mayor democratización de ciertas prácticas obreras y a la emergencia de ámbitos de organización específicos para las mujeres involucradas, como se observó en el caso de la ceramista Zanón (Freire, 2008).

Esta participación femenina es objeto fundamental de los estudios que integran el segundo eje problemático de esta sección, situado en torno a las formas de organización surgidas entre los y las desocupadas especialmente a partir de la década de 1990. Entre ellas, un lugar preponderante lo ocupan los movimientos piqueteros y la principal herramienta de confrontación utilizada por este actor, los cortes de ruta. Situados con fuerza en el centro de la escena política nacional a partir de las puebladas neuquinas de 1996, el estudio de esta práctica beligerante que se fue diseminando por diversas geografías de la Argentina, así como de las organizaciones que nuclean a personas desocupadas –bajo diversas nominaciones y horizontes políticos–, puso de relieve el protagonismo de las mujeres en la gestación de los movimientos piqueteros y las múltiples experiencias políticas que portaban muchas de ellas y que nutrieron sus decisiones de salir colectivamente a las rutas así como la manera en que lo hicieron (Partenio, 2012; Andújar, 2014; Díaz Lozano, 2015;). Al seguir las huellas de sus acciones y de las demandas en que se sostuvieron, algunas pesquisas exploraron asimismo la emergencia de ámbitos estrictamente femeninos dentro de las organizaciones piqueteras, sus vínculos con partidos políticos y sectores del feminismo, las redefiniciones de sus identidades políticas así como de las redes en que se involucran, de sus relaciones entre sí y con los varones dentro y fuera de los movimientos piqueteros (Cross y Partenio, 2011; Partenio, 2012; Andújar, 2014). También se examinó, como parte de estas acciones beligerantes encabezadas por mujeres desocupadas, su participación en las tomas de sedes de instituciones gubernamentales y de empresas, así como en las movilizaciones callejeras, exigiendo recursos que permitieran garantizar la reproducción de sus comunidades (Auzoberria *et al.*, 2018).³

El tendido de puentes con las organizaciones feministas integra el último eje planteado aquí, orientado a reseñar los aportes de las producciones dedicadas a la participación sindical de las trabajadoras.

En un estudio reciente, Arriaga y Medina (2018) pasan revista a la

3. Otro colectivo integrado por mujeres es el que remite al mundo rural y a las movilizaciones lideradas por el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (Giarraca y Teubal, 2001), cuyas luchas ganaron trascendencia bajo el menemismo, pero no así, lamentablemente, entre las historiadoras sociales.

literatura interesada en las relaciones entre trabajadoras y sindicalismo, tematizando las preocupaciones sobresalientes alrededor de tres cuestiones: la participación de las mujeres en las organizaciones sindicales, la institucionalización de una agenda de género en el mundo sindical y las acciones reivindicativas o contenciosas de las trabajadoras organizadas. Como consignan ambas autoras retomando trabajos previos, la presencia femenina en los sindicatos no es una novedad de la historia reciente. Mas en los años inmediatamente posteriores al ocaso de la última dictadura militar, esta presencia ganó otra visibilización en consonancia con un movimiento feminista y de mujeres que se impuso con más vehemencia en el escenario político nacional, concitando la inclusión de algunas de sus demandas y preocupaciones en la agenda gubernamental despuntada desde el gobierno radical (Barrancos, 2007).

Algunas pesquisas situadas en esta problemática rastrean las demandas que las trabajadoras formularon en el seno de sus organizaciones sindicales, su concreción y gravitación en el reconocimiento de mayores derechos laborales, en la democratización de las estructuras sindicales y en la conformación de una agenda de género capaz de propiciar una mayor equidad entre mujeres y varones en el mundo laboral (Arriaga y Medina, 2020; Aspiazu, 2014). Otros trabajos indagaron el incremento de las tasas de afiliación femenina, la creación de espacios institucionales específicos dentro de los sindicatos y sus alcances –en particular con la creación de las secretarías de la mujer y/o de género–, así como su incidencia en ciertas modificaciones legislativas en procura de una mayor equidad de género a nivel representativo, como en el caso de la Ley de Cupo Sindical Femenino sancionada en 2002 (Arriaga y Medina, 2020; Bonacorsi y Carrario, 2012)

Entre esas pesquisas, los sindicatos que reúnen a trabajadoras de actividades tradicionalmente feminizadas, como por ejemplo maestras y docentes de escuelas medias, fueron examinados ampliamente, sobre todo a la luz de la extensa duración de muchos de sus conflictos y las alianzas sociales que movilizaron en ellos –como en el caso de la “Marcha Blanca” bajo el alfonsinismo y de la Carpa Blanca levantada en la Plaza de los Dos Congresos en 1997– o la dureza de las represiones que recibieron, con su saldo de asesinados por las fuerzas de seguridad, como en el caso de Teresa Rodríguez en 1997 o de Carlos Fuentealba diez años más tarde, ambos ocurridos durante protestas en la provincia de Neuquén (Aiziczon, 2009; Andújar, 2014).⁴ Algunas exploraciones se interesan por los significados que adquiere el ejercicio de esta actividad y sus empeños dentro del ámbito universitario. A la luz de los itinerarios

4. Para un repaso sobre la vastedad de las producciones interesadas en el mundo sindical docente en la Argentina reciente, véase Arriaga y Medina (2018).

laborales, los escalafones, las estructuras de cátedra y las nociones de prestigio que rodean su ejercicio, estas pesquisas rastrean los conflictos que atraviesa esta labor en función, entre otras cuestiones, de una percepción que la sitúa a medio camino entre una profesión y un trabajo (Lozano Rubello, 2019).

Por otro lado, se ha comenzado a historiar agremiaciones más novedosas, como aquellas que reúnen a las trabajadoras del mercado del sexo, rastreando en su configuración ciertas derivas de las nociones y definiciones de trabajo que sus protagonistas inscriben en tal actividad. Un caso paradigmático en tal sentido lo constituye la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina, integrada a la Central de Trabajadores de la Argentina (Sayus, 2013).

Las relaciones entre la militancia feminista y el activismo sindical femenino conforman una arista central de este eje. Diversas investigaciones se ocupan de explorar los espacios de encuentro, de transferencia de saberes y las prácticas conjuntas llevadas a cabo por mujeres de uno y otro colectivo. Sin dudas, entre esos espacios de reunión e intercambio, los Encuentros Nacionales de Mujeres ocupan un lugar central no sólo por su pervivencia en el tiempo y las posibilidades de debate que habilitan entre miles de mujeres (Masson, 2007). También por las transformaciones que tuvieron lugar en los talleres de discusión a partir de la incorporación de temáticas relacionadas con debates sociales y gremiales (Viano, 2014). Estos diálogos entre activistas sindicales y feministas no sólo posibilitan acciones conjuntas o confluencias de banderas de lucha en determinadas circunstancias, sino también la elaboración de novedosas demandas, propuestas y conceptualizaciones alrededor de los significados del trabajo femenino productivo y reproductivo, su importancia social y las nociones de valor que los sustentan. Entre estas prácticas comunes, los paros de mujeres adquieren cada vez mayor resonancia al dejar explicitado justamente el contenido de trabajo de las tareas de cuidado. Asimismo, ello viene enriqueciendo la agenda de los estudios de la historia social del trabajo a partir del tendido de puentes con la economía feminista y las nociones que la amparan.

Para cerrar, deseamos llamar la atención sobre los esfuerzos metodológicos que conlleva el estudio de la historia reciente de la clase trabajadora argentina en clave de género pues implica poner en juego diversas estrategias para abordar ciertas fuentes o descubrirlas allí donde pareciera no haber nada. Y en esos empeños, la historia oral adquiere un lugar preeminente, sustentándose en elaboraciones interesadas en generizar las memorias, los relatos y las interpretaciones sobre el pasado, como lo han denotado variadas investigaciones (Jelin, 2001; James, 2004; Viano, 2008; Andújar, 2014).

Conclusiones

Tan solo poco tiempo atrás, señalábamos en un estado del arte sobre el vínculo entre el campo de estudios del pasado reciente y el de los estudios de género, que su articulación con la historia social de la clase trabajadora se hallaba en verdadera vacancia (D'Antonio y Viano, 2018). El repaso llevado a cabo en este artículo muestra que las producciones que cruzaron clase y género para esta etapa se hallan actualmente en proceso de maduración. Los debates sociales efectivamente han impactado sustantivamente en el ámbito académico. Y es la marea verde la que nos ha permitido estimular y en tal caso hoy en día brindar un panorama actualizado de los temas, problemas y nuevos debates planteados.

La mayoría de los trabajos que aquí consignamos tienen como preocupación dar a las mujeres un lugar preponderante en tanto sujeto de análisis, animados por las formas y los contenidos que asumen las desigualdades de poder entre los y las trabajadoras, o las nociones de masculinidad y de feminidad que gravitan en el mundo laboral. Incluso este encuadre ha facilitado el despunte de algunos estudios que han comenzado a enfocarse en sujetos no heterosexuales, aunque todavía nos digan poco sobre la manera en que ello se anuda con la pertenencia de clase y con el mundo del trabajo.

La articulación de estas perspectivas permite advertir una historia repleta de personas que, miradas a ras del suelo, nos devuelven imágenes más nítidas sobre esas mujeres y varones trabajadores que vivieron estos tiempos convulsivos. También nos deja entrever cómo intentaron modificar, mejorar o revolucionar las condiciones materiales de existencia en las que les tocó vivir, cómo se organizaron y confrontaron con sus adversarios de clase para establecer sus demandas por derechos, cómo construyeron sus identidades, sus lazos afectivos y sus ámbitos de sociabilidad. Los hallazgos interpretativos aquí reseñados desestabilizaron, además, las nociones clásicas de trabajo ya que pusieron en evidencia la coexistencia tensa entre formas de trabajo asalariadas y reproducción doméstica. En esa dirección, develaron que tales variables y categorías no son asexuadas y que la idea de neutralidad no ha hecho más que confundir la preferencia por la objetividad con la experiencia enteramente masculina de este sector de clase.

Nuestra propia reflexión, aún abierta, no buscó respuestas conclusivas sino más bien mapear terrenos fértiles en los hallazgos de la interpretación. Incluso, somos conscientes de que hay numerosos acontecimientos centrales, como la huelga de la Ford de 1985 o la de Villa Constitución en 1991, que no fueron debidamente contados en una clave generizada. No obstante, creemos que los esfuerzos hasta aquí realizados renuevan la agenda historiográfica y la refinan. Es cuestión

de tiempo, de echar a rodar con más fuerza un movimiento que ya tiene bases sólidas y que cada vez cuenta con más adhesiones entre las investigadoras. La suma de retazos con los que contamos está impactando poco a poco en las dinámicas más generales del conocimiento sobre la historia social de la clase trabajadora argentina, encarnada en mujeres y varones reales, de los últimos 50 años.

Referencias

- Agostini, L. (2018). *La comunidad ferroviaria de Laguna Paiva durante la huelga nacional de 1961. Sociabilidades, identidades y prácticas*. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Quilmes.
- Aiziczon, F. (2009). La revuelta de los corpiños. Performance, activismo feminista y lucha sindical docente en Neuquén. *Mora*, 15, 1, 17-33.
- Almada, D. (2019). *Mujeres trabajadoras rurales: experiencias de vida y luchas políticas en la Formosa de los años 70. A cincuenta años del Cordobazo. Repensando el ciclo de protestas obreras, rebeliones populares e insurrecciones urbanas*. Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC.
- Andújar, A. (2014). *Rutas argentinas hasta el fin... Mujeres, política y piquetes (1996-2001)*. Luxemburg.
- Andújar, A. (2017). Historia social del trabajo y género en la Argentina del siglo XX: balance y perspectivas. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, 8, 8, 43-59.
- Arriaga, A. y Medina, L. (2018). Desafíos de las organizaciones sindicales frente a la desigualdad de género. Hacia la construcción de una agenda de investigación. <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto>.
- Arriaga, A. y Medina, L. (2020). Activismo de género en las organizaciones sindicales. Reivindicaciones y estrategias emergentes en los Encuentros Nacionales de Mujeres. *Trabajo y Sociedad*, 34, XXI, 155-178.
- Aspiazu, E. (2014). Equidad de género, mercado de trabajo y sindicalismo en Argentina. *Realidad Económica*, 284, 10-36.
- Auzoberria, M. et al. (2018). Las tomas de Termap. En P. Becher y G. Pérez Álvarez (comps). *Las organizaciones de trabajadores desocupados en la historia reciente de Argentina: Experiencias, luchas y esperanza (1990-2015)* (pp. 197-226). CEISO.
- Barragán, I. (2014). Matilde Itzigsohn, violencia y represión: trayectoria sindical de base en una fábrica de hombres, el Astillero Río Santiago (1973-1976). *Amerika: Mémoires, Identités, Territoires*, 11, 1-9. <http://hdl.handle.net/11336/52092>.
- Barragán, I. y Rodríguez, F. (2012). Clase, género, politización y violencia. Los casos del Astillero Río Santiago y Propulsora Siderúrgica 1974-1975. <http://estudiosmaritimos.files.wordpress.com/2014/01/rem-s-nc-2ba-5-6-dossier-gc3a9nero-y-clase-barragc3a1n-y-rodr3adguez.pdf>.

- Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Sudamericana.
- Basualdo, V. (2016). Militancia y organización obrera de base durante la primera mitad de los años 70: una aproximación desde la historia oral al caso de Alpargatas en Florencio Varela. En K. Grammatico (comp.) *Historia reciente, género y clase trabajadora: Cinco estudios para pensar un problema de investigación* (pp. 9-30). UNAJ.
- Bonaccorsi, N. y Carrario, M. (2012). Participación de las mujeres en el mundo sindical: Un cambio cultural en el nuevo siglo. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-57042012000100007&lng=es&nrm=iso. F/c: 21/6/2017.
- Brandolini, C. (2019). Los obreros de Fiat Concord Sauce Viejo en los días del “rodrigazo”: conflicto y represión. *V Taller Historia Social, Género y Derechos*. Grupo de Trabajo, Historia Social y Género.
- Corsi, M. (2019). Rieles en lucha. Una aproximación histórica a la huelga de 1991 en la comunidad ferroviaria de Victoria, provincia de Buenos Aires. *V Taller Historia Social, Género y Derechos*. Grupo de Trabajo, Historia Social y Género.
- Cross, C. y Partenio, F. (2011). ¿Cuál cambio social? Construcción de vínculos políticos en un espacio de mujeres piqueteras. <https://revis-tapuntogenero.uchile.cl/index.php/RPG/article/view/16861/17561>.
- D’Antonio, D. (2018). Bajas, cesantías, suspensiones y renunciadas forzadas: trabajadores y trabajadoras estatales bajo la mira (Argentina: 1973-1983). En D. D’Antonio (comp.). *Violencia, espionaje y represión estatal. Seis estudios de caso sobre el pasado reciente argentino* (pp. 59-91). Imago Mundi.
- D’Antonio, D. y Viano C. (2018). A propósito de la historia reciente, la historia de las mujeres y los estudios de género. En G. Águila, L. Luciani, L. Seminara y C. Viano (comps). *La historia reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina* (pp. 19-38). Imago Mundi.
- Davolos, P. (2001). Después de la privatización: trayectorias laborales de trabajadores con retiro voluntario. *Estudios del Trabajo*, 21, 69-94.
- Díaz Lozano, J. (2015). Movimiento en Femenino. Trayectorias de vida de mujeres que participan en organizaciones populares. En A. Nateras Domínguez, G. Medina Carrasco y M. Sepúlveda Galeas (coords.). *Escrituras emergentes de las juventudes Latinoamericanas*. Gedisa.
- Facio, M. (2019). Experiencias laborales y gremiales de las mujeres del Sindicato de los profesionales de las telecomunicaciones (Cepetel) (1989-2010). *V Taller Historia Social, Género y Derechos*.
- Fernández Álvarez, M. y Partenio, F. (2010). Empresas recuperadas en Argentina: producciones, espacios y tiempos de género. *Tabula Rasa*, 12, 119-135.
- Freire, A. (2008). La participación de las mujeres en las fábricas recuperadas: el caso de la Cerámica Zanón, Neuquén 2000-2006. En P. Navarro Floria (comp.). *Historia de la Patagonia: 3ras. Jornadas* (CD-Rom).

- Fulchieri, B. (2018). *El Cordobazo de las mujeres*. Las Nuestras.
- Gatica, M. (2000). *Industrialización, proletarización y subproletarización. ¿Una nueva identidad para la mujer en Trelew?* Proyecto de investigación, informe final UNPSJB, Secretaría de Ciencia y Técnica, Trelew.
- Ghigliani, P. (2018). Las mujeres trabajadoras en la industria gráfica de los años sesenta y setenta: participación sindical, agencia contenciosa y discursos de género. *Trabajo y Sociedad*. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8960/pr.8960.pdf.
- Giarraca, N. y Teubal, M. (2001). El movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha. En N. Giarraca et al. (comp.). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (pp. 737-762). Alianza.
- Hall, C. (2013). La historia de Samuel y Jemima: Género y cultura de la clase trabajadora en la Inglaterra del Siglo XIX. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2013000200005&lng=es&nrm=iso. Consultado 12 de enero de 2020.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Manantial.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Lasalle, A., Lasalle, P. y Di Liscia, M. (2010). *Verano del 72. La gran huelga salinera. Memoria, género y política*. Miño y Dávila.
- Laitano, G. y Nieto, A. (2019). Muñecas bravas en un nido de ratas. Notas sobre las representaciones masculinas y el protagonismo femenino en las luchas gremiales de la industria del pescado. *Ejes de Economía y Sociedad*. 3, 4, 56-80.
- Laufer, R. (2019). Clase y género en la Córdoba combativa. Las obreras de ILASA y la ocupación de la fábrica en 1970. <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria>.
- Lobato, M. (2010). Historia del trabajo, género y clase. En: J. Cernadas y D. Lvovich (eds.). *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta* (pp. 208-227). Prometeo.
- Lozano Rubello, G. (2019). Espacios de intervención y pertenencia de docentes de la UBA en la actualidad. <http://propuestaeducativa.flacso.org.ar/wp-content/uploads/2019/11/PropuestaEducativa51-articulo-jov-RUBELLO.pdf>.
- Masson, L. (2007). *Feministas en todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Prometeo.
- Mitidieri, G. (2014). La huelga de Alpargatas en 1979: las nociones de lo justo en dictadura. *Páginas*, 6, 2, 83-102.
- Nassif, S. (2011). Conflictos sociales protagonizados por obreros y estudiantes en Tucumán durante 1970. *Conflicto Social*, 4, 5, 175-200.
- Nassif, S. (2017). Resistencia obrera y popular en Tucumán en los inicios de la dictadura de Onganía: asesinato de Hilda Guerrero de Molina y la pueblada en Bella Vista. *Trabajo y Sociedad*, 32, 195-221.

- Noguera, A. (2019). *Revolutas y revolucionarias. Mujeres y militancia en la Córdoba setentista*. Editorial de la UNC.
- Ortiz, M. (2019). *Con los vientos del Cordobazo. Los trabajadores clasistas en tiempos de violencia y represión*. Editorial de la UNC.
- Partenio, F. (2012). Género y participación política: los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina. En P. Aguilar *et al.* *Las deudas abiertas en América Latina* (pp. 245-288). Clacso.
- Pérez, I. (2014). Género y derechos laborales: servicio doméstico y trabajo doméstico no remunerado en la Justicia laboral en Argentina (1956-1974). *Páginas*, 6, 12, 67-82.
- Rodríguez Agüero, L. (2014). Maestras y madres. Género y lucha docente en el post Mendozazo (1972-1973). *MILLCAYAC*, I, 1, 75-98.
- Rodríguez Agüero, L. (2017). ¿Trabajadores o empresarios? La lucha de los contratistas de viña, Mendoza 1969-1976. *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, 8, 8, 217-236.
- Ruocco, L. (2010). Reivindicaciones de las mujeres obreras de la industria del pescado: una perspectiva de clase y género a partir de los convenios colectivos de trabajo (Mar del Plata, 1942-1975). *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 3, 93-104.
- Saso, D. (2016). Género, clase, experiencia y conflicto social: la huelga de Confecciones Patagónicas. *Theomai*, 34, 4-114.
- Sayus, A. (2013). *El arte de AMMAR: mujeres, mercado del sexo y trabajo en San Miguel, provincia de Buenos Aires*. Taller de discusión: "Trabajadores y Sindicalismo". Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Scheinkman, L. (2019). De la historia política a los estudios de género: la historiografía sobre el mundo del trabajo de la primera mitad del siglo XX en Buenos Aires. *Trabajo y Sociedad*, 32, 281-305.
- Snitcofsky, V. (2011). Villas de Buenos Aires y conflictos portuarios bajo el gobierno de Onganía: aportes para el análisis de la articulación entre sindicalismo de base y organización territorial. En V. Basualdo (coord.). *La clase trabajadora argentina en el Siglo XX: Experiencias de lucha y organización* (pp. 51-100). Cara o Ceca.
- Viano, C. (2008). Mujeres y movimientos sociales: un acercamiento a Madres de Plaza de Mayo desde una historia de vida. En G. Necochea Gracia *et al.* (comps). *Historia oral y militancia política en México y en Argentina* (pp. 61-81). El Colectivo.
- Viano, C. (2014). Voces (des-encontradas) en los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina. *Páginas*, 6, 11, 49-68.

ARTÍCULOS

Buenos Aires negro: la experiencia afroporteña y debates historiográficos en los orígenes de la clase obrero y el socialismo argentino, 1873-1882

Lucas Glasman

Universidad de Buenos Aires - Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
(Buenos Aires, Argentina) • lucas.glasman@gmail.com

Título: Black Buenos Aires: The experience of Afroporteños and historiographical debates on the origins of the Argentine working class and socialism, 1873-1882

Resumen: Este artículo examina la relación entre la población afroporteña, la clase obrera en formación y el desarrollo del socialismo en Argentina entre 1873 y 1882. Generalmente los estudios acerca de la comunidad afroporteña han abordado esta relación superficialmente, mientras que la historiografía de los orígenes de la clase obrera se ha enfocado en el impacto de la inmigración. A partir del análisis de los periódicos afroporteños buscamos reconstruir la vida asociativa negra, sus organizaciones y su cultura.

Palabras clave: clase obrera – socialismo – afroporteños – negritud

Abstract: This article explores the relationship between Buenos Aires' afro population, the working class in the making and the emerging socialism in Argentina in 1873-1882. Generally, research on the afro community has superficially approached the subject matter, while the historiography on the origins of the working class has focused on the impact of the immigration. Based on the analysis of the afroporteños newspapers we aim to recreate their social life, clubs and organizations and their culture.

Keywords: working class – socialism – afroporteños – nlack culture

Recepción: 3 de noviembre de 2019. **Aceptación:** 27 de febrero de 2020

En 1881 José Antonio Wilde publicó un libro con sus observaciones sobre la ciudad de Buenos Aires en el que concluía: “Hoy los negros son relativamente escasos. Se ve acá y allá algún veterano como representante de la raza que se va: un monumento que el tiempo ha carcomido” (Wilde, 1960, p. 124). A su vez, el autor pronosticaba que el fin del siglo inauguraría una nueva era para la Argentina. Las rebeliones federales eran un espectro del pasado, los caudillos habían sido derrotados y ni siquiera Buenos Aires había podido enfrentarse al ejército nacional. En paralelo, las campañas hacia las tierras indígenas del sur patagónico habían efectivizado un genocidio que reunió enormes extensiones de tierras en las manos de unos pocos terratenientes. Por último, desde el Estado se había incentivado la inmigración europea. La clase obrera “importada” desde Europa –laboriosa, culta y blanca– debía desplazar al gaucho, al indígena y al negro y finalizar el proceso de erradicación de las tradiciones locales, que veía como barbáricas e incompatibles con el mundo moderno y las relaciones sociales capitalistas. Esa era, en gran medida, la esperanza de Wilde y otros representantes de la generación del 80.

Empero, se equivocaban. No solo la inmigración trajo una cultura de organización y lucha, sino que las tradiciones locales no fueron eliminadas. El nacimiento de una clase obrera enmarcada en una serie de relaciones sociales crecientemente capitalistas es un proceso complejo. Diversas raíces nutrieron este proceso directa o indirectamente: tradiciones políticas, ideologías, cosmovisiones, identidades, prácticas culturales, experiencias y herramientas influyeron en el largo proceso por el cual se formó la clase obrera local. Usualmente la historiografía ha destacado el rol que la inmigración europea jugó –tanto por su enorme caudal como por sus experiencias de lucha y organización– en los orígenes de la clase obrera. En cambio, las tradiciones locales previas permanecieron, en gran medida, inexploradas. Estas no se desvanecieron, sino que son las raíces que forman parte de los orígenes perdidos de la clase obrera en Argentina.

En este trabajo analizaremos una de estas tradiciones olvidadas: la experiencia afro en Buenos Aires de la década de 1870 y los primeros años de la siguiente. Este recorte temporal nos permite, por un lado, cuestionar la idea de la desaparición de la población afro en la Argentina y, por el otro, enriquecer la historia de los trabajadores y las izquierdas en una época que aún no ha sido explorada sistemáticamente.

La historia de los afroporteños ocupa un lugar privilegiado en la historia obrera, tanto por su nutrida vinculación con el mundo y las identidades proletarias como así también porque nos obliga a repensar nuestras categorías de análisis a fin de incorporar sectores olvidados por gran parte de la historiografía.

Para el estudio de la experiencia de los trabajadores negros de Buenos Aires nos parece relevante tener en cuenta dos historiografías muy diferentes entre sí pero que mantienen algunos contactos: en principio haremos un recorrido por la historiografía sobre los orígenes del movimiento obrero y las izquierdas y después nos acercaremos a las diversas corrientes que tratan la historia de los afroporteños.

Clase obrera, izquierdas y sectores populares en la historiografía argentina

Entre las primeras producciones que se ocupan de los orígenes del movimiento obrero y las izquierdas nos encontramos con las pioneras “historias militantes” (Abad de Santillán, 1930; Oddone, 1949; Marotta, 1960) que, si bien aportan testimonios y documentación muy valiosa, suelen caer en relatos apologéticos donde pareciera que, previo a la aparición de sus organizaciones, la historia de los trabajadores en la Argentina era un desierto, con unos pocos oasis como la huelga tipográfica de 1878. Los años dotaron a la historiografía del movimiento obrero y las izquierdas un perfil cada vez más profesional. Entre los años 70 y 80, adquirieron especial relevancia los trabajos de Julio Godio (1987) y Ricardo Falcón (1984) referidos específicamente a los orígenes del movimiento obrero en el país. La obra de Falcón se distingue por prestar mayor interés a las décadas entre 1850 y 1880 donde todavía priman los artesanos, jornaleros y trabajadores no especializados. Entre sus hallazgos se encuentran varios periódicos de la comunidad afro en el país que aparecen vinculados al movimiento obrero y al socialismo. Si bien Falcón se interesa por la relación entre la población negra, el movimiento obrero y el socialismo, los considera un sector incapaz de organizarse autónomamente (Falcón, 1984, p. 15). Por su parte, Godio al analizar las huelgas de tipógrafos de 1878 y cigarreros de 1879, no le otorga ningún tipo de relevancia al movimiento afro a pesar de que este participó –directa o indirectamente– de ambas medidas de fuerza. Finalmente, a partir del 2000, han surgido nuevos trabajos que también han analizado los orígenes del movimiento obrero y las izquierdas en Argentina. Se destacan la tesis de Lucas Poy (2014) sobre los orígenes del movimiento obrero, analizando el ciclo huelguístico iniciado en 1888, y las obras de Horacio Tarcus (2007, 2016) sobre el desarrollo del socialismo romántico y utópico, como también la recepción de Marx en el país.

Vemos así que la historiografía del movimiento obrero y las izquierdas se ha centrado, generalmente, en los periodos más próximos al final del siglo o bien en el desarrollo de las ideologías. Este recorte ha hecho que elementos con mayor presencia en años anteriores –como la etnia o las formas de trabajo híbridas– tiendan a ocupar un lugar secundario. Existe otra gama de historiadores profesionales que, para analizar la

heterogeneidad de situaciones han buscado alternativas al concepto de clase obrera. Autores como Raúl Fradkin (2008) o Gabriel Di Meglio (2001) utilizaron los conceptos de sectores subalternos o plebe urbana cuya amplitud permite incorporar elementos tan constitutivos como la etnia o la ascendencia para analizar los principios del siglo XIX.

Por otra parte, otros investigadores como Ezequiel Adamovsky (2012) establecen un recorte temporal más amplio, abarcando el final del siglo XIX, utilizando el concepto de clases populares. Esto le facilita al autor incorporar elementos como la etnia al análisis. Al estudiar a los afroargentinos, Adamovsky se centra en el proceso de asimilación de la población afro a la sociedad blanca. Menciona la existencia de tensiones internas en donde la identidad obrera y las luchas de esta comunidad quedan subsumidas en un contexto más amplio.

Asimismo, hubo una tradición comenzada y encarnada por Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez y, posteriormente, Juan Suriano, quienes rechazaron el concepto de clase por su rigidez, por su carácter foráneo “insular” (Gutiérrez y Romero, 1990, p. 270) o, en el caso de Suriano, argumentando que el paso del tiempo y la movilidad social permitirían que la identidad obrera se diluyera (Suriano, 2001, p. 340).

Así, se nos presenta una laguna historiográfica atravesada por los debates conceptuales que se plantean entre quienes utilizan el concepto de clase obrera y los que abogan por el de sectores populares. En el último tiempo ha comenzado un dialogo entre la historiografía de principios de siglo y la del movimiento obrero que busca superar esta laguna incorporando las historias olvidadas, tensionando categorías y recortes temporales. De esta forma se busca reconstruir las heterogéneas raíces de la clase trabajadora, sus luchas y tradiciones sin diluir la identidad de clase (Mitidieri y Poy, 2019, p. 10).

Creemos que el análisis del movimiento afroporteño puede ser un aporte útil en este debate. De igual modo, los estudios referidos a la población afroargentina permiten repensar este período de la historia introduciendo categorías de análisis nuevas.

Negritud y clase obrera en la historiografía afroargentina

A fines de 1980, en consonancia con el ocaso de los estudios de clase, comienzan a cobrar relevancia los estudios de sectores subalternos específicos. Sin duda, los trabajos del estadounidense George Reid Andrews (1989, 2007, 2010, 2016) fueron un pilar fundacional en el campo de estudios afroargentinos. Su libro “Los afroargentinos de Buenos Aires” busca rebatir los argumentos clásicos en torno a la “desaparición” de la población afrodescendiente y el blanqueamiento argentino. El autor remonta su análisis al siglo XVIII considerando el

comercio de esclavos, el lugar de los negros en la sociedad, su rol en las guerras y la transición a la libertad, a fin de demostrar que estos no fueron factores explicativos del descenso demográfico que muestran los censos. Utilizando fuentes no estadísticas, Andrews examina la constante presencia de la población negra y sus organizaciones a través de los años. Recurriendo a fuentes periodísticas, lecturas bajo otro prisma de los censos y la prensa afroporteña, el autor logra cuestionar los datos censales que, por sus imprecisiones, sirvieron de base para retratar a una Argentina étnicamente blanca.

Por su parte, Alejandro Frigerio (2006, 2008) ha examinado la construcción de la “narrativa” de la Argentina como nación blanca. Profundizando sobre las conclusiones de Andrews, Frigerio se propone entonces repensar las categorías de “negritud” y “blanquitud” donde el primero tiene un carácter excluyente –solo es negro quien posee todos sus rasgos– mientras que el segundo es demasiado inclusivo –caucásico, trigueños, mulatos, mestizos–. El autor explica que este binomio tuvo la función de crear un relato en la Argentina que niega cualquier influencia de la población africana en la identidad nacional. En este mismo sentido perfilan los trabajos de Alejandro Solomianski (2003, 2012) quien indaga los discursos racistas que construyen el binomio blanquedad-negritud en los orígenes de la identidad argentina. A través del análisis cultural, el autor logra identificar las tensiones en la comunidad afro donde el racismo se infiltra con una impronta nacionalista. Posteriormente, autores como Jean-Arsène Yao (2015), también examinaron la contradicción presente en la prensa afroporteña donde, por un lado, se enorgullecían de su condición étnica y denunciaban la discriminación, pero, por el otro, censuraban sus tradiciones afro para someterse a las normas de sociabilidad blancas.

La historia cultural ha sido, desde un principio, parte importante de la historiografía afro. Autores clásicos como Bernardo Kordon (1938) han sido verdaderos pioneros que, a través de sus estudios sobre el tango y el candombe, han echado luz a las problemáticas que atravesaban a la comunidad, como la apropiación de sus festividades por parte de los blancos. Más recientemente, autores como Norberto Cirio (2006) y Laura López (2006) han analizado el tango, el candombe y diversos estilos musicales para reconstruir la identidad afroporteña.

Al examinar el caso puntual de los afroporteños a fines del siglo XIX, nos encontramos con la obra de Norberto Cirio (2009) sobre los periódicos de la comunidad negra. Si bien no indaga directamente en la relación con el mundo obrero o las izquierdas, el trabajo logra recuperar las voces de los afroporteños enfocándose en la estructura y los tópicos de los semanarios para reconstruir las identidades etarias, étnicas y de clase.

Finalmente, encontramos los varios trabajos del Grupo de Estudios Afrolatinoamericanos (GEALA). Discutiendo la idea de la Argentina como una nación “blanca” y “europea”, han dedicado trabajos sobre la importancia social de la población afro, la esclavitud y las guerras en los inicios del siglo XIX (Guzmán, 2006) como también análisis de poblaciones específicas en distintos puntos del país (Marta Maffia, 2016). Particularmente Lea Geler ha escrito numerosas obras centradas en la población afroporteña de fines de siglo XIX (2007, 2008, 2010, 2012). La gran producción de esta autora se destaca por su carácter minucioso, sistemático y plural que le permite abordar varias temáticas tales como el género, el periodismo, la política, entre otros temas. Si bien no deja de mencionar la condición de los negros como trabajadores ni sus luchas, se priorizan otros elementos como la movilidad social o conflictos internos. Así, las conclusiones de Geler contrastan completamente con las extraídas por Falcón. La autora rescata la gran importancia y vitalidad de la población afro, pero en su análisis la relación con la formación de la clase obrera y las izquierdas ocupa un lugar subordinado (Geler, 2010, p. 268), mientras que para Falcón la relación entre el mundo negro y las izquierdas era estrecha pero, en última instancia, estéril.

Nos parece necesario hacer un breve balance acerca de las historiografías presentadas. Dentro de la historia de los orígenes del movimiento obrero y las izquierdas, los componentes que dotan de heterogeneidad a la clase obrera –como la etnia, el género o, también, las formas híbridas de trabajo– han sido subrepresentadas y subanalizadas. Por su parte, quienes abonan los análisis sobre los afroporteños como parte de los sectores populares o los examinan aisladamente, no abordan específicamente la importancia de esta experiencia en los ámbitos obreros y en la historia de las izquierdas. Queda planteado así un problema sobre la situación de los trabajadores afro en particular, pero también una problemática historiográfica general. El siglo XIX comienza con una plebe urbana heterogénea que tras la caída de Rosas parece sumergirse en un letargo para despertar recién a fines de la década de 1880. Empero, sus ropajes han cambiado, su color de piel también, su acento, su procedencia, sus tradiciones y su denominación. Surge entonces una incógnita: ¿qué ocurrió en esos 30 años?

Creemos que la historia de los afroporteños puede aportar elementos para contestar esta pregunta y, a la vez, hacer un aporte al debate historiográfico vigente. Para esto analizaremos tres ejes en particular: las condiciones de vida de los afroporteños y sus redes de sociabilidad ; las luchas de la comunidad y su relación con el socialismo y, por último, la cultura como espacio de resistencias y tensiones internas. Buscamos así revalorizar un sector del proletariado que ha quedado olvidado pero

cuyas raíces están arraigadas en los orígenes de la clase obrera y la izquierda Argentina.

Los semanarios afroporteños: periodismo negro y obrero en la esfera liberal

El derrocamiento de Juan Manuel de Rosas en 1852 permitió que una gran variedad de publicaciones, antes perseguidas o censuradas, irrumpieran en la escena política, social y cultural. En general, la libertad de expresión que los intelectuales pregonaban se encontraba bastante restringida a una serie de valores e ideas de talante liberal, republicano y positivista (Lettieri, 2005, p. 103). Particularmente, aquellos sectores que habían estado vinculados al rosismo –como los afroporteños– se encontraron bajo tela de juicio. A pesar del ámbito desfavorable, la comunidad negra comprendió la importancia de la palabra escrita y proliferaron las publicaciones que, hoy día, se convirtieron en nuestra principal fuente. Si bien sabemos de la existencia de, al menos, una docena de publicaciones afro, no todas se conservaron.¹ El núcleo de nuestra investigación corresponde a los centenares de números de *La Broma* y *La Juventud*, los dos principales periódicos de noticias generales, asimismo contamos varios ejemplares de otros semanarios como *La Perla*, *La Igualdad*, *El Unionista* y *El Aspirante* que nos ayudan a dimensionar el tamaño de esta comunidad ilustrando nuevos debates y puntos de vista diversos que enriquecen el análisis. Este corpus nos permite reconstruir la dinámica de la sociabilidad afroporteña entre los años 1873 y 1882. Asimismo, contamos con unos pocos ejemplares de *El Proletario* de 1858, fundado por Lucas Fernández. Este semanario inauguró el ciclo de periódicos hechos por afrodescendientes y muchas de sus ideas y temáticas fueron heredadas por los semanarios posteriores (Corbière, 2003).

Las revistas analizadas mantienen ciertas regularidades entre sí. Cada número estaba conformado por cuatro carillas. La primera plana se ocupaba en los títulos, notas editoriales o referidas a algún conflicto en la comunidad. Generalmente, estas eran reflexiones en torno a la discriminación, la sociedad, el trabajo o, en ocasiones, notas de carácter pedagógico y moralizante sobre la vida y la familia. En las páginas interiores se extendía una sección cultural titulada variedades o “varillazos”. Probablemente esta era la sección más popular de cada periódico, en ella abundaban noticias sobre la comunidad afroporteña: historias de bailes y tertulias, aventuras amorosas; publicaban cuentos, poesías y

1. Algunos de estos periódicos son *La Voz del Obrero*, *La Simpatía*, *El Arte en Plata*, *El Artesano* (también conocido como *El Tambor*), *La Cotorra*, *El Trabajo: órgano de las clases obreras*, *La Estrella Polar* o *El Progreso*, entre otros.

canciones, algunas de ellas interpretadas por las comparsas durante el carnaval. Acompañando a estas noticias encontramos chistes, rumores y noticias breves de tono jocoso. Es destacable que la sección de variedades se destinaba, específicamente, al público femenino, dando un indicio de la relevancia de las mujeres para estas publicaciones. Lejos de ser lectoras pasivas, ellas redactaban notas, cuentos, poesías e, incluso, tomaban posición en los debates que se erguían entre los semanarios. Sin embargo, los hombres ocupaban siempre los puestos directivos en las redacciones de los periódicos. Finalmente, la última página contenía novedades sobre colectas, reuniones y promociones de tertulias. En ocasiones, esta página también era utilizada como espacio publicitario para individuos o negocios que, por un canon, promocionaban sus servicios. Es destacable que también se utilizaban los anuncios para promocionar las redes de la sociabilidad afro.

Existían diferencias notorias entre los semanarios. Las opiniones en torno a temáticas como la educación o las opiniones sobre las diferentes mutuales hacían que cada publicación se diferenciara de la otra, esto permitía que la prensa afroporteña sea un espacio de discusión y debates abierto, aunque no siempre cordial. Sin embargo, la distinción más notable se da en el caso de *La Igualdad* y *El Artesano*, en tanto se erguían como periódicos netamente partidarios apoyando las candidaturas de Nicolás Avellaneda y Bartolomé Mitre, respectivamente. En estos semanarios la mayor parte del espacio se dedicaba a notas políticas, la sección de variedades ocupaba un rol subordinado y, muchas veces, las anécdotas y chistes incluían un mensaje partidario. Asimismo, estas publicaciones eran financiadas enteramente por los partidos políticos, mientras que aquellos periódicos de “interés general” como *La Broma* o *La Juventud* dependían de ventas, colectas y aportes de miembros de la comunidad. Tras las elecciones de 1874, estos periódicos dejaron de publicarse. Como resultado, *La Igualdad* y *El Artesano* eran vistas como revistas ajenas a los intereses de la comunidad y que representaban, únicamente, a los partidos políticos que buscaban conseguir el voto de los afroporteños.

Finalmente, para terminar con la descripción, queremos destacar un elemento más sobre los semanarios: el precio. Para alcanzar a un público trabajador y, particularmente entre los afrodescendientes, pobre el costo del periódico no podía ser muy elevado. La prensa afro tenía un precio que oscilaba entre los 2 y 5 pesos cada número en Buenos Aires. Según algunas notas de los periódicos y datos oficiales, los sueldos diarios para los varones rondaban los 600 pesos mensuales, a lo que se sumaba el sueldo femenino. Considerando que los gastos en comida y

renta representaban unos 400 pesos,² las familias trabajadoras negras podían dedicar parte de sus ingresos a la compra de algunos periódicos, asociarse a alguna mutual y también aportar en las colectas. El precio accesible de las publicaciones respondía a que eran un producto hecho por y para obreros y obreras, particularmente, afrodescendientes. Ocasionalmente alguna organización, como la mutual Sociedad Esperanza Argentina, exigía elevados aportes para ingresar a la misma excluyendo a toda la capa de trabajadores afro. En respuesta, se activaron los mecanismos de presión en la comunidad. La indignación de varias personas se cristalizó en el semanario *La Juventud*,³ que se convirtió en una tribuna de repudio ante la apatía de la mutual frente a la miseria obrera. Finalmente, Sociedad Esperanza Argentina fue objetivo de un boicot en 1876 que dio como resultado la deslegitimación de la asociación mutual. La comunidad trabajadora afroporteña entendía que un importe desmesurado atentaba contra la posibilidad de construir una red de sociabilidad que aglutinara a la población afrodescendiente y reaccionaban en consecuencia. Estas medidas de fuerza contra la exclusión del empobrecido proletario es una clara muestra de la preocupación por las problemáticas que afectaban a la clase obrera. El germen de estas prácticas estaba en la autopercepción de los afroporteños como trabajadores.

Trabajadores afro: la vida obrera y la sociabilidad afroporteña

La vida de los afrodescendientes en Buenos Aires era dura. En los primeros años de la década de 1860 se asentaron prontamente en los conventillos de San Telmo y Monserrat (Andrews, 1989, p. 95). Con la llegada de los contingentes europeos, muchos se desplazaron hacia zonas del sur y el oeste de la ciudad como Barracas, Socorro, Concepción, San Nicolás, entre otras. Las habitaciones podían llegar a albergar a más de 10 personas, por lo que el hacinamiento era parte de la vida cotidiana (Bourdé, 1977, p. 89). Afuera, los vecinos adoquinaban las calles con piedras del riachuelo y las rellenaban con basura que rebalsaba a menudo (Mafud, 1976, p. 179). Bajo estas condiciones no es sorprendente que las barriadas obreras se hayan convertido en focos de infecciones y enfermedades como el cólera o la fiebre amarilla. Aun así, los precios de los alquileres junto a la comida eran muy elevados, por lo que toda la familia debía salir en busca de empleo. La mayor parte de los hombres y mujeres de la comunidad afroporteña solían trabajar ya fuese brindando servicios de forma individual (músicos, hojalateros, costureras,

2. "El hombre del pueblo", *La Juventud*, 26 de marzo 1876.

3. "Consejos sociales", *La Juventud*, 22 de enero de 1876.

vendedores ambulantes, amas de leche) o en negocios y talleres como asalariados (zapateros, cigarreros, modistas, cocineras). Si bien algunos miembros de la comunidad conservaban cierta independencia –más asociada con tiempos anteriores–, las formas de vida y trabajo de la mayor parte de la comunidad nos permiten identificarla como parte de la clase obrera naciente.

Asimismo, había un pequeño sector letrado en la comunidad que desempeñaba cargos de menor nivel en el Estado con sueldos más elevados o, incluso, que tenían pequeños negocios. Empero, el tener un pequeño comercio o un trabajo profesional no significaba salir de la extrema vulnerabilidad económica. Varias de estas personas, a pesar de gozar una mejor situación que el resto, cayeron en la miseria más absoluta debiendo cerrar sus negocios o pedir el auxilio de la comunidad. Es así que, incluso aquellos que tenían un negocio, ejercían un oficio simple más cercano al del artesano semiproletario que al del burgués dueño de los medios de producción que explota a los trabajadores.

Los barrios son espacios fundamentales donde se establecieron una serie de prácticas, actitudes, costumbres y relaciones que moldearon a una identidad común entre la masa trabajadora (Hoggart, 1957, pp. 45-48). En un periodo donde la organización de tipo gremial es incipiente, aún entre los trabajadores de vanguardia, cobra más relevancia la vida social cotidiana para forjar identidades. De esta manera, los afroporteños comenzaron a agruparse en sus barrios, en cofradías y sociedades nacionales que, en los años 50 y 60, devinieron mutuales (Andrews, 1989, pp. 172-180). Las sucesivas epidemias y conflictos internos de estas décadas afectaron con particular fuerza a los trabajadores negros. Sin embargo, la “raza que se va” –en palabras de Wilde– mantuvo una fuerte y dinámica presencia en la ciudad de Buenos Aires y, especialmente, entre sus trabajadores. Se ha sostenido que la inmigración, las guerras y las epidemias (Corbière, 2003) diluyeron la presencia negra en la Argentina, pero la gran complejidad, tamaño y poder de las redes de sociabilidad afro a fin de siglo parece indicar lo contrario. La década de 1870 es testigo de un proceso de renovación en la comunidad: en estos años surgieron nuevas mutuales como Sociedad Carmen y Socorros Mutuos, Hijos del Orden, La Protectora y La Unión Proletaria. Asimismo, se erigieron algunas sociedades que nucleaban trabajadores de un mismo oficio como los Artesanos Unidos o Sociedad Cosmopolita Cigarreros de la Hoja. Por otra parte, se levantaron clubes políticos que respondían a muy diferentes tradiciones políticas. Acompañando este proceso comenzaron a publicarse decenas de revistas que, con mayor o menor longevidad, dotaron de un enorme dinamismo y vitalidad a la sociabilidad afroporteña.

No obstante, las sociedades más numerosas eran de índole cultural y

recreativa. Si bien algunas estaban dedicadas a la llamada “alta cultura” como la Sociedad de Fomento de las Bellas Artes, predominaban aquellas vinculadas a uno de los momentos más importantes de la vida social afro: el carnaval. La relevancia de esta festividad da lugar a la creación de decenas de asociaciones musicales y *carnavalescas* que funcionan todo el año tales como Las Verduleras, Negras Esclavas, Negras Libres, Las Lavanderas, Raza Africana, entre otras.

Debemos considerar que el mantenimiento de estas organizaciones no era sencillo para una población obrera, significaba grandes sacrificios para quienes debían sostenerlas en un contexto de crisis. Pero los problemas económicos nunca inhibieron a los afroporteños de mantener viva su sociabilidad: cedían sus casas para hacer reuniones, las asociaciones compartían locales y, constantemente, se hacían colectas para su mantenimiento. La construcción colectiva y autónoma con respecto a los poderes hegemónicos y estatales era, sin duda, una prioridad para la comunidad afroporteña y obrera.

Finalmente, la forma en que la comunidad afroporteña se autorretrataba nos permite acercarnos a sus identidades. En primer lugar, encontramos sugerentes los nombres de algunas sociedades como *Las Lavanderas*, *Negras Esclavas* o *Raza Africana*, que representan no sólo su pertenencia étnica o el género femenino sino también una condición social como la esclavitud o un oficio, marcando una pertenencia a la clase trabajadora. Más revelador aún nos resulta el lenguaje de los periódicos, donde constantemente encontramos referencias a la clase obrera. Lo podemos apreciar en los títulos de los periódicos como *El Proletario* o, en el caso, de los semanarios *La Broma*, *El Unionista* y *El Trabajo*, en el subtítulo que adoptaron todos: “Órgano de las clases obreras”. Asimismo, en numerosas ocasiones se halagaba a algún miembro de la comunidad afro destacando su laboriosidad o su carácter de obrero “incansable”.⁴ Entonces, no nos sorprende que se definiera a la clase obrera como “la palanca principal del progreso”.⁵ En cambio, frente a ellos se levantaba una burguesía descrita como una “lepra” o con insultos censurados.⁶

Creemos haber establecido en este apartado cómo los afroporteños formaron parte de la naciente clase obrera, tanto por sus trabajos –mayoritariamente asalariados–, sus condiciones de vida –viviendas populares en barriadas obreras–, como también por sus preocupaciones y tradiciones. Asimismo, existían situaciones diversas propias de este período transicional en el cual las relaciones sociales capitalistas no habían terminado de cristalizarse (Mitidieri y Poy, 2019, p. 8). Sin

4. “Almanaque popular”, *La Broma*, 10 de octubre de 1878.

5. “La sociedad obrera”, *La Juventud*, 20 de febrero de 1876.

6. “El folleto de D. Zenón”, *La Broma*, 31 de enero de 1878.

embargo, considerando tanto el sentir subjetivo como las condiciones de existencia objetivas de la comunidad afro vemos que la identidad obrera distaba de ser accidental o esporádica.

No obstante, nos parece necesario introducir dos nuevos elementos en este artículo que abarcaremos en los próximos apartados. En primer lugar, examinaremos algunos de los principales conflictos librados por la comunidad y, en segundo lugar, analizaremos la cultura afroporteña como espacio de resistencia. Al indagar en las experiencias de explotación y opresión podremos ver la forma en que se moldea una identidad común en la comunidad y, al mismo tiempo, la conformación de antagonismos fundamentales que marcan los límites de la propia identidad.

Clase obrera y socialismo: las luchas de la comunidad afroporteña

La comunidad afroporteña fue partícipe de varios conflictos a través de los años que fueron fundamentales en la formación y transformación de las identidades que atravesaban a la comunidad. Hasta el momento, es escasa la historiografía que ha investigado en profundidad la relación existente entre el movimiento negro y el surgimiento de la clase obrera y el socialismo en Argentina como tema específico.

La Comuna de París, acontecida en 1871, presentó al socialismo y a su propagadora, la Primera Internacional, como la raíz desde donde se extendían todos los males que acaecían en Europa. En Argentina, intelectuales como Miguel Cané ya veían con preocupación la relación entre los negros y el comunismo, mientras que los periódicos trataban con virulencia al marxismo (Tarcus, 2007). A pesar del contexto adverso, los afroporteños mantenían diálogos abiertos con el socialismo y las luchas libradas por la comunidad profundizaron esta relación a la vez que cristalizaban su identificación con la clase obrera.

Una primera relación con el mundo socialista y la clase obrera la encontramos en los títulos de los periódicos, la idea del proletariado como fuerza de progreso enfrentada a una burguesía parasitaria que hemos mencionado anteriormente. Asimismo, en 1876, encontramos una referencia al socialismo en *La Juventud* en una nota moralizante referida a la familia y la educación de las mujeres, sosteniendo que “el hombre y la mujer, ambos son formados para el socialismo con aptitudes distintas y obligaciones especiales”.⁷ Así, se nos presenta una visión del socialismo que trascendía la esfera política para delinear una serie de valores familiares similares a los propuestos por el catolicismo. De esa forma, los periódicos afroporteños –editados por hombres– sostenían los imperativos morales sobre la mujer, su función maternal y hogareña.

7. “Un tema olvidado”, *La Juventud*, 4 de junio de 1876.

Este tipo de menciones al socialismo, junto a la permanente reivindicación de una identidad obrera, nos indican una afinidad por el socialismo y, particularmente, por el socialismo moderno (Andrews, 1989, p. 224). Esta afinidad entre los afroporteños, el socialismo y la clase obrera termina de cristalizarse a partir de una serie de luchas que se suceden entre 1878 y 1880: la huelga de los tipógrafos de 1878, la huelga de los cigarreros de 1879 y el boicot a los teatros racistas en 1880.

En 1878, poco antes de la huelga tipográfica, *La Juventud* publicó una nota en la cual define a la Primera Internacional como la sociedad que logró organizar a los trabajadores en Europa y, a través de poderosas medidas de fuerza, obligar a los países a prestarle atención a la clase obrera.⁸ A pesar de reconocer estos logros, el periódico condenaba los métodos violentos y las huelgas, sosteniendo que los métodos pacíficos y la educación eran las únicas armas del progreso. Sin embargo, la oposición de *La Juventud* a las huelgas fue fugaz ya que en septiembre de ese mismo año decidieron apoyar las medidas de fuerza de la Sociedad Unión Tipográfica, convocando a las reuniones y asambleas, reportando sobre la situación y denunciando a las patronales por ser “ladrones de su sudor”.⁹ Poco antes de este evento, ya *La Juventud* había mostrado entusiasmo por la fundación de un Centro Socialista como una “institución de obreros [que] obrara en el modo de traer la emancipación a sus asociados”.¹⁰

La huelga de tipógrafos también despertó el interés de *La Broma*. La noticia de la protesta ocupó la primera plana del semanario y se publicó una extensa nota en apoyo a los operarios. En ésta, se denunciaban las miserables condiciones de trabajo, los bajos salarios y la tiranía de los patronos, a la vez que se repudiaban las estrategias patronales para quebrar el paro, como la presencia de esquiroleros.¹¹ El autor anónimo –probablemente por temor a represalias patronales– de esta nota llamaba a los obreros a organizarse en la gremial para sostener la huelga hasta la victoria. La nota finalizaba exclamando: “Siendo *La Broma* órgano de las clases proletarias, les envía palabras de aliento, y desea que las ideas socialistas cundan no solo entre los tipógrafos sino entre todas las clases obreras”.¹²

De este masivo apoyo de los dos principales periódicos de la comunidad –*La Juventud* y *La Broma*– podemos extraer varios puntos de

8. “La educación de la clase obrera”, *La Juventud*, 20 de enero de 1878.

9. “Sociedad Unión Tipográfica”, *La Juventud*, 30 de agosto de 1878.

10. “Asociarse para triunfar”, *La Juventud*, 20 de octubre de 1878.

11. “El toque de alarma: la huelga tipográfica”, *La Broma*, 5 de septiembre de 1878.

12. *Ibidem*.

interés. En primer lugar, si bien había algunos afroporteños que se desempeñaban como tipógrafos, los huelguistas eran en general foráneos a la comunidad negra. Por lo tanto, el fuerte respaldo excedía los límites étnicos y se insertaba en una red de solidaridad clasista más amplia. Asimismo, también nos resulta de gran interés el alto nivel de pertenencia política al socialismo presentado por estas dos revistas. Las referencias a los logros de la Internacional, la promoción del Centro Socialista y, principalmente, las palabras citadas de *La Broma* sugieren fuertemente una afinidad –usualmente ignorada– entre la comunidad afroporteña con las ideas y prácticas de los socialistas modernos.

Al año siguiente estalló un nuevo conflicto: la huelga de cigarreros. A diferencia del caso de los tipógrafos, la comunidad afroporteña –hombres y mujeres por igual– era empleada masivamente en los talleres de la ciudad. La medida de fuerza fue encabezada por la sociedad gremial Unión Cigarreros y, según lo informado por *La Broma*, la cantidad de huelguistas ascendía a 250 y habían logrado paralizar tres o cuatro fábricas.¹³ Los principales reclamos gravitaban en torno a mejores condiciones de trabajo, protección ante despidos y, principalmente, protección a los delegados de los talleres.

La respuesta patronal no se hizo esperar y comenzaron a reunir esquiroles para suplantar a los operarios.¹⁴ Si bien la huelga finalizó con los trabajadores renunciando al pliego de reivindicaciones, Unión Cigarreros se dispuso a continuar la lucha por otros medios. La gremial organizó un taller propio para boicotear a las patronales cigarreras,¹⁵ que fue recibido con palabras de apoyo por *La Broma*: “Hemos tenido ocasión de probar [sic] los ricos cigarrillos de «Unión Cigarreros» –son inmejorables tanto en papel como en tabaco [...] se espenden [sic] en todos los cafés, confiterías, bares, etcétera”.¹⁶ Nuevamente, sale a relucir la solidaridad entre la comunidad afro y los trabajadores huelguistas, reafirmando su pertenencia a la clase.

Finalmente, el último conflicto que queremos resaltar es aquel librado en 1880 contra las políticas racistas de los teatros. En enero de ese año, algunos teatros porteños comenzaron a prohibir la entrada a la “gente de color”. Frente a esta situación, los afroporteños se nutrieron de las herramientas de la clase trabajadora y de las experiencias mencionadas para hacerles frente a los empresarios del teatro. Una de las primeras

13. “Noticias varias”, *La Broma*, 10 de agosto de 1879.

14. “Avisos”, *La Pampa*, 12 de agosto de 1879; “Avisos”, *La Prensa*, 13 de agosto de 1879; “Avisos”, *La Prensa*, 14 de agosto 1879.

15. “Taller de cigarrillos”, *El Nacional*, 12 de agosto de 1879; “Noticias”, *El Porteño*, 13 de agosto de 1879.

16. “Noticias varias”, *La Broma*, 11 de octubre de 1879.

medidas fue realizar una convocatoria hacia los teatros e ingresar por la fuerza en señal de protesta: “Si esta prohibición permaneciese, lo que la gente de color tiene que hacer es muy sencillo: –Compre su entrada y entre por la fuerza”,¹⁷ seguida por un boicot a los mismos. Por otra parte, se dispusieron a organizar una movilización para el 26 de enero que fue prohibida por la policía. En paralelo, *La Broma* junto a la mutual La Protectora organizaron una tertulia y una colecta de firmas para conseguir el apoyo de Héctor Florencio Varela.¹⁸ Para hacerle llegar esas firmas organizaron una movilización, eludiendo las prohibiciones policiales, que logró demostrar su fuerza y, al mismo tiempo, consiguió el apoyo del intelectual. Finalmente, la presión ejercida por los afroporteños rindió sus frutos y, para evitar la escalada del conflicto, la policía y la Municipalidad levantaron la prohibición. La lección para los afroporteños se manifestó prontamente en el nuevo subtítulo de *La Broma* que, al finalizar el conflicto, paso a llamarse *órgano de las clases obreras* volviéndose heredera de la tradición iniciada con *El Proletario* y vinculando la identidad y la lucha étnica con la de clase.

En síntesis, estos conflictos dan cuenta que los periódicos afroporteños se solidarizaban con los reclamos de los trabajadores, tomaban parte en sus medidas de fuerza y, también, se nutrían de estas experiencias para conformar sus propias luchas mostrando que, si bien podemos distinguir analíticamente sus identidades –obreros por su clase y afrodescendientes por su etnia—, para ellos eran indisociables.

La cultura del carnaval: entre la resistencia y la apropiación

Para finalizar el trabajo, nos interesa abordar cómo se manifestó la identidad obrera dentro de las tradiciones culturales propias de los afroporteños. El campo cultural fue el escenario más permeable a los valores liberales que emanaban desde la clase dominante, dando por resultado conflictos en la propia comunidad. Si los semanarios eran el engranaje que aceitaba la maquinaria de sociabilidad afro, las sociedades culturales y recreativas eran el cuerpo más numeroso del entramado social, particularmente, aquellas vinculadas al carnaval.

La relevancia de esta festividad dio lugar a la creación de más de 20 asociaciones musicales, teatrales y carnavalescas que funcionaban todo el año. Estos grupos musicales y dramáticos ensayaban, semana tras semana, preparando sus espectáculos, realizando funciones en tertulias o salones de baile esperando febrero para salir libres y entonces la ciudad de Buenos Aires se transformaba. Desde las barriadas

17. “La gente de color”, *La Broma: periódico social*, 17 de enero de 1880.

18. “Última hora”, *La Broma: periódico social*, 24 de enero de 1880.

obreras de San Telmo hasta el lejano partido de Flores, las comparsas negras –generalmente entre 50 y 100 personas– ocupaban el centro de la escena. Los disfraces, la parodia y el humor subvertían los símbolos de poder convirtiendo lo temido en motivo de risa (Bajtin, 1987, p. 74). Las calles eran inundadas por la música de las comparsas: tambores, platillos y guitarras¹⁹ eran acompañados por los cantos de los candomberos disfrazados de políticos, curas y militares, atuendos escandalosos a los ojos de la sociedad (López, 2003, p. 106). Los niños se encargaban de asaltar a toda persona (seca) con sus bombas de agua. Los faroles y las casas tampoco escapaban a la intervención y, en carnaval, amanecían adornadas. En pocas palabras, todo el barrio se convertía en un gran escenario en el cual todas las personas eran actores por el mero acto de asistir al carnaval (Bajtin, 1987, p. 7).

El carácter subversivo de la festividad despertó en los diferentes gobiernos la necesidad de disciplinar a la población. Desde 1869 los juegos con agua fueron terminantemente prohibidos por el gobierno (Guimarey, 2008, p. 11) aunque los numerosos relatos de los semanarios indican el poco éxito de la medida.²⁰ Intelectuales liberales como Wilde repudiaron el “libertinaje” del carnaval que desafiaba no solo a la autoridad, sino también sus valores (Wilde, 1960, p. 126). Sin embargo, sus quejas no lograron censurar ni la música, ni las borracheras de la fiesta. Otros grupos aristocráticos optaron por una estrategia diferente: la apropiación de la cultura afro y su integración a las nuevas normas de sociabilidad. Un claro ejemplo de este proceso es la creación de la comparsa *Los Negros* en 1869 integrada por miembros de familias aristocráticas como Miguel Cané, Augusto Bullrich, entre otros.²¹ No obstante, ninguna fue tan insultante como las comparsas de blancos que se burlaban de los negros y sus bailes (Kordon, 1938, p. 59-60). Estas provocaron la reacción de algunos afroporteños que se sintieron humillados y decidieron retirarse del carnaval dejándolo en manos de la población blanca y “moral” (Bilbao, 1962, p. 163).

Por otra parte, dentro de la comunidad hubo una capa de intelectuales que comenzó a cuestionar fuertemente las viejas tradiciones africanas, incluyendo el uso de tambores en el carnaval, acusándolas de “semi bárbaras” propiciando, en su lugar, una nueva serie de valores morales más adecuados a la sociabilidad burguesa.²² Sin embargo, estos

19. “Varillazos”, *La Broma*, 10 de febrero de 1879.

20. “Varillazos”, *La Broma*, 11 de marzo de 1878.

21. “Nómina de socios”, *Los Negros: periódico de la sociedad del mismo nombre*, 29 de agosto de 1869.

22. “¡Que inocente señor!”, *La Perla*, 5 de enero de 1879.

comentarios negativos sobre la propia historia afro fueron mal recibidos por la comunidad.²³

Los intentos de prohibición y apropiación tuvieron un éxito muy relativo. El carnaval siguió siendo un momento de transgresión a las normas y subversión del orden establecido. Era, después de todo, el momento donde las características que en la vida cotidiana sometían al trabajador negro a la discriminación étnica y la explotación económica se volvían una razón para estar orgullosos. La identidad obrera salía a relucir cuando las murgas negras cantaban orgullosamente sobre su pobreza y se deleitaban de ser el centro de la escena: “El nombre humilde, No a todos pega, Porque es preciso, Saberlo llevar, Y en estos días, De alegre fiesta, Cuantos ¡¡humildes!! Ser querrán”.²⁴

La fiesta era un espacio de construcción de identidad de especial importancia para los afroporteños que veían en ella una posibilidad de mantener vivas sus tradiciones y, por unos días, ocupaban un lugar central que les era vedado en la sociedad. Toda la población afro participaba del carnaval y éste se volvía una herramienta de denuncia y de motivación para hacerle frente a las desdichas cotidianas (Bajtin, 1987, p. 11). De esta manera, las tradiciones afro se configuraban como una cultura de resistencia ante los embates de la cultura hegemónica. Asimismo, las nuevas relaciones sociales capitalistas que comenzaban a cristalizarse hicieron que en el carnaval comenzase a emerger una identidad de clase vinculada a la tradición afro.

Reflexiones finales

Comenzamos este trabajo embarcándonos en la laguna historiográfica que signa al siglo XIX argentino. Hasta mitades del siglo encontrábamos una heterogénea masa de trabajadores que parecía disolverse en el aire después de la caída de Rosas solo para resurgir treinta años después como una clase obrera más o menos homogénea formada principalmente por inmigrantes. ¿Qué ocurrió en esos años intermedios? Apuntamos aquí a aportar nuevos elementos de análisis y matizar algunas afirmaciones a partir del estudio de los afroporteños.

Esta comunidad, lejos de desaparecer, formó una extensa red de organizaciones y periódicos que se prolongó a lo largo de estas tres décadas. La búsqueda constante de una organización autónoma –alejada tanto de los intereses patronales como también del Estado– fue la característica principal que marcó el accionar afro. A través de sus organizaciones establecieron debates, interactuaron con diferentes

23. “Tradiciones semibárbaras”, *La Perla*, 15 de enero de 1879.

24. “Canciones carnavalescas”, *La Broma: periódico social*, 6 de marzo de 1881.

tradiciones e ideologías políticas y tomaron un rol activo en luchas políticas, étnicas y de clase. Dentro del mundo del movimiento obrero y las izquierdas, esta comunidad ocupó un papel pionero que, hasta el momento, ha sido dimensionado solo parcialmente. Desde la década de 1850, los afroporteños levantaron su identidad proletaria junto a sus reivindicaciones étnicas, entendiendo que ambas se vinculaban. Así, se estableció una identidad proletaria-negra opuesta al burgués-blanco. El contacto con otros grupos de obreros blancos en los conventillos y en los trabajos introdujo nuevas perspectivas en la comunidad. La opresión y explotación a los trabajadores comenzó a formar parte de los debates que figuraban en las publicaciones junto a las temáticas referidas a la opresión racial. El resultado se vio plasmado en la participación activa de los afroporteños en diferentes medidas de fuerza y, también, en una creciente oposición contra la burguesía. En sintonía con esta radicalización, en la década de 1870 los principales periódicos de la comunidad adoptaron un lenguaje y una impronta proveniente del socialismo moderno. El liberalismo y el republicanismo, al no dar respuestas a las problemáticas de los trabajadores negros, fueron perdiendo lugar frente al socialismo. Las menciones al socialismo, a la Internacional y a las herramientas de la clase obrera muestran este proceso que ocurría al interior de la comunidad. Aunque el socialismo afroportero nunca rompió todos sus lazos con el liberalismo, el republicanismo y la religión, sí demostró un enorme dinamismo en épocas donde la palabra “socialista” era repudiada en todo el mundo. A partir de lo visto en este trabajo, creemos que existen elementos para hablar de una cultura obrera, entendiéndola como un conjunto de prácticas, actitudes, creencias y costumbres políticas y culturales asociadas a una identidad obrera (Camarero, 2007, p. 219). Esta cultura se vinculaba directamente con una propia de la comunidad afroargentina y, como vimos, ambas se alimentan para dar lugar al surgimiento de una identidad afro-obrera propia.

Teniendo en cuenta estos elementos creemos que el rol de los afroporteños dentro de la historia de la clase obrera y las izquierdas en la Argentina debe explorarse en mayor profundidad. La historiografía de la clase obrera y las izquierdas, centrada en las últimas dos décadas del siglo XIX, se ha enfocado en los sectores más organizados del movimiento obrero y las izquierdas. Este recorte ha dejado a tradiciones, como la afroportera, poco exploradas. Por su parte, la historiografía sobre la comunidad afroargentina, estableciendo un recorte más amplio, incorporó varios conceptos y temáticas fundamentales al estudiar a este actor. Sin embargo, en estos estudios, el vínculo entre los afroporteños con la formación de la clase trabajadora y el socialismo no es explorado de forma sistemática.

De esta manera, la distancia que separa a estas corrientes –en términos conceptuales y temporales– ha derivado en que exista en la Argentina una laguna historiográfica, un área de vacancia. De cada lado de la laguna historiográfica se extiende una gran cantidad de aciertos y también de problemas. Aquí solamente apuntamos a sacar a la luz una experiencia que nos permita repensar las categorías y las formas de analizar al proletariado local para poder desenterrar los orígenes perdidos de la clase obrera en Argentina.

Referencias

- Abad de Santillán, D. (1930). *El movimiento anarquista en la Argentina. Desde sus comienzos hasta el año 1910*. Argonauta.
- Adamovsky, E. (2012). *Historia de las clases populares*. Sudamericana.
- Andrews, G.R. (1989). *Los afroargentinos de Buenos Aires*. De la Flor.
- Andrews, G.R. (2007). *Afro-Latinoamérica, 1880-2000*. Iberoamericana.
- Andrews, G.R. (2010). *Negritud en la nación blanca: una historia de Afro Uruguay. 1830-2010*. Linardi y Risso.
- Andrews, G.R. (2016). *Afro-Latin America: Black Lives, 1600–2000*. Harvard University Press.
- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Alianza Universidad.
- Bilbao, S.A. (1962). Las comparsas del carnaval porteño. *Cuaderno del Instituto Nacional de Investigaciones Folclóricas*, 3, 155-187.
- Bourdé, G. (1977). *Buenos Aires: Urbanización e inmigración*. Huemul
- Camarero, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Siglo XXI.
- Cirio, N.P. (2006). La presencia del negro en grabación de tango y géneros afines. En L. Maronese (comp.). *Buenos Aires negra: identidad y cultura*. (pp. 25-59). CPPHC.
- Cirio, N.P. (2009). *Tinta negra en el gris de ayer*. Teseo.
- Corbière, E. (2003). *El genocidio negro en la Argentina*. En <http://www.centroafrobogota.com/attachments/article/6/El%20genocidio%20negro%20en%20la%20Argentina,%20Emilio%20Corblere.%20pdf.pdf>. Consultado el 20 de febrero de 2020.
- Di Meglio, G. (2001). Un nuevo actor para un nuevo escenario. La participación política de la plebe urbana de Buenos Aires en la década de la Revolución (1810-1820). *Boletín del Instituto Ravignani*, 24, 7-41.
- Falcón, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. CEAL.
- Fradkin, R.O. (2008). *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Prometeo Libros.
- Frigerio, A. (2006). “Negros” y “blancos” en Buenos Aires: repensando nues-

- tras categorías raciales. En L. Maronese (comp.). *Buenos Aires negra: identidad y cultura* (pp. 77-98). CPPHC.
- Frigerio, A. (2008). De la “desaparición” de los negros a la “reaparición” de los afrodescendientes: comprendiendo la política de las identidades negras, las clasificaciones raciales y de su estudio en la Argentina. En G. Lecchini (comp.). *Los estudios afroamericanos y africanos en América Latina. Herencia, presencia y visiones del otro* (pp. 117-144). Clacso. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Argentina/cea-unc/20121213112425/08frig.pdf>.
- Geler, L. (2007). “Nuestro secso está de pie”: voces afrofemeninas en la Buenos Aires de 1876-1878. *Claroscuro*, 6, 109-137.
- Geler, L. (2008). Guardianes del progreso. *Anuario de Estudios Americanos*, 65 (1), 199-226.
- Geler, L. (2010). *Andares negros, caminos blancos: Afroporteños, Estado y Nación Argentina a fines del siglo XIX*. Prohistoria Ediciones.
- Geler, L. (2012). “Hijos de la patria”: Tensiones y pasiones de la inclusión en la nación argentina entre los afroporteños a fines del siglo XIX. *Memoria Americana*, 20 (2), 273-294.
- Godio, J. (1987), *El movimiento obrero argentino (1870-1910)*. Legasa.
- Guimarey, M. (2008), El Carnaval Porteño como hecho teatral urbano: estudio de las materialidades expresivas del Primer Corso Oficial de 1869. *Telón de Fondo*, 8, 1-31. <http://telondefondo.org/numeros-anteriores/numero8/articulo/156/el-carnaval-portenio-como-hecho-teatral-urbano-estudio-de-las-materialidades-expresivas-del-primer-corso-oficial-de-1869.html>.
- Guzmán, F. (2006). Africanos en la Argentina: una reflexión desprevenida. *Andes*, 17. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12701705>
- Hoggart, R. (1957). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Grijalbo.
- Kordon, B. (1938). *Candombe: contribución al estudio de la raza negra en el Río de la Plata*. Continente.
- Lettieri, A. (2005). La prensa republicana de Caseros a Pavón. *Secuencia*, 61, 99-142. <http://dx.doi.org/10.18234/secuencia.v0i61.897>.
- López, L. (2006). Candombe y procesos de identidad de descendientes de africanos en Buenos Aires. En L. Maronese (comp.). *Buenos Aires negra: identidad y cultura* (pp. 175-184). CPPHC.
- López, L.V. (1882). *La gran aldea*. Biblioteca Virtual Universal. <https://www.biblioteca.org.ar/libros/70222.pdf>.
- Maffia, M. (2016). Migración y asociativismo de caboverdeanos en Argentina. *Cadernos Ceru*, 26 (1), 17-67.
- Mafud, J. (1976). *La vida obrera en la Argentina*. Proyección.
- Marotta, S. (1960). *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*. Lacio.
- Mitidieri, G. y Poy, L. (2019). Presentación del dossier “Trabajadores y trabajadoras en el siglo XIX. Relaciones laborales, experiencias intelectuales, trayectorias de lucha y organización”. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 14, 7-10.

- Oddone, J. (1949). *Gremialismo proletario argentino*. Libera.
- Poy, L. (2014). *Los orígenes de la clase obrera argentina*. Imago Mundi.
- Romero, L.A. y Gutiérrez, L. (1990). Los sectores populares urbanos como sujetos históricos. *Proposiciones*, 19, 268-278.
- Solomianski, A. (2003). *Identidades secretas: la negritud argentina*. Estudios Culturales.
- Solomianski, A. (2012). "El negro Falucho" y la subalternización sistemática de los afroargentinos. En M.J. Becerra, D. Buffa, H. Noufourri, y M. Ayala (eds.). *Las poblaciones afrodescendientes de América Latina y el Caribe. Pasado, presente y perspectivas desde el siglo XXI* (pp. 229-247). Universidad Nacional de Córdoba.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1880-1910*. Manantial.
- Tarcus, H. (2007). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Siglo XXI.
- Tarcus, H. (2016). *El socialismo romántico en el Río de la Plata*. FCE.
- Wilde, J. (1960). *Buenos Aires desde 70 años atrás*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Yao, J. (2015). La prensa afroporteña y el pensamiento afroargentino a finales del siglo XIX. *Historia y Comunicación Social*, 20 (1), 137-157.

Colección Archivos

1 Lucas Poy

Los orígenes de la
clase obrera argentina
Huelgas, sociedades de resistencia y
militancia política en Buenos Aires,
1888-1896

2 Paula Varela

La disputa por la
dignidad obrera
Sindicalismo de base fabril en la zona
norte del Conurbano bonaerense,
2003-2014

3 Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura
militar
Militancia, estrategia política y
represión estatal

4 Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica
La militancia obrera industrial en el
lugar de trabajo, 1916-1943

5 Laura Caruso

Embarcados
Los trabajadores marítimos y la vida
a bordo: sindicato, empresas y
Estado en el puerto de Buenos Aires,
1889-1921

6 Carlos M. Herrera

¿Adiós al proletariado?
El Partido Socialista bajo el
peronismo (1945-1955)

7 Martín Mangiantini

Itinerarios militantes
Del Partido Revolucionario de los
Trabajadores al Partido Socialista de
los Trabajadores (1965-1976)

8 Agustín Nieto

Entre anarquistas y peronistas
Historias obreras a ras del suelo

9 Alejandro Belkin

Sindicalismo revolucionario y
movimiento obrero
en la Argentina
De la gestación en el Partido
Socialista a la conquista de la FORA
(1900-1915)

10 Hernán M. Díaz (coord.)

Espionaje y revolución en el
Río de la Plata
Los archivos secretos de una red
diplomática de persecución al
maximalismo (1918-1919)

11 Marcel van der Linden

Trabajadores y trabajadoras
del mundo
Ensayos para una historia global del
trabajo

Luis Emilio Recabarren y el socialismo argentino entre 1901 y 1908

Melvin Gallardo Márquez

Instituto de Altos Estudios Sociales - Universidad de San Martín
(Provincia de Buenos Aires, Argentina) • mmgm1971@gmail.com

Título: Luis Emilio Recabarren and Argentine socialism between 1901 and 1908

Resumen: El artículo tiene por objetivo reconstruir las actividades políticas y gremiales desarrolladas por el dirigente chileno Luis E. Recabarren en el Partido Socialista y en el movimiento obrero argentino, durante su residencia en Buenos Aires, entre 1906 y 1908. Recabarren gozó de un seguimiento de *La Vanguardia* por su importante trayectoria en el movimiento obrero chileno entre 1904 y 1906. Al autoexiliarse en la Argentina, sus objetivos eran estudiar en profundidad la doctrina socialista, conocer la estructura y organización del PS, su actividad política y su inserción en el movimiento obrero y, a través de esta experiencia, vincular al movimiento obrero chileno con el movimiento socialista internacional.

Palabras Clave: socialismo – movimiento obrero – internacionalismo proletario – periodismo obrero.

Summary: The article aims to rebuild the political and trade union activities developed by the Chilean leader, Luis E. Recabarren in the Socialist Party and in the Argentine labor movement during his residence in Buenos Aires between 1906 and 1908. Recabarren was *La Vanguardia* track for his important trajectory in the Chilean labor movement between 1904 and 1906. To the environment in the Argentina, its objectives were to study in depth the doctrine of Socialist, learn about the structure and organization of the PS, his political activity and its insertion in the labor movement, and through this experience, link the Chilean labor movement with the international socialist movement.

Keywords: socialism – labor movement – proletarian internationalism – worker journalism.

Recepción: 6 de marzo de 2019. **Aceptación:** 3 de febrero de 2020

Luis E. Recabarren es considerado por la historiografía chilena como el fundador del movimiento obrero chileno a comienzos del siglo XX. A lo largo de su vida militante fue un sobresaliente dirigente político y sindical, prolífico periodista obrero, así como un excelente propagandista. Su gran determinación, perseverancia y capacidad política fueron fundamentales para fundar el Partido Obrero Socialista en 1912. Su primera experiencia en el socialismo argentino y su viaje a Europa, en 1908, influyeron notablemente en su pensamiento ideológico, así como también en sus prácticas políticas a su regreso a Chile.

Este artículo se propone reconstruir la actividad política, sindical e intelectual desarrollada por el dirigente chileno durante su primera residencia en Buenos Aires, entre diciembre de 1906 y marzo de 1908. Asimismo busca determinar los objetivos que se trazó al incorporarse al Partido Socialista argentino (en adelante, PSA) y la influencia que este partido político ejerció en él durante gran parte de su vida militante. En primer lugar, reconstruiremos su trayectoria política y sindical en Chile, que lo transformó en una figura atrayente para el socialismo argentino. Posteriormente, analizaremos su desempeño en la Argentina en diferentes ámbitos, lo que evidencia a Recabarren como un activista multifacético y un agente versátil del internacionalismo proletario.

En relación a su primera experiencia en el PSA, algunos estudios históricos chilenos la han reconstruido, en forma general, a través de los artículos que envió a las publicaciones demócratas desde Argentina, la revisión parcial de *La Vanguardia (LV)* de Buenos Aires, investigaciones argentinas de carácter general e historias oficiales, como la de Oddone (1983 [1934]). A continuación, revisaremos algunas de estas investigaciones históricas que analizan en forma general la primera militancia de Recabarren en el PSA. Por ejemplo, Sergio Grez señala que continuó la evolución hacia el socialismo, iniciada por Recabarren en los primeros años del siglo XX, decantándose definitivamente durante el período en que este permaneció fuera de Chile (Grez Toso, 2011, p. 26). Postura que coincide con la de Julio Pinto, que plantea que la decantación del ideario socialista en Recabarren, iniciada en Chile, tuvo su momento fundamental en sus viajes y permanencias en el exterior. El análisis de las iniciativas políticas y proyectos realizados por el dirigente chileno en el período inmediatamente posterior a su regreso a Chile así lo corroboran (Pinto, 2013, pp. 57-95). En tanto Miguel Silva señala que la experiencia de Recabarren en Argentina le sirvió de puente. Desde Buenos Aires viajó al viejo continente y conoció a los principales líderes del socialismo europeo. Recabarren –en opinión de Silva– avanzó de demócrata a socialista, ya que entendió finalmente que el socialismo significaba la socialización de los medios de producción (Silva, 1992, pp. 55-62). De forma similar, el historiador Jaime Massardo señala que

a partir de esta primera experiencia argentina, podemos identificar el punto de partida de un “Recabarren socialista”. La importancia del PSA estaría dada por su mediación al poner en contacto a Recabarren con los circuitos de la Internacional Socialista. Pero los historiadores chilenos no ahondaron, por motivos de recorte temporal o elección temática, un análisis más acabado sobre la influencia que ejerció el Partido Socialista argentino en Recabarren.

En el caso de Massardo, este destaca especialmente la influencia ejercida en Recabarren por el socialismo español a través de la figura de Pablo Iglesias (lo que se expresa en los programas políticos elaborados posteriormente por el dirigente chileno) y, a través de este, de la corriente del socialismo francés representada por Jules Guesde. De igual forma establece el influjo del socialismo belga a través de las cooperativas, la lucha política en el Congreso, el gremio, la municipalidad y la calle (Massardo, 2008, pp. 214-233). Sin desconocer las influencias significativas que tuvieron estas corrientes de pensamiento socialista en la formación ideológica de Recabarren, diferimos de lo planteado por Massardo en relación a que desperfila el ascendiente que tuvo el socialismo argentino en el dirigente chileno durante casi toda su vida. La experiencia de Recabarren en el PSA fue práctica, concreta e intensa: duró casi dos años. A nuestro entender este fue un momento de quiebre de Recabarren con el liberalismo popular en que se había formado como militante y dirigente.

Planteamos como hipótesis general en el presente artículo que su primer paso por el PSA lo impactó significativamente en su pensamiento ideológico y en sus prácticas políticas, reforzando componentes ideológicos ya presentes en él: internacionalismo, antimilitarismo, lucha política, etc., y le permitió comprender que el socialismo implicaba la propiedad colectiva de la tierra y de los medios de producción. Hasta entonces Recabarren conceptualizaba el socialismo solo como el mejoramiento de las condiciones de vida de los proletarios y la disminución de las desigualdades sociales y económicas (asimilándolo al programa demócrata). Los contactos e intercambios posteriores de Recabarren con el socialismo argentino y su segunda militancia en el PSA entre 1916-1917, corroboran a nuestro entender una influencia persistente. Consideramos, en ese sentido, que este artículo es un aporte a la comprensión histórica de una figura tan relevante y compleja para la historia social y política chilena como lo es Luis E. Recabarren y entrega una nueva mirada sobre su primera militancia en el PSA. Además, contribuye a iluminar los contactos entre los socialismos argentino y chileno a comienzos del siglo XX.

Trayectoria en Chile

En 1894, el joven Luis Recabarren ingresó al Partido Democrático (PD), organización política que representaba los intereses del artesano y los sectores medios, y concitaba la adhesión de amplias franjas de trabajadores. El PD había sido fundado en 1887, producto de la convergencia de dirigentes populares y jóvenes radicales de izquierda, y representó, en la práctica, el ala más radical del liberalismo chileno (Grez, 2016, p. 31). Mientras Recabarren desarrollaba sus primeras experiencias políticas en la capital chilena, cuadros políticos desprendidos del PD, disconformes con la política electoral demócrata, fundaron organizaciones socialistas entre 1896 y 1900, que no prosperaron en el tiempo. Estos partidos socialistas mantuvieron contacto con el PSA, a través de su órgano de prensa, *LV*, y de algunas de sus principales figuras (Gallardo, 2018, p. 38). Aunque Recabarren no fue protagonista de estos intercambios, se formó como militante político en el contexto de ellos. Como consecuencia, se nutrió de la imagen que los activistas chilenos habían construido sobre los argentinos: estos eran *apóstoles* que difundían el socialismo en Sudamérica. Los contactos más fluidos de la Argentina con Europa, y la inmigración masiva de trabajadores europeos parecían dar sustento real a esta idea. Por ello, el socialismo argentino pudo construirse como un partido político, con figuras intelectuales prominentes en sus filas, inserción en el movimiento obrero y creciente presencia en el sistema político argentino. El PSA era un modelo político a seguir y una autoridad política en materia ideológica.

En 1898, Recabarren comenzó su labor como periodista obrero, y en octubre de 1900 llegó a ser director del periódico *La Democracia* (Santiago). En julio de 1901, en el contexto de las elecciones presidenciales, el PD se dividió en dos organizaciones autónomas: la reglamentaria (moderada) y la doctrinaria, que nucleaba a los sectores más preocupados por las luchas sociales (Grez, 2016, p. 127). A comienzos de ese año (1901), Recabarren estableció contacto con el periódico *LV* y uno de sus redactores respondió entusiastamente a los llamados de solidaridad internacionalista realizados desde Chile.¹ Estas comunicaciones se daban, todavía, en un contexto de crisis diplomática entre ambas repúblicas por problemas limítrofes. Este contexto jugó un papel trascendental en el interés de argentinos y chilenos por establecer lazos de comunicación y cooperación. En su segunda carta a *LV* (1901), Recabarren hizo una crítica al PD, por su “olvido” de la emancipación social y económica del pueblo, ya que se había centrado preferentemente en la emancipación

1. *LV*, 23 de febrero de 1901; Guido Anatolio Cartei, “República Argentina”, *La Democracia*, Santiago, 17 de marzo de 1901.

política (política parlamentaria). En cambio, según Recabarren, los argentinos privilegiaban la organización gremial y las huelgas, señalando:

Nosotros, a medida que nos vamos imponiendo de la labor del Partido Socialista Argentino, procuraremos seguir su ejemplo y organizar, por iniciativa del partido, a los obreros en sociedades de resistencia, para procurar su mejoramiento económico por medio de las huelgas que dan por resultado, cuando hay unión, el aumento de los jornales.²

En el pensamiento político de Recabarren, las dos formas de lucha, electoral y gremial, debían ser paralelas; aunque el periodista obrero chileno desconocía que en el interior del PSA se desarrollaría, también, una tensión permanente entre la acción política y la lucha económica (Poy, 2016, p. 19; 2015, p. 32). En sus correspondencias, Recabarren interpelaba de igual a igual a los argentinos, a diferencia del periodo anterior, donde los chilenos habían adoptado una actitud de subordinación. Hasta ese momento, las relaciones habían sido asimétricas. Los nuevos contactos con el PSA marcan una modificación de sentidos en los intercambios, como lo evidencia la siguiente invitación de Recabarren:

Que socialistas argentinos y demócratas chilenos formemos una sola entidad social y política para protegernos de las contingencias que en el futuro puedan crear los burgueses para atentar contra nuestra existencia, o contra nuestro bienestar, son los deseos nuestros y por eso que con ésta iniciaremos esa grande obra, para proceder unidos y de acuerdo en todos los actos públicos de política internacional.³

A partir de estos primeros contactos, el periodista obrero fue construyéndose como un interlocutor válido para los argentinos. Recabarren, quien aún no era una figura nacional ni un referente del movimiento obrero, supo ocupar un espacio de interés para el PSA, dejado por los primeros socialistas chilenos de fines del siglo XIX. La expectativa de los argentinos era apoyar a una figura emergente como Recabarren con el objetivo de lograr el ansiado anhelo de consolidar un partido socialista en Chile. Luego sobrevino una interrupción en los intercambios, que duró tres años. Para Recabarren fueron años de intenso trabajo político y gremial. En el norte chileno fundó, en 1903, el periódico *El Trabajo* (Tocopilla), y formó parte de la dirección de la Mancomunal de

2. LV, 13 de abril de 1901.

3. LV, 23 de febrero de 1901.

dicha ciudad, una combinación de sociedad de socorros mutuos y de resistencia, siendo este último elemento el prevaleciente. A comienzos de 1904, Recabarren fue arrestado bajo la acusación de sedición, principalmente por sus artículos de prensa (Massardo, 2008, p. 165) En aquellos momentos fue cuando retomó contacto con *LV*.⁴ En octubre, el dirigente proletario salió de la cárcel; la reclusión lo hizo famoso. Fue así como, hacia 1905, ya se había transformado en un referente de la clase obrera chilena.

En 1906, con treinta años de edad, fue postulado por el PD como candidato a diputado por Antofagasta. En las elecciones obtuvo el triunfo, pero su cargo le fue arrebatado por una impugnación en su contra por fraude electoral. Las elecciones se volvieron a repetir en Antofagasta: ambos candidatos, Recabarren y su contrincante radical, se atribuyeron la victoria. Llevado el tema a discusión a la cámara baja, esta decidió excluir definitivamente a Recabarren. Influyeron notablemente en este desenlace las disputas internas en el PD, debido a la política de alianzas con los “partidos burgueses”, adoptada por la conducción partidaria (Pinto, 2013, p. 53). Por aquellos años la trayectoria política y sindical de Recabarren en el norte chileno fue seguida con creciente interés por *LV*,⁵ así esta informó a sus lectores sobre las dos elecciones y su desafuero, y anunció la condena a prisión en su contra por el delito de “atentado contra la autoridad”.⁶ Esta nueva condena en su contra convenció a Recabarren que debía autoexiliarse en la Argentina para evitar así la dura vida en prisión.

En Buenos Aires

A mediados de diciembre de 1906, *LV* anunció la llegada a la capital porteña del “ciudadano” Luis E. Recabarren, quien ya era conocido por sus lectores, pues el periódico socialista había publicado algunas páginas de su actuación en el movimiento obrero chileno. Afirmaba, además, que Recabarren “pertenece a la fracción más avanzada del partido de-

4. *LV*, 9 de abril de 1904.

5. *LV*, 9-10 de marzo de 1906.

6. Véase *LV*, “Las elecciones de Antofagasta”, 7 de marzo de 1906; “Dos diputados obreros en Chile”, 13 de abril de 1906; “La elección de Recabarren”, 19 de julio de 1906; “Diputado obrero reelecto”, 29 de agosto de 1906; “Una condena bárbara”, 24 de octubre de 1906. Véase además *LV*, 9-10 de marzo de 1906. El periódico socialista de Buenos Aires también dio cuenta de la huelga de Antofagasta, de conducción anarquista y de la represión ocurrida en plaza Colon contra los trabajadores en huelga por parte de guardias blancas. Recabarren había sido orador en este mitin. Véase *LV*, “Las huelgas de Antofagasta”, 8 de febrero de 1906; “Las matanzas de Antofagasta”, 11 de febrero de 1906.

mócrata, cuyo programa de lucha es prácticamente socialista”.⁷ Esta última afirmación, que hacía referencia a los demócratas doctrinarios, distaba bastante de la realidad, ya que esta fracción estaba compuesta por doctrinarios puros y demócratas socialistas, y los hechos posteriores (convenciones demócratas) dejaron al desnudo las tensiones y contradicciones experimentadas por este sector cuando se les planteó una definición ideológica plena al campo socialista.

Apenas había pisado Buenos Aires, Recabarren había concurrido a visitar la redacción de *LV*, lo que, desde luego, confirma la centralidad de la prensa obrera como referente para estos militantes. Sin dejar pasar mucho tiempo, Recabarren se incorporó al PSA, con el interés de conocer a fondo sus aspectos programáticos, doctrinarios y organizativos. El dirigente chileno estaba consciente de su debilidad teórica, la que le había sido enrostrada en una áspera polémica sostenida en 1904, a través de la prensa obrera, con su amigo, el dirigente anarquista (ex socialista), Alejandro Escobar y Carvallo (véase Grez, 2007, pp. 159-177). Por ello, la militancia en el PSA se presentó como una gran oportunidad de estudiar la teoría y la práctica socialista.

En la Argentina, fue colaborador y tipógrafo de *LV*, conferencista y orador en mítines antimilitaristas, anticlericales, gremiales y electorales. Estas experiencias le permitieron conocer, en profundidad, el programa del socialismo argentino; aunque, debemos señalar que su actuación más sobresaliente fue en el ámbito gremial. Por su prestigio como luchador social, y por la admiración y simpatía que su figura concitaba en la base socialista, sobre todo por ser un dirigente obrero, en agosto de 1907 llegó a ser parte de la dirigencia del PSA.⁸ Recabarren, recién llegado a Buenos Aires, invitó al médico cirujano y dirigente socialista, Nicolás Repetto, a pasar sus vacaciones en Chile. Repetto había sido redactor de *LV* y secretario general del Comité Ejecutivo del PSA. Este llevó a cabo, en enero de 1907, una gira de carácter no oficial, tomando contacto con la fracción demócrata doctrinaria, participando en mítines y reuniones de sociedades gremiales en diversas ciudades chilenas.⁹ En Santiago, brindó una conferencia el 19 de enero, denominada “La acción del Partido Socialista Argentino”, para los demócratas capitalinos, pre-

7. *LV*, 16 de diciembre de 1906.

8. *LV*, 22 de mayo de 1907. Véase además “Movimiento social”, *LV*, 21 de agosto de 1907.

9. “El Doctor Repetto”, *La Reforma*, Santiago, 11 de enero de 1907. Repetto publicó cuatro crónicas sobre esta gira con el título “Movimiento Obrero en Chile. Impresiones de un socialista argentino”. Véase *LV*, 16 de enero de 1907; 6, 16 y 17 de febrero de 1907.

sentando el programa mínimo del PSA.¹⁰ Consideramos que esta conferencia y las demás actividades de la gira de Repetto formaron parte de una estrategia política para orientar, definitivamente, a los demócratas doctrinarios hacia el socialismo, en razón de que los desprendimientos por izquierda del PD no habían fructificado. La expectativa del PSA, hasta 1912, pasó por el plan de Recabarren de que el PD adoptara un programa socialista, como genuino representante del proletariado chileno (Gallardo, 2017, p. 96).

Periodista obrero

Una de las formas de lucha que los socialistas consideraban fundamental era la educación obrera. El principal medio para lograr que los trabajadores se educaran, moralizaran y accedieran a la cultura ilustrada fue la prensa obrera. Por este motivo, el tipógrafo chileno, a lo largo de su vida militante, fundó y dirigió un importante número de periódicos obreros en Chile. En opinión de Löwy (2007, p. 45), Recabarren fue esencialmente un educador y un excelente propagandista, antes que un teórico. Desde su llegada a la Argentina había comenzado a publicar artículos sobre Chile.¹¹ A su vez, envió regularmente informes sobre los movimientos obreros argentino y europeos a la prensa obrera y demócrata chilena. De esta manera, destacaba que la agitación obrera en Argentina había ganado mucho terreno en los últimos años, y en su opinión costaba mucho menos sangre que en Chile. Por esta razón, era necesario explicar cómo en los grandes centros obreros argentinos se expresaba la organización de las clases trabajadoras. Aquellas correspondencias iban encaminadas a llevar a los trabajadores chilenos los métodos que se usaban en este país.¹² Asimismo, utilizó las páginas socialistas para dar a conocer los movimientos gremiales y huelguísticos ocurridos en Chile.¹³ Consideramos que, al difundir estas informaciones, el tipógrafo chileno tenía por objetivo romper con la invisibilidad de estos conflictos locales y hacerlos conocidos a nivel internacional, ya que *LV* no solo llegaba a otros países sudamericanos sino también a Europa.

En base a su experiencia, publicó una serie de artículos sobre el desarrollo del movimiento obrero chileno.¹⁴ En uno de ellos explicaba

10. Véase "Apuntes", *La Reforma*, Santiago, 19, 22 y 23 de enero de 1907.

11. Aunque recién en abril (1907) había sido designado colaborador del periódico partidario. Véase *LV*, 10 de abril de 1907.

12. *La Voz del Obrero*, Taltal, 15 de marzo de 1907.

13. Véase *LV*, 21 de febrero de 1907; 10, 20, 22 y 25-26 de marzo de 1907; 10, 13, 24 de abril de 1907; 1 de mayo de 1907; 6 y 7 de junio de 1907.

14. *LV*, 18 de septiembre de 1907.

el sistema de explotación al que se veían enfrentados los trabajadores chilenos, con el fin de que los obreros argentinos conocieran la dramática realidad laboral y social que se vivía en el norte del país vecino.¹⁵ En su carta enviada a *LV* desde la cárcel de Tocopilla (1904), Recabarren había cerrado esta comunicación con palabras que auguraban días negros para el pueblo, “presagios de muerte” y, por ello, llamaba a la solidaridad obrera internacional para con los hermanos chilenos.¹⁶ Palabras que resultaron “proféticas”, ya que tres años después, cuando se encontraba en Buenos Aires, ocurrió un hecho trágico que marcó profundamente al movimiento obrero chileno y del cual le tomó varios años recuperarse: la matanza de Santa María de Iquique, ocurrida el 21 de diciembre de 1907.

Los trabajadores de las oficinas salitreras que habían iniciado una huelga exigiendo mejoras salariales, se habían concentrado en la ciudad de Iquique a la espera de que el comité de huelga lograra un acuerdo satisfactorio. Las autoridades dieron la orden de abandonar los lugares de concentración obrera, especialmente la escuela Santa María. Ante la negativa de los huelguistas, el ejército abrió fuego de metralla. Este criminal ataque fue una determinación consciente del gobierno central. Para las autoridades chilenas, miles de obreros, chilenos, peruanos y bolivianos que habían bajado al puerto y unido su movimiento reivindicativo al de sus compañeros iquiqueños, constituían una amenaza real o potencial para la seguridad de las personas y sus propiedades (Grez, 2001, p. 270). Horas después de ocurrida la matanza, grupos de huelguistas habían intentado entrar al centro de la ciudad para atacar los cuarteles, pero fueron abatidos por el ejército: la “rebelión” había sido sofocada.

El dirigente chileno escribió sus impresiones sobre este hecho, y no estuvo de acuerdo con la respuesta violenta de los huelguistas.¹⁷ Generalmente, los trabajadores chilenos sometidos a un sistema brutal de opresión solían explotar en violentos motines. En su opinión, los trabajadores carecían de orientación sobre la lucha de clases y no tenían organización. Por consiguiente, debían cambiar de táctica, a una “más inteligente y más eficaz”. Esta crítica estaba dirigida especialmente hacia la conducción ácrata del movimiento huelguístico. Después de lo ocurrido en Iquique, Recabarren tomó distancia del ideal anarquista que, a pesar de las diferencias ideológicas, tenía en alta consideración.

Durante el año y medio que residió en Buenos Aires, informó a los lectores del periódico partidario sobre el desarrollo del movimiento obrero

15. *LV*, 1 de enero de 1907.

16. *LV*, 9 de abril de 1904.

17. Véase *LV*, 27 de diciembre de 1907. Véase además *LV*, 26 de diciembre de 1907.

chileno y la organización política que concitaba la mayor adhesión obrera, el PD, que en ese momento asimilaba al PSA.¹⁸ Para Recabarren, era imprescindible formar lazos de solidaridad entre los movimientos obreros de ambos países y coordinarlos en la lucha común contra la explotación capitalista.¹⁹ Sus artículos eran firmados con su nombre, otros con sus iniciales: LER, LERS, LRS, SREL (también en minúscula o al revés) o simplemente R, y algunos con el seudónimo, Raúl Caneberis R. Al mismo tiempo, un número importante de informaciones con el título “De Chile”, algunas firmadas por *El Revistero* o *El Corresponsal*, fueron tomadas de la prensa chilena. Probablemente Recabarren aprovechó su condición de tipógrafo y colaborador de *LV* para reproducir noticias de Chile en sus páginas. Asumimos que al verse “obligado” a abandonar su país y la lucha gremial y política que había emprendido, Recabarren utilizó las páginas de *LV* para apoyar, a la distancia, a los diferentes movimientos gremiales y huelguísticos que se estaban produciendo en Chile y, a su vez, lograr la comunicación y la solidaridad de los gremios argentinos para con sus compañeros chilenos.²⁰

También preocupaba a Recabarren una situación bastante recurrente: algunas noticias emitidas por periódicos nacionales carecían de exactitud, y daban origen a aclaraciones de la prensa socialista. Esta problemática a nuestro entender lo incentivó a publicar un importante número de artículos sobre lo que acontecía en su país.²¹

En relación al periódico obrero, para Recabarren era una herramienta fundamental para lograr la regeneración social y la unidad de los obreros en contra de la explotación capitalista. Dos aspectos centrales para la estrategia de construcción de una sociedad más justa, solidaria e igualitaria. Las publicaciones dirigidas o fundadas por Recabarren entre 1900-1906 presentaron las siguientes características: posiciones antimilitaristas, de oposición al patriotismo, apoyo incondicional a las huelgas, interés por el movimiento obrero internacional y por el desarrollo del socialismo en otras latitudes, denuncia contra abusos patronales y la corrupción de las autoridades, etc. Como periodista obrero tuvo amplio espacio, en las páginas de *LV*, para continuar con esta línea editorial, coincidente en general con la del periódico socialista argentino, lo que probablemente debió reforzar en Recabarren su interés en el PSA.

18. Véase *LV*, 4-5 de febrero de 1907; 28 de abril de 1907; 1 de mayo de 1907.

19. *LV*, 23 de diciembre de 1906.

20. *La Reforma*, Santiago, 5 de abril de 1907. Véase además *LV*, 18 de septiembre de 1907.

21. Véase por ejemplo *LV*, 17-18 de diciembre de 1906. Mientras Recabarren se encontraba en Buenos Aires, periódicos de la capital argentina anunciaban que había sido detenido en la localidad chilena de Los Andes.

Hay que precisar que, cuando Recabarren llegó a Buenos Aires, había comenzado a operarse un cambio importante en *LV*. Desde 1905 se había convertido en diario, lo que, unido al triunfo del sector liderado por Juan B. Justo sobre los “sindicalistas revolucionarios”, significó la ausencia de artículos teóricos en sus páginas y el predominio de artículos de tipo informativo y coyuntural (Buonuome, 2015, p. 25). Es probable que Recabarren no haya percibido este “conflicto”, ya que, en los artículos enviados a la prensa demócrata, se dedicó a comentar solo los aspectos positivos del PSA (como, por ejemplo, las conductas y valores que inculcaba y exigía de sus militantes). Para Recabarren, lo que hacía muy atractivo al partido argentino era que formaba parte de un movimiento internacional, con el cual estaba interesado en vincularse.

Activista gremial

Durante los primeros meses de 1907, comenzó a gestarse un proceso de unidad en el gremio de trabajadores gráficos bonaerenses. Recabarren, que había ingresado a la Unión Gráfica, tomó parte en aquella iniciativa unitaria, presentando algunas ideas para la discusión en las asambleas del gremio gráfico.²² Posteriormente, algunas de estas fueron implementadas por la Federación Gráfica Bonaerense (FGB), nacida el 3 de mayo de 1907, producto de la fusión de la Unión Gráfica (socialista) y la Federación de Artes Gráficas (anarquista). A mediados de junio, el Comité Federal acordó una serie de medidas: nombró la comisión del periódico, que llevaría el nombre de *El Obrero Gráfico* y que saldría a la luz el 1 de julio. Recabarren fue designado para formar parte de dicho comité. Durante 1907, Recabarren publicó varios artículos en esta publicación gremial.²³ Además, la secretaria general de la Federación Gráfica Bonaerense, un cargo de gran visibilidad, quedó en manos del dirigente obrero chileno.²⁴ En este artículo, sostenemos que Recabarren sirvió de nexo entre algunos gremios argentinos y chilenos, con el objetivo de que intercambiaran experiencias, publicaciones y practicaran la solidaridad proletaria. Como ejemplo de ello, encontramos el apoyo y solidaridad de la FGB con los “compañeros gráficos de Valparaíso y Santiago”, que sostenían una huelga,²⁵ y una importante ayuda económica de parte

22. Véase “La cooperativa Grafica”, *LV*, 11 de mayo de 1907.

23. Véase *El Obrero Grafico*, LER, “La cooperativa gráfica”, 1 de julio de 1907; Luis E. Recabarren S., “Hacia la impotencia”, 1 de septiembre de 1907; Lers, “Las cooperativas”, ídem; Raúl Caneberis R., “Crímenes burgueses”, 1 de octubre de 1907; Lers, “Nuestras miserias”, 1 de noviembre de 1907.

24. *LV*, 15 de junio de 1907.

25. *LV*, 12 de abril de 1907.

de la Unión Grafica (Buenos Aires) a la Federación de Artes Gráficas (Valparaíso) para sostener la huelga grafica chilena y lograr un triunfo después de 72 días de paro.²⁶ Los gráficos chilenos replicaron algunas experiencias del gremio en la Argentina, y fue así como, a fines de marzo de 1908, *LV* acusaba recibo del primer número de *El Obrero Grafico*, órgano de la sociedad tipográfica de Santiago.²⁷

Al tipógrafo chileno le correspondió asistir al Congreso de Unificación de las Organizaciones Obreras, que se efectuó en Buenos Aires entre el 28 de marzo y el 1 de abril de 1907. En aquel encuentro gremial se enfrentaban las tres corrientes ideológicas existentes en el movimiento obrero argentino: el “sindicalismo revolucionario” y el anarquismo, ambas corrientes mayoritarias, y el socialismo, de menor influencia debido a que el PSA había adoptado una política de “autonomía” entre el partido y la organización gremial, privilegiando, en cambio, la política electoral. Esta situación tuvo como consecuencia la formación de una corriente sindicalista a su interior desde 1903, la que en 1906 se escindió del PSA (Belkin, 2018). A pesar de aquellas diferencias, en el congreso de unificación, sindicalistas y socialistas acercaron posiciones, pero cuando comenzó el debate sobre las bases del acuerdo no se logró el consenso. Este punto dejó en evidencia las diferencias ideológicas de los distintos componentes del congreso. El tercer día se discutió la orden del día presentada por el socialista Jacinto Oddone, representante de la Unión General de Trabajadores, quien propuso dejar de lado la división ideológica. Los delegados anarquistas atacaron esta propuesta, e insistieron en que el acuerdo debía basarse en el comunismo anárquico. En esos momentos de convulsión, Recabarren tomó la palabra para exigir respeto al derecho de palabra y protestó en nombre de “la libertad anárquica” de la cual hacían “alarde” varios delegados. En opinión de Massardo, al enfrentar la táctica de los anarquistas, Recabarren apeló en su intervención “no solamente al individuo, a la conciencia individual, sino también al protagonismo obrero, es decir a uno de los fundamentos más profundos del propio pensamiento libertario” (Massardo, 2008, p. 85).

Recabarren defendió la propuesta de Oddone analizando cada uno de sus artículos: el último de ellos proponía la mayor libertad de pensamiento de los afiliados a la nueva central obrera. Como podemos apreciar, claramente, este artículo anulaba lo planteado por los anarquistas. Recabarren no pudo terminar su alocución, ya que se produjo un gran desorden y el local fue desalojado rápidamente. Tanto anarquistas como socialistas se acusaron mutuamente de haber comenzado

26. *LV*, 1 de agosto de 1907.

27. *LV*, 29 de marzo de 1908.

con las agresiones.²⁸ Posteriormente, llevada a votación la propuesta de Oddone fue rechazada y la del anarquista Jaquet aprobada. Los delegados contrarios al comunismo anárquico se retiraron: el congreso obrero había fracasado. El periódico *La Acción Socialista* (sindicalista revolucionario) reconoció que varios delegados fusionistas se habían esforzado por sostener y defender la orden del día exponiendo incluso “vigorosas” consideraciones:

Entre los cuales nos complacemos en mencionar a Recabarren, cuyo discurso fue un consorcio de sinceridad y de lógica. A pesar de las diferencias de criterios que nos separan de este camarada, nada tendríamos que objetar a la casi totalidad de sus afirmaciones, pues Recabarren habló con un corazón y una conciencia esclarecida de obrero.²⁹

En primer lugar, quién mejor que Recabarren para enfrentar a los anarquistas, ya que conocía bien las ideas de sus impugnadores, no solo por haber leído la literatura anarquista circulante en Chile en el periodo entresiglos, sino por haber coexistido con ellos en el movimiento obrero chileno y haber sostenido algunas polémicas a través de la prensa con cuadros anarquistas. En segundo lugar, dejando de lado la preparación intelectual y capacidad oratoria de Recabarren, este debió defender la moción de Oddone, ya que en aquellos momentos el PSA carecía de dirigentes gremiales de peso: la mayoría de ellos habían emigrado siguiendo a los sindicalistas revolucionarios. Consideramos que no es menor que Recabarren fuera elogiado por el sindicalismo revolucionario por sus cualidades como dirigente obrero.

A comienzos de junio de 1907, Recabarren participó en el Congreso Grafico Sudamericano (CGS), desarrollado en Buenos Aires. En este encuentro obrero se hicieron presentes varias sociedades tipográficas argentinas. Recabarren fue uno de los representantes de la sociedad tipográfica de Buenos Aires. Del resto de Sudamérica, asistieron delegados de Bolivia, Brasil, Chile, Perú y Uruguay. La presencia socialista era importante.³⁰ Recabarren fue protagonista de este encuentro obrero, al presentar varias mociones e ideas para ser aprobadas e implementadas por el CGS.³¹ Además, fue uno de los cinco delegados elegidos para

28. Véase LV, 1-2 de abril de 1907; *La Protesta*, 3 de abril de 1907.

29. *La Acción Socialista*, 1 de abril de 1907.

30. Sobre los acuerdos del CGS, véase LV, 2 de junio de 1907; 3-4 de junio de 1907.

31. Véase LV, 2 de junio de 1907; 3-4 de junio de 1907. Por ejemplo presentó la moción para que el CGS recordara a los gráficos argentinos que apoyaran la creación de una cooperativa gráfica.

conformar el comité de la Federación Gráfica Internacional (en realidad sudamericana).³² Este nombramiento de gran visibilidad marca la relevancia de Recabarren como dirigente sindical a nivel sudamericano, y su peso específico propio.

Probablemente producto de estas experiencias gremiales, Recabarren estableció amistad y contacto con una red de tipógrafos sudamericanos. Así lo evidencian los contactos que el dirigente chileno y los socialistas tarapaqueños mantuvieron en el período posterior con los tipógrafos argentinos (y socialistas) Antonio Zaccagnini y Fernando D. Zoppi.³³ También deja entrever esta situación el obrero salitrero (y también tipógrafo) Elías Lafertte, quien señala en sus memorias que las relaciones entabladas por Recabarren después de su primer viaje a la Argentina y a Europa representaron una fuente de materiales (libros, folletos, periódicos, etc.) que se acumulaban en el local de los socialistas iquiqueños, destacando por ejemplo que desde otros puntos de Sudamérica, Buenos Aires y Montevideo, llegaba literatura no solo socialista, sino también periódicos anarquistas (Lafertte, 1961, p. 50).

Propagandista socialista

El dirigente chileno también se destacó como orador en manifestaciones socialistas.³⁴ Por ejemplo, en la celebración del primero de mayo (1907), ante una multitud de 25.000 personas, compartió tribuna en plaza Constitución con los principales dirigentes del socialismo argentino.³⁵ Asimismo, prestó su apoyo a las campañas antimilitaristas llevadas a cabo por los socialistas argentinos, en especial contra el servicio militar obligatorio. A su regreso de Europa, participó en una manifestación contra la “paz armada” en Plaza Colón, que tenía como objetivo protestar contra el derroche armamentista del gobierno argentino en el contexto de tensiones diplomáticas con Brasil.³⁶

Recabarren destacó, en un artículo enviado a Chile, que ningún socialista debía ser patrioterista ni militarista, siendo el Partido Socialista antimilitarista por excelencia (Devés y Cruzat, 2015, p. 278). Tiempo después, en una conferencia, señalaría que la propaganda antimilita-

32. LV, 6 de junio de 1907.

33. Véase “Un diputado socialista”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 12 de mayo de 1914. Se reproduce carta enviada por Antonio Zaccagnini a Recabarren y el POS; “De la Argentina”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 20 de enero de 1916. Agradecían los diarios y revistas enviados por F.D. Zoppi.

34. Véase las manifestaciones por el derecho de reunión. LV, 3-4 de junio de 1907.

35. LV, 2-3 de mayo de 1907.

36. LV, 12 de octubre de 1908.

rista en Argentina marchaba “demasiado lenta”, en comparación con Chile, donde en los últimos años, producto de este tipo de agitación, el porcentaje de jóvenes que no se presentaban a la conscripción era tan alto que había alarmado a las autoridades.³⁷ Por aquellos años, el socialismo argentino comenzaba a experimentar tensiones por la “cuestión nacional” y es muy probable que Recabarren no haya percibido esta contradicción entre los intereses particulares (nacionales) y una ideología universalizante como el socialismo (Becerra, 2005, p. 97-119).

De igual modo, se distinguió como propagandista en las campañas electorales (municipales bonaerenses) de marzo y octubre de 1907, y en las parlamentarias de octubre de 1908. Aunque algunos historiadores chilenos han argumentado que Recabarren fue, durante su trayectoria política, electoralista, debido a la influencia que habría ejercido en él el PSA, consideramos que esta forma de acción política, para Recabarren, no estaba por sobre otras formas de lucha; así lo manifestó en la conferencia que brindó en octubre de 1908 junto a Juan B. Justo. Aunque se consideraba partidario de la acción parlamentaria socialista que “enseñara” a la burguesía los “sanos” principios de la doctrina socialista, como lo hacía por ejemplo Alfredo Palacios en el parlamento, no creía que todas las aspiraciones debieran cifrarse en el fruto de la legislación, ya que “mientras los diputados hacen esa labor, nosotros debemos activar la educación de la conciencia obrera”.³⁸

Recabarren, además, realizó giras por diversas localidades de la provincia de Buenos Aires (Bahía Blanca, La Plata, Junín, Necochea, 9 de Julio y Tolosa), invitado por organizaciones gremiales, empleados de comercio, centros obreros y grupos anticlericales.³⁹ Su participación en Necochea, en un mitin anticlerical, también provocó un nuevo cruce con los anarquistas en la prensa obrera. En la plaza principal de aquella ciudad, se realizó una manifestación anticlerical organizada por el centro obrero local y la juventud liberal. La policía intentó desalojar la plaza y ello dio origen a algunas escaramuzas con la policía. Recabarren refutó los dichos de *La Protesta*, medio que atribuyó este hecho a militantes anarquistas:

Las armas que salieron a relucir para defender el derecho
de la libre reunión, las empuñaron manos enguantadas, manos

37. LV, 29 de mayo de 1907.

38. LV, 16 de octubre de 1908.

39. Sobre las actividades realizadas en Bahía Blanca, donde sostuvo algunos roces con anarquistas, véase LV, 23 de julio de 1907; 24-25 de junio de 1907 y 29 de junio de 1907.

burguesas, no manos anarquistas. Esta es la verdad de los hechos presenciados por mí. Quien con lo ajeno se viste...⁴⁰

Sin lugar a dudas, después de su participación en el Congreso de Unificación, los anarquistas argentinos no olvidaron el enfrentamiento con Recabarren y no perdieron oportunidad de atacarlo y fustigarlo cuando pudieron a través de la prensa libertaria.⁴¹ En relación a su actividad de propagandista, José Aricó plantea que Recabarren fue un *agitador móvil*, un tipo de activista social más característico del anarquismo que del socialismo; este tipo de activista o agitador tenía la capacidad de nadar en el interior de la corriente de las luchas proletarias:

y se desplaza de un confin al otro del país, o aun de continente, que tiene una aguda intuición para percibir los signos latentes del próximo a estallar, que no reconoce fronteras nacionales que le impidan desplegar su voluntad de la lucha y su fidelidad ilimitada a la causa de los explotados. (Aricó, 1999, p. 24)

El dirigente chileno, convencido de que el estudio de las luchas obreras de otras naciones sería de utilidad para el movimiento obrero chileno, salió el 24 de marzo de 1908 rumbo a Europa.⁴² En su recorrido pasó por España, Francia y Bélgica, entre mayo y principios de junio, y entabló relaciones con los principales dirigentes del socialismo europeo. En Bruselas permaneció hasta octubre, con el propósito de inscribir al Partido Demócrata “Socialista” a la Oficina Socialista Internacional (Massardo, 2008, p. 218). El investigador chileno Augusto Varas (1983) plantea que el eclecticismo teórico de Recabarren y su desconocimiento relativo de las confrontaciones ideológicas de la Primera Internacional le permitieron incorporar sin dificultades los contenidos de la socialdemocracia de preguerra. Por ello Recabarren encajaba perfectamente con el socialismo de la Segunda Internacional.

Conclusiones

La primera militancia de Luis E. Recabarren en el Partido Socialista y en el movimiento obrero argentino se inserta en una historia de casi una década de relaciones de intercambio entre los socialismos de ambos países. El contexto diplomático conflictivo que aun subsistía

40. LV, 19 de julio de 1907.

41. Véase *La Protesta*, “Conferencia socialista”, 23 de abril de 1907; Luis Coch, “En Bahía Blanca. Al ciudadano Recabarren”, 3 de julio de 1907.

42. LV, 29 de marzo de 1908.

entre ambas naciones siguió incentivando a los demócratas chilenos y a los socialistas argentinos a buscar un acercamiento, con el objetivo de intercambiar publicaciones, ideas, informaciones y, probablemente, unificar criterios para la propaganda antimilitarista.

Como dirigente político, Recabarren era una figura promisoriosa, a la que el socialismo argentino decidió apoyar, con la esperanza de que él jugaría un papel crucial en la consolidación de un partido socialista en Chile. Entonces, el Partido Socialista comenzó a abrigar la expectativa de que el Partido Democrático se orientara, plenamente, hacia las ideas socialistas. La gira de Nicolás Repetto, a comienzos de 1907, se enmarcó en una política de profundización de contactos y de influencia política con respecto a la fracción demócrata doctrinaria.

En el PSA, Recabarren destacó como un persistente propagandista que circuló por diversas localidades bonaerenses, lo que demostraría que la trayectoria que lo precedía como luchador social era una buena carta de presentación para los socialistas argentinos: Recabarren fue un *agitador móvil* en todo el sentido de la categoría pensada por Arico. Además, su figura concitó la simpatía y admiración de los militantes socialistas por su perfil de militante netamente obrero, reconocido por propios y ajenos. Incluso fue elogiado por los sindicalistas revolucionarios por su desempeño en el Congreso de Unificación. Se trataba de una característica especialmente relevante en momentos en que en el partido comenzaba a cerrarles el acceso a los puestos de conducción partidaria a dirigentes de origen proletario.

Su actuación más sobresaliente en la Argentina fue, sin dudas, en el ámbito gremial. Fue uno de los protagonistas de la unificación del gremio gráfico bonaerense. Sus experiencias previas en su país, en las luchas gremiales, con los tipógrafos y los trabajadores salitreros, y su conocimiento de los anarquistas chilenos, posibilitaron que Recabarren tuviera un desempeño destacable en el movimiento sindical argentino. Podríamos conjeturar que uno de los aportes de Recabarren, con respecto al socialismo argentino, fue cierta recuperación de la influencia del PSA en el movimiento obrero, después de la escisión de los sindicalistas revolucionarios en 1906. Consideramos que esto demuestra claramente que Recabarren no iba a la zaga del socialismo argentino, como ocurría con los socialistas chilenos de fines del siglo XIX.

A nuestro entender la primera experiencia del líder obrero chileno en Argentina lo orientó definitivamente hacia la ideología socialista, la que, antes de su viaje, era en él una adhesión que se había mantenido en un plano “más bien intuitivo”, como lo denominó Massardo. Como plantea Grez Toso, el socialismo en Recabarren entre 1898 y 1906 era algo tenue, vago; un socialismo de corte reformista, reflejo de las condiciones del medio cultural y político en el que desenvolvía su acción en

Chile. Este socialismo era producto de una lectura popular del ideario de las elites burguesas existentes en el país, lo que Grez Toso denomina un liberalismo popular “sui generis”.

Para Jaime Massardo (2008, p. 220), en sus escritos enviados desde Buenos Aires Recabarren rompe claramente con el programa demócrata. Historiadores como Massardo, Silva y otros plantean que, en su paso por Buenos Aires, Recabarren se dedicó a estudiar la literatura socialista disponible en los folletos de *LV* (Massardo, 2008, p. 241). Según Pinto, de este estudio y de su experiencia concreta en el PSA, Recabarren se dedicó a establecer los contrastes entre ambas vertientes ideológicas: democracia y socialismo, que él, hasta poco tiempo atrás, creía eran lo mismo o se complementaban. Descubrió, a partir de este análisis, que el programa demócrata solo apuntaba a reformar mínimamente las instituciones existentes, dejándolas como lo que eran: instituciones coercitivas, dominadas por la burguesía. En cambio, el socialismo implicaba cambios profundos, ya que proclamaba la propiedad común de la tierra y de los medios de producción. El programa demócrata, entonces, ya no respondía a las necesidades generales de los obreros chilenos (Pinto, 2013, p. 69).

La influencia del PSA sobre Recabarren lo empuja formalmente hacia el campo de la izquierda, a la “radicalización” política. Aunque podemos señalar que probablemente el antimilitarismo, el internacionalismo, el anticlericalismo en Recabarren eran mucho más marcados que el de los socialistas argentinos debido a la influencia que ejerció el pensamiento anarquista. Por otro lado, su militancia en el socialismo argentino tendrá como consecuencia el distanciamiento de Recabarren con las ideas libertarias (las que para el dirigente chileno eran “la esencia de la poesía, la ternura y la libertad”).⁴³ La respuesta violenta de los anarquistas luego de la represión estatal en Iquique, para Recabarren resultaba poco inteligente, ya que exponía al movimiento obrero chileno a nuevas represalias y a la destrucción de la organización obrera. Además, la actitud sectaria de los libertarios en el Congreso de Unificación en Buenos Aires y en las giras de propaganda que realizó Recabarren en Argentina determinaron este giro en su pensamiento político. Antes de su militancia en el PSA, el dirigente chileno entendía que socialistas, anarquistas y demócratas perseguían el mismo fin, y que solo había diferencias en los métodos utilizados para alcanzar la “felicidad universal”. Consideramos que esta experiencia argentina contribuyó a la decantación del pensamiento ideológico de Recabarren y a una clara diferenciación con las otras corrientes ideológicas del campo de la izquierda.

43. Véase *El Marítimo*, Antofagasta, 10 de septiembre de 1904 y 17 de septiembre de 1904 (Pinto, 2013, p. 36).

Por otro lado, el activista chileno desarrolló una estrategia política en Argentina, en la búsqueda de estrechar vínculos entre los movimientos socialistas argentino y chileno. Su viaje a Europa tenía como objetivo estudiar en el terreno los métodos de lucha de los trabajadores europeos (como por ejemplo la acción cooperativa de los socialistas belgas), con la idea de adaptar algunas de estas experiencias exitosas en la construcción del socialismo en Chile. Además, Recabarren evidenció un carácter bastante cosmopolita (contrapuesto al de la mayoría de los chilenos poco preocupados del acontecer mundial) y una fina habilidad para establecer relaciones con diferentes actores en contextos disímiles. En este artículo, postulamos como hipótesis que Recabarren se propuso un objetivo mayor al viajar a la Argentina y a Europa: plantearse como un puente, un traductor de experiencias, y, con ello, consolidarse como líder del socialismo chileno. Fue una operación, en sí misma, de construcción de su figura, como dirigente y militante internacionalista. Al mismo tiempo, Recabarren se constituyó en una figura de nexo de redes regionales existentes.

Recabarren regresará ocho años después a la Argentina, para experimentar una segunda militancia en el PSA (1916), pero esta vez las condiciones serían muy diferentes, debido al crecimiento del partido y el avance electoral experimentado por el socialismo argentino después de la sanción de la ley Sáenz Peña (1912). Como consecuencia, Recabarren ya no tendrá los mismos espacios para desarrollarse como dirigente político y sindical, ocupando un lugar secundario en el PSA. Aunque por su experiencia previa tanto en Argentina como en Chile, donde había logrado fundar el Partido Obrero Socialista (1912), la disidencia socialista argentina que enfrentaba la política reformista de Juan B. Justo y la dirección partidaria lo convocarán a apoyar la oposición de izquierda. Recabarren jugará un papel muy importante en el desarrollo de la corriente de izquierda internacionalista al interior del PSA. Además, esta segunda militancia en el socialismo argentino lo orientará hacia la ideología comunista bajo el influjo de la revolución rusa.

Referencias

- Aricó, J. (1999). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Sudamericana.
- Becerra, M. (2005). ¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX. En H. Camarero y C.M. Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Prometeo.
- Belkin, A. (2018). *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Ar-*

- gentina. *De la gestación en el Partido Socialista a la conquista de la FORA (1900-1915)*. Imago Mundi-CEHTI.
- Buonuome, J. (2015). Fisonomía de un semanario socialista: *La Vanguardia, 1894-1905*, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 6, 11-30.
- Devés Valdés, E. y Cruzat Amunátegui, X. (2015). *Luis Emilio Recabarren. Escritos de prensa*. Ariadna.
- Gallardo, M. (2017). Aproximaciones al viaje de un socialista argentino a Chile en 1907. *La Roca*, 4, 82-98.
- Gallardo, M. (2018). *Los viajes de Recabarren: una historia de los intercambios entre socialistas argentinos y chilenos (1896-1918)*, tesis de maestría en Historia, Universidad Nacional de San Martín.
- Grez Toso, S. (2007). *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (2a ed.). RIL.
- Grez Toso, S. (2016). *El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)*. LOM.
- Grez Toso, S. (2011). *Historia del Comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)* (1a. ed). LOM.
- Grez Toso, S. (2001). La guerra preventiva: Escuela Santa María de Iquique. Las razones del poder. *Mapocho*, 50, 270-280.
- Grez Toso, S. (2007). *Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de "la Idea" en Chile*. LOM.
- Grez Toso, S. (2012). "Reglamentarios y doctrinarios, las alas rivales del Partido Democrático de Chile (1901-1908)". *Cuadernos de Historia* 37, Universidad de Chile, Santiago, pp. 75-130.
- Lafertte, E. (1961). *Vida de un comunista*. Santiago.
- Löwy, M. (2007). *El marxismo en América Latina: antología, desde 1909 hasta nuestros días*. LOM.
- Massardo, J. (2008). *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas en la sociedad chilena*. LOM.
- Oddone, J. (1983). *Historia del socialismo argentino (1896-1911)* [1934]. CEAL.
- Pinto, J. (2013). *Luis Emilio Recabarren: una biografía histórica*, LOM.
- Poy, L. (2016). Neutralistas y políticos. Los debates en el partido socialista argentino acerca de la relación entre partido y sindicato, 1901-1904. *Avances del Cesor*, 15, 19-38.
- Poy, L. (2015). El Partido Socialista y las huelgas: una relación incómoda. Un análisis de las posiciones partidarias en los primeros años del siglo XX, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 6, 31-51.
- Silva, M. (1992). *Recabarren y el socialismo*, Taller de Artes Gráficas APUS.
- Varas, A. (1983). La formación del pensamiento político de Recabarren: Hipótesis para una investigación histórica. *Materiales de discusión*, 41, Flasco.

Críticos y solidarios. El anarquismo argentino ante la Guerra Civil Española

Jacinto Cerdá

Universidad de Buenos Aires - Universidad de San Andrés - Instituto Superior de Profesorado Joaquín V. González
(Buenos Aires, Argentina) • jacinto_cerda@yahoo.com.ar

Title: Critical and Supportive. Argentine anarchism and the Spanish Civil War

Resumen: El presente trabajo explora las repercusiones que produjo la Guerra Civil española en el movimiento anarquista argentino, exponiendo las acciones solidarias desplegadas, los vínculos asociativos entablados, la trayectoria de los voluntarios que viajaron a participar directamente del conflicto armado y los debates políticos originados como reacción al rumbo fijado por las organizaciones libertarias de España. Nos abocaremos a analizar lo actuado por las entidades más representativas del campo libertario de Buenos Aires: Federación Anarco Comunista Argentina, Alianza Obrera Spartacus, periódico *La Protesta* y Federación Obrera Regional Argentina, de forma de proporcionar una mirada integral de lo realizado por los anarquistas locales.

Palabras clave: anarquismo – Guerra Civil española – solidaridad – voluntarios

Abstract: The present work explore the repercussions that produced the Spanish Civil War in the argentine anarchism movement, exposing the solidarity actions deployed, the associative links established, the trajectory of the volunteers who traveled to participate directly in the armed conflict, and the political debates originated as a reaction to the course set by the libertarian organizations of Spain. We will focus on analyzing the actions taken by the most representative entities of the libertarian camp of Buenos Aires: Federación Anarco Comunista Argentina, Alianza Obrera Spartacus, newspepar *La Protesta* and Federación Obrera Regional Argentina, of worse to provide an integral view of what has been done by local anarchist.

Keywords: anarchism – spanish civil war – solidarity – voluntaries

Recepción: 30 de junio de 2019. **Aceptación:** 13 de febrero de 2020

Introducción

La guerra desatada en el interior de España a partir de julio de 1936, producto de la sublevación militar dirigida al gobierno del Frente Popular, acarreó grandes repercusiones a nivel internacional, manifestando algo más que el enfrentamiento de dos bandos políticos regionales. Por el contrario, el estallido de la Guerra Civil española (de aquí en más GCE) reveló de forma explícita la disputa que se estaba desarrollando en numerosas partes del planeta ante el auge de los regímenes autoritarios y la impugnation del liberalismo.

El gobierno que asumió el poder durante la II República Española en febrero de 1936 era una coalición de partidos de izquierda encabezada por los republicanos de Azaña, cuyo programa planteaba una serie de reformas progresistas, pero no revolucionarias, como temían sus opositores de derecha. Ante el recrudecimiento de la violencia política durante los primeros meses de gobierno se produjo el alzamiento militar del 18 de julio, y con este el inicio de la guerra. La colaboración externa hacia el sector de los sublevados fue inmediata, contando con acuerdos previos al golpe de parte de las potencias del Eje. En cambio el gobierno constitucional no recibió el mismo trato por parte de sus pares democráticos, como podría haberse esperado de Gran Bretaña y especialmente de Francia, donde también gobernaba una coalición socialdemócrata. Estas potencias aplicaron la política de “no intervención” bajo el argumento de evitar que el conflicto cobrara dimensiones internacionales; preocupados por la incapacidad del gobierno para neutralizar el accionar de los sectores “extremistas”, temían por la influencia que los comunistas podrían obtener bajo esas circunstancias. Efectivamente, el único apoyo estatal que recibió la República, aunque limitado y retaceado, fue de parte de la URSS. Paralelamente, voluntarios de todos los rincones del mundo se incorporaron como combatientes de las Brigadas Internacionales para evitar el avance del proyecto fascista en la península ibérica (Jorge, 2014, pp. 165-179).

En Argentina, la preocupación que produjo la guerra se manifestó con gran intensidad, canalizándose a través de la movilización política y las campañas solidarias. Los bandos que se enfrentaron en los campos de batalla en España contaron con sus correligionarios en el plano local, y si bien existieron antecedentes que permitieron identificar a estos sectores dentro de la sociedad argentina, aquella demarcación no se cristalizó de forma fehaciente hasta la irrupción del conflicto español, dado que las diferencias políticas locales solían entablarse en torno a otras variables.

El movimiento anarquista de Argentina se vio fuertemente interpelado por los sucesos ibéricos, en tanto que los lazos entablados durante las

décadas anteriores entre los libertarios de ambas regiones impulsaron a que los locales se involucren denodadamente con la “causa española”. El propósito de este trabajo es indagar cómo se involucró esta tendencia en la campaña solidaria, tanto en sus aporte materiales como en el desarrollo de alianzas, detectar el perfil y las contribuciones de los voluntarios que participaron de la guerra, examinar de qué forma procesaron las noticias respecto a las políticas asumidas por sus camaradas de España y qué debates provocaron las mismas al interior del movimiento local. A través de estos ejes nos proponemos profundizar el conocimiento del heterogéneo ambiente anarquista durante la segunda mitad de la década del 30.

La GCE, además de darles mayor visibilidad a los anarquistas locales por su compromiso con la propaganda y recolección de donativos, puso de relieve las diferencias plasmadas en su interior. Es sabido que este movimiento sufrió grandes transformaciones a partir de la irrupción del golpe de Estado de septiembre de 1930. Las organizaciones revolucionarias –ácratas y comunistas– se vieron obligadas a actuar en la clandestinidad, mientras que cientos de sus militantes fueron encarcelados y deportados, otros tantos fueron fusilados (Penina, Di Giovanni, Scarfó y Morán, entre los más conocidos). Con el inicio del gobierno de Justo los sindicatos de la FORA retomaron su actividad pública, pero rápidamente fue cercenada con la reinstalación del estado de sitio en diciembre de 1932. Esa organización permaneció en el tiempo, concentrando sus efectivos en Buenos Aires, Capital Federal, Santa Fe y Tucumán, pero su radio de acción fue cada vez más reducido en detrimento del crecimiento de los sindicatos de la CGT.

Ante este complicado panorama, un sector del activismo ácrata tomó la iniciativa de reagrupar a los militantes de aquella tendencia a partir de crear grupos exclusivamente de anarquistas, la denominada corriente “especifista”. De la unión de diversas agrupaciones del país se fundó la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA) en 1935, proceso organizativo iniciado con el congreso efectuado dentro de la cárcel de Villa Devoto en 1931 y formalizado con la creación del Comité Regional de Relaciones Anarquistas (CRRRA) en septiembre del año siguiente en la ciudad de Rosario. El especificismo proyectó su militancia dentro de los ámbitos estudiantiles, feministas, culturales y sindicales. Su táctica gremial fue, en un primer momento, insertarse dentro de la FORA para forzar su orientación hacia la organización por industria (en oposición a la tradicional estructuración por oficio), pero al comprobar que esto no era posible se volcaron a incidir en los gremios autónomos (López Trujillo, 2005, pp. 209-210).

En la misma década también se creó la Alianza Obrera Spartacus (AOS), agrupación surgida del equipo editorial del periódico *La Antor-*

cha. Participó del CRRA pero luego no se sumó a la conformación de la FACA. Se presentaba como una organización de orientación sindical y campesina, impulsada por una política de apertura a la coordinación con otras corrientes “clasistas”, en especial con los comunistas (Benyo, 2005, pp. 89-92). Al mismo tiempo siguieron existiendo una variedad de entidades culturales y artísticas, como bibliotecas y periódicos, entre los que se destacaron *La Protesta*, *La Obra* y *La Batalla*, que conformaron grupos de opinión más próximos a una organización u otra, pero orgánicamente independientes. Estas diferencias político-organizativas derivarán en distintas tácticas de inserción en la campaña a favor del pueblo español, en las cuales ahondaremos a continuación.

La organización de la solidaridad

El apoyo a los contendientes españoles se manifestó velozmente en Argentina, el júbilo o la angustia de la primera hora se expresó a través de múltiples cartas remitidas a la embajada de España. A su vez, la entidad diplomática recibió gran cantidad de solicitudes que pedían facilidades para trasladarse a la región en conflicto, con miras a ser incorporados al ejército leal. Estas peticiones no cobraron frutos, ya que la embajada, cumpliendo con lo dispuesto por las autoridades republicanas, rechazó cordialmente los ofrecimientos de colaboración militar de habitantes de otros países, basándose en la seguridad de que las fuerzas leales eran suficientes para abatir a los militares sublevados, ya que contaban con el apoyo del pueblo (Montenegro, 2002, p. 31). De esta forma el entusiasmo solidario pasó a estar encauzado, mayoritariamente, a través de recaudaciones, ya fuesen de ropa, dinero, víveres u otros objetos útiles para la población en guerra.

En una primera instancia esta actividad solidaria estuvo organizada por la esposa del embajador español, Teresa Diez Canedo, quien coordinó los donativos recibidos por la institución diplomática y los centros de la comunidad española más cercanos políticamente. La voluntad de contribuir con esta causa se volvió masiva y rápidamente sobrepasó la capacidad organizativa de estas entidades, derivando en la creación de múltiples centros de ayuda por todo el país. Fenómeno de autoorganización que rebasó con creces a la propia colectividad española residente en este país, de por sí muy numerosa.

Si bien estas iniciativas de asociación, más o menos inorgánicas y dispersas, se dedicaron principalmente a la organización de colectas, festivales, conferencias o publicación de materiales, progresivamente fueron decantando a favor de un sector específico de las fuerzas de izquierda actuantes, dependiendo de la preferencia ideológica y de la relación entablada con las organizaciones políticas preexistentes en el

país. Mónica Quijada señala que los objetivos perseguidos por las diferentes tendencias políticas participantes de las campañas fueron dos: dotar de una mayor eficacia y coherencia a la ayuda destinada al pueblo español, y centralizar el movimiento de solidaridad, “bien con fines políticos, bien para sustraer a aquél del alcance de esta última influencia” (Quijada, 1991, p. 152). Esta última aclaración realizada por la autora alude, justamente, a la influencia ejercida por el sector anarquista en la campaña, quienes confrontaron con el Partido Socialista y el Partido Comunista por la dirección del movimiento solidario.

Siguiendo este planteo, el movimiento de ayuda al pueblo español se dividió en tres grandes agrupamientos determinados por su orientación política: socialista, comunista o anarquista. Los primeros actuaron de forma coordinada con la embajada, que si bien como institución diplomática intentó no herir susceptibilidades, agradeciéndoles a todos y cada uno de los múltiples comités creados al calor de los acontecimientos, le otorgó un trato preferencial a la agrupación Amigos de la República Española (ARE), sección creada en julio de 1936 por el Centro Republicano Español (CRE) de Buenos Aires. De esta forma, la entidad trabajó codo a codo con la representación diplomática y el Partido Socialista, remitiendo sus donaciones directamente al gobierno republicano.

Los comunistas centralizaron su actividad por medio de la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE), entidad que agrupó muchos comités solidarios del país, los cuales en búsqueda de una mayor coordinación abandonaron su carácter autónomo. La táctica de “frente popular” respondió al cambio dictaminado por la Internacional Comunista de entablar la lucha antifascista por sobre la perspectiva de lucha frontal de “clase contra clase”. En España esa política se implementó a través del lema “primero ganar la guerra”, dejando la construcción revolucionaria para después de logrado ese objetivo. La FOARE alcanzó una coordinación a nivel nacional y declaró contar con 800 entidades adheridas, derivando en que se presente recurrentemente como la “verdadera” o la “única” organización que asistía al pueblo español (Montenegro, 2002, pp. 78-79). Lo recaudado por sus campañas no era remitido a través de la embajada, sino por medio del “Comité Internacional de Coordinación e Información Pro Ayuda a la República Española”, con sede en París (Casas, 2007, pp. 41-45).

En el caso de los anarquistas, la manera de encauzar la ayuda hacia la población española manifestó serias discrepancias en su interior, ampliando sus diferencias políticas previas, al igual que sucedió en otras experiencias como en la huelga en contra de la ley de jubilaciones de 1924 entre *foristas* y *antorchistas* (Anapios, 2013, pp. 27-43). Las opciones en disputa para el caso aquí tratado se dirimieron entre expandir el área de influencia del propio movimiento libertario por medio de fomentar

y apuntalar la formación de las nuevas organizaciones surgidas para la ocasión o, por el contrario, encauzar la campaña solidaria a través de las organizaciones preexistentes y coordinar esfuerzos con aquellas entidades de mayor vínculo ideológico.

En respaldo a la primera posición se ubicaron los integrantes de la FACA y de la AOS, quienes, además de acompañar la creación de los espontáneos Comités de Apoyo al Proletariado Español (CAPE), rápidamente entablaron contactos con otras entidades obreras y formaron el Comité Sindical de Ayuda al Proletariado Español, en el cual se integraron los gremios bajo su tutela junto con los de la corriente *sindicalista* agrupados en la reconstruida Unión Sindical Argentina (USA). De esta forma, a mediados de 1937 la FACA pasó a formar parte de un organismo más amplio, la Comisión Coordinadora de Ayuda a España en la Argentina (CCAEA), integrada por varios gremios autónomos y los pertenecientes a la USA, el Partido Socialista Obrero, junto con el aporte de reducidos núcleos trotskistas y la participación inicial de los socialistas, que luego se retiraron, dejando la Coordinadora en manos de anarquistas y *sindicalistas*.¹

La FACA también impulsó la creación de la filial local de la SIA (Solidaridad Internacional Antifascista), organización fundada por los anarquistas españoles en 1937 tras no conseguir el respaldo esperado de parte de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores).² La SIA se erigió con objetivos ambiciosos a escala internacional, y aunque en Argentina no alcanzó el mismo desarrollo que en otras naciones, logró crear seccionales en varios puntos del país y desarrollar una labor propagandística importante. La convocatoria impulsada por esta entidad era aglomerar al activismo antifascista más allá de su adhesión política-ideológica en particular, en lo cual también tuvo relativo éxito. Por su parte la FACA buscó aprovechar la situación de ser la fundadora de esta entidad internacional en el país para mantenerla bajo su dirección, pero ante la participación de experimentados militantes de otras organizaciones en su seno, sumado a que el grueso de las recaudaciones materiales continuaron proviniendo de la CCAEA, debieron relegar esa pretensión (López Trujillo, 2005, pp. 174-187).

Por su parte, los periódicos *La Protesta*, *Dos Fraie Vort* (Libre Pala-

1. Comisión Coordinadora de Ayuda a España en la Argentina, *Memoria y Balance. Correspondientes a los últimos ejercicios*, Buenos Aires, julio de 1938.

2. El desencuentro entre la CNT y la entidad internacional se originó porque la organización española no estaba de acuerdo con que el Fondo de Socorro Internacional, órgano solidario de la AIT, reparta el 80% de los aportes recibidos de sus secciones a la CNT y que el 20% restante se destine a otros países con problemas represivos, como Alemania. Ante el desacuerdo de este criterio la CNT crea la SIA para evitar, y reemplazar, la orgánica de la AIT.

bra) y *La Obra* (dirigido por Rodolfo González Pacheco) conformaron el Comité Anarquista de Defensa y Ayuda a la CNT y FAI. Organismo que editó un boletín a base de informes y comunicados producidos por las organizaciones libertarias españolas³ y que coordinó dos envíos de provisiones en colaboración con la FACA, el Comité de Ayuda a la Causa del Pueblo Español (La Plata) y el Comité Sindical, valuados por un total de \$ 44.223,14. El motivo por el cual este grupo de periódicos anarquistas decidieron trabajar de forma independiente al CCAEA se debe a su desacuerdo en torno a integrar alianzas amplias con agrupaciones de otras tendencias políticas.⁴

La FORA prefirió encauzar la ayuda a través de su propia orgánica, rechazando integrar los comités surgidos en la ocasión por dos motivos: primero, su aversión hacia las organizaciones políticas y su desconfianza hacia los fines perseguidos por aquellas entidades que formulaban constantemente la necesidad de una coordinación. Por ejemplo, ante la creación de la CCAEA la FORA publicó una nota en donde señalaba los intereses contrapuestos perseguidos por quienes la constituían, dado que su heterogeneidad no dejaba en claro sus objetivos: “¿A qué España pretenden salvar? Es muy difícil poder precisarlo. Como no deja de ser un rompecabezas a donde irá a parar el dinero que recolecten: ¿al gobierno, a la UGT, a los bolcheviques de Stalin o de Troztky [sic], a los partidarios republicanos?”⁵ El otro motivo esgrimido era que su organización ya contaba con una entidad dentro de su estructura que se dedicaba exclusivamente al socorro solidario, el Comité Pro Presos y Deportados (CPPyD). Este organismo tenía la función de asistir y acompañar a los militantes detenidos o deportados y a sus familiares, por ello la FORA sostuvo que este Comité contaba con la capacidad de encauzar las colectas y las actividades solidarias destinadas a España dada su experiencia.

Si bien señalamos que la política adoptada por la FORA a nivel nacional era brindar su apoyo de forma independiente, la autonomía que regía al interior de esta federación habilitó que algunos de sus gremios terminen sumándose a la coordinación local con entidades de diferentes

3. Este Comité publicó varias circulares y un *Boletín Informativo* de 8 ejemplares, editado entre el 30 de julio de 1937 y el 15 de enero de 1938, más un *Boletín Extraordinario* de mayo de ese año, en los cuales compilaban y difundían información de las organizaciones anarquistas de España.

4. Luego del alejamiento de los periódicos anarquistas, la CCAEA realizó dos envíos de víveres durante 1937 por un valor de \$ 73.325, contando con el significativo aporte del Partido Socialista antes de que se desvincule de la Coordinadora (López Trujillo, 2005, p. 174).

5. “Lo que se gesta al calor de los acontecimientos españoles”, en *Organización Obrera*, n° 38, abril de 1937, p. 2.

tintes políticos (Quijada, 1991, p. 142). De forma inversa, varias agrupaciones obreras que no pertenecieron orgánicamente a la FORA prestaron su colaboración solidaria remitiendo las contribuciones recaudadas a esa organización, tal como la Unión Obreros Tranviarios, Sombrereros Unidos, varias seccionales de la Federación Obrera Ferroviaria o diversos sindicatos de Oficios Varios desperdigados por las áreas rurales del país (Salto, Charata, San Cristóbal –Buenos Aires–, Sáenz Peña –Chaco–, San Juan, etc.).⁶

A partir de lo expuesto se vislumbra que al interior del ámbito anarquista existieron diferentes estrategias organizativas en torno a las campañas a favor del pueblo español, divergencia que también se manifestó en torno al tipo de útiles a remitir y sus destinatarios. De parte de los CAPE y la CCAEA primó el criterio de enviar víveres y ropa, en tanto que la FORA decidió girar directamente dinero. El beneficiario de lo colectado por la FORA era exclusivamente su par anarcosindicalista, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), mientras que la CCAEA incluyó como receptor a la Unión General de Trabajadores (UGT) –central sindical de corte socialista–, de forma de beneficiar a todo el proletariado español con su colaboración.

Los aportes se juntaron a partir de la contribución voluntaria de los sindicatos afiliados, la venta de rifas y la confección de bonos por parte del Consejo Federal, los cuales fueron suministrados a los distintos gremios en forma de “listas” a fin de contar con una recaudación más regular. El dinero recolectado era girado sin ningún descuento previo al secretariado de la AIT radicado en París, recaudo adoptado para asegurar su efectiva entrega a la CNT y evitar que termine en manos enemigas.⁷ De acuerdo a los balances publicados en *Organización Obrera* los giros efectuados por la FORA fueron de un total de 272.296,20 francos, es decir: 36.819,85 pesos argentinos.⁸

A su vez, cada gremio encaró diferentes actividades con miras a

6. Balance desde el 1° de septiembre de 1936 a octubre 30 de 1939, Comité Pro-Presos y Deportados de la Capital, Buenos Aires, 1940; *Organización Obrera*, n° 33, octubre de 1936, p. 1; n° 34, noviembre de 1936, p. 1; n° 47, marzo de 1938, p. 3, n° 49, junio de 1938, p. 6.

7. El Comité de Relaciones de Mineros de Asturias de la CNT y UGT circuló un manifiesto donde solicitaba que la ayuda recaudada para los trabajadores españoles no sea remitida por medio de la embajada española, dado que la misma terminaba en manos de los fascistas. Por ello señalaban que la forma de realizarlo fuera por intermedio de la AIT a través de sus Comités de Defensa de la Revolución Española. En “¡Cuidado!”, *La Voz del Chauffeur*, Sociedad de Resistencia Unión Chauffeurs, año 5, n° 13, septiembre de 1937, p. 5.

8. Balance extraído de los ejemplares de *Organización Obrera*, n° 39, mayo de 1937 p. 21; n° 49, junio de 1938, p. 2; n° 50, agosto de 1938, p. 3; n° 54, febrero de 1939, p. 7.

ampliar aquellos aportes económicos, como festivales de teatro, recitados de poesía, o los pic nics organizados junto al Comité Pro Presos y Deportados en las playas de Bernal, Isla Maciel o Tigre. Además de recaudar fondos para mandar a España, estas actividades tuvieron como objetivo informar a los concurrentes de las últimas novedades de la guerra y fomentar un ámbito de sociabilidad libertaria e internacionalista, posibilitando a los organizadores trascender su propio núcleo de afiliados e interesar a un público más amplio sobre sus postulados.

Otra faceta de la guerra de España que involucró enérgicamente a los anarquistas fue la tarea de difundir las novedades recibidas. Si bien esta actividad no fue obra exclusiva de ninguna corriente de pensamiento, la impronta otorgada por parte de los libertarios fue particular al resaltar la gesta revolucionaria desarrollada en los primeros meses de guerra con la puesta en práctica de colectivizaciones agrícolas y la producción autogestionaria de fábricas y servicios urbanos (Mintz, 2008; Gavaldá, 2019), proceso que se convertirá en un hito histórico para el movimiento anarquista internacional. La información circulante incluía noticias de los sucesos ocurridos a lo largo de la guerra, reproducciones de manifiestos o comunicados de las organizaciones libertarias de España, perfiles personales de combatientes destacados como Durruti y reflexiones políticas sobre las implicancias de los acontecimientos ibéricos, tanto para su propio pueblo como para el resto del mundo.

Los medios utilizados para esta difusión fueron las publicaciones gráficas y las reuniones o actos públicos, donde algunos oradores de referencia exponían su punto de vista respecto a lo acontecido. Toda la prensa libertaria de la época, junto con los periódicos sindicales vinculados al movimiento, le otorgaron un lugar primordial a los artículos sobre la guerra y la revolución en España, permitiéndose polemizar en base a las impresiones de la obra realizada. Particular importancia de difusión tuvo la publicación confeccionada por la FACA denominada *Documentos Históricos de España*, tarea facilitada por el puesto que ocupó Jacobo Prince en la Sección Sudamericana del Servicio de Propaganda de la CNT-FAI. También por medio del formato libro se buscó contribuir a esta tarea, pero ya no solo para informar sino para asentar un posicionamiento político-ideológico sobre el proceso en marcha. Algunos de los títulos más influyentes en esta empresa fueron *La revolución y la guerra en España*, de Abad de Santillán (1938), y *Las pendientes resbaladizas*, de Azaretto (1939). Una vez concluida la guerra se editaron cientos de libros sobre la temática, dedicándose a analizar la contienda desde una situación más serena y provistos de mayor documentación.⁹

9. Como caso emblemático, el libro recién citado de Santillán, le sirvió al autor de

Poniendo el cuerpo por la emancipación

Ante el inicio de la guerra y los auspicios de la lucha revolucionaria emprendida por los anarquistas en España, sus pares locales se vieron interpelados, deseosos de brindar su colaboración y ser parte de esa gesta. A las acciones solidarias ya señaladas se sumó el embarque de varios militantes, que a pesar de estar informados que lo más necesario eran armas y víveres, igualmente se dispusieron a viajar para involucrarse de forma directa en la contienda. Impulso, aunque de forma más organizada, compartido por los comunistas, no así por los socialistas y *sindicalistas*. Las ansias de los ácratas por contribuir con esta empresa se relacionan con el hecho de que “era España (y especialmente Aragón y Cataluña) el lugar donde el anarquismo tenía sus mayores fuerzas. Y hacia allí marchan cientos de libertarios desde la Argentina, para enrolarse en las columnas de la CNT y la FAI” (Trifone y Svarzman, 1993, p. 79).

En la presente pesquisa se han registrado un total de 98 anarquistas que efectivamente participaron de la guerra, sumando la identificación de 25 individuos a los 73 ya señalados en estudios precedentes (González, Boragina, Sommaro y Dorado, 2008, pp. 173-201; Baumann, 2009, pp. 41-53; Migueláñez Martínez, 2018, pp. 231-246). Si bien la expresión de que “cientos” de anarquistas viajaron a España resulta exagerada, las experiencias de quienes arribaron a la península nos dan la pauta de las dificultades presentes para tener un registro acabado sobre los mismos. Uno de los primeros problemas que surge para dar con esta información es poder identificar la identidad política de muchos ácratas, quienes por precaución buscaron ocultar su filiación ideológica. Otro factor que agravó esta tarea fue la modalidad semi clandestina de embarcarse que debieron adoptar los voluntarios una vez que los puertos de España fueron cerrados ante el inicio de la guerra –viéndose obligados a descender en zonas próximas a aquel país y proseguir por otros medios de transporte–. A su vez, la mayoría de estos individuos viajaron de forma anónima, sin auspicio o apoyo explícito de alguna organización, y en muchos casos con identificaciones falsas (Campione, 2018, pp. 233-234). Por último, es de destacar que la precaria organización administrativa y el carácter anti personalista del anarquismo, por su oposición a la figura de líderes y jefes, colaboraron en la falta de registros de quiénes y cuántos de sus integrantes terminaron formando parte de la guerra.

El nombre de algunos anarquistas de Argentina que participaron en

base para “refundirlo” en su obra aún más conocida, *¿Por qué perdimos la guerra?*, editado en 1940 en Buenos Aires.

la GCE se advierte rápidamente, dada la fama que les precedía por su desenvolvimiento en América, tales como el dramaturgo Rodolfo González Pacheco, el intelectual Diego Abad de Santillán o el ajusticiador Simón Radowitzky.¹⁰ Para el resto, su identificación está ligada a la inserción que lograron durante la guerra, la cual varió entre quienes se integraron a las tareas administrativas dentro de las organizaciones libertarias españolas, aquellos que se dedicaron a actividades artísticas y quienes se entregaron al combate en el frente. La experiencia compartida por todos ellos se basó en la certeza de estar viviendo un momento único al enfrentar de forma directa la avanzada del fascismo, junto a la esperanza –más breve en unos que en otros– de lograr una salida revolucionaria.

Quienes alcanzaron mayor notoriedad en España fueron quienes viajaron en calidad de delegados de sus organizaciones locales para ejercer una representación directa. De esta forma, por parte de la AOS fue designado Horacio Badaraco y por la FACA Jacobo Prince, Jacobo Maguid (Jacinto Cimazo) y José Grunfeld. Todos estos activistas dejaron abundante registros de su experiencia durante la guerra, a través de documentos orgánicos, memorias y/o trabajos biográficos (Maguid, 1984, pp. 21-27; Maguid, 1995, pp. 41-53; Grunfeld, 2000, pp. 176-216; Rosales, 2001, pp. 327-333). La representación de *La Protesta* la ejercieron indirectamente dos de sus ex integrantes, José Verde y Manuel Villar, deportados en 1933.¹¹ Otros que cobraron relevancia fueron quienes ocuparon puestos de responsabilidad en la retaguardia, como Ana Piacenza –única mujer de la que tenemos registro–, quien trabajó en el periódico *Tierra y Libertad* de la FAI y en la organización “Mujeres Libres” (Bordagaray, 2013); Laureano Riera Díaz, representante de la FAI Catalana en el Comité de Enlace de las Secciones de Defensa CNT-FAI; José María Lunazzi, representante de la FAI en el Consejo de Economía de Cataluña; Antonio Casanova, secretario de la Sección de Defensa –todos ellos pertenecientes a la FACA, pero no mandatados como delegados de la misma–, y Manuel Villar, en el Comité Central de Abastos de Cataluña en nombre de la FAI, y luego director de *Fragua Social* de la CNT de Valencia (Wessels, 2005, pp. 22-26).

10. Al ser considerado un símbolo del movimiento anarquista a nivel internacional, los españoles tomaron la decisión de no exponer a Radowitzky a mayores riesgos, prohibiéndole que vaya a pelear al frente. Fue designado a tareas de enlace, pero su descontento por no compartir la suerte de sus compañeros lo llevó a desobedecer su mandato y a participar de la batalla de Teruel, donde casi deja la vida. Luego de pasar una temporada en el hospital, y llegado el momento de la impostergable retirada, le confieren la importante misión de salvaguardar el archivo histórico de la CNT-FAI, el mismo que hoy día se halla alojado en el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam (Martí, 2010, pp. 291-302).

11. “El Congreso Anarquista”, *La Protesta*, mayo de 1937, p. 2.

De aquellos que asistieron al frente de batalla se conoce menos aun. En esta difícil tarea de rastrear trayectorias personales Jerónimo Boragina pudo identificar a diez anarquistas argentinos que, sin ser conocidos por su militancia previa, se incorporaron a la contienda y accedieron a cargos de jerarquía, como el caso de Jorge Testena –comandante– y Argentino Eizaguirre –teniente– (Boragina, 2015, p. 191). Todavía más difícil es encontrar registros de aquellos militantes que oficiaron meramente como combatientes. De este perfil da cuenta la muerte del ladrillero forista Fausto Falasqui, caído en la batalla de Monte Pelado en agosto de 1936,¹² y de los choferes José Calvillo y José “Saluto” López –quien fuese secretario de aquel sindicato– en 1937.¹³ Sin caer en el fatal destino de estos, pero participando de igual forma en el frente, hallamos a otros dos choferes de la FORA: Jerónimo Rodríguez y Losoya, quien, según un viejo militante anarquista, era “un pacifista, entonces se dedicó a manejar una ambulancia en la guerra civil, no quería ni matar ni ser muerto”.¹⁴

La dispersión de la información acerca de la participación de los militantes de la FORA en gran medida se debe a la decisión asumida por la propia federación de no enviar delegados directos a España, además de los factores ya referidos. La determinación de su Consejo Federal fue justificada ante la Reunión Regional de Delegados de 1938, fundamentando que la organización no contaba con los medios económicos necesarios para afrontar dicho gastos.¹⁵ Ante la discusión que suscitó este tema, algunos sindicatos demostraron su desacuerdo con dicha posición, manifestando que de conjunto esa situación podría haber sido sorteada. De hecho, la Unión Chauffeurs informó que su gremio facilitó el viaje de varios de sus militantes a España para que se sumen a los escuadrones confederales, pero sin dar más detalles al respecto que los señalados en su prensa. En contraposición con los delegados enviados por la FACA, los miembros de la FORA presentes en España no contaron con un mandato que les permitiese representar a la Federación de forma orgánica. A excepción de Montero,¹⁶ los dieciséis foristas que

12. *Organización Obrera*, año II, n° 32, octubre de 1936, p. 2; “Defendiendo la anarquía cayó Falasqui”, *La Protesta*, octubre 1936, p. 1.

13. “Recordando a dos compañeros” en *La Voz del Chauffeur*, Sociedad de Resistencia Unión Chauffeurs, año 6, n° 12, junio de 1937, p. 1

14. Carlos Kar (alias Puchero). Entrevista realizada por Nicolás Iñigo Carrera el 8 de octubre de 2016 en la ciudad de Buenos Aires.

15. FORA, *Actas y Acuerdos de la Reunión Regional de Delegados de la FORA, marzo de 1938*, Buenos Aires, p. 25.

16. José María Montero era de origen gallego, se bautizó en las luchas proletarias de Argentina con la huelga a la General Motors de 1928. En 1930 fue condenado

intervinieron en la contienda española¹⁷ no dejaron memorias escritas, ni información precisa sobre el rol que desempeñaron; los registros sobre la participación de los mismos son incorporados a partir de algunos testimonios laterales como el de Laureano Riera Díaz,¹⁸ o por el contenido de notas reproducidas en la prensa obrera de la época que informan de la desesperada situación de algunos militantes en territorio español.¹⁹

Dentro de los voluntarios registrados se incluye a varias personas que no nacieron en Argentina pero que tuvieron una residencia duradera en nuestro país y se incorporaron de lleno al activismo anarquista local, españoles los más (28), pero también italianos (5), franceses (1) y rusos (1). También se computan como voluntarios a quienes ya se encontraban en España de forma previa a la sublevación militar (19), los cuales debieron abandonar la Argentina de forma forzada a causa de las deportaciones (14), por la persecución política (3), tales como Abad de Santillán, Villar y Leval, o aquellos argentinos que simplemente se encontraban trabajando y militando en la CNT antes del golpe (2), como el periodista Valentín de Pedro (Calero, 2018, pp. 79-113) y el pedagogo Edgardo Ricetti (Copparoni, 1992, pp. 24-37). La rápida adaptación de estos militantes a diferentes realidades socioculturales da cuenta del carácter transnacional asumido por el anarquismo, permitiendo la conexión de sus integrantes más allá de su lugar de origen (Baer, 2015, p. 110). De hecho, las redes entabladas entre libertarios de diferentes latitudes de forma previa a la guerra ayudaron a la comunicación e integración de los voluntarios extranjeros al convulsionado ambiente español. Abad de Santillán, ya asentado en el movimiento ibérico, cumplió un

a muerte por la dictadura de Uriburu junto a otros dos choferes de la FORA y tras conseguir el indulto es trasladado al presidio de Ushuaia. Luego de ser puesto en libertad durante la presidencia de Justo, es deportado. Finalmente, tras vivir de forma clandestina durante dos años, acordó con otros dos compañeros embarcarse hacia España, viajando de polizón junto a Laureano Riera Díaz y otro español llamado Diego. Una vez allí llegó a ser designado teniente en el Cuerpo del Ejército n° 10, al mando de un equipo del Servicio de Investigación Militar (Ortiz, 1974, pp. 104-120).

17. A los ya mencionados se agregarían: Abelino Fernández, Benigno Mancedo (jornalero deportado en noviembre de 1930), Ildefonso González Gil, Bartolomé Lorda (ambos deportados en 1931), Ismael Martí (pintor deportado en abril de 1933), Real, Vázquez y López (choferes deportados a fines de 1936), Serafin Fernández (ladrillero deportado en abril de 1937), Jorge Rey Villalba (pintor deportado en 1937).

18. Al relatar su encuentro con Simón Radowitzky en la Casa de la CNT-FAI de Barcelona, el autor comenta que este convivía con un grupo de choferes de la FORA, “deportados por la dictadura de Uriburu algunos y otros que fueron a España por voluntad propia” (Riera Díaz, 1981, p. 379).

19. “Correspondencia”, *La Voz del Chauffeur*, año 6, n° 13, septiembre de 1937, p. 2; “Los Refugiados”, *La Voz del Chauffeur*, año 8, n° 17, mayo de 1939, p. 7.

rol fundamental en la tarea de aconsejar y relacionar a las diferentes agrupaciones, destacando a muchos de los inmigrados a tareas en la retaguardia (Migueláñez Martínez, 2018, pp. 232-236).

En base a la información recabada se pudo identificar a casi un centenar de individuos que participaron de la guerra de diferentes maneras, siendo más sencillo el registro de quienes fueron militares destacados o cumplieron funciones administrativas (21) por sobre aquellos que se desempeñaron en el frente de batalla (48). Es el acceso a la figura de algunos de estos “desconocidos” lo que nos permite pensar en la posibilidad de que hayan sido varios más los libertarios involucrados en la contienda de forma anónima.

La guerra de apreciaciones

Con el transcurrir de la guerra el movimiento anarquista internacional se encontró involucrado en los debates entablados al interior de España. Dada la magnitud de la experiencia autogestiva desarrollada en aquella región, los demás ácratas del globo se sintieron interpelados por el devenir de aquel proceso, siguiendo de cerca las respuestas políticas ensayadas por las organizaciones representativas del anarquismo ibérico, derivando en profundos debates en torno a, principalmente, dos puntos: la integración política de los libertarios con las demás fuerzas del bando republicano y la participación de delegados de la CNT y FAI en cargos gubernamentales.

Las primeras noticias publicadas sobre España fueron del todo elogiosas hacia las organizaciones del anarquismo ibérico y las masas obreras que tomaron las armas para evitar la conquista del poder por parte de los facciosos.²⁰ Cuando en el mes de septiembre se difundieron los acuerdos de acción conjunta entablados entre la CNT y la UGT en varias localidades de España, los periódicos libertarios locales aclararon que la pretensión de sus camaradas ibéricos no era realizar un “frente popular” de acuerdo al modelo planteado por los comunistas, ya que esa política era denunciada por los anarquistas por tratarse de una “unidad” que, bajo la excusa de combatir a un enemigo común, buscaba la capitalización del esfuerzo colectivo en beneficio de estructuras partidarias. En contraposición, el planteo desarrollado de estos era el de establecer una “unidad de acción”, es decir, trabajar en conjunto

20. “La CNT y FAI impidieron triunfarse el fascismo”, “La causa del pueblo fue bautizada con sangre anarquista”, “La Federación Obrera Local Bonaerense envía su fraternal saludo”, en *La Protesta*, n° 7848, 15 de agosto de 1936, p. 1.

con los demás sectores que compartían sus objetivos, sin efectuar un compromiso político a futuro.²¹

En octubre, entre los grandes títulos que celebraban la actuación de los anarquistas ibéricos, *La Protesta* publicó un pequeño recuadro titulado “La CNT frente al gobierno de Caballero”, en el cual presentaban los puntos que aquella organización delineó para poder desarrollar una acción en conjunto con los republicanos, a saber: “1°. Apoyo decidido del nuevo gobierno para que éste cumpla su misión esencial, que es la de aplastar la insurrección fascista. 2°. Creación en cada ministerio de una comisión o consejo asesor, integrado por representantes de la CNT, de la UGT y del Frente Popular y de un delegado del gobierno”.²² Estos representaron un cambio histórico en la relación entablada por los anarquistas con el Estado, la cual se profundizó a partir del 4 de noviembre cuando cuatro de los más notables militantes libertarios pasaron a integrar al gobierno de la República. Decisión política que derivó en agrias discusiones para los anarquistas, dentro y fuera de las fronteras de la península.

Hasta mediados de 1937 la discusión al interior del movimiento anarquista argentino se centró en la organización de la campaña solidaria. La FORA y *La Protesta*, entidades tradicionalmente asociadas, entraron en acusaciones mutuas respecto al rol desempeñado en la recolección de bienes para girar a España. Pero en poco tiempo esta discusión pasó a un segundo plano cuando cobró notoriedad el hecho, ya mencionado, de la intervención de algunos anarquistas en el gobierno. La disyuntiva planteada versaba sobre si era posible la excepcionalidad en torno a uno de los principios más elementales del anarquismo, en razón de las particulares circunstancias del momento, o si simplemente significaba una claudicación a sus ideales y por ende una traición. Acaso, ¿era un error o una acción premeditada?

Al menos hasta los primeros meses de 1937, la FORA mantuvo una postura cautelosa ante estas noticias llegadas de España. El cambio de mirada va a quedar reflejado en su órgano de prensa a través de artículos como los de Bernardo Díaz, militante de origen español residente en Tucumán, quien en un principio justificó lo actuado por la CNT al considerar que la presencia de los anarquistas en las tomas de decisiones era la única garantía de que la revolución no sea cooptada por una burocracia que desvirtúe su proyección (en comparación con el caso

21. “El Frente Único en la acción”, en *La Protesta*, n° 7849, septiembre de 1936, p. 2; “En vez de frente político, sólida unidad proletaria”, en *Acción Libertaria*, año 11, n° 21, 6 de octubre de 1936, p. 1

22. “La CNT frente al gobierno de Caballero”, *La Protesta*, n° 7850, octubre de 1936, p. 3

ruso).²³ Pero tan solo un mes después el mismo autor publicó una nota titulada “¿Sera permitido hablar?”, en la cual criticó el silencio cómplice y hasta el intento de censura, por parte de otros compañeros de ideas, al señalarse aspectos contradictorios del proceder de los colegas ibéricos, puntualizando en la desviación de acuerdos adoptados a nivel nacional, robusteciendo así el principio de autoridad que dicen combatir.²⁴

De esta forma, desde mediados de 1937 la división de criterios dentro del ámbito anarquista local resultó tajante. *La Protesta* intentó convencer a la FORA de que retome una posición menos crítica hacia los militantes de España, señalando que sería más fructífero que reencauce sus esfuerzos en la campaña solidaria antes de dedicarse a exponer los errores “tácticos” ocurridos al fragor de la guerra.²⁵ En este sentido, *La Protesta* conservó una posición intermedia que osciló entre el resquemor por las posiciones asumidas por los libertarios de España y el apoyo al pueblo en armas. En cambio los periódicos *La Obra* y *La Batalla* asumieron posiciones más duras en contra de la política integracionista. En el plano opuesto, la FACA fue la organización que más firmemente defendió lo realizado por las organizaciones anarquistas ibéricas, entendiendo que las opciones que se les presentaron ante el alzamiento militar fueron, o hacer valer su peso numérico para llevar adelante sus postulados revolucionarios ante el vacío de poder, imponiendo un control dictatorial sobre los demás sectores sociales, o coordinar con las diferentes fuerzas antifascistas los pasos a seguir en la guerra para evitar el triunfo de los sublevados.²⁶

Algunos militantes de la FORA intentaron esclarecer la cuestión, plantearon la necesidad de discutir abiertamente los problemas que afectaban al conjunto del anarquismo, dado que “la sola suposición de que ha de silenciarse toda crítica implica de por sí sólo un grave riesgo para el movimiento”.²⁷ En este sentido, los foristas apuntaron a ejercer un juicio sereno y “objetivo”, sin dejarse guiar por la simpatía o

23. “Carácter anárquico de la revolución española”, en *Organización Obrera*, año V, n° 39, mayo de 1937, pp. 17-19.

24. “¿Sera permitido hablar?”, en *Organización Obrera*, año V, n° 40, junio de 1937, p. 2.

25. Edmundo Latelaro, “Es imprescindible que la FORA encare la defensa de la revolución social española como cuadra a sus objetivos revolucionarios”, *La Protesta*, año XL, n° 7858, julio de 1937, p. 4; “La reacción obliga a los militantes de la FORA a una solidaridad más efectiva con la CNT y FAI”, *La Protesta*, año XLI, n° 7864, enero de 1938, p. 2.

26. “Experiencia de la colaboración antifascista en España”, en *Acción Libertaria*, n° 47, agosto de 1941, p. 2.

27. “El fantasma de los cismas”, en *Organización Obrera*, año VI, n° 47, marzo de 1938, p. 2.

el carácter heroico de lo realizado por el pueblo español. Señalaron que muy pocas publicaciones ácratas se atrevían a cuestionar las políticas adoptadas por la CNT-FAI, por primar el criterio de no ejercer críticas hacia lo realizado en España, ya que significaría estar haciéndole la guerra a sus propios compañeros.²⁸ Este debate se plasmó al interior de la FORA en la Reunión Regional de Delegados de 1938, en la cual se adoptó la siguiente resolución:

Declaración sobre el problema español:

Considerando que independientemente de las alternativas de la lucha que nuestros camaradas sostienen en España con un fin manumisor y de las críticas que merecen por la colaboración con el Estado y los pactos con otras tendencias autoritarias, que no sea óbice (sin dejar de criticar lo criticable) para persistir en ayudar a nuestros compañeros de la CNT y el pueblo que los acompaña en la lucha, hasta que ella termine, teniendo en cuenta los acuerdos del último Congreso de la AIT referente a España, y que tenga relación con lo propuesto en esta moción.²⁹

La FORA señaló de forma persistente las “desviaciones y contradicciones” ejercidas por la CNT-FAI, remarcando que, en parte, la causa de la derrota popular se hallaba en la traición efectuada por sus propios líderes.³⁰ Por el contrario, la FACA argumentó que la pérdida de influencia de los anarquistas en la guerra, y su posterior derrota, se debían únicamente a causas exógenas, tales como la centralización militar en manos de los comunistas, la tibieza de los republicanos, el no apoyo de los países democráticos, etc.³¹ La autocrítica por parte del mismo movimiento libertario español sobre la participación gubernamental se convertirá, a lo largo del exilio, en un debate recurrente. Tema que se hizo extensivo entre los anarquistas de todo el globo, incluyendo a la Argentina.

28. José Barrionuevo, “A propósito del derecho y la necesidad de la crítica”, en *Organización Obrera*, año VI, n° 47, marzo de 1938, p. 3.

29. FORA, *Estructura orgánica, acuerdos y resoluciones de sus congresos y reuniones regionales*, Buenos Aires, Ediciones FORA, 2014, p. 52.

30. “El ejemplo de España”, en *Organización Obrera*, n° 55, marzo de 1939, p. 1.

31. El informe que los delegados de la FACA presentaron ante el Congreso de su organización en 1940 fue reproducido a través de su prensa en varios artículos: “Del Informe de Nuestros Delegados en España”, en *Acción Libertaria*, n° 46-48, 50-51 y 55. También transcrito en la obra de Jacobo Maguid (1994, pp. 44-114).

Conclusiones

La GCE repercutió en la sociedad argentina como pocos fenómenos internacionales lo hicieron. Se colaboró con unos, se protestó contra otros, se polemizó con propios y ajenos, se organizaron actividades, se escribieron cartas y hubo hasta quienes se embarcaron para participar de forma directa. Representó una confrontación de ideas entre diferentes proposiciones políticas, religiosas y culturales; varios proyectos de nación dirimieron su destino a través de las armas al otro lado del Atlántico, replicándose de este lado por medio de la propaganda y las colectas que cada bando organizó.

Con la misma pasión con la cual difundieron las novedades llegadas de España y militaron la campaña solidaria, los anarquistas locales se sintieron con el derecho de cuestionar las políticas adoptadas por las organizaciones libertarias hispánicas, en particular la participación en el gobierno y la aceptación de conformar el Frente Popular. Este debate se extendió a escala global con tanta o más rapidez que las acciones solidarias, y en Argentina, como hemos visto, generaron fuertes discrepancias que ayudaron a profundizar las diferencias preexistentes. Entendemos que el antagonismo ilustrado en torno a este debate respondió a las interpretaciones realizadas sobre el contexto político y al compromiso táctico asumido con las organizaciones españolas. Como la mayoría de los militantes de la FACA ocuparon cargos administrativos dentro de la CNT y la FAI, se involucraron con la línea política asumida por las mismas, defendiendo sus decisiones como fruto del contexto. En cambio la FORA, al igual que el resto de la AIT, asumió un rol crítico ante la política colaboracionista, advirtiendo sobre el peligro de reforzar las estructuras estatales y partidarias. Aun contemplando el difícil panorama que presentaba la guerra, esta tendencia apostó por una acción autónoma del proletariado para frenar al fascismo.

Las divergencias políticas entre los libertarios de Argentina también afectaron a la campaña solidaria. Si bien es sabido que el anarquismo nunca fue un movimiento homogéneo, bajo una dirección única y centralizada, por el contrario, reivindicó la autonomía de acción de grupos e individuos, en otras circunstancias históricas, como las campañas por la liberación de Radowitzky o las protestas por la condena de Sacco y Vanzetti, las diferencias de los distintos sectores pasaron a un segundo plano. Esto no sucedió ante la GCE, ya que las diferentes lecturas y tácticas asumidas derivaron en la falta más elemental de entendimiento, potenciando sus discrepancias e imposibilitando la articulación de una mayor ayuda hacia sus compañeros hispánicos. Si bien el debate organizativo que se puso de manifiesto durante la campaña giró en torno a si realizar alianzas con otras corrientes antifascistas o no, el planteo de

fondo que estaba en disputa eran las nuevas propuestas organizativas y programáticas delineadas por la FACA y la AOS en torno al modelo de las agrupaciones anarquistas y las tácticas que deberían aplicarse en torno al activismo sindical para superar el estancamiento de la FORA (Ceruso, 2011, pp. 165-179). Es así que dos concepciones políticas se pusieron de manifiesto: quienes sostenían que los sindicatos deberían seguir siendo el centro privilegiado de la militancia (foristas), y aquellos que propugnaban por que los grupos anarquistas se conviertan en núcleos de debate ideológico, forjando posicionamientos políticos a implementar luego en los diferentes ámbitos de actuación (especifistas).

Para colaborar con la causa del pueblo español se estructuraron diferentes organizaciones de carácter solidario, producto de las relaciones de afinidad, colaboraciones y disidencias. Dentro del ámbito anarquista, los criterios de mayor inserción política y su espíritu renovador dotaron a la FACA y a la AOS de una mayor presencia en los comités populares creados para la ocasión, entablado la disputa con otras organizaciones para extender su influencia en su interior. La FORA conservó una postura autónoma, limitándose a recoger la solidaridad dentro los gremios adheridos y afines, así relegó una mayor proyección social al mismo tiempo que evitó confrontar con otras organizaciones sobre cómo proyectar su campaña. Estas diferencias también se vinculan con la propia conceptualización que cada organización tenía del antifascismo. Aun reconociendo el carácter autoritario del régimen soviético y el potencial peligro de su expansión internacional, la FACA y la AOS manifestaron una posición más receptiva respecto a la alianza con otras tendencias de izquierda por comprender que existía la urgencia de entablar un frente ante un enemigo común. En cambio la FORA sostuvo una postura más implacable, condenando tanto al fascismo “negro” como al “rojo”, y por ende rechazando todo acuerdo con el PC por considerar que su estrategia de “Frente Popular” solo perseguía la subordinación de las otras fuerzas para su propio beneficio.

La naturaleza internacionalista del anarquismo le proporcionó una mirada amplia del mundo, no limitada por las fronteras nacionales, y una identidad solidaria que derivó en que lo sucedido en suelo español sea sentido como propio entre los libertarios de vastas regiones del mundo. Esta cosmovisión resultó en un fuerte compromiso por parte de los libertarios locales en esta empresa, incluso llevando al aplazamiento de muchas de sus tareas habituales, desatendiendo conflictos y campañas de carácter local. Durante casi tres años sus mayores esfuerzos e intereses se desplazaron de sus regiones de residencia hacia el otro lado del océano, donde el proyecto libertario pareció florecer brevemente.

Referencias

- Abad de Santillán, D. (1938). *La revolución y la guerra en España. Notas preliminares para su historia*. El Libro.
- Abad de Santillán, D. (1940). *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*. Imán.
- Anapios, L. (2013). La ley de jubilaciones de 1924 y la posición del anarquismo en argentina. *Revista de Historia del Derecho*, 46, 27-43.
- Azaretto, M. (1939). *Las pendientes resbaladizas (Los anarquistas en España)*. Germinal.
- Baer, J. (2015). *Anarchist immigrants in Spain and Argentina*. University of Illinois Press.
- Baumann, G.G. (2009). *Los voluntarios latinoamericanos en la Guerra Civil Española*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Benyo, J. (2005). *La Alianza Obrera Spartacus*. Libros de Anarres.
- Boragina, J. (2015). "Voluntarios argentinos en las Brigadas Internacionales y en el movimiento anarquista español". En J. Sánchez Cervelló y S. Agudo Blanco (coords.). *Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la Guerra Civil y del exilio* (pp. 181-204). Universitat Rovira i Virgili.
- Bordagaray, M. (2013). Luchas antifascistas y trayectorias generizadas en el movimiento libertario argentino (1936-1955). *Cuadernos de H Ideas*, 7, 7.
- Calero, J.P. (2018). El argentino Valentín de Pedro en la España revolucionaria. *Germinal. Revista de Estudios Libertarios*, 14, 79-133.
- Campione, D. (2018). *La Guerra Civil Española, Argentina y los argentinos*. Luxemburg.
- Casas, S.L. (2007). *La guerra civil española y el antifascismo en la Argentina (1936-1941). Los baleares y la ayuda a la República*. Fundació Càtedra Iberoamericana.
- Ceruso, D. (2011). El trabajo sindical de base del anarquismo argentino: la FACA y la Alianza Obrera Spartacus. *A Contracorriente*, 8, 3, 233-254.
- Copparoni, E. (1992). *Edgardo Ricetti. Maestro y luchador social*. Reconstruir.
- Gavaldá, A. (2019). *Cataluña: avatares de la colectivización agraria (1936-1939)*. Fundación Anselmo Lorenzo-Universitat Rovira i Virgili.
- González, L., Boragina, J., Sommaro E. y Dorado, G. (2008). *Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española*. Centro Cultural de la Cooperación.
- Grunfeld, J. (2000). *Memorias de un anarquista*. Grupo Editor Latinoamericano.
- Jorge, D. (2014). El vector internacional aumenta en relevancia. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 32, 165-179.
- López Trujillo, F. (2005). *Vidas en rojo y negro. Una historia del anarquismo en la "década infame"*. Letra Libre.
- Maguid, J. (1984). *Una voz anarquista en la Argentina. Vida y pensamiento de Jacobo Prince*. Reconstruir.

- Maguid, J. (1994). *La Revolución Libertaria Española (1936-1939)*. Reconstruir.
- Maguid, J. (1995). *Recuerdos de un libertario. Setenta relatos de la militancia*. Reconstruir.
- Martí, A. (2010). *La biografía del anarquista Simón Radowitzky. Del atentado a Falcón a la Guerra Civil Española*. De La Campana.
- Migueláñez Martínez, M. (2018). *Más allá de las fronteras: el anarquismo argentino en el período de entreguerras*. Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras.
- Mintz, F. (2008). *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*. Libros de Anarres.
- Montenegro, S. (2002). *La guerra civil española y la política argentina*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia.
- Ortiz, M. (1974). *El verbo prohibido. Memorias de un condenado a muerte*. Talleres Gráficos Córdoba.
- Quijada, M. (1991). *Aires de República, aires de Cruzada: la Guerra Civil Española en la Argentina*. Sendai.
- Riera Díaz, L. (1981). *Memorias de un luchador social 1926-1940*. Tomo II. Edición del autor.
- Rosales, J. (2001). *Badaraco, el héroe prohibido. Anarquismo y luchas sociales en tiempos de infamia*. La Rosa Blindada.
- Trifone, V. y Svarzman, G. (1993). *La repercusión de la guerra civil en la Argentina (1936-1939)*. CEAL.
- Wessels, A. (2005). Militantes anarquistas del Río de la Plata en España. En P. Pérez (coord.). *Catálogo de publicaciones, folletos y documentos anarquistas españoles. 1890-1939* (pp. 20-26). Reconstruir.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 13

Dossier: “Las derechas frente a la clase obrera y las izquierdas”:

• El catolicismo social, por *Miranda Lida* • El Círculo de Obreros de Rosario, por *María Pía Martín* • El nacionalismo de los años 30, por *Mariela Rubinzal* • Sindicatos católicos en Mendoza y Córdoba, por *Jessica Blanco* • Las patronales argentinas de los años 60 ante las luchas obreras, por *Silvia Simonassi*.

Artículos: • El Partido Socialista Argentino de Alfredo Palacios, por *Carlos Herrera* • El Partido Comunista ante la radicalización política después de la caída de Perón, por *Ezequiel Murmis*

Entrevista: • Michael Burawoy, por *Paula Varela*

Nº 14

Dossier: “Trabajadores y trabajadoras en el siglo XIX”: • Huelgas antes de los sindicatos, por *Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul* • Socialismo y comunismo en Colombia, por *Miguel Ángel Urrego* • Los mercados de Buenos Aires, por *Valeria Pita* • Los obreros agrícolas pampeanos, por *Pablo Volkind* • Trabajo y desocupación en la prensa socialista, por *Sabina Dimarco*.

Artículos: • Historiografía de las izquierdas en Chile, por *Rolando Álvarez Vallejos* • El neutralismo del PC (1939-1941), por *Gabriel Piro*.

Intervenciones: • Los estudios sobre las clases trabajadoras y las izquierdas, por *Sergio Grez Toso, Gabriela Águila y Hernán Camarero*.

Nº 15

Dossier: “La izquierda judeo-progresista en Sudamérica”:

• Icuafistas en el Río de la Plata, por *Nerina Visacovsky* • Los judíos progresistas chilenos, por *Valeria Navarro-Rosenblatt* • La izquierda judía progresista en Brasil, por *Airan Milititsky Aguiar*

Artículos: • Izquierda peronista como cultura política, por *Valeria Caruso* • El Partido Comunista y los derechos humanos, por *Marianela Scocco* • Una empresa pesquera de Necochea recuperada por sus trabajadores, por *María Luciana Nogueira* • La clase trabajadora uruguaya en tiempos de dictadura, por *Sabrina Álvarez y Álvaro Sosa*

Intervenciones: • Sobre espías y revoluciones en el Río de la Plata, por *Daniel Lvovich*.

Crítica de libros

Francisco de Luis Martín, *Historia del deporte obrero en España (de los orígenes al final de la guerra civil)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2019, 371 pgs.

El libro de Francisco de Luis Martín está dedicado al estudio de las concepciones y prácticas del deporte y la actividad física desplegadas por el movimiento obrero español desde los albores del siglo XX hasta el final de la guerra civil. Se inscribe en una vía de indagación ensayada con frecuencia en las últimas décadas por historiadores de la izquierda y la clase trabajadora, que hace de la cultura física y las prácticas deportivas prismas desde los cuales iluminar las relaciones entre las organizaciones políticas y sindicales, por un lado, y las formas de sociabilidad y los usos del tiempo libre del mundo obrero, por el otro.

Visto a la luz de esta vasta producción, el libro ensaya una aproximación que transcurre por dos carriles complementarios. Por un lado, desde una perspectiva más clásica, se detiene en la disputa política y doctrinaria entablada por las principales fuerzas que orientaron al movimiento obrero español (anarquistas, socialistas y comunistas) a partir de un análisis de sus discursos e iniciativas en el terreno deportivo. En este sentido, la conceptualización que propone del “deporte obrero” –en tanto faceta de la “cultura obrera”– está construida en términos fundamentalmente ideológicos. Esto significa que los emprendimientos deportivos que constituyen el objeto de la investigación son tomados en forma excluyente del espectro de agrupaciones cuya identidad se define por la defensa de los intereses obreros. Si bien hay algunas interesantes reflexiones sobre las cambiantes y a veces difusas fronteras entre el “deporte obrero” (definido como deporte “de izquierda”) y el universo más amplio conformado por el emergente deporte masivo y comercial, se excluyen *a priori* del estudio las iniciativas provenientes de agrupaciones católicas y/o de derechas destinadas a los sectores trabajadores.

Por otro lado, el libro muestra una vocación renovadora a la hora de comprender el impacto social y cultural de estos proyectos y propuestas: en este punto, sus interrogantes no están formulados, como sucedía en trabajos como los de Vernon Lidtke y Dick Geary para el caso de la socialdemocracia alemana, en función de comprender si –y hasta qué punto– las asociaciones deportivas de izquierda reproducían los esquemas de la “alta” cultura, o bien, contribuían a formar una identidad específicamente obrera, opuesta a la burguesa. Antes bien, el trabajo ensaya un abordaje que se muestra sensible a algunas de las zonas más activas de la historia social y cultural en los últimos años, como es la historia de la juventud, la historia de la infancia y la perspectiva de género.

La investigación se funda en un extenso y minucioso análisis de fuentes periodísticas y se estructura sobre la base de un criterio al mismo tiempo cronológico y temático. Sus seis capítulos examinan problemas de diverso orden que permiten dar cuenta del modo en que las organizaciones obreras dirigidas por las principales fuerzas de izquierda fueron configurando los contornos de un vasto movimiento deportivo.

El primer capítulo indaga las primeras iniciativas en el plano de la cultura y la educación física por parte del socialismo a comienzos de siglo. Factores como la incorporación de una perspectiva reformista y la valoración de la cultura como paso previo y necesario para la revolución, como así también la decisiva incidencia del regeneracionismo, explican que el socialismo hiciera de la educación física de niñas y niños un elemento vertebrador de sus propuestas pedagógicas. En este plano, se destacan tanto la implantación del ejercicio físico en las escuelas socialistas, como las prácticas de excursionismo infantil al aire libre y las colonias de vacaciones.

En el segundo capítulo, el foco de la investigación se posa sobre la figura de Juan Almela Meliá, verdadero pionero del deporte obrero a comienzos de siglo XX. Hijo adoptivo del líder socialista Pablo Iglesias, Meliá fue un infatigable excursionista y montañés, que logró articular socialismo y actividad física, convencido de que el higienismo, la valoración de la naturaleza y el paisaje, y la normalización del ejercicio físico y la eugenesia conformaban vías inmejorables de acceso a la modernidad cultural.

El tercer capítulo del libro avanza en el análisis de la década del 20, aunque mantiene su atención en las iniciativas socialistas. En rigor, plantea el autor, hasta los años 1933-1934, el único deporte proletario que existió en España –con excepción del excursionismo, de cierta implantación en el movimiento libertario–, fue el promovido por las organizaciones socialistas. Así, durante la década de 1920 se observan tres procesos, que son examinados desde las páginas de la prensa socialista: la conversión del deporte (sobre todo del fútbol) en un espectáculo de masas, el desarrollo del movimiento deportivo socialista europeo y la reconstrucción de la Federación de Juventudes Socialistas, verdaderas protagonistas del impulso que esta fuerza política mostró en el terreno deportivo.

La gran expansión del deporte obrero en España se produjo tras la lle-

gada de la II República en 1931, proceso analizado en el capítulo cuarto. El quinquenio republicano asistió a un auge del movimiento deportivo obrero, que se expresó en la multiplicación de grupos deportivos y también en una notoria incorporación de las mujeres. De Luis Martín destaca que este período de expansión se dio al calor de la bolchevización de las juventudes socialistas y el cambio de táctica del comunismo, que ofreció las condiciones para la conformación de un frente único deportivo que reunía a socialistas y comunistas. Así, esta radicalización ideológica –visible, por ejemplo, en la idealización del deporte soviético y en la politización creciente de las actividades infantiles– se combinó con una mayor apertura y vinculación con grupos deportivos no politizados, en línea con la táctica del Frente Popular cristalizada en 1936.

El creciente influjo del comunismo en el movimiento deportivo obrero se observó con claridad partir de 1933-34, cuando lograron conquistar los puestos directivos de la Federación Cultural Deportiva Obrera, entidad a la que el autor le dedica el capítulo quinto. La historia política de esta Federación ofrece la posibilidad de observar con mayor detalle las tensiones y los debates que entablaron socialistas y comunistas en el plano deportivo. Al mismo tiempo, las discusiones que acompañaron este rediseño de la política deportiva es inescindible de las transformaciones en las plataformas organizativas del deporte a nivel internacional.

En el sexto y último capítulo del libro, De Luis Martín aborda las relaciones de las organizaciones obreras con el deporte durante el transcurso de la guerra civil. El conflicto armado no paralizó la actividad deportiva, aunque modificó drásticamente sus condiciones de desarrollo. En el frente republicano, las entidades deportivas atravesaron cambios importantes, en cuya base estuvo casi siempre la política de incautaciones llevadas a cabo por partidos y sindicatos. La militarización de la actividad física fue otro de los procesos característicos del período bélico, visible en las organizaciones juveniles (como los “batallones deportivos”), y también en las iniciativas que vinculaban actividad física y entrenamiento premilitar destinadas específicamente a las mujeres y a niñas y niños.

En suma, el libro de De Luis Martín logra construir una narración minuciosamente documentada y argumentada que demuestra que el deporte fue un elemento consustancial a la historia del movimiento obrero español. Por ello mismo, representa una referencia para quienes se interesan por el estudio de la historia de la izquierda y de los trabajadores desde una perspectiva cultural.

Juan Buonuome

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad de San Martín
(Provincia de Buenos Aires, Argentina) • juanbuonuome@yahoo.com.ar

Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*, Santiago de Chile: LOM, 2017, 434 pgs.

En las últimas décadas, el análisis de la represión y de las derechas en América Latina comprometió a investigadores/as a enfrentar aquellas tesis clásicas acerca de la antinomia democracia-autoritarismo, elaboradas por la bibliografía nacida durante las transiciones políticas de los años 80 y 90, que reforzaron lecturas lineales en donde el régimen democrático no era permeable a cuestionamientos. La renovación historiográfica se dedicó a trazar puntos en común entre gestiones militares y civiles, señalando el desarrollo de mecanismos de disciplinamiento impulsados por administraciones “respetuosas” del orden constitucional. Esta dinámica entre herramientas de coerción y construcción de consenso es el corazón del libro de Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, una articulación ya explorada por la misma autora en sus diversos trabajos sobre los años 60 chilenos y la dictadura pinochetista, en los que destacó el despliegue de tácticas de contención social y la complicidad de actores civiles. En esta oportunidad, propone una nueva periodización para las primeras décadas del siglo XX chileno, señalando una línea de continuidad a lo largo de lo que califica como un “macroperíodo” entre 1918 y 1938, en donde la gestación del “Chile moderno” no puede escindirse de la creación de un aparato represivo orquestado por actores civiles y militares. En ese sentido, la autora apunta a comprender la segunda presidencia de Arturo Alessandri Palma (1932-1938) como la confluencia de los debates producto de las tensiones de los años 20 y las estrategias de control diseñadas durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) y la posdictadura, dando por resultado un modelo político-represivo que marcó la relación entre la sociedad y el Estado el resto de la centuria.

Los inicios de este macroperíodo se observan en el capítulo I, en un Chile atravesado por las transformaciones que marcaron distancia con el mundo decimonónico tanto a nivel internacional como regional: el desplazamiento de una élite de características oligárquicas por una fuerza política con promesas de democratización, y una clase trabajadora en proceso de organización y lucha, alentada por los vientos del octubre ruso. La sección convoca a estudiar las limitaciones del nuevo consenso político como la puesta en marcha de medidas coercitivas que abrieron el camino a la “militarización de la política”. Así, el segundo capítulo presenta a la dictadura de Ibáñez del Campo como el marco en el cual las discusiones de la década de 1920 pudieron dirimirse en la erección de un proyecto que combinó normativas de vigilancia y control con legislación social en clave intervencionista. Esta última, al haber sido destacada por la bibliografía especializada, oscureció la exploración de lo que la autora denomina un “nuevo sistema estatal de represión”, reconstruido a partir de la exploración rigurosa de material de archivo de las fuerzas de seguridad, sin descuidar las voces de los sujetos sobre los cuales se dirigió la mano dura del Estado: las expresiones de izquierda radical.

La centralidad de estas medidas es ratificada en el análisis de la “posdictadura”, abordada de acuerdo a su concepción clásica (entre el desplazamiento de Ibáñez en 1931 hasta la llegada nuevamente de Alessandri al poder) en los capítulos III, IV y V. La caracterización de la delicada situación social y política vivida en plena crisis de los 30 y el accionar frente a la misma de los dos núcleos de resistencia originados durante el ibañismo –las izquierdas obreras, con eje en el Partido Comunista chileno, y el llamado “civilismo” dirigido por Alessandri– permiten comprender dos hitos ocurridos en 1931: el motín de la Marina de septiembre y la “Pascua Trágica” de Copiapó y Valledar de diciembre, asociados por el gobierno a la amenaza de una revolución social de raíces comunistas. El contraste entre la descripción minuciosa de estos dos sucesos y la ilustración en el capítulo V del “Estado Social”, impartido por el intervencionismo de la “República Socialista” de junio de 1932 no debe confundirse con un punto de inflexión. La autora señala que dicho estatismo significó la conclusión de los diagnósticos sobre legislación social, lo que se combinó con la aplicación del proyecto de Ley de Seguridad Interior aprobada en marzo de 1932, una medida en función de restringir libertades individuales en pos de la defensa del orden constitucional.

No obstante, el análisis del ciclo posdictatorial no culminaría con el segundo gobierno de Alessandri. Por el contrario, el paradigma instalado durante la posdictadura continuó a lo largo de la presidencia provisional de Carlos Dávila Espinoza, analizada en el capítulo VI, abarcando el mandato de Alessandri, núcleo del séptimo y último capítulo. En este caso, el texto vuelve a poner en cuestión las lecturas enfáticas del carácter democratizador, a partir de subrayar sus continuidades con las prácticas coercitivas y las posiciones anticomunistas de los años anteriores. Tomando como referencia las investigaciones de Elizabeth Lira y Brian Loveman y de Gonzalo Vial, demuestra cómo esa normatividad fue legitimada con el propósito de integrar políticamente a diversas fuerzas, ratificando la represión como pilar del orden gubernamental.

El acervo documental sobre el que se apoya esta investigación y la evaluación de cómo se articularon intereses de civiles y de miembros de las fuerzas de seguridad respaldan de manera sobresaliente los objetivos planteados por la autora. Finalmente conviene evaluar dos consideraciones. Una primera refiere al papel otorgado a la clase trabajadora, a las corrientes de izquierda y la representación sindical. El libro acierta en su centralidad, sobre todo en la interacción de organizaciones gremiales con el poder estatal y viceversa, poniendo énfasis en el papel jugado por el PC chileno, en función de explicar el proceso de integración que termina de consolidarse con el alessandrismo. La construcción del Chile del siglo XX se habría realizado junto a la moderación de amenazas revolucionarias, previa vigilancia y clasificación. Aún así, corresponde preguntar si la incorporación de trabajadores/as e izquierdas en el estudio, constituye una variable activa en el análisis del proceso o sólo un factor más en el conjunto de condicionantes que inciden en la dinámica de aquellos actores que sí participaron de la gestión estatal.

En segundo lugar, el fenómeno del anticomunismo resulta decisivo

para la autora a la hora de comprender la dinámica coerción-consenso y de reconstruir determinadas identidades políticas, un ejercicio visitado en su primer trabajo sobre la Milicia Republicana. En este caso, su interés reside en caracterizar no a la extrema sino a la “nueva derecha”, la liberal conservadora, protagonista del naciente orden político. A mediados de los 30 en Chile, el “problema comunista”, no circunscripto a la dimensión partidaria y explicado como una preocupación regional (los casos argentino y brasileño son de referencia, como la tesis de Marcelo Casals Araya para Chile), fue el foco de las medidas regulatorias que explicitaron qué acciones debían quedar en el plano de la “legalidad” y cuáles en el de la “subversión”. Cabe destacar aquí cómo la investigación desestima las posibilidades reales de una revolución social señalando los límites de la acción de las izquierdas, como medio para refutar la hipótesis de la “amenaza subversiva” propuesta por los actores de la época. En el análisis de las derechas y del anticomunismo latinoamericanos correspondería evaluar cuán efectivo es recurrir a argumentos relativos a enfatizar cierta inocencia de las víctimas para la comprensión de procesos de disciplinamiento social. Probablemente sea una cuenta pendiente a pesar de los destacados aportes de la nueva historiografía.

Mercedes F. López Cantera

Universidad de Buenos Aires • Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
(Buenos Aires, Argentina) • mercedes.lopez.cantera@gmail.com

* * *

María Laura Ortiz, *Con los vientos del Cordobazo: los trabajadores clasistas en tiempos de violencia y represión*, Córdoba: Editorial de la UNC, 2019, 460 pgs.

Con los vientos del Cordobazo: los trabajadores clasistas en tiempos de violencia y represión reconstruye la historia de los trabajadores clasistas de Córdoba entre 1969 y 1982. Esta periodización es en sí algo para destacar debido a que permite observar el surgimiento y auge del clasismo en continuidad con el impacto y la resistencia de este movimiento social al plan sistemático de terrorismo de estado. Con este libro María Laura Ortiz se propone demostrar que el clasismo se conformó a partir de una cultura política revolucionaria surgida con el Cordobazo. Según la autora, tras los cambios estructurales ocurridos en Córdoba en la década de 1950 y 1960, esta cultura surgió como “producto de la acumulación de tradiciones obreras cuyos valores, creencias e ideas se compatibilizaron con el discurso revolucionario de izquierda”, y “por una conjunción de políticas represivas empresarias que fueron percibidas por la masa obrera como injustas y frente a las cuales no hallaron una respuesta activa de parte de sus direcciones sindicales tradicionales” (pp. 32, 33).

El libro consta de dos partes. En la primera de ellas se destaca el capítulo III en donde podemos observar el marco teórico que guía la investigación, a partir de categorías surgidas de estudios culturales de la clase obrera de autores como Raymond Williams, Eric Hobsbawm, Richard Hoggart y James Petras. En la segunda parte, Ortiz presenta la dinámica de las agrupaciones clasistas en diferentes gremios y empresas entre el Cordobazo y la última dictadura militar a partir de estas premisas teóricas. Para ello se basa en un análisis de una gran cantidad de publicaciones sindicales, partidarias y la prensa comercial, sumado a testimonios orales y el escrutinio riguroso de documentos elaborados por la Policía Federal con sede en Córdoba.

El entrecruzamiento de fuentes junto al marco conceptual utilizado dota de originalidad al texto. Por un lado, porque permite a la autora revistar prácticas sindicales ya analizadas por la historiografía tradicional del período como SITRAC-SITRAM y el Movimiento de Recuperación Sindical en el SMATA. De esta manera, establece un diálogo crítico con autores como James Brennan, Mónica Gordillo y Daniel James al mostrar el clasismo como una expresión política y cultural de un conjunto de trabajadores y no como una identidad propia de dirigentes de algunos sindicatos y agrupaciones que guiaban a una base ontológicamente peronista (p. 174). Por otro lado, estas nociones teóricas le permiten caracterizar como clasistas a experiencias en gremios y establecimientos que no habían sido analizadas previamente por otros autores (metalúrgicos, sanidad, fábricas del calzado y del vidrio, entre otros). Sin embargo, la heterogeneidad que cobra la identidad clasista a partir de este enfoque culturalista abre el interrogante sobre cómo distinguir este fenómeno de otras experiencias antiburocráticas y antipatronales de otros períodos. En una clave similar, al relacionar la emergencia del clasismo con componentes de la cultura obrera de Córdoba (p. 32), el texto no indaga acerca de las causas del florecimiento de agrupaciones clasistas en otras regiones.

Otra arista de la obra relacionada con su marco teórico que invita al debate radica en la vinculación entre cultura obrera y cultura política. Sobre esta última, los sujetos sociales cobran un rol activo: por un lado, las agrupaciones de izquierda son definidas por la autora como gravitantes para transformar una cultura política de resistencia en una revolucionaria a partir de 1969 (p. 102). Por otro, el Estado, la clase dominante y la dirigencia sindical “tradicional” adquieren un protagonismo central a partir del golpe policial de 1974 para realizar un pasaje en la cultura reaccionaria de residual a dominante (p. 131). Pero no ocurre lo mismo con respecto a la dinámica de la cultura obrera local. Estos sujetos políticos no parecen tener vinculación con su conformación y cambios. Con respecto a las izquierdas, Ortiz establece que fueron una condición necesaria pero no suficiente para explicar el surgimiento del clasismo (p. 269). Postula que en casos como SITRAC-SITRAM “el clasismo surgió con una serie de acciones espontáneas de las bases obreras, que con el transcurrir de las semanas y los meses comenzaron un proceso de formación que en algunos casos derivó en la

incorporación de obreros a las filas de la militancia orgánica” (idem). Desde esta mirada puede entenderse que en algunos casos la cultura obrera habría generado espontáneamente el surgimiento del clasismo, fenómeno que, luego, sería apropiado y reinterpretado por las agrupaciones de izquierda. Es en este sentido que la autora realiza una vinculación del clasismo con el concepto de estrategia (alternativa) de la clase obrera, formulado por Nicolás Iñigo Carrera (p. 31). Esta concepción resulta riesgosa en cuanto a que las tradiciones e identidades de la clase obrera no parecen tener relación con sus prácticas políticas ni con los sujetos que interactúan con ella en los ámbitos de producción y reproducción social.

En este sentido, las entrevistas a antiguos activistas citadas en el libro pueden demostrar la importancia de los sujetos políticos en la conformación del “sentido común” de la clase trabajadora. La autora señala que muchos entrevistados al rememorar la década del 70 diluían el contenido revolucionario de las prácticas clasistas, dándoles un sentido de resistencia (p. 196). No parece tener en cuenta la gravitación de políticas estatales en las memorias sociales sobre los 70 tales como los efectos del genocidio en los sobrevivientes, la teoría de los demonios consolidada por el alfonsinismo y el discurso y prácticas del kirchnerismo tendientes a idealizar la conflictividad de aquella época. Todas estas políticas de la memoria pudieron haber incidido en dicha dilución del sentido revolucionario del clasismo, lo cual podría servir de ejemplo sobre el impacto de las acciones del Estado y la clase dominante en la subjetividad de los sectores subalternos.

Por último, cabe mencionar el análisis que Ortiz realiza sobre las características de la represión estatal sobre el movimiento obrero en Córdoba. En primer lugar, resulta interesante que feche el inicio del plan sistemático de terrorismo de Estado con el golpe policial de 1974, rompiendo con la canónica periodización institucionalista que marca su comienzo con la última dictadura cívico-militar. En segundo término, su riguroso estudio de los “archivos de la represión” le permiten observar características de la resistencia de los clasistas en esos años. Sobre esto último, establece una diferenciación con *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, investigación señera de Pablo Pozzi. La historiadora afirma que para el caso cordobés no se produjo un pasaje de una resistencia fragmentaria a una de mayor organización sindical en 1979 como establece Pozzi basándose principalmente en el análisis de casos de Capital Federal y Gran Buenos Aires. Por el contrario, a partir de la revisión de documentos policiales, Ortiz demuestra que las acciones proletarias en Córdoba fueron disminuyendo para este período debido al éxito de la represión estatal (pp. 400, 406). Es decir, lo ocurrido en la provincia mediterránea nos lleva a revisar las características de la represión y la capacidad del movimiento obrero de obstruir los objetivos centrales de la dictadura teniendo en cuenta las diferentes regiones del país.

Haciendo honor a su nombre, *Con los vientos del Codobazo...* insufla aire fresco a un tema del que se han escrito numerosos textos académicos, militantes y periodísticos. En un momento donde estas experiencias apare-

cen sepultadas en un pasado, tan demonizado como idealizado, este libro las recobra críticamente, cuestión necesaria para las luchas del presente.

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires • Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
(Buenos Aires, Argentina) • leandromolinaro@gmail.com

* * *

Natalia Milanesio, *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo, Buenos Aires: Siglo XXI, 2014, 283 pgs.*

La tesis del libro de Natalia Milanesio plantea que la ampliación de las posibilidades de consumo de los sectores obreros durante el primer peronismo, y el consecuente surgimiento de lo que ella denomina “consumidor obrero”, generó en la sociedad argentina profundos cambios culturales ya que estos constituyeron una fuerza social modernizadora que modeló una nueva cultura comercial.

La primera parte del libro describe medidas que no han merecido tanta atención como las ya conocidas –aumentos de salarios, control de precios, convenios colectivos, etc.– pero fueron vitales para ampliar y sostener el mercado de consumo: por ejemplo, la creación de la Dirección Nacional de Alimentos (DNA) para el control de estos productos o la ley que controlaba la veracidad de la información que difundía la publicidad.

Una de las transformaciones culturales que mejor expresan la tesis de la autora es la de la publicidad. Además de la creación de agencias nacionales, se describen los cambios producidos en los personajes de los mensajes, los métodos de investigación, la aparición de la publicidad en la vía pública o la atención a los medios de comunicación del interior. La expansión del consumo a otros sectores obligó a las agencias a interpelar con nuevas modalidades a este nuevo sujeto consumidor. El uso del lenguaje coloquial, de frases inclusivas y la asociación de ciertos productos con lo popular y el pueblo fueron características recurrentes en los contenidos publicitarios de mediados del siglo pasado, lo que dejó una huella significativa en la cultura de esa etapa.

En cuanto a los personajes, en las décadas anteriores se privilegiaban aquellos identificados con las clases altas; desde fines de la década del cuarenta el trabajador fabril, sobre todo, comenzó a ser la figura que los publicistas elegían para mediar entre el producto y el consumidor. En el caso de la mujer trabajadora, las publicidades les dieron una presencia nunca antes vista, aunque por fuera de los escenarios laborales industriales, en espacios domésticos o actividades laborales “que no desafiaban los conceptos tradicionales de feminidad y decencia”.

A su vez la publicidad generó un tipo particular de estética femenina: la mujer “sexy y bonita”, cuyo parámetro de belleza estaba más cerca de las “Reinas del Trabajo” peronistas o de las imágenes de mujeres que ilustraban notas sobre modas o tendencias. La excepción fueron las “chicas Divito”, con una estética más exuberante y sensual. Estos cambios fueron objeto de críticas por parte de sectores conservadores; no sucedió lo mismo con el uso del humor en la publicidad. Este recurso era utilizado para contrariar roles de género. Allí puede apreciarse, dice la autora, cómo la publicidad recoge tensiones que reflejaban procesos de cambios más profundos al ingresar al mercado de consumo los sectores sociales postergados.

Otra transformación cultural significativa fue la ocupación del espacio público vinculado al consumo. Las estadísticas aportadas dan cuenta de la pérdida de exclusividad en el uso de esos espacios por parte de los sectores más acomodados. Esto, junto al acceso a vestimentas de mayor calidad por parte de los sectores obreros, dificultaban la distinción e identificación de grupo y de clase, lo cual provocó conflictos y resentimientos por parte de sectores medios y altos. El resentimiento generó la representación de sectores bajos obsesionados con el consumo y la emulación de los sectores medios y altos, en contraste con una imagen de las clases pudientes como más decorosas.

La autora también analiza el “rol del consumo en la creación de estereotipos de género” como el de la “esposa materialista” y el “hombre domesticado”, pero también cómo las expectativas de consumo impactaban sobre las tasas de soltería, en los retrasos de los casamientos hasta tanto no tener ciertos bienes materiales, etc.

Finalmente, el libro indaga en entrevistas del año 2005 realizadas a trabajadores y trabajadoras del período peronista para conocer el sentido asignado a su integración al mercado de consumo. La autora identifica una contradicción en esas “memorias de consumo”: le reconocen al gobierno y sus líderes haberles posibilitado el acceso a bienes y derechos que antes no tenían, reproduciendo elementos tradicionales de los “guiones culturales” peronistas. Sin embargo, al abordar la propia experiencia el principal agente de esos logros y cambios eran los propios trabajadores y trabajadoras.

La autora concluye que las y los trabajadores experimentaron los nuevos patrones de consumo desde pautas culturales previas, “de manera selectiva, reafirmando valores culturales y hábitos sociales tradicionales”.

Entender el consumo como fuerza social modelizadora constituyó una característica dominante de los estudios en comunicación y cultura de los años 90. Se llegó a plantear que consumo era sinónimo de ciudadanía, o el resultado de la puesta en práctica de diferentes formas de racionalidad; emergía así el consumidor como sujeto autónomo. La autora proyecta esta concepción del consumo y el consumidor sobre el primer peronismo y los sectores obreros. De allí irrumpe un “consumidor obrero” aparentemente todopoderoso en la apropiación y uso de esas nuevas pautas culturales.

Sin embargo, no se desarrollan suficientemente las características de la

cultura obrera previa al peronismo, esto permitiría apreciar de qué forma, desde esas pautas culturales, los sectores obreros se apropiaron de, o entraron en conflicto con, la cultura del consumo y afianzaron su identidad de clase. La apropiación prevalece ampliamente sobre la imposición; la armonía entre ambas formas culturales por sobre la tensión y el conflicto.

La autora admite que la publicidad impone y recoge significaciones, sin embargo, en general sucede que prevalece una u otra de estas tendencias, dependiendo de las condiciones sociales en que la publicidad actúa. En los años 90, cuando desde las ciencias sociales la autonomía del consumidor se destacaba, la publicidad actuaba en un contexto de fuerte atomización social, alto desempleo, un sistema educativo desmembrado, instituciones, como sindicatos y partidos políticos, que podían operar como mediaciones entre el sujeto receptor (consumidor) y la publicidad, con una fuerte crisis de legitimidad. El consumidor supuestamente autónomo contaba con menos recursos ante el intento de la industria cultural de imponer sus significaciones.

Por supuesto, ese no era el contexto del primer peronismo. Sin embargo, la autora no establece puntos de relación entre ese contexto, sus instituciones, y la capacidad del “consumidor obrero” de apropiarse de las nuevas pautas culturales y resignificarlas para afianzar su identidad de clase. La ampliación de la capacidad de consumo, y el consumidor, aparecen entonces como explicación autosuficiente. Incluso el crecimiento de la publicidad se explica fundamentalmente por el aumento del consumo, no por la necesidad de los anunciantes de vender sus productos independientemente de las necesidades de los sujetos.

Algo similar ocurre cuando analiza las entrevistas realizadas en el año 2005. La autora identifica, como vimos, una contradicción en las “memorias de consumo” obrero, pero no se pregunta por la influencia que pudieron haber tenido, en la valoración del propio esfuerzo, las pautas culturales de una etapa, la neoliberal, donde el individualismo era promovido sistemáticamente; sí señala que la valoración del período peronista pudo ser potenciada por las penurias (reducción del consumo) que esos jubilados y jubiladas sufrieron en esos años.

Al asumir al “consumidor obrero” como agente fundamental de cambios culturales profundos, y al resto de las instituciones respondiendo a esas “nuevas” demandas, emerge una visión liberal del proceso, a pesar de entender el período estudiado como antagónico a esa ideología.

Maximiliano Duquelsky

Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, Argentina)
maxiduquelsky@gmail.com

Instrucciones para los autores

1. Originalidad

Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. *Archivos* se compromete a acusar recibo en la semana de recibida la colaboración y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

2. Extensión

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacio (incluyendo las notas a pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacio.

3. Formato

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano e inglés.
- b) Nombre del autor/a o los autores/as y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 120 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.
- d) Correo electrónico de contacto.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor/a deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

4. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, con un blanco arriba y otro abajo.

5. Bibliografía

El sistema de citado empleado por la revista es el especificado por las normas APA. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989, pp. 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, N. (año de edición). Título del texto. Editorial. Ténganse en cuenta los siguientes ejemplos:

Libros (con autor individual):

Falcón, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*. Centro Editor de América Latina.

Marx, K. (1987). *Trabajo asalariado y capital* (1849). Cartago.

Libros (con varios autores):

Batalha, C. H. M., Teixeira da Silva, F., y Fortes, A. (comps.) (2004). *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*. Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, P. (1984). La historia de los partidos comunistas. En R. Samuel (ed.). *Historia popular y teoría socialista* (pp. 150-165). Crítica.

Artículo de Revista:

Aricó, J. (1973). Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci. *Pasado y Presente*, 1, 87-101.

Libro en versión electrónica:

De Jesús Domínguez, J. (1887). *La autonomía administrativa en Puerto Rico*. <http://memory.loc.gov/>

Tesis:

Kalmanowiecki, L. (1997). *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*. Tesis Doctoral, New School for Social Research.

6. Evaluación

Todas las propuestas son recibidas por la Secretaría de redacción quien se ocupa de acusar recibo al autor/ra. A continuación, los trabajos son evaluados en primera instancia por el Equipo Editorial a fin de establecer si las temáticas se ajustan al alcance, objetivos y requisitos establecidos por la revista. En caso de no rhacerlo, los aportes son rechazados. Cuando la primera evaluación es positiva, se escogen dos árbitros especialistas en el área para juzgar la calidad del trabajo. El sistema de evaluación adoptado por la revista es doble ciego preservando el anonimato de los/as autores y los/as evaluadores/as.

7. Código de ética

Con la intención adherir al consenso universal sobre la práctica editorial científica, el Equipo Editorial de la revista adhiere a la guía y las instrucciones elaboradas por el COPE | Committee on Publication Ethics.

Se invita a los/as autores/as, investigadores/as y evaluadores/as a interiorizarse en los lineamientos internacionales vinculados a la ética en publicación para evitar faltas que podrían generarse por su desconocimiento.

8. Política de plagio

El Equipo Editorial de *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* adopta diversas herramientas para detectar plagio o prácticas de auto-plagio, fabricación de datos o problemas éticos, en general, presentes en las propuestas remitidas por los autores. Para ello se compromete a implementar medidas, a través de herramientas adecuadas como Similarity Check, Plagiarismdetector, Quetext, etc. Asimismo, se reserva el derecho de rechazar y/o eliminar todo artículo en el cual se haya detectado cualquier forma de plagio o prácticas de auto-plagio sin importar la etapa de edición en la que el mismo se encuentre.

